

Pamplona - Iruña



LAS BIENAVENTURANZAS

Por

Adolfo Chércoles, s.j.

Centro Loyola Pamplona
C/ Bergamín, 32 – 31004 PAMPLONA
Teléfono: 948 233 800 - Correo Electrónico: centroloyola.pa@sjloyola.org
www.centroloyolapamplona.org

ÍNDICE

Introducción.....	Pág. 3
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Primera Bienaventuranza.....	Pág. 8
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Segunda Bienaventuranza.....	Pág. 29
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Tercera Bienaventuranza.....	Pág. 49
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Cuarta Bienaventuranza.....	Pág. 67
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Quinta Bienaventuranza.....	Pág. 89
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Sexta Bienaventuranza.....	Pág. 111
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Séptima Bienaventuranza.....	Pág. 137
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Octava Bienaventuranza.....	Pág. 169
Primera parte.....	
Segunda parte.....	
Conclusión.....	
Poesía.....	
Hoja Resumen de las Bienaventuranzas.....	
Instrucción breve sobre el Examen de Conciencia.....	

LAS BIENAVENTURANZAS

Adolfo Chércoles s.j.

INTRODUCCIÓN

Mediante estas páginas vamos a aproximarnos a las Bienaventuranzas. Es decir, este libro surge como consecuencia de la exposición de las mismas que se ha venido realizando bajo formato de *ocho días seguidos* (una Bienaventuranza cada día) algunas veces y de *cuatro fines de semana* (dos Bienaventuranzas por cada fin de semana) otras, durante estos últimos años a lo largo de toda la geografía mundial. Utilizaremos la versión de S. Mateo que nos da la posibilidad de dedicar un día completo a cada una.

El método que vamos a seguir es muy sencillo. En una **primera parte** no saldremos del **Evangelio**.

- 1º. Cómo vivió Jesús el problema que plantea cada Bienaventuranza.
- 2º. Si dijo algo sobre ese tema.

En una **segunda parte**, recogeríamos textos de los otros documentos del **Nuevo Testamento**.

- 1º. Cómo lo vivió la primera Comunidad cristiana.
- 2º. Qué reflexiones aparecen en S. Pablo, Santiago, etc.

¿Qué son las Bienaventuranzas? Las Bienaventuranzas no son una moral, ni una filosofía, nada de eso. Las Bienaventuranzas expresan sencillamente la experiencia de Jesús. Y la experiencia de Jesús como hombre hay que situarla en Nazaret. El pueblo donde nació fue lo decisivo en la vida de Jesús, -la vida pública es un apéndice- allí vivió la mayor parte de su vida, y la vivió con los ojos muy abiertos, captando al milímetro lo que era el ser humano, lo que era la vida. En Nazaret, como **uno de tantos**, en la monotonía de un pueblo, en el aburrimiento, en la cotidianidad. Sólo desde esa situación podía extraer una experiencia válida para toda persona. De haber vivido en unas circunstancias privilegiadas, no nos servirían sus “experiencias”.

Las Bienaventuranzas no son una experiencia cotidiana más, sino una experiencia vivida desde la perspectiva en la que toda persona ha coincidido, coincide y coincidirá: el ser feliz, la plenitud, la realización personal. Todos coincidimos en esto: en buscar la felicidad. Otra cosa es que nos equivoquemos, metamos la pata... Pero en este intento todos coincidimos.

Pero, curiosamente, en algo en lo que todos estamos de acuerdo es en lo que menos logros tenemos. Más aún, como dice **Pascal Bruckner** en “La euforia perpetua”: *“hemos convertido la felicidad en una “obligación”, una obligación frustrante porque es un contrasentido el convertir en logro programable lo que experimentamos como sorpresa y don”*. Pues bien, este dato ya lo tenemos. La felicidad no la tenemos asegurada, porque las condiciones que consideramos “imprescindibles” para que se dé, nunca podemos controlarlas totalmente. Esto es algo que debemos interrogarnos seriamente en estos días.

Es decir, si las Bienaventuranzas son la apuesta de Jesús por la felicidad del ser

humano, podemos decir que cada uno de nosotros también tiene sus “Bienaventuranzas” privadas que no coinciden en absoluto con la apuesta de Jesús. Pero nuestra “apuesta” parece que está tan amenazada, que nunca llega a realizarse. Por otro lado la apuesta de Jesús nos resulta un disparate. Es normal que lo digamos, tenemos todo el derecho para decirlo. Pero no podemos olvidar el dato previo de que nuestra apuesta no acaba de ser del todo válida, mientras que la apuesta de Jesús ni la hemos probado, está sin estrenar. **¿Y si el Evangelio fuese verdad?**

Ahora bien, una cosa sí conviene decirlo ya: a lo mejor todo lo que Jesús dijo es un disparate y sencillamente estaba loco, pero lo que nunca podremos echarle en cara es que su apuesta por la felicidad sea “Evasiva”, porque clava dicha apuesta en aquello que consideramos que la harían imposible: la pobreza, el dolor, el hambre... Y en efecto, la pobreza, el sufrimiento, el llanto, el hambre,... todas esas cosas están a nuestro alrededor, que, a veces, nos amenazan y, lo que es peor, son realidad para millones de personas. Y la manía de todos y de cada uno es creernos que cuando se consiga eliminar todo eso de la vida, se conseguirá la felicidad. Pero parece ser que esa eliminación no acaba de lograrse, y, lo que es peor, de darse nunca la podremos asegurar. Esto es un dato importante que no conviene olvidar. El Evangelio, al parecer, no deja de lado a esa realidad que a veces no sabemos qué hacer con ella, pero que se nos impone.

Esto es lo que vamos a tratar de ver a lo largo de estas jornadas: ver si Jesús estaba loco, o nosotros estamos tontos. ¿Podemos seguir hablando de felicidad, *Bienaventuranza*, sin salirnos de la realidad, sin soñar? Esto es lo que va a intentar el Evangelio. ¿Tendrá razón? Por lo menos vamos a preguntárnoslo. A lo mejor el Evangelio lo tenemos sin estrenar, lo conservamos como un regalo valioso, pero envuelto, como ahora hacemos con los regalos, lacito incluido. Intentemos “desenvolver” este regalo tan apreciado “teóricamente”, pero tan ausente de nuestra vida., porque **¡a lo mejor el Evangelio es verdad!**

Para llevar a cabo esta tarea de quitar el “papel de regalo” al Evangelio, y que éste pueda ser lo que todo regalo debe ser, sorpresa, vamos a **“colgar la fe”** durante los días que dure esta exposición, que no es lo mismo que tirarla a la papelera. Vamos a no dar nada por supuesto, y a hacernos a lo largo de estos días las dos preguntas en las que todo el Evangelio está enmarcado.

En efecto, todo el Evangelio está enmarcado en dos grandes preguntas:

¿QUÉ NOS PARECE? y ¿LO QUIERES?

Si nos fijamos bien, todas las parábolas están planteando estas dos preguntas. Es decir, Jesús fue por la vida haciendo estas dos preguntas. Ha sido la oferta más limpia que se ha hecho en la Historia, porque van dirigidas a las dos coordenadas que nos definen como personas: la **INTELIGENCIA** y la **LIBERTAD**.

Por tanto el planteamiento que os propongo es el siguiente: quisiera que a partir de este momento prescindiésemos de todos nuestros supuestos. En estos días vamos a intentar estrenar la vida. No a estrenarla en el sentido de que no hayamos vivido hasta ahora. Al revés, hemos de llevar con nosotros toda la experiencia que tengamos de nuestra vida, sin dejar nada fuera, pero vamos a preguntarnos **qué nos parecen** esas experiencias tan “nuestras”, pero de las que hemos querido, en muchas ocasiones, huir, vistas desde la perspectiva que el Evangelio nos plantea desde las Bienaventuranzas. Vamos a preguntarnos por primera vez lo

de **¿qué nos parece?** y si tenemos valor, **“si queremos”**. En este sentido a lo mejor podemos “estrenar” la vida.

¿Por qué podemos hacer este planteamiento? Porque las Bienaventuranzas no son algo sobrenatural, sino lo más profundo del ser humano, lo que toda persona está buscando a tientas sin saberlo. Y he dicho *toda persona*, porque es para todos: creyentes, no creyentes, hombres, mujeres, jóvenes, viejos, de una cultura o de otra. El Evangelio es para *“toda criatura”* (Mateo 28, 19). Más aún, si el Evangelio fue anunciado desde estas dos preguntas, o es verdad en la realidad, o sencillamente es mentira. Esto es lo que hemos de plantearnos estos días: si el Evangelio es verdad y merece, por tanto, la pena responderle con un sí.

Por tanto, **¿cómo acercarnos?** Pues como hemos dicho, quitar, desprender todas nuestras seguridades, todos nuestros supuestos. Vamos limpiamente a dejar que se nos pregunte sencillamente qué nos parece la vida desde esta oferta, posiblemente sin estrenar...

S. Ignacio usa una palabra cuando empieza a hablar de la contemplación: *‘reflectir’*, para sacar provecho. Algunos han dicho que este “reflectir” es sinónimo *reflexionar*. Sin embargo para S. Ignacio “reflexionar” es *discurrir con el entendimiento*. En efecto “reflectir” nunca lo utiliza en las meditaciones de tres potencias, y sí aparece en las contemplaciones y en la aplicación de sentidos. Es decir, en ejercicios que lo único que requieren es nuestra presencia pasiva, dejando que la realidad nos toque sin manipulación alguna.

En un diccionario del 1.736 encontré la siguiente definición de *“reflectir = el hecho de reflejarse el rayo de luz en el cuerpo opaco”*. Por tanto, *reflectir* es algo tan simple como dejar que se refleje en mí eso que está ocurriendo delante de mí. No manipularlo. Toda reflexión siempre será una manipulación. A lo mejor muy acertada, a lo mejor me aclara cosas, pero aquí vamos a ver si sencillamente nos dejamos ‘tocar’ por realidades, porque el Evangelio son cachitos de realidad, no ideas, que sin duda las podemos sacar, pero lo que se nos dio en el Evangelio fueron trozos de vida, peripecias del ser humano y que preguntan *¿qué os parecen?, ¿qué os dicen?* Con estas preguntas pretende despertar en nosotros lo más sano, lo más espontáneo de nuestro ser, no nuestro mundo de justificaciones.

Y es que las Bienaventuranzas no son algo “sobrenatural”, sino todo lo contrario: lo más profundo del ser humano, de todo ser humano. Ya hemos dicho que el Evangelio no nos saca de la realidad, sino que se nos entrega a través de ella. Para confirmar esto vamos a traer una cita que enmarcará a lo largo de estos días todas nuestras búsquedas y que nos recuerda lo central que es en la fe cristiana el hecho de la Encarnación (Juan 4, 1). Por tanto, un texto escrito al final de la revelación que recoge experiencias de la primera comunidad cristiana y avisa de las ofuscaciones que han podido darse nos dice: *Queridos, no os fiéis de cualquier espíritu, sino examinad si los espíritus vienen de Dios* (el ser humano necesita de “espíritus” al no nacer “programado” por un instinto como los animales. No los llamará espíritus, pero siempre necesita apoyarse en algo que le dinamice, sea creyente o no, eso es lo de menos), *pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios*.

Parémonos aquí. ¿Qué significa carne? En boca del propio Jesús, carne es debilidad (cf. Oración en el huerto: *“El espíritu está pronto, pero la carne es débil”* (Mateo 26, 41). En efecto, cuando tenemos “espíritu” nos comemos el mundo, pero cuando dice la carne. “aquí estoy yo” se te caen los palos de los sombreros. Es decir, nuestra fe debe confesar a un Jesús venido en debilidad, en eso que nos desconcierta, que nos descoloca, que no sabemos qué

hacer cuando se nos presenta en la vida. Pero sigamos con nuestra cita: “*y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios*”. Ahora bien, existe otra variante, que es la que usa la Vulgata (cf. Biblia de Jerusalén en nota a pie de página) que dice: “*y todo espíritu que deshace a Jesús, no es de Dios*”. Cuántas veces lo que hacemos es deshacer a Jesús: “tú p’arriba, no te metas aquí abajo”. Eso no es de Dios. A Jesús tenemos que confesarlo “hecho carne”, no “deshecho”. El Espíritu en el Nuevo Testamento es una flecha que mira hacia abajo, no hacia arriba. Es en esta realidad que nos desconcierta, que nos desborda, que nos asombra, donde tenemos que buscar a Dios y **donde nos jugamos nuestra felicidad**.

Y es que tenemos que tener presente que el Evangelio no sólo nos objetiva, sino que nos espera en la realidad. Veamos lo que queremos decir con una parábola que empiece precisamente por la frase que más debemos repetirnos en esos días: **¿QUÉ OS PARECE?**

En (Mateo 21, 28-31) se nos cuenta la siguiente historia: “*Pero ¿qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Llegándose al primero, le dijo: ‘Hijo, vete hoy a trabajar en la viña’. Y él le respondió: ‘No quiero’, pero después se arrepintió y fue. Llegose luego al segundo, y le dijo lo mismo. Y él respondió: ‘Sí, señor’, y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? ‘El primero’, contestaron. Díceles Jesús: ‘En verdad os digo, los publicanos y las ramera llegan antes que vosotros al Reino de Dios...’*” Lo que Jesús pregunta es quién hizo la voluntad del padre, no lo que dijo cada uno, o, lo que sería lo mismo, su “intención”, su “buena voluntad”. ¡Y resulta que fue el que dijo que no! Podemos pasarnos la vida enviando gente a la viña y no saber siquiera dónde está la viña.

Es decir, según el Evangelio, se nos va a preguntar si hemos ido a la viña, no qué intención teníamos. Se nos espera en la realidad, en lo objetivo. Y en nuestra cultura hemos magnificado lo subjetivo, creyendo que la buena voluntad asegura el resultado o, lo que es peor, lo disculpa. Tenemos que responsabilizarnos de todo el proceso. Qué duda cabe que si uno tiene “malas intenciones” la cosa se complica y no saldrá nada bueno, pero el que tenga las “buenas” no quiere decir que ya esté asegurado que el bien va a salir adelante.

Esto ¿qué quiere decir? Que debemos movernos en niveles “*objetivos*”, y no refugiarnos en los “*subjetivos*”. Suponeros que yo os confieso lo siguiente: ‘Mirad, me siento hermano de todos los hombres’, y estoy sinceramente convencido de ello. Además, cuando decimos una generalidad de este tipo, una cursilada de este calibre, normalmente cerramos los ojos... Señal de que con los ojos abiertos no podríamos decirla por la cara que pondrían los que nos escuchan....

He puesto este ejemplo porque va a tener su importancia de cara a las Bienaventuranzas. Cada una de ellas va a tocar un problema que afecta a toda persona y va a avisarnos de las tentaciones que dicho problema lleva consigo, para posibilitar objetivamente la fraternidad. Es decir, va a desenmascarar mecanismos, a veces inconscientes (ya sean trampas, miedos,...) que imposibilitan el que podamos realmente ser hermanos. Porque la fraternidad en el Evangelio es un problema real, no subjetivo.

El problema de mi fraternidad, de si realmente soy hermano de todos los hombres, no es lo que yo sienta en mi corazón, sino que el problema real es que los demás se puedan sentir hermanos míos cuando se crucen conmigo. Aquí es donde me juego la fraternidad: ¿qué le importa al otro que yo en mi “corazoncito” lo sienta como hermano, si él me ve como un erizo? Esto es un problema de objetividad: **¿Hemos ido a la viña?**

Vamos, pues, a empezar estos días de reflexión con esta disposición: olvidarnos de todo y ante las propuestas del Evangelio preguntarnos **¿qué nos parece?** No demos nada por supuesto. A lo mejor, estamos mandando gente a la viña y no sabemos ni dónde está la viña. Vamos a preguntarnos por nuestra fe, y, si es necesario, disponernos a estrenarla.

Hace años, en unas “**Jornadas Fe-Justicia**” que tuvimos los jesuitas de todo el Estado, entre los numerosos papeles que se reparten en esos acontecimientos y en los que siempre aparecen, como es lógico, el lema de las Jornadas, se nos entregó un documento que contenía la siguiente errata: “**Jornadas Fe-Justica**”. No nos vaya a pasar a nosotros algo parecido, y creernos que nuestra vida está encabezada por la Fe-Justicia, cuando en realidad lo que hay es una **FE-JUSTICA**.

Tras la exposición de cada Bienaventuranza, a modo de conclusión, anotaremos unas conclusiones cuya finalidad no es más que nos ayuden a **entender mejor** el contenido de las mismas.

Al final de cada Bienaventuranza voy a transcribir dos poemas y la foto de una figura de arcilla. Y explico su origen. Uno de los poemas irá junto a la foto, porque están hechos por la misma persona, **Marjolín**, una muchacha holandesa que agosto del año 1997 asistió a unas Bienaventuranzas que tuvimos en Madrid. El otro lo escribió **Anunciación Jiménez**, Hermanita de la Asunción, en unas Bienaventuranzas en agosto de 1988. El primer poema con la figura expresan la reacción primera de nuestra naturaleza ante la apuesta de la Bienaventuranza. El segundo, el gozoso descubrimiento de su mensaje liberador. Ambos pueden ofrecernos una sorprendente síntesis de la apuesta de cada Bienaventuranza.

Primera Bienaventuranza

“Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos” (Mateo 5, 3)

Cada Bienaventuranza viene a tocar un problema que afecta a toda persona. Dicho problema no es precisamente algo secundario, sino algo que toda persona tiene planteado y a lo que tendrá que darle respuesta, o bien la que él ha decidido o bien porque se la han impuesto, pero no se va a quedar sin ella. ¡Y no es lo mismo que sea una u otra! Es decir, el problema que toca cada Bienaventuranza es irrenunciable, está presente en la vida de toda persona y nadie puede evadirse de él.

Años atrás, cuando había pintadas por todas partes, en todas las ciudades por donde pasé me encontré con una de los Anarquistas muy ingeniosa, como todas las suyas, pero que en este caso no tenía ningún sentido y que decía: **“Que se pare el mundo que me quiero apear”**. Supongamos que podemos “pararlo”, pero... ¿dónde ponemos el pie?

No podemos “apearnos” de los problemas que lleva consigo nuestra realidad humana. Están presentes en todo ser humano y al ser tan fundamentales, en la respuesta que se les dé estará en juego, de alguna manera, lo que veíamos como telón de fondo de las Bienaventuranzas: el hombre está llamado a ser feliz, debe encontrar un sentido a su vida, algo que le llene, que le merezca la pena. Si la respuesta que se da a cada uno de estos problemas no es “acertada”, difícilmente nos realizaremos. Este es el reto que nos plantean las Bienaventuranzas.

Pues bien, *el problema de esta primera Bienaventuranza es nuestra relación con los bienes, con la riqueza.*

La riqueza en sí es un bien siempre. Por ejemplo, un país desertizado es un país que termina por convertirse en desolación. Allí no puede vivir nadie. La ausencia de riqueza y, sobre todo, la imposibilidad de crearla, hace que aquello se convierta en un desierto, que sea imposible la vida. Por tanto, la riqueza, en cuanto tal, es un bien. El que hayamos podido desayunar esta mañana es más riqueza que si no hubiésemos podido desayunar; pero si tampoco pudiésemos comer, seríamos más pobres todavía, pero este discurso sobre la “pobreza” pronto se acabaría. No seamos, pues, tan simples en nuestras reflexiones sobre la **pobreza evangélica**. La riqueza, en sí misma, es un bien, y el reto de esta Bienaventuranza no podemos reducirlo a un callejón sin salida.

Vamos, pues, a aproximarnos a este problema fundamental del ser humano desde el Evangelio, pues ahí es donde podremos descubrir qué quiere decir esta Bienaventuranza al asegurar **Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos**. Apliquemos, pues, el método que nos hemos propuesto, viendo en una primera parte cómo Jesús vivió esta relación con los “bienes” (**la riqueza**) y, sobre todo, qué dijo; para preguntarnos **qué nos parece** y, después, plantearnos el **si queremos..**

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA RIQUEZA – POBREZA

1. Cómo vivió Jesús la pobreza

El comienzo de la vida de Jesús ya plantea interrogantes de cara a este problema. Podemos decir que tuvo mala suerte con las circunstancias que rodearon su nacimiento: que si el censo, que si la precipitación, que si llegaron tarde,... En definitiva podemos concluir que fue una mala “programación”... (cf. Lucas 2,1-7).

Hay algo que siempre me ha impresionado al llegar la Navidad: la costumbre de hacer nacimientos, costumbre que ha llegado a convertirse hasta en “concursos”. Pues bien, en estos “nacimientos” destacamos el **Misterio**, aunque todos sabemos que los “personajes” que están dentro del “portal” tenían el mismo “tamaño” que las demás figuras. Pero lo sorprendente es que, a la hora de seleccionar las “figuras”, no queda excluida ninguna: una mujer lavando en el río, un hombre arando, (¡un “tío” haciendo sus “necesidades”!)... Nada que sea real, nada cotidiano, queda al margen. El nacimiento de aquel niño es un acontecimiento más de los que en aquel momento se estaban dando, (¡los “ángeles” se aparecen a los pastores, no a los vecinos de Belén!), y lo único que lo cualifica son las circunstancias. “...y le acostó en el pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento...”. ¡Esto es lo que nos sorprende!

Pero no sólo a nosotros. Imaginemos brevemente lo que allí ocurrió y preguntémonos qué nos parece. En efecto, todo el mundo se enteró, cuando llegó este joven matrimonio a Belén, que habían tenido que meterse en aquella “cuadra” para animales y, por otro lado, todos se fijaron en que ella estaba embarazada. Cuando se corrió la noticia de que había dado a luz y que seguían en aquel lugar, acudirían las vecinas a llevarles algo: una gallina que su caldo es bueno para las “recién parías”, pañales, etc., y los que ni se diesen por aludidos se les consideraría como gente sin corazón. Por tanto, las figuras que nuestra imaginación coloca aproximándose al “portal” fueron reales, pero ¿por qué?

Y aquí es donde tenemos que preguntarnos por primera vez el ¿qué nos parece? A primera vista puede parecernos algo vergonzoso que el “Esperado de todos los tiempos” naciese en unas circunstancias tan “indignas”, y es para “exigir” al “encargado” de programar el acontecimiento su “dimisión”, aunque fuese el mismo Espíritu Santo. Sin embargo, si caemos en la cuenta, naciendo en estas circunstancias **suscitó alrededor lo mejorcito que hay en el corazón humano**, sin necesidad de “ángeles”. Si hubiese nacido en la casa más rica del pueblo, tan sólo habría suscitado indiferencia, cuando no envidia. Es decir, Dios se hace **carne** de la única forma en que objetivamente se despierta en nuestro corazón lo mejor de nosotros mismos. Parece, pues, que fue un acierto el entrar así en la historia.

Pero es que, después, toda su vida se la pasa en Nazaret. ¿Qué se sabe de ese pueblo llamado Nazaret? Juan 1,46 (dato muy importante, porque es indirecto), recoge la respuesta de Natanael a Felipe. Cuando éste, muy entusiasmado, le dice que han encontrado al Mesías, Natanael responde con toda espontaneidad: “*¿De Nazaret puede salir algo bueno?*”. Y el tal Natanael no era un “bocazas”, pues es de los pocos personajes que en el Evangelio reciben un elogio explícito del mismo Jesús: “*Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño*” (Juan 1, 47). ¡Cómo serían los de Nazaret!

De hecho, brutos, eran. La reacción del pueblo entero que nos describe Lucas en el capítulo cuarto de su Evangelio no puede ser más llamativa. La referencia a “*la viuda de Sarepta*”, con el dicho de “*médico, cúrate a ti mismo*”, y su conclusión de que “*ningún profeta es bien recibido en su patria*”, no es para desencadenar una reacción como la que describe el evangelista: “*y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle*” (Lucas 4, 29). Pues bien, ahí se crió y vivió toda su vida, hasta el punto que va a ser el título que le va acompañar hasta la cruz, y acompañará su nombre a lo largo de la historia: **JESÚS DE NAZARET**.

Traslademos este dato a nuestro contexto y observaremos hasta qué punto la salida de Natanael se sigue dando entre nosotros con bastante frecuencia. Los que vivan en grandes ciudades en las que existan barrios conflictivos, los que allí viven siempre tienen problemas al buscar trabajo. ¡Cuántas chicas de estos barrios que buscan “horas” en una “casa bien”, encuentran como respuesta: *Ya le avisaremos*, aviso que nunca llega!

Es decir, Jesús, no sólo nació en unas circunstancias “vergonzosas”, sino sobre todo, vivió toda su vida en un contexto sociológico no “recomendable”. Podríamos decir, con razón, que el “asesor de imagen” de Jesús fue un desastre. Su *curriculum* sólo le aseguraba el desprestigio. Y esto se refleja, por ejemplo en Marcos 6,3. Allí se admiran los “normales” de su pueblo: “*¿de dónde le viene a éste esa sabiduría...?*” Jesús había pasado como un cualquiera, tan cualquiera que cuando empiezan a decir *maravillas* de él, sus conocidos reaccionaban como nosotros en casos parecidos: “oye, ¿sabes tú que fulanito es una eminencia?”... “Bah, una eminencia... si lo conoceré yo”.

Seguro que muchos de sus vecinos lo que pensaban era lo mismo: “¿de dónde va a sacar éste las cosas extraordinarias, si nunca ha salido de aquí? Éste es tan zoquete como nosotros. Aquí nadie ha tenido la más mínima oportunidad. ¿Qué cultivo ha tenido?... Sus padres desaprovecharon la ocasión cuando se quedaron deslumbrados por el niño allí en el Templo. Pero se lo trajeron... ¡Hombre, dale una beca y que saque algo decente!”... Porque era “indecente” no haber salido nunca de Nazaret. La salida espontánea de Natanael nos revela algo muy importante para comprender las Bienaventuranzas: **Jesús fue un cualquiera de un pueblo sospechoso**.

Ya en la vida pública, uno que quiere seguir a Jesús se encuentra con esta respuesta: (Mateo 8,19-20) “*Y un escriba se acercó y le dijo: «Maestro, te seguiré adondequiera que vayas.» Dícele Jesús: «Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»*”. Las expectativas “lucrativas” se vienen abajo.

Una primera conclusión de lo que llevamos visto de la vida de Jesús es que **fue pobre**, no que **optó por los pobres**. Si no hubiese sido pobre, ¿habría podido decir lo que dijo? ¿Nos imaginamos un Jesús a caballo, con “pecho de lata”, una espada...? ¿Su mensaje hubiese interrogado a todo el mundo? Sin embargo, todos se sienten interrogados por el Evangelio. Y es que **el lugar más bajo es el más universal**. A lo largo de estos días iremos cayendo en la cuenta hasta qué punto esto es verdad.

En la medida en que uno va subiendo escalones, de riqueza, o también de cultura, serán menos los que lo escuchen y entiendan, y cuando llega a todo lo alto está solo. Lo más universal, lo más válido, lo más liberador... lo único que puede darnos acceso a la verdad, y no al cuento, es lo más bajo. Con qué cinismo desde el Primer Mundo lanzamos consignas

teóricas al Tercero y nos “solidarizamos” con él, no estando dispuestos a reducir en lo más mínimo nuestro derroche y nuestros sutiles mecanismos de extorsión... Nuestra solidaridad es un cuento porque la entendemos con *mando a distancia*, como veremos en la 3ª Bienaventuranza. Sólo en la medida en que asumamos la realidad del otro, en que hablemos desde abajo, podremos decir algo al hombre de hoy, al hombre de siempre, porque el Evangelio no pudo ser anunciado por una persona bien situada, con todo resuelto.

En el Primer Mundo nos hemos inventado la ‘opción por los pobres’. (Lo único bueno que tiene la frase es que no la entienden ni siquiera los mismos pobres. Nunca han usado la palabra “optar”. ¡Y que no la cambien! El día que se enterasen, nos sacarían los colores). En efecto, convencidos de su “autenticidad”, el único alcance que tiene es ponernos tantas condecoraciones, que nos falta pechera para colgarnos medallas, mientras al mismo tiempo vivimos sin que nos falte nada, y lo que es peor, derrochando.

Jesús no optó por los pobres, sino que fue pobre.

Optó por el ser humano, por todo ser humano.

Ya lo veremos, pero desde los pobres, siendo uno de ellos.

Resumiendo, la manera de estar Jesús frente a los bienes (la riqueza) fue desde lo más bajo, como uno de tantos y situado en el desprestigio sociológico. Es decir, esta fue su forma de relacionarse con la riqueza, pero, ¿qué dijo de ella?

2. Qué dijo Jesús sobre la riqueza

Problema al que hay que dar una respuesta: ¿Qué hacemos con una riqueza que necesitamos? ¿Cómo estamos frente a unos bienes que no podemos prescindir de ellos? Porque vivimos gracias a que los tenemos, gracias a que me puedo vestir, a que puedo comer,... Todo eso supone riqueza. Lo problemático de la riqueza es que no podemos renunciar a ella sin más, pues la necesitamos.

A lo largo de estos días vamos a ir trabajando numerosas citas y debemos acercarnos a ellas como dijimos en la **Introducción**, no para elucubrar sobre ellas como si se tratase de ideas profundas, sino como lo que son: trozos de vida real en cuyo trasfondo están latiendo las dos preguntas que ayer decíamos atravesaban todo el Evangelio: ¿qué os parece? y, si quieres... Son los dos interrogantes que hemos de tener como telón de fondo estos ocho días, prescindiendo de que Jesús es el Hijo de Dios, de la fe,... sólo vamos a preguntarnos qué nos parece, y si nos parece bien, si queremos..

Las citas las agruparemos en dos bloques: en el primero, el más extenso, recogeremos aquellas en las que se nos avisa muy seriamente que **la riqueza** en cuanto acumulación (no en cuanto riqueza -bienes para la vida-), **es un peligro, una trampa, una tentación**; en un segundo grupo recogeremos las que presentan la **pobreza** como un lugar privilegiado de encuentro con el Espíritu.

2. 1. La riqueza, en cuanto acumulación, como tentación y peligro

Y aquí conviene hacer una observación. Somos pura tentación. Si de repente desapareciese de nosotros toda posibilidad de tentación había que llamar al médico. En el Padrenuestro no pedimos a Dios que nos quite las tentaciones, sino que *no nos deje caer en la tentación*, que no es lo mismo. El hecho de tener tentaciones entra pues dentro de la

experiencia humana. El problema es, por lo visto, caer en ellas. .

(Mateo 4, 8-10). Es la tercera tentación de Jesús en el desierto: *“Todavía le lleva consigo el diablo a un monte muy alto, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: «Todo esto te daré si postrándote me adoras.»* De suyo, la propuesta, desde un punto de vista lógico, es absurda. Uno diría: “¿Y yo, para qué quiero tanto?”. En efecto, el ser humano necesita poquísimos para vivir. Suponeros que os pido que imaginéis lo mínimo necesario para vivir. Pues bien, por muy poco que imaginaseis, seguro que es mucho menos. Sin embargo la insaciabilidad de nuestra ambición es permanente. Esta “insaciabilidad” será importante en otras dimensiones de nuestra vida, pero en el tema que nos ocupa -el poseer, el acumular -, es patológica y puede llevar a consecuencias trágicas. Luego veremos en qué se puede apoyar esta absurda dinámica de acumular lo que ni podremos consumir ni disfrutar siquiera.

Pues bien, a esta propuesta Jesús responde: *«Apártate, Satanás, porque está escrito: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto»*”. Es decir, esta acumulación, esta tendencia al acaparamiento, esto que después Jesús va a denominar **codicia**, esta dinámica absurda, -una vez que he conseguido algo ya estoy pensando en por qué no tener más-, la proponía el “tentador” como un *postrarse y adorar*. Jesús va a responder a estos verbos. Es decir, Jesús interpreta este ofrecimiento como una alternativa a su fe israelita, a su fe monoteísta. El ser humano sólo puede postrarse y adorar al único Dios. Caer pues en esta trampa es para Jesús ir contra el primer mandamiento de la ley: *Al Señor tu Dios, adorarás, y a él sólo darás culto*.

Por tanto, la tentación está en que esa alucinación del acumular, del tener más, que percibimos en nosotros de forma compulsiva, es una adoración, un dar culto. Quizás nos parezca un poco desmesurada esta respuesta. Veamos, pues, cómo Jesús nos va desmenuzando esta tentación.

Y vamos a un texto más cercano a nuestra realidad cotidiana. Es muy interesante descubrir, y lo iremos destacando, cómo el Evangelio, todo él, va enganchado a la realidad. Veamos lo que nos dice (Lucas 12, 13-31): *“Uno de la gente le dijo: ‘Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo’. Y él respondió: ¡Hombre! ¿Quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?”* Es decir, “¿es que yo soy abogado, o notario, para repartir herencias? ¿Tú no sabes que yo soy de Nazaret?...” Pero ya que ha salido el tema de la herencia, Jesús aprovecha: *“Y les dijo: Mirad y guardaos de toda codicia”*, no dice de toda “riqueza”, sino de esa dinámica que existe en cada uno de nosotros, nos guste o no, y que provoca la acumulación.

Dice Freud, que no tenía un pelo de tonto, que el dinero tiene para el ser humano una ‘*dimensión libidinosa*’: que se nos van los ojos detrás del “billete”. Va uno por la calle y se encuentra un billete de quinientos euros tirado... ¿seríamos capaces de darle una patada y seguir andando? No podemos remediarlo y lo recogemos... aunque sea para ‘hacer un donativo a los chinitos’, pero eso no se queda ahí... ¡no podemos dejarlo ahí! Y constatemos algo importante: esto tiene que ver con lo humano, no con lo “sobrenatural”... Jesús da por supuesto que la codicia la llevamos incorporada, es una “tentación” permanente, con la que tenemos que tener cuidado: *mirad y guardaos de toda codicia*.

Y sigue Jesús desenmascarando: *“porque, aún en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes”*. El problema básico del ser humano es, sin duda, la ‘seguridad’, ¡y más en el Primer Mundo! En efecto, la seguridad ha sido la primera necesidad

psicológica que hemos tenido al nacer. Si un niño no se ha sentido seguro, luego va a tener serios problemas en su personalidad. Esa ‘seguridad’ que en la infancia depositamos en nuestros padres, seguimos buscándola, y lo que es más importante, poniéndola en algo.

Ocurre algo curioso en el Evangelio y que iremos destacando. Cosas que Jesús dijo, posiblemente ahora, en nuestro Primer Mundo, estamos más capacitados y con mayores datos para caer en la cuenta, hasta qué punto eran verdad... Quizás los de su tiempo -¡y nosotros hace 40 años!- ni se ‘olían la tostada’. Y es que Jesús no tenía un pelo de tonto. Jesús veía con mucho más agudeza dónde llevaban ciertas dinámicas de la persona humana que entonces no tenían tantas posibilidades como ahora (por ejemplo: ¿qué posibilidades de acumular, de consumir tenían entonces?) y, sin embargo, detectaba lo que podía ser un riesgo, una tentación, que pusiese en peligro a la persona en cuanto tal.

Todos denunciemos el consumo, pero todos estamos enganchados a él y el mismo sistema económico depende de que seamos fieles a este reclamo. Pero ahora quiero fijarme en una consecuencia: consumimos cosas tan útiles que llegan a suplirnos. En este sentido podemos decir que en el Primer Mundo estamos convirtiéndonos en ‘seres protésicos’. Cada vez más tontos, más torpes, más inválidos, olvidamos que tenemos inteligencia, imaginación, manos, pies,... No los necesitamos, porque nuestras ‘prótesis’ nos suplen... Suelo decir que el hombre de nuestro Primer Mundo se ahoga, no ya en un “vaso de agua”, sino en un “plato llano de agua”. Yo no sé cómo caemos, cómo ponemos la nariz y la boca..., pero ahí nos ahogamos.

Un año, al terminar la vendimia, la familia con la que trabajaba, amiga mía, decidí arreglar la cocina. Hubo que vaciar toda la cocina: la hornilla en un rincón del comedor, el calentador quitado, la lavadora también... La familia estaba compuesta del matrimonio y nueve hijos, pero, para colmo la madre estaba embarazada y a punto de dar a luz. Pues bien, a media mañana voy al servicio y me la encuentro de rodillas delante de la bañera lavando un montón de ropa, con agua fría, como es natural (¡y estábamos en noviembre!). Ante mi sorpresa, me contesta, “y qué le iba a hacer, Adolfo. Si lo dejo nos come la mierda...” Al día siguiente comenta a la hora de la comida: “He estado en el médico, y me ha dicho que el embarazo va bien, pero si la semana que viene no estoy ya de parto tendrán que provocarlo. Por cierto, que me ha preguntado que si estoy apurada”. ¿Y tú qué le has contestado? - intervengo yo. “Pues que por qué iba a estarlo”... (¡Sin comentario!).

Y vamos con otro caso que puede darnos luz para tomar conciencia de hasta qué punto los “logros” indiscutibles de nuestro Primer Mundo pueden anularnos, en vez de potenciarnos. Estábamos vendimiando en un pueblo de la Mancha, y vivíamos dos matrimonios gitanos y yo en una casita que no tenía ni agua ni luz ni servicios. Un día, al volver del trabajo nos encontramos con que se había ido la luz en el pueblo. Después de lavarme un poco fui a la tienda a comprar algo para el bocadillo del día siguiente. El tendero había puesto dos velas en el mostrador. Aquello estaba medio a oscuras. Todos quejándose de que no podrían ver la película de la TV, que si el congelador,... De repente oigo la voz de uno de los gitanos con los que compartía la casa, el Bolín, que dice: ‘pues a nosotros no se nos ha ido la luz’ (¡porque no la teníamos...!). Como dice **Iván Illich** en su libro “La convivencialidad”, *“esta sociedad hace cada vez cosas más útiles para gente más inútil”*.

Pues bien, después de estas dos anécdotas podemos entender mejor el aviso de Jesús a propósito de la **codicia**: ‘la vida del hombre no está asegurada por sus bienes’. Por mucho que yo pueda tener, no tengo asegurada mi vida. ¡Eso es evidente! Pero es que a lo mejor me

convierto en un ser más frágil, más dependiente: **protésico**.

Y sigue Jesús: “Y les dijo una parábola: «Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: "¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?". Y dijo: "Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea". ¡Toma ya: date la vida padre! “Pero Dios le dijo: ¡Necio!, esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?””.

En un velatorio de gente sencilla, siempre sale el comentario: ‘Es lo mejor que Dios ha hecho: todos nacemos en cueros, y nos vamos sin nada’... lo que es muy cierto. ¿De qué nos sirve todo lo que acumulamos? ¡Porque no está asegurada la vida con la hacienda! Y esto es evidente. Por eso puede preguntar: ¿qué os parece?

Esta constatación pone en cuestión toda una vida basada en la codicia y en la acumulación. Por eso Jesús comenta que la reacción de Dios no se remite a los niveles de “moralidad”, sino de “estupidez” del ser humano: la calificación que merece esta actitud en la vida es la de *necedad*. Así pues, es necio *quien acumula tesoros para sí, y no se enriquece en orden a Dios*.

Justo después de esta advertencia a que tengamos cuidado con la **codicia**, sigue Jesús: “Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?...”

Es importante no aislar los distintos párrafos del Evangelio, pues podemos convertir algo profundo en una majadería. Tal es el caso del párrafo que hemos empezado a citar y que en las distintas ediciones de la Biblia viene titulado como “Abandono en la Providencia”. ¡Este párrafo no está aislado de la problemática de sobre la codicia! **Por eso os digo**. Sería una estupidez, por no decir una crueldad, decir a unas personas que no tienen qué llevarse a la boca que no les preocupe “qué comeréis... ni con qué os vestiréis”. Es la primera preocupación, la más urgente que tienen. Y es que este párrafo es un comentario a la necedad de la “codicia” que no puede “asegurar la vida”

Una de las muchas cosas que debo a mi larga convivencia con los gitanos es lo mucho que me han enseñado en este asunto. Siempre me impresionaba cuando iba en busca de alguien y me decían con toda naturalidad: ‘no está, ha ido a buscarse la vida’. Es decir ellos no la tenían asegurada, y eran capaces de vivir contentos. Luego se puede vivir sin estar preocupados por cómo aseguro yo mi vida... Curiosamente, lo que pedimos en el Padrenuestro es “*el pan nuestro de cada día, dánosle hoy*”, no que nos lo ‘asegure’... A lo mejor nos apoyamos más de la cuenta en cosas, y cuando nos apoyamos en algo que no es el Dios vivo, nos ‘preocupamos’...

En este contexto puede darnos luz lo que Juan, conserje de la Escuela de Maestría de Granada, un hombre “sabio”, me decía: “El dinero, debe ser como los zapatos: **justico**.” Vas a comprarte unos zapatos, siempre te los pruebas, te pones de pie, intentas buscar distintas posturas para ver si se ajustan a tu pie, pues si te quedan grandes, salen ampollas e incluso si corres se te pueden salir; pero si te están pequeños, tenemos que tirarlos.

El dinero, claro que lo necesitamos, pero el “justito”, que cubra las necesidades elementales, pero sin que desencadene “alucinaciones” que llegan a angustiarme, al mismo tiempo que me encierran en mí mismo, provocando una auténtica “adoración” idolátrica, como veremos. Esta situación imposibilita la apertura a Dios y a los hermanos.

Mira por donde, uno de los papeles que debería tener el Evangelio en nuestro Primer Mundo es el de ‘desentontecernos’; lo hemos sobrenaturalizado tanto que todos lo perciben como algo del “otro mundo”, y nunca fue del “otro mundo”. ¿Acaso no tendríamos todos que escuchar que vale más la vida, la relación desinteresada con los demás, que la obsesión por acumular, por competir...? No son cosas “sobrenaturales” a las que nos está remitiendo; por eso puede preguntar qué nos parece. **¡A lo mejor, esto del evangelio es verdad!**

Y termina diciendo: *“Buscad primero el Reino de Dios y su Justicia* (el “Reino de Dios” empieza a estar presente entre nosotros cuando posibilitamos objetivamente la fraternidad desde la “justicia” y podemos fiarnos unos de otros) *y todas esas cosas se os darán por añadidura*”. (Cuando en un grupo humano hay confianza y no competitividad, la ayuda es recíproca y todo el mundo cuenta con ella: el “compartir” es espontáneo). Pero veamos lo que Mateo añade en este pasaje (Mateo 6, 36): *“Así que no os preocupéis del mañana”* (lo que más nos angustia, el futuro); *el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal.*” Es la renuncia a una “seguridad” que no es posible.

Si la riqueza en cuanto acumulación no nos puede dar la seguridad, la riqueza compartida si nos puede salvar. Veamos lo que plantea Jesús en (Lucas 16, 1-12): la parábola es “escandalosa”. El administrador alabado no tiene nada que envidiar a cualquier espabilado especulador financiero de nuestra época. Pero ¿por qué es alabado?; porque había obrado *astutamente*, *“pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz”*. Astucia es exactamente lo opuesto a necesidad, que es lo que nos estaba llamando en la cita de la “codicia”. ¡Hay que espabilarse! Y termina diciendo: *“Yo os digo: Haced amigos con el Dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las moradas eternas.”*

La frase no puede ser más clara: el Dinero, en cuanto acumulación, es injusto. La riqueza, hemos dicho, está para dar vida -no para pudrirse-; y da vida, compartiéndose. Este compartir tendrá numerosas concreciones, una de las cuales puede pasar por la necesidad de “capitalización” para posibilitar una infraestructura necesaria para potenciar el rendimiento y crear de este modo más riqueza que “repartir”. Pero el caso es que posibilite vida, no acumulación-escasez.

La llamada al espabilamiento con el “Dinero injusto”, tiene una especial aplicación a nuestra situación de Primer Mundo, en el que la riqueza tiene más una función ostentosa y derrochadora que humanizadora y de vida. Esto, por otro lado, está creando unas diferencias tan insultantes como ostentosas: el Primer Mundo es el gran **Escaparate** que el Tercer Mundo contempla, sencillamente porque el Primer Mundo necesita despertar unas “necesidades” alucinatorias en quienes no tienen satisfechas las vitales, para terminar de exprimirlos. Pero este fenómeno parasitario o de succión, como prefiramos llamarlo, crea una descompensación que termina reventando. El final que la carta de Santiago augura para los ricos, puede convertirse en una trágica previsión: *“... habéis engordado para el día de la matanza”* (cf. Santiago 5, 1- 6). ¡Más nos vale espabilarnos y hacernos amigos con el Dinero injusto, como hizo el administrador aquel, si queremos salvarnos!

El hombre está abierto al Absoluto, le guste o no le guste, lo acepte o no lo acepte. Y

si no se abre al Absoluto parece ser que absolutiza... y ¡tiene que absolutizar! Pero como aquello que absolutiza “tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye,...” le angustia intuir que “no por eso tiene asegurada su vida”, y necesitaría que alguien le dijese: ¡Necio! ¡Tonto!

La fe de Israel gira toda en torno a que ‘Yahvé es mi Roca’ (la roca es una imagen de seguridad, me puedo apoyar en ella). El problema es *dónde pongo mi seguridad*, porque parece ser que, donde uno pone su seguridad (tesoro), ahí es donde está su valor supremo (corazón), ahí es donde está su Dios: la ‘roca’ donde se apoya. Pues veamos cómo plantea Jesús este problema. Ahora nos vamos a enterar del alcance de la Tentación de Jesús en el desierto.

Lucas 16, 13: “*Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero*”.

Jesús nos ha dicho: más arriba que “con la abundancia de bienes (la acumulación) no tenemos asegurada la vida”; ahora nos dice que *no podemos servir a Dios y a las riquezas*. Es decir, por la “codicia” nos entregamos a acumular bienes, creyendo que con su abundancia aseguramos la vida y por otro lado, nuestra apertura a Dios pretende expresar que en él ponemos nuestra seguridad. Jesús con esta afirmación desenmascara este sin sentido: no se puede poner en dos sitios la propia seguridad.

En efecto ¿qué es aquello a lo que servimos? Lo que nos preocupa, que nos ‘ocupa’ la vida, que es nuestra obsesión, en una palabra, aquello en lo que ponemos nuestra seguridad. Por eso Jesús -que no tiene un pelo de tonto- usa el verbo “servir” en vez de “creer”. En vez de decir que no se puede ‘creer’ en Dios y en el dinero, dice que no se puede servir a estos dos señores. Si hubiese dicho que no se puede *creer* en Dios y en el Dinero, no nos hubiese extrañado, y estaríamos de acuerdo, pero al usar el verbo *servir* desenmascara trampas que no querríamos reconocer.

El sentido de servir en el Evangelio es de dedicación total. Recordemos el Salmo 123: “*A ti levanto mis ojos, tu que habitas en el cielo; míralos, como los ojos de los siervos en las manos de sus señores.*” ¿Cómo sabré a quién sirvo? Donde estén mis afanes, porque ahí es donde pongo mi seguridad y ¿dónde están mis seguridades? Donde estén mis obsesiones y mis preocupaciones. Si es en lo económico, tú te estás apoyando en lo económico: eso es tu ‘dios’.

Pero sigamos leyendo (Lucas 16, 14-15): “*Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos (muy creyentes), que eran amigos del dinero (¿nosotros no lo somos?), y se burlaban de él,*” (se cachondeaban de Jesús, y nosotros seguimos cachondeándonos de él). “*Y les dijo: Vosotros sois los que os las dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es estimable para los hombres, es abominable ante Dios*”.

Nos las damos de “creyentes” y al que estamos sirviendo es al dinero. Cultivamos una exquisita “vida espiritual”, pero nuestras preocupaciones están en las finanzas. Y aquí hay que traer un problema: el ateísmo de nuestro Primer Mundo.

Leyendo hace tiempo el artículo de un teólogo indio, de repente me encontré con la siguiente frase: “*Todo discurso sobre Dios debe partir del politeísmo*”. Me extrañó la frase leída desde un Primer Mundo en el que no se cree ni en “un sólo Dios”. Sin embargo seguí

leyendo y caí en la cuenta que aquello no sólo era válido para la India, donde hay muchas “religiones”, sino para aquí también. El ser humano no puede vivir sin ‘dioses’, porque como hemos visto, según Jesús, el dios del hombre es aquello en lo que pone su seguridad, en lo que se apoya. Lo de menos es el nombre que le pongamos a ese dios; lo importante es que en esa “realidad” a la que nos remitimos encontramos seguridad y aliciente en la vida hasta el punto de darle ‘sentido’.

Esto supuesto, el problema del hombre siempre ha sido y será el politeísmo (no el ateísmo): ¿dónde pone su seguridad? El problema es que ni se pregunta qué le parece, si aquello realmente le da seguridad, sentido... ¿Es roca firme o tiene los pies de barro? El dios Dinero ante el que se postra nuestra sociedad “desarrollada”, está pendiente de un hilo. La “Gran Economía” no tiene apoyo en sí misma.

Pero volviendo al problema del “ateísmo” del Primer Mundo, habría que decir que ¡menos mal que se confiesa ateo! La tragedia sería que se confesase “creyente”, sirviendo al dios-Dinero. ¡Nunca nos quejemos de eso! Únicamente, tengamos el valor, los que nos llamamos creyentes, de hacer una lista de nuestros dioses y ver hasta qué punto es verdad que creemos en el Dios vivo o más bien servimos y nos apoyamos en otras cosas que nunca se nos ocurrirá llamar dioses, pero son las que nos preocupan, por las que nos afanamos (servimos como esclavos), las que nos angustian cuando nos faltan o se tambalean.

Y ahí, en lo que te da sentido, lo que dinamiza tu vida, en lo que te apoyas, a lo que tú sirves y entregas tu vida, lo que te preocupa, ¡ése es tu dios!. Pero resulta que hay un sólo Dios verdadero. Esto es lo que plantea la fe judía: un Dios “verdadero” entre dioses “falsos”. El Antiguo Testamento siempre está hablando de dioses y el único Dios ni siquiera lo nombra... Y es que hay dioses “a espuestas”. El hombre es fabricante de dioses (**ídolos**) y continuamente tiene que estar **convirtiéndose** de los “ídolos” al Dios “vivo”. Nuestra tragedia de “creyentes” es, posiblemente, que sólo hablamos del Dios en el que “creemos”, y nunca nos preguntamos por los dioses a los que “servimos”.

Pero sigamos con el capítulo 16 de Lucas. Después de echarles en cara a los fariseos que se tienen por “justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones...” les dice lo siguiente: *“La Ley y los Profetas llegan hasta Juan, desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él”*. Este Reino de Dios requiere “esfuerzo” y nadie puede dar por supuesto que lo tiene asegurado, sino que hay que “entrar”.

Esto es lo que nos describe la célebre parábola del “rico Epulón y el pobre Lázaro”. (Lucas 16, 19-31): La situación de aquellos dos “creyentes” se desenmascara al final. Lázaro y el rico nos dramatizan sociológicamente la “necedad” del de los graneros. No sólo es un problema de despiste individual sin sentido, -¡lo que acumuló no le aseguró la vida!-, sino que en este caso se nos describe las consecuencias de esa acumulación: pudo banquetear y pasarlo bien, pero a su puerta yacía, cubierto de llagas, el pobre. Es la situación dramática de nuestro Primer Mundo, a la puerta un Tercer Mundo deseando “hartarse de lo que caía de la mesa” de nuestro “desarrollo”. El final no es nada halagüeño para el rico. Es decir, no sólo no le aseguraron la vida, sino que las consecuencias no quedaron ahí.

Sólo quiero fijarme en dos detalles de la parábola: el ‘abismo’ que los separa y que es infranqueable. De hecho ya lo era en vida: el pobre no podía atravesar aquel “portal en el que yacía cubierto de llagas”. Ahora aquella situación se perpetua al revés: *“Hijo, recuerda que*

recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tu atormentado.” Sorprende que lo llame “hijo”, pero esta denominación concuerda con las “Malaventuranzas” de Lucas. Allí no dice “malditos vosotros los ricos”, sino *¡Ay de vosotros los ricos!* Es un grito de angustia. A Dios Padre le duele la estupidez y perdición del rico.

El segundo detalle que quiero destacar es el final. Ante la súplica del rico de que alguien vaya a avisar a su hermano, el “padre Abraham” le responde: *“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite.”* Si nos fijamos, Moisés y los profetas no dicen nada del otro mundo, sino que intentan desenmascarar el cinismo del ser humano. La respuesta del ser humano, para que sea humana, tiene que surgir de las dos preguntas con las que Jesús presenta esa Buena Nueva del Reino: **¿qué os parece?** y **si quier...** El Reino no surge de asustados o amenazados, sino de convencidos y libres.

Pero veamos hasta qué punto esto puede ser verdad (Lucas 18, 18-27): El ‘joven rico’ que se acerca a Jesús y le pregunta: *«Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna. Le dijo Jesús: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”.* Jesús le remite a la ley, a los mandamientos y contesta: *“Todo eso lo he cumplido”.* Jesús “lo miró con cariño”, comenta Marcos y le dijo: *“Aun te falta una cosa: todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme”.*

Merece la pena detenerse en la escena. Este hombre es una persona tan “piadosa” que puede decir sinceramente que “todo lo ha cumplido”. Entonces es cuando Jesús encuentra la oportunidad de enfrentarlo con la verdadera “espiritualidad” de los profetas (cf. Isaías 58). Es decir, ahora es cuando puede captar que el fiel cumplimiento de todo lo prescrito en la Ley no acaba de llenarle, porque está “creyendo” en Dios, pero “sirviendo” al Dinero. Por otro lado, observemos que lo que le sugiere no es que sea más “pobre” “vendiéndolo todo”, sino que lo “reparta a los pobres”, que no es lo mismo: es posibilitar con su riqueza acumulada que todos puedan vivir. Esto es “escuchar a los profetas”.

El desenlace, en este caso, no puede ser más deprimente. Dice el Evangelio que *“el joven se puso muy triste, porque era muy rico”.* ¡Si hubiera sido menos rico, se hubiera puesto menos triste! En efecto, no hay más preocupación y angustia que entre los muy ricos. Esto no lleva a la alegría, sino a la tristeza. Los muy ricos a lo más que llegan es a *divertirse*, porque la diversión se compra, pero la *fiesta* se hace y se vive.

Esta reacción me lleva a compartiros una constatación, que la he percibido como una ley, que nunca falla, como la ley de la gravedad. En sitios muy pobres donde apenas se sobrevive, donde la gente no tiene nada, se comparte todo. Pero cuando esas mismas personas elevan su nivel de vida, ya no pueden compartir...Es decir se imposibilita el Reino objetivamente. ¿Es así o no?

Estaba yo en un velatorio, dice uno sacando un billete de lotería: “Pasado mañana voy a ser millonario, me va a tocar, y voy a repartir...” Quería solucionar todos los problemas. Y le contesta uno: “entonces no te toca...” Evidente, siempre es así: uno no tiene nada, lo comparte todo. Tiene algo, ya comparte menos. Tiene mucho, **ya no puede compartir**, tiene que defender lo que tiene.

Pero sigamos con el Evangelio. La huida del joven rico lleva a Jesús a hacer un comentario tremendo, porque en el momento en el que lo hace suena a constatación: *“¿Qué*

difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios". En efecto, ese Reino de Dios empezamos a vivirlo en la medida en que podemos compartir como hermanos, y, como veremos, en esta Bienaventuranza se nos dice que es de los "pobres de espíritu" (y Lucas, simplemente de los "pobres"). Las secuencias de la escena son las siguientes: el **muy rico** se va **muy triste**; a reglón seguido Jesús comenta que es **muy difícil que entre en el Reino de Dios**.

Los que hemos tenido la suerte de vivir en zonas muy pobres lo que más sorprendía era la alegría, en medio de unas condiciones tan duras. Se organizaba una fiesta, en la que todos eran protagonistas, con ocasión de cualquier acontecimiento sencillo. Ahora la cosa es muy diferente. En el Primer Mundo no podemos hablar de pobreza en el sentido de carencia. En el barrio en que vivo, que "oficialmente" es el más pobre de Granada, me encuentro en los contenedores barras de pan enteras, ropa en buen estado tirada,... Hoy tenemos que hablar de marginación, que no es lo mismo. El pobre es un gigante, el marginado está hecho polvo. ¡Cuántas veces me he encontrado con antiguos vecinos, ahora bien situados -casa, coche, etc...- que me comentan: "Y lo a gusto que estábamos en Santa Juliana..."! (un barrio donde no había ni agua corriente, ni servicios), y al preguntarles yo por qué, siempre me responden: "Acuérdate que allí todos nos ayudábamos y podíamos fiarnos unos de otros. Ahora cada uno va a lo suyo y a ver si 'es' más que el otro." La consecuencia de esto es que hoy día hay "diversión" por todas partes, pero qué poca "fiesta". No hay alegría sino recelo y competitividad.

Pero sigamos con el Evangelio: "Los que lo oyeron, dijeron: *“¿Y quién podrá salvarse?”* Respondió Jesús: *“Lo imposible para los hombres, es posible para Dios*". Dios siempre apuesta por la salvación del hombre, y se pone de su parte para posibilitarla, aunque no la puede imponer. Si hemos presenciado una confirmación de la dificultad del rico por "entrar en el Reino", ahora tenemos el caso contrario en Zaqueo.

En efecto Zaqueo (Lucas 19, 1-10), es el reverso del que se va "muy triste porque era muy rico": Zaqueo es un rico que se libera, que reparte entre los pobres, que restituye a los que había defraudado. Y ahí sí que hay alegría, al contrario del 'joven rico'. Zaqueo era muy rico, pero se le abrieron los ojos, se espabiló y el día en que se anima a compartir, ese día *"ha llegado la salvación a esta casa"*, y con ella la alegría, la fiesta. Ha experimentado la primera Bienaventuranza.

Aquí constatamos que Jesús no 'optó por los pobres', sino 'por el ser humano', por todo ser humano, pero desde abajo, para liberarlo de la trampa de la acumulación. Zaqueo no era un cualquiera, era recaudador de impuestos (hoy día podíamos meter ahí a todo ese mundo que se ha dado en llamar 'ingeniería financiera'), y quiere ver a Jesús, y éste se invita, y *"come con publicanos y pecadores"* (cf. Mateo 9, 9-13 y Mateo 11, 18-19) como también come con Simón el fariseo, que era rico.

2. 2. La pobreza como lugar de revelación del Espíritu

Pero nos encontramos con textos en los que aparece la pobreza, en cuanto no acumulación, como posibilidad de encontrarnos con el Espíritu, como una liberación.

En (Lucas 4, 16-30) se nos describe la escena de Jesús en la sinagoga de Nazaret. Al terminar de leer el profeta Isaías dice: *"Esta Escritura que acabáis de oír, se ha cumplido*

hoy”. Jesús se identifica con aquel texto: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor.* Es decir, aquí encuentra Jesús plasmada su misión. Pero vayamos a un pasaje de Mateo en el que aparece en el trasfondo esta “misión” constatada en la vida de Jesús.

En (Mateo 11, 1-6), nos encontramos con la escena de los discípulos del Bautista que vienen a preguntar a Jesús *si es él o tienen que esperar a otro.* La respuesta es importante porque en ella Jesús expresa su identidad que coincide con la misión del Siervo de Yahvé de Isaías, que acabamos de citar. *“Id y contad a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva: ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí!”*

Después de lo visto, se comprende que no es que sólo a los pobres se anuncia la Buena Nueva, sino que, de hecho, ellos son los que la pueden percibir como tal, porque los ricos, o se “burlan” o se van “muy tristes”...; pero “lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios”. Nadie queda excluido, pero avisa seriamente del peligro de la riqueza en cuanto acumulación. Lo que sí es verdad es que está entre los “ciegos”, los “leprosos”, los “sordos”, los “pobres”, pues sólo desde ahí se puede anunciar la Buena Nueva a todos. Volviendo al texto de Isaías, ahí se manifiesta el **Espíritu del Señor**.

(Lucas 14, 7-14) nos presenta a Jesús en otro convite -¡y eso que había optado por los pobres!-. Lo que sorprende en estas escenas en las que había gente importante, es su libertad y su humor. En efecto, hay que tener ambas cosas para que ante la cómica lucha por la “honorabilidad” a la hora de sentarse a la mesa, sugiere no hacer el ridículo buscando los primeros puestos, pues puede venir alguien más importante, y avergonzado, tener que sentarse en el último lugar. Hay que ocupar más bien el último lugar y *“cuando venga el que te convidó, te diga: ‘Amigo, sube más arriba.’ Y esto será un honor para ti delante de todos....”* El consejo no puede ser menos “sobrenatural”, y sin embargo es verdad que en algo tan trivial se esconde una postura que puede tener consecuencias hasta trágicas. Sorprende la capacidad que tiene Jesús de descubrir en las cosas de la vida ordinaria, dinámicas decisivas para el **Reino**.

Pero lo que más nos interesa de esta cita para nuestro tema es lo que sigue: *“Y dijo también al que le había invitado: Cuando des una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a tus vecinos ricos; no sea que ellos te inviten a su vez, y tengas ya tu recompensa. Cuando des un banquete llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos, a los ciegos, y serás dichoso porque no te pueden corresponder, y se te recompensará en la Resurrección de los justos”.* Si la primera advertencia estaba cargada de humor, esta desborda libertad de espíritu. ¡Decirle al que le ha invitado a quién debe invitar otra vez, suena casi a insolencia. Pero en esta “insolencia” late esta Bienaventuranza: *serás dichoso.* Una vez más empieza por los últimos: los primeros invitados en nuestro compartir deben ser los pobres, y da la razón: *porque no te pueden corresponder...*

En efecto, los pobres nos abren a la **gratuidad**, porque no nos pueden dar nada a cambio. ¡Cuántas veces he oído a personas que con generosidad indiscutible trabajan en zonas deprimidas: ‘No se puede hacer carrera con ellos’! Podemos buscar en los últimos un medio para “medrar” a costa de “trofeos”; cuando no conseguimos ninguno, porque no pueden devolver nada, tiramos la toalla. Pero es entonces cuando empieza la gratuidad, que es lo que nos abre a Dios. Por eso mismo, el contacto con ellos nos libera de nuestros “intereses” y nos

abre a la gracia.

En resumen, los pobres, la **pobreza de espíritu**, en cuanto carencia de **codicia** (de acumulación, consumo, ostentación) es un lugar de revelación, de encuentro con el Espíritu.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO

Las primeras comunidades cristianas son la confirmación de lo que llevamos dicho. De hecho los pobres son los que acogieron el mensaje de Jesús como **Buena Noticia**. Esto es lo que describe Pablo en (1 Corintios 1, 26-31): *“Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados. No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien lo necio del mundo, para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios: lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Es una constatación a lo que Pablo remite.*

Hace años me sorprendió una cita de Celso, filósofo romano, que encontré en un artículo de **C. Duquoc** en “Concilium”. El texto es interesante, no sólo por su contenido, sino sobre todo por el tiempo en que se escribe: finales del siglo segundo. He aquí la cita de Duquoc: *Hacia el año 180 de nuestra era, el filósofo Celso escribía acerca de los cristianos: “He aquí algunas de sus máximas: “Lejos de este lugar todo hombre que posea alguna cultura, sabiduría o juicio; malas recomendaciones son éstas a nuestros ojos. Pero todo el que sea ignorante, corto de entendimiento inculto o simple de espíritu, acérquense sin miedo a nosotros”. Al reconocer que tales hombres son dignos de su dios, muestran bien a las claras que no saben ni quieren ganarse sino a los bobos, las almas viles y los imbéciles, esclavos, mujeres pobres y niños”.*

Celso constata que la composición social del grupo cristiano ilustra su ideología: “¿Qué vemos entre los cristianos? Cardadores de lana, zapateros, bataneros, gente de la mayor ignorancia y carente de toda educación...”.

Celso anota una paradoja aún más extraña: “Dondequiera que se proclame solemnemente el nombre de Dios, se oye exclamar: ‘Acérquense sólo aquellos que tengan las manos puras y la lengua prudente’. O también: ‘Venid los que estáis indemnes de todo crimen, cuya conciencia no está oprimida por remordimiento alguno, los que habéis vivido bien y justamente’. Entre los cristianos nada hay parecido, pues esto es lo que anuncian: “Todo pecador, todo el que carezca de inteligencia, todo el que sea débil de espíritu, en una palabra, el miserable, que se acerque, pues le pertenece el reino de Dios”.

Impresiona la descripción de Celso a finales del siglo II. Todo seguía como en los comienzos. ¿Qué habremos hecho para que en los países “cristianos” del Primer Mundo la constatación sea la contraria? Y digo en el Primer Mundo, porque estando yo en Argentina, allá por los años 70, hablando con un vecino del pueblecito donde vivíamos, me comentaba que todas aquellas tierras eran de un abogado que explotaba a los colonos que las cultivaban. Pues bien, para ponderarme lo “malo” que era, me dijo: “Ya ves tú si será malo, que ni va a misa”. En efecto, en aquel pueblecito los únicos que iban a misa eran los pobres; ni el médico, ni el boticario, ni el alcalde... Dicho de otra forma, la exclusión sociológica de los pobres que se da en nuestra “Civilización Cristiana” es blasfema, y habría que considerarla como el pecado más nefasto de la Iglesia a lo largo de los siglos, el haber comunicado el **Evangelio** de

tal forma que se han quedado fuera los que estaban preparados para entenderlo.

Por otro lado, la descripción que nos presenta (Hechos 4, 32-37), un tanto idealizada, pero que expresa el resultado de un compartir que les llevaba a que *la multitud de los creyentes no tenía sino un sólo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo era en común entre ellos... No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad.* Y termina poniendo el caso de José.

Lo descrito es la consecuencia de combatir la acumulación, combate que empezaba por dominar la **codicia**: *nadie llamaba suyos a sus bienes*, y el compartir era *según la necesidad de cada uno*. En cada momento habrá que plantearse cómo concretar este control de la “codicia”, porque es el origen de todo desajuste.

Pero esta descripción hemos dicho que estaba un tanto idealizada. En efecto en la carta de Santiago nos encontramos con algo bastante parecido a lo nuestro (Santiago 2, 1-7): *Hermanos míos, no entre la acepción de personas en la fe que tenéis en nuestro Señor Jesucristo glorificado. Supongamos que entra en vuestra asamblea un hombre con un anillo de oro y un vestido espléndido; y entra también un pobre con un vestido sucio; y que dirigís vuestra mirada al que lleva el vestido espléndido y le decís: ‘Tú siéntate aquí, en un buen lugar’; y en cambio al pobre le decís: ‘Tú, quédate ahí de pie’, o ‘Siéntate a mis pies’. ¿No sería esto hacer distinciones entre vosotros y ser jueces con criterios malos?*

Escuchad, hermanos míos queridos: ¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman? ¡En cambio vosotros habéis menospreciado al pobre! ¿No son acaso los ricos los que os oprimen y os arrastran a los tribunales? ¿No son ellos los que blasfeman el hermoso Nombre que ha sido invocado sobre vosotros?

La escena que pinta no puede ser más expresiva y, por desgracia, más corriente y repetida a lo largo de la historia. Lo que Santiago denuncia son las consecuencias de una acumulación (*riqueza*) que *oprime y menosprecia al pobre*. Como decíamos en la **Introducción**, cada Bienaventuranza viene a plantear un problema que afecta a toda persona, y avisa de las trampas y tentaciones que dicho problema lleva consigo para posibilitar **objetivamente** la fraternidad. Aquí tenemos esto nada menos que escenificado.

Pero Santiago no se conforma con esta descripción tan realista y pasa a una denuncia, yo diría, que profética (Santiago 5, 1-6), es un ataque feroz a la acumulación que lleva a la opresión, al lujo, a la ostentación, que en el fondo está *podrida y apolillada*, porque ese es el final de todo lo que se guarda y no “da vida”, único sentido de la riqueza en cuanto bienes. Pero la frase final es la “profética”: “... *habéis hartado vuestros corazones en el día de la matanza*”. Hace varios años leí unas declaraciones de un miembro del Banco Mundial, en las que avisaba muy seriamente del peligro de un crecimiento ilimitado que crease un distanciamiento cada vez mayor entre países ricos y pobres. Esto podía volverse contra el mismo “crecimiento”. Estamos creando un gigante con pies de barro, o engordando un cerdo “para el día de la matanza”. Hace unos meses vi una viñeta que pintaba el mundo partido por la mitad, pero la mitad Norte era un cerdo que se estaba comiendo la mitad Sur. Lo único que faltaba era la fecha de la matanza... ¡Menuda matanza! La única alternativa que nos va a quedar, como no frenemos este desarrollo “canceroso”, es solicitar de qué queremos terminar,

si de morcilla, chorizo...

Pero pasemos a un texto curioso por el simbolismo que encuentro en él de cara a nuestro Primer Mundo (Hechos 3, 1-6): *“Pedro y Juan subían al Templo para la oración de la hora nona. Había un hombre, tullido desde su nacimiento, al que llevaban y ponían todos los días junto a la puerta del Templo llamada Hermosa para que pidiera limosna a los que entraban en el Templo. Este, al ver a Pedro y a Juan que iban a entrar en el Templo, les pidió una limosna. Pedro fijó en él la mirada juntamente con Juan, y le dijo: «Míranos.» Él los miraba con fijeza esperando recibir algo de ellos. Pedro le dijo: «No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te doy; en nombre de Jesucristo, el Nazareno, ponte a andar.» Y tomándole de la mano derecha le levantó. Al instante cobraron fuerza sus pies y tobillos...*

¿Por qué traigo este texto? Si nos fijamos, al decirle Pedro “Míranos”, seguro que se registró los bolsillos y le preguntó a Juan si él tenía algo para darle. ¡Pero no tenían!: “No tengo plata ni oro...” Es decir, si llegan a llevar algo suelto, se queda cojo. Y este es nuestro problema: en nuestra sociedad todo tiene una “solución” económica, y nos exponemos a que como tenemos “oro y plata”, estemos obsesionados con comprar carritos de ruedas y ni se nos ocurra que a lo mejor podíamos hacer andar a los que queremos “socorrer”, y lo que hacemos es perpetuar su invalidez.

Lo económico es la alucinación del Primer Mundo: lo decisivo es lo económico. ‘Sanear la economía’ es el primer deber de todo gobierno, sea del signo que sea. Estamos alucinados al creer que todo tiene una raíz y una solución económica. Y dejamos “coja” a la gente. Cuántos proyectos que ponían en juego a las personas en medio de su precariedad, se han venido abajo con las “subvenciones”, y cuanto más substanciosas peor. La llegada de la subvención los convierte en un “cadáver”, en “carroña” a la que acuden misteriosamente “buitres”, de una especie que no está precisamente en extinción en nuestro Primer Mundo.

Y es tal la alucinación (“postrarse y adorar”, decía el Evangelio) de lo económico (tener “oro y plata”), que llegamos a convencernos que es la clave de todo (un dios en el que pondremos nuestra seguridad). Así, ante el problema del paro en nuestras sociedades “desarrolladas”, -fruto de dicho desarrollo- la reacción es puramente económica: “el paro”. Es decir, la trágica realidad del paro, al parecer deja de serlo si hay medios económicos para sostener a los parados. Es más rentable sostener parados que dar trabajo...Y eso es degradante, porque la persona “se hace”, “se realiza”, “se responsabiliza” en el trabajo. (Volveremos sobre el tema en la 2ª Bienaventuranza). Estamos haciendo creer que se puede vivir del cuento, y estamos convirtiendo el paro en una posibilidad de vivir parasitariamente, que es lo mismo que convertirnos en vegetal.

Si estamos intentando concretar el reto de esta Bienaventuranza a la situación de nuestro Primer Mundo, nada mejor que el texto que sigue (2 Corintios 8, 9): *“Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza”*. En el Primer Mundo el problema no es luchar contra la “pobreza”, sino contra la “riqueza” en cuanto acumulación. Una riqueza que nos “entontece” y “engorda”, que nos convierte en seres protésicos incapaces de dar vida, obsesionados por un consumo compulsivo. La cuarta Bienaventuranza desenmascarará más esta dinámica sin sentido.

En efecto, el gran “enriquecimiento” que necesita el Primer Mundo es la “pobreza de espíritu” en cuanto **no-codicia**. Nunca la tentación de la codicia que todos llevamos dentro ha

tenido tantas posibilidades de satisfacer su insaciabilidad. Hoy Jauja no es un “cuento”, sino una realidad, pero una realidad peligrosa. En efecto la pobreza, en cuanto carencia en sentido estricto, no la conocemos. El problema es una exuberancia que atosiga nuestra capacidad de elegir y acompleja nuestros “logros”. Siempre se nos exhibe algo que no tenemos y nos frustramos si no lo conseguimos.

Y es que lo que aquí tenemos no son pobreza, son marginaciones, que no es lo mismo. Suelo decir que antes estaba rodeado de “gigantes” en mi barrio, ahora descubro un porcentaje alarmante de personas “hechas polvo”. El marginado es el desecho de una alucinación. Pero sin llegar a la marginación, nos han hecho creer que lo necesitamos todo. Como dice **Iván Illich**, *hemos perdido el gozo de la sobriedad*. Estamos convirtiendo la ostentación en una obligación. Esto nos lleva a prostituir el mismo idioma: por ejemplo, la palabra *digno*. En el Primer Mundo, “digno” si nos descuidamos lo que significa es lo contrario. ¡Cuántas veces reformas costosísimas en casas religiosas se “justifican” diciendo que aquello estaba “indigno”! Más aún, empeoramos la cosa cuando decimos algo más indecente: “esto estaba ‘**tercermundista**’”. ¿Nos imaginamos en el Tercer Mundo, echándoles en cara su “indignidad”? ¿Hasta qué punto este lenguaje no está degradando a la persona? ¡Si no alcanza un mínimo, que nunca se sabe cuál es, se siente acomplejada!

Después de todo lo dicho, ¿podemos poner en duda que **Jesús nos enriquece con su pobreza**? Pero no olvidemos que el sentido último de esta **pobreza de espíritu** es posibilitar una fraternidad objetiva. Esto es lo que les aclara a los de Corinto unos versículos después (2 Corintios 8, 13). La pobreza evangélica no es fastidiarse, sino posibilitar la vida en los demás, posibilitar el reparto, la igualdad: “*No que paséis apuros para que otros tengan abundancia, sino con igualdad*”. Que podamos vivir, que el ser humano necesita poquísimo para vivir. Pero nos han hecho creer que si no tenemos muchas prótesis, ya la vida no es *digna*...

Es interesante constatar cómo aquellos primeros cristianos habían captado aspectos fundamentales del Evangelio. Veamos cómo la carta a los Efesios entiende la “codicia” (Efesios 5, 5): “*Porque tened entendido que ningún fornicario, o impuro, o codicioso, (que es idolatría), entrará en el Reino de Dios*”.

Es una lástima que nosotros hayamos perdido esta convicción, y sigamos creyendo que podemos servir “a Dios y al dinero”

Lo que plantea la cita siguiente tiene más importancia de lo que podríamos pensar de cara al problema de la acumulación (Efesios 4, 28): “*El que robaba, que ya no robe, sino que trabaje con sus propias manos, haciendo algo útil para que pueda hacer partícipe al que se halle en necesidad*”. Es decir, el trabajo es una posibilidad para compartir, para ayudar, no una justificación para la acumulación. Sin embargo la mentalidad que tenemos no va por ahí. Comenta alguien a propósito de uno que tiene un gran capital: “Pues ese no se sabe lo que tiene”, y dice otro: “Pues su trabajo le ha costado”. Es decir, como no ha “robado”, está totalmente “justificada” dicha acumulación.

Es decir, el que alguien por cualidades de inteligencia o habilidad, por oportunidades de formación, por capacidad de trabajo, rinda su hora de trabajo 10 veces más que la de otro, no justifica la acumulación, según el texto que acabamos de leer. Eso lo único que quiere decir es que puedes compartir más. Sin embargo la mentalidad que todos tenemos es la siguiente: “Con tal que lo haya ganado honradamente, puede hacer con su dinero lo que se le antoje...”

Además hay un problema añadido a esto. Es otra especie de ley “física” porque nunca falla: un trabajo es muy duro porque no requiere ninguna especialización, no ganas “ni huevo”; el trabajo ya no es tan duro, ganas un poco más; el trabajo es normal, ganas normal; el trabajo no se sabe lo que es, no sabes lo que ganas. Y esto se da a todos los niveles. Yo he trabajado de albañil y en el campo. Normalmente el campo era un trabajo más duro y me cansaba más; mientras en la albañilería no era tan duro, excepto cosas muy concretas y me cansaba menos. Pues bien, en la construcción ganaba casi el doble que en el campo... Volveremos sobre el tema.

Pero vayamos a otra cita que puede darnos más luz en este asunto: Pablo se despide de los cristianos de Éfeso de esta forma (Hechos 20,33-35): *“Yo de nadie codicié plata, oro ni vestidos: Vosotros sabéis que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo os he enseñado que es así, trabajando, como se puede socorrer a los débiles, y que hay mayor felicidad en dar que en recibir”*. Una vez más, el trabajo es un medio para proveer a las propias “necesidades” y para “socorrer a los débiles”. ¿Es esto lo que enseñamos en nuestros colegios “religiosos”?

Por otro lado, la frase final *-hay más felicidad en dar que en recibir-* sintetiza la única dinámica que puede desmontar la de la “codicia”. Recordad el final del joven rico y de Zaqueo: la tristeza acompaña al que no da, la alegría al que reparte. Pero esto hay que experimentarlo alguna vez, y uno se pregunta si, como está la vida, a muchos de nuestros jóvenes les hemos dado la oportunidad de tener esta experiencia...

Por último podemos leer (1 Timoteo 6, 7-10): *“... ciertamente es un gran negocio la piedad, con tal de que se contente con lo que tiene. Porque nosotros no hemos traído nada al mundo y nada podemos llevarnos de él. Mientras tengamos comida y vestido, estemos contentos con eso. Los que quieren enriquecerse caen en la tentación, en el lazo y en muchas codicias insensatas y perniciosas que hunden a los hombres en la ruina y en la perdición. ¡Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero, y algunos por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores”*. Creo que no puede sintetizarse mejor todo lo que hemos visto. Por desgracia, el texto lo he visto confirmado en más de una ocasión a mi alrededor: personas generosas, abiertas, acogedoras... se convierten en recelosas, desconfiadas, orgullosas, en cuanto empiezan a tener unos ingresos que nunca habían tenido. No siempre, pero por desgracia mucho más corriente de lo que podíamos temer.

CONCLUSIÓN

“... porque de ellos es el Reino de los Cielos”.

En la “conclusión” de cada Bienaventuranza encontramos la razón de por qué es *Bienaventuranza*. Y aquí nos sorprende con dos cosas: Primera, que la recompensa es nada menos que *el Reino de los Cielos*; y segunda, la más inesperada, que este “Reino” está en presente. Esto contrasta con las seis siguientes que la “recompensa” siempre estará en futuro.

Y empecemos por la primera sorpresa; que la “recompensa” sea el mismo **Reino de los Cielos**. ¿Qué es lo que nosotros hemos hecho? Mandar el Reino ‘a la otra vida’ y querer alcanzar aquí lo que en las seis siguientes encontraremos en futuro. Ya en la **Introducción** aludimos a la constatación de que nuestras apuestas por la felicidad tenían pocos “logros”, y nos preguntábamos ¿tendrá razón el Evangelio? Pues bien, en esta primera Bienaventuranza

nos encontramos con que la razón de por qué los “pobres de espíritu” son “bienaventurados”, es “porque de ellos es el Reino de los Cielos”, no el “nuestro” de la tierra. Y en efecto nuestros “reinos” de “poder”, “dinero”, “placer”, parecen no tener mucha consistencia, y sobre todo no favorecer aquella fraternidad objetiva a la que aludíamos, sino que la imposibilitan. Es decir, en cuanto contrapuesto a nuestros “reinos” parece que tenemos más “garantías”, pues descarta aquellos de los que tenemos experiencias tramposas. ¿Pero es un camelo el de los “cielos”? En la segunda sorpresa debemos buscar la respuesta.

En efecto, a pesar de que lo denomina “de los Cielos”, lo pone en **presente**, - *vuestro es el Reino de Dios*, dice también (Lucas 6, 20)-, sustituyendo de los “Cielos” por “Dios”. Aparte de las razones redaccionales de uno y otro evangelista nos sugiere toda la problemática que ha aparecido en la Bienaventuranza, seguidos de la mano de Lucas principalmente, pero conservando la primera parte de Mateo: los “pobres de espíritu” (los que no caen en la tentación de la codicia) es de ellos el “Reino de Dios” (o como alguno traduce, “tienen a Dios por Rey”), es decir, empieza a vivirse la descripción “idealizada” de (Hechos 4, 32-37). Al no postrarnos y adorar al Dinero, y no tener nada como propio, se posibilita objetivamente la fraternidad, que es lo que decíamos que pretende cada Bienaventuranza. Esta es como la puerta de todas las demás. Si servimos al Dinero, ninguna de las que siguen será posible, pues surge un *abismo* entre el *pobre* y el *rico* que nadie puede salvar (cf. Lucas 16, 26).

Renunciar, pues, a toda idolatría, es entrar en la senda de las Bienaventuranzas, *porque está escrito*: “Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a él darás culto (Mateo 4, 10). Esta Bienaventuranza es la versión menos “espiritualista” del alcance del **monoteísmo**. Nos hace tomar conciencia de todos los ídolos que nos esclavizan y nos plantea el dilema de que sólo se puede servir a un Señor. Que sólo en el Dios vivo podemos poner nuestra seguridad, pues los otros dioses nos *inquietan, preocupan* (Lucas 12, 22-29), o *hunden a los hombres en la ruina y en la perdición* (1 Timoteo 6, 9). En una palabra, nos descubre que *hay más felicidad en dar que en recibir* (Hechos 20, 35).

POEMA

*Hombre de barro soy:
Soy tan necio que quiero tener,
y más necio aún porque quiero quedármelo
para mí solo,
y acumular,
no sea que falte un día.
Soy tan necio que encima aparento
y de inicio me tiro al suelo cómodamente.
Pero la verdad es
que los dedos de los pies se tuercen,
están en tensión,
que lo que guardan mis manos
es la nada,
que lo que protege mi torso
es el vacío,
que la expresión de mi cuello y cabeza
es miedo.
¿En qué se basa mi seguridad, Señor?
La verdad no se encuentra allí,
en ninguna riqueza terrenal.*

Marjolijn

*Camino a los hermanos
en Bienaventuranza.
Pobre camino blanco.
¡Inmensa panorámica!
Desnuda. Despojada.
Nadie me quita la vida.
Recibo y la doy por Gracia.
Un sólo Tesoro. Uno.
Y sin más haber que el alba
y Dios... el único Dios
de ayer, de hoy, de mañana.*

Anunciación Jiménez

Segunda Bienaventuranza

“Bienaventurados los mansos/no-violentos, porque ellos heredarán la tierra” (Mateo 5,4)

La organización de cualquier sociedad refleja las necesidades del individuo: porque nacemos sin saber nada y toda la vida nos tenemos que ir formando. Hay un Ministerio de Educación porque nuestra salud requiere de cuidados. Hay un Ministerio de Sanidad porque somos agresivos y tenemos pánico a la indefensión. Hay un Ministerio de Defensa. ¡Todos tenemos nuestro ministerio de defensa “privado”!

El problema que plantea esta Bienaventuranza es el del **Poder**. Somos puro poder: podemos ver, podemos pensar, podemos “agredir”... Este “poder” es pura posibilidad que puede emplearse en mi “defensa” si me siento amenazado y ya decían los romanos: *Si vis pacem, para bellum* (si quieres la paz, prepara la guerra). Esta Bienaventuranza nos planteará la pregunta ¿Qué hacemos con nuestro poder? ¿Somos conscientes de que tenemos un “ministerio de defensa”? ¿Controlamos nuestra agresividad?

Esta Bienaventuranza viene sencillamente a “sujetarnos”, a que no eliminemos al otro con nuestro poder convertido en pura agresividad. Y hay muchas maneras de eliminar: aparcar, recluir, desprestigiar... Tendremos una segunda parte, la 7ª Bienaventuranza, *-los que hacen la paz-*, en la que se nos planteará qué hacemos con los que “no hemos quitado de en medio”: ¿Puedo hacer la paz con ellos? ¿Cómo? ¿Podemos restaurar la **fraternidad**? Ésta, por tanto nos va a dejar en una situación un tanto “inestable”, pues la solución que ofrecía nuestro “ministerio de defensa” parecía más eficaz...

Cuentan que, estando el general Narváez en el lecho de muerte, fue un cura a confesarlo. Al terminar la confesión le preguntó: *-“Mi General, ¿perdona Ud. a sus enemigos?”* -*“No tengo ninguno”*, respondió. El cura insistió: *-¿Con todas las responsabilidades que Ud. ha tenido?*, por no decirle “con lo bruto que ha sido Ud.”. El general respondió: *-“Los maté a todos”*. Narváez no tenía necesidad de una Segunda parte; su solución “contundente” es la que quiere evitar esta Bienaventuranza, pues sin llegar al extremo del Espadón de Loja, que así llamaban al tal general, hay muchas formas de “eliminar” sin quitar la vida, y no tener ya que plantearme cómo “hacer la paz” con ellos.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL PROBLEMA DEL PODER - AGRESIVIDAD

1.- Cómo vivió Jesús la mansedumbre

Es una de las pocas veces en las que, explícitamente, Él se pone como ejemplo: (cf. Mateo 11, 29): *“Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”*. Como todo, también la mansedumbre (la no-violencia) la plantea como seguimiento. Nunca da teoría, sino presenta una manera de vivir e invita a **seguirle-imitarle** desde las dos preguntas que nos planteamos en la **Introducción: ¿Qué os parece? y si lo quieres...**

En (Lucas 9, 51-55) nos encontramos con una escena muy expresiva de cara al tema que nos ocupa: *“Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su asunción, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén, y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos, para prepararle posada: pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén. Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: ‘¿Quieres que baje fuego del cielo y los consuma?’ Pero volviéndose les reprendió”*. En la Biblia de Jerusalén en una nota a pie de página tenemos la versión de otro código muy autorizado en la que Jesús les dice: *“No sabéis de qué espíritu sois”*.

La reacción de los dos hermanos no puede ser más contundente. Podemos considerarlos como los “precursores de la bomba atómica”. Con razón Jesús, que tenía un gran humor, les puso el mote de *Boanerges: hijos del trueno* (Marcos 3, 19). Pero si nos fijamos su reacción tiene bastante que ver con las nuestras. Como suelo decir, el **Evangelio** está lleno de *paparazzis*: en todas las escenas que describe, “salgo en la foto”. En efecto, esta reacción agresiva de los “Hijos del trueno” reproduce reacciones nuestras. Ya veremos el mecanismo que se desencadena en nosotros con la agresividad. Con lo único que tenemos que quedarnos es con el rechazo radical de Jesús: *“No sabéis de qué espíritu sois”*.

Pero donde culmina la actitud de *mansedumbre* de Jesús es en la Pasión. Como veremos después en la Primera carta de Pedro, los primeros cristianos vieron plasmada en Jesús la figura del Siervo de Yahvé sufriente descrita en Isaías 53.

Pero el Evangelio nunca es “simplón”, sino muy “complicado” (en el sentido de muy rico). Y la razón es muy sencilla: Jesús parece querer dar respuesta a los problemas del ser humano, y el ser humano es muy complejo. Si las propuestas evangélicas fuesen “simplezas”, no las hubiese podido presentar como lo hizo, preguntando **¿qué os parece?** Y es que en el mismo Jesús aparece esta la complejidad. He aquí algunas citas en las que nos encontramos con un Jesús “violento”.

En efecto veamos cómo el **Evangelio** nos describe la expulsión de los mercaderes del Templo: (Juan 2, 14-16): *“y halló en el templo vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y cambistas sentados. Hizo un azote de cuerdas y los echó a todos del templo, con las ovejas y los bueyes, tiró las monedas de los cambistas y volcó la mesa”* y (Mateo 21, 12-17): *“Entró Jesús en el templo y arrojó a todos los que estaban allí vendiendo y comprando. Volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los mercaderes de palomas, diciéndoles: -está escrito: ‘Mi casa será llamada casa de oración’, pero vosotros la convertís en cueva de ladrones-”*. La expulsión no puede ser más contundente: allí nadie rechistó. ¿Qué clase de mansedumbre es esta?

Una primera utilización “facilona” de esta “contradicción” es no buscar su sentido profundo y aprovecharla para utilizar unos textos u otros según la situación en que nos encontremos. Es lo que yo llamaría la utilización “cínica” del **Evangelio**. El día que me levanto con ganas de comerme al otro, saco este pasaje, me armo de valor y de otras cosas y allá voy a su encuentro para imponerle la verdad, porque tengo razón. Y el día que veo al otro con la misma actitud, le echó en cara: el *“Aprended de mí que soy manso y humilde”*. En realidad esta “solución” está más generalizada de lo que a veces nos creemos: *“Quien hace la ley hace la trampa”*. ¿Cómo superar esta trampa cínica? Honestamente creo que los cristianos tenemos un único recurso: ver cómo lo vivió Jesús.

En efecto, la vida de una persona, en su conjunto nos ofrece síntesis que ninguna

teoría puede formular. Pues esto en Jesús cobra un sentido especialmente llamativo, pues él va a concebir el anuncio del **Evangelio**, no como un **indoctrinamiento**, sino como **seguimiento**.

Siempre me ha impresionado la propuesta del seguimiento: de suyo es un “disparate”. Es una propuesta que no admitiríamos de parte de cualquiera. Estamos más dispuestos a seguir una “idea” que una vida. Si alguien, de repente, nos propusiese “ven y sígueme”, lo primero que le preguntaríamos es “¿dónde?”. Si siguiese insistiendo sin más, “tú sígueme”, lo tomaríamos por loco. Pues bien, la propuesta de Jesús no se mueve en las “ideas” sino en la “vida”. Por eso no la impone, la propone: “**¿qué os parece?**”, seguido del “**si quieres... sígueme**”. Este seguimiento, al estar ligado a la vida, está cargado de circunstancias. El **Evangelio** es una vida llena de circunstancias. Hay que tener en cuenta estas circunstancias para entender al propio Jesús.

Pues bien, volvamos al Jesús “violento”. Lo primero que constatamos es que detrás de su acción no hay **ningún interés personal**. Hay una indignación por haber convertido “la casa de oración” que es el Templo, en “una cueva de ladrones”. Es decir, detrás de esta reacción hay algo muy importante: **no se puede pactar con la mentira, con la injusticia, con el cinismo**. La inhibición no tiene nada que ver con la mansedumbre. De hecho Jesús va a denunciar el cinismo de un poder religioso que “*ata cargas pesadas y las echa a las espaldas de la gente, pero ellos ni con un dedo quieren moverlas*” (Mateo 23, 4). (Volveremos sobre este texto)

Otro pasaje desconcertante para el tema que nos ocupa lo encontramos en Lucas 12, 49-53: “*He venido a poner fuego a la tierra... ¿Creéis que he venido a poner paz en la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres: estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.*” ¡Esto último, todavía!, pero es que ha puesto “boca abajo” la familia. De nuevo la paradoja. Sin embargo, sólo quiero hacer una observación: los conflictos a los que alude son “reales” y cotidianos, es decir, no hay el menor síntoma de evasión.

Pero volvamos al problema que nos ocupa, ¿es posible en la **vida** de una persona encontrar una **síntesis** de dos actitudes tan opuestas? ¿Se dio en Jesús esta síntesis? Vamos a acudir a tres textos que pueden darnos luz de cara a una síntesis que, difícilmente se dará en las “ideas”, pero que a lo mejor sí la encontramos en la **vida de Jesús**.

Y empecemos por un texto de Mateo, que propiamente consiste en una cita de Isaías 42. Veamos lo que dice Mateo 12, 15-21: “*Lo siguieron muchos y los curó a todos, y les mandó enérgicamente que no le descubrieran, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: ‘He aquí mi Siervo, a quién escogí; mi amado, en quien se recrea mi alma. Pondré mi espíritu sobre él y anunciará la justicia a las naciones. No disputará ni gritará ni oírán nadie en las plazas su voz. No quebrará la caña cascada ni apagará la mecha humeante, hasta que llegue a la victoria el juicio. En su Nombre pondrán las naciones su esperanza’.*”

El texto de Isaías que Mateo aplica a Jesús es especialmente sugerente para el tema que nos ocupa. Pero lo más expresivo son las dos imágenes que añade: la “caña cascada” y la “mecha humeante.” Si hay aquí alguien que sepa lo que significa una caña “cascada” entenderá el alcance de que el “Siervo de Yahvé” *no la quebrará*. Cuando yo era niño y cogía una caña que estuviera cascada, se me decía inmediatamente que la tirase, porque sin darme cuenta me cortaba la mano. **¡Una caña cascada**, no sólo no sirve para nada, sino que es un

peligro! Pues bien, eso que nosotros consideramos “irrecuperable”, Dios no lo quiebra.

Lo mismo ocurre con la “mecha humeante”. Apagamos un cirio y empieza a echar humo. En seguida se moja uno los dedos con saliva y aplasta la mecha para que de una vez deje de echar humo. Es decir, ya no tiene sentido y lo que hay que hacer es apagarla cuanto antes. Pues bien, Dios va a intentar reavivar una llama que para nosotros ya no tiene posibilidad. En una palabra, las dos imágenes encierran dos realidades que desistimos de recuperar, que las eliminamos. ¿Qué quiere decir esto?: **Dios opta por la recuperación.**

Esta es la clave de esta **Bienaventuranza**. Es la opción por la **recuperación**. Uno no opta por la recuperación sí, porque alguien ha sido injusto, en nombre de la justicia, lo elimina. Es la “táctica” de Narváez. Y es que ante el pánico que provoca la indefensión, lo ‘normal’ es que uno intente anticiparse para eliminar al enemigo... ¡La propia defensa justifica todas las agresiones! Pero Dios no actúa así. La misión que trae el siervo de Yahvé es anunciar la justicia de Dios, y no grita ni se oye su voz. ¿Por qué? Porque *la verdad no se impone por la fuerza*. Pues por muy “verdad” que sea, con mi actitud impositiva, puedo hacerla inaccesible, convertirla en mentira, descalificarla. La verdad nunca podemos convertirla en ‘arma arrojadiza’, sino que es algo que libremente se acoge y se acepta. La falta de verdad no puede ser un pretexto para eliminar, para descalificar, sino que es un reto a recuperar.

Esta actitud recuperadora del Siervo de Yahvé ¿se dio en Jesús? Veamos cómo Marcos nos cuenta la curación en sábado del que tenía una mano paralizada. Marcos 3, 1-5: *“Entró de nuevo en la sinagoga, y había allí un hombre que tenía la mano paralizada. Estaban al acecho, a ver si le curaba en sábado, para poder acusarle. Dice al hombre que tenía la mano seca: ‘Levántate ahí en medio’. Y les dice: ‘¿Es lícito en sábado hacer el bien en vez del mal, salvar una vida en vez de destruirla?’ Pero ellos callaban. Entonces, mirándolos con ira, apenado por la dureza de su corazón, dice al hombre: ‘Extiende la mano’. Él la extendió y quedó restablecida su mano”*.

Hay una cosa digna de resaltar en el Evangelio: el conocimiento que los escribas y fariseos tenían de Jesús. Estaban seguros que poniéndole delante un hombre con la mano paralizada, iba a “picar”. Sabían perfectamente cómo iba a reaccionar. A veces uno se pregunta si lo “conocían” mejor que sus discípulos. Sin embargo, no se encontraron con él. ¿Qué conocimiento es el salvífico?

Al poner Jesús al paralítico en medio, todos esperan su curación, y los fariseos se frotan las manos. Pero resulta que no lo cura, sino que se dirige a ellos y la pregunta que les hace, en el fondo es: “¿qué tiene que ver que yo restablezca la mano de este hombre con el sábado?” ¿Qué es lo que pretende con esta pregunta? Que interpreten correctamente el sentido del “signo” que va a hacer, y que ellos de antemano consideran como una “violación de la ley del sábado”. Es decir, con esta pregunta les ofrece la **recuperación**.

En efecto, la recuperación no se impone, se ofrece. Es lo que planteábamos en la **Introducción**: Jesús no entra en discusiones sino que sencillamente les pregunta, ¿qué os parece? Es decir, para que pueda llamarse “recuperación” el cambio de una persona, tiene que “parecerle bien” y “querer”, es decir tiene que ser una respuesta formulada desde la inteligencia y la libertad, lo que nos constituye como personas.

La reacción de los fariseos es digna de *paparazzis*; es decir, ¡¡¡salimos en la foto!!! En

efecto, el **Evangelio** dice, “*pero ellos callaban*”. Es lo que todos hacemos cuando se nos plantea una pregunta (¡que siempre va dirigida a la inteligencia!), y nuestra inteligencia está bloqueado por un prejuicio, una cerrazón (que en el fondo no es más que un fuerte sentimiento): **nos callamos**, “sacamos el morro”... e imposibilitamos nuestra recuperación.

Pero antes de seguir profundizando la escena, conviene pararse en otro aspecto importante: el ofrecimiento de recuperación de Jesús. Es algo que nosotros no estamos dispuestos a ofrecer, pues no queremos privarnos de “la gozada” de la venganza: ver al otro que mete la pata por su obcecación y queda patente ante todos su “maldad”.

Quiero traer aquí una experiencia personal que confirma esta triste tendencia humana a no sólo no renunciar a “la gozada de la venganza”, sino a echarla de menos cuando el otro de alguna forma se ha recuperado. El 20 de julio de 1970 hubo en Granada una huelga de albañiles, con manifestación, para exigir que la Patronal, cediese en el convenio de la Construcción que se estaba celebrando en los Sindicatos (“verticales”) de entonces. La policía disolvió la manifestación brutalmente y mató a 3 obreros y hubo 7 heridos graves, entre ellos un policía.

Cada año había dos misas ese día en sendas iglesias, cuyos párrocos eran más “comprometidos”. En El Zaidín, y en San Isidro, y allí acudíamos todos los ‘progres’. Como era de rigor, también estaba presente la policía secreta “social”. Eran dos o tres policías, conocidos por todos los que más o menos estábamos metidos en el Movimiento Obrero. Entonces los adelantos electrónicos no eran los de ahora, y los medios para “conseguir” la homilía del cura de turno no eran especialmente sofisticados, sino que consistía en un magnetofón liado en un periódico. Siempre ocurría algo cómico, como, por ejemplo, al apretar el botón de la grabadora, al tenerla liada en un periódico, se confundía de tecla y salía música, con el “regocijo”, por no decir el “choteo” de los asistentes al acto. Pues bien, un año que no ocurrió nada “cómico”, que no hicieron el ridículo, al volver a mi casa iba con “mal sabor de boca” porque no nos habíamos podido reír de ellos. Así de “complicados”, por no decir otra cosa, somos. Difícilmente renunciamos al placer de ver al otro tirado por los suelos en nombre de una “verdad” o de una “justicia”. Más adelante veremos en qué se concreta esta nefasta tendencia, que todos llevamos dentro.

Pero volvamos a la escena. Ante la inhibición de los fariseos, la reacción de Jesús no puede ser más compleja. Recordemos lo que nos describe Marcos: “*Entonces, mirándoles con ira, apenado por la dureza de su corazón...*” Jesús los mira “con ira”, no pacta con su cerrazón; pero no convierte su cinismo en un arma arrojadiza que dé rienda suelta a su “ira”, sino que siente “pena” en su corazón. A renglón seguido cura al hombre, dando así respuesta a lo que con un cínico silencio se habían negado a reconocer: que aquella curación no tenía nada que ver con la Ley porque “el Sábado se ha hecho para el hombre, y no el hombre para el Sábado.” (cf. Marcos 2, 27).

La escena nos describe en la misma persona, en Jesús, dos actitudes que parecen contradictorias: el rechazo sin paliativos de la mentira, la obcecación, expresado en la mirada con **ira**, y al mismo tiempo la **mansedumbre** que hace que le duela su rechazo a recuperarse. Y por encima de todo Jesús muestra que la vida está antes que la Ley, desmontando con hechos una falsa convicción. Y es que la mano de aquel hombre estaba por encima del “Sábado”. La verdad ha salido adelante; se han quedado fuera los que no se han atrevido a preguntarse “qué les parecía” ni “si querían”, no se han atrevido a ser **personas**.

Pero no quiero dejar de contaros algo que me ocurrió y que puede ayudarnos a descubrir que lo que Jesús va planteando desde su vida, no es del “otro mundo”, sino que son vivencias inteligibles y, yo diría, que a nuestro alcance.

Hace muchos años, un amigo mío hizo un disparate: se fue con una cría de 16 años y desapareció del barrio. Estaba casado y tenía dos hijos pequeños. Nada más enterarme fui a su casa. Su mujer hecha polvo, y sin saber dónde estaba. Al final, todo volvió a la normalidad y no sucedió nada irreparable. Pero lo que me interesa es describir cómo viví aquellos hechos:

1º.- En ningún momento se me pasó por la mente “justificar” el hecho, y menos aún quitarle importancia.

2º.- Al revés, lo veía más rechazable por el hecho de haberlo cometido una persona querida.

3º.- Pero al mismo tiempo me preocupaba la “recuperación” de aquella familia que, como es natural, pasaba por la suya.

Sin embargo, si el mismo hecho lo hubiese vivido desde la vertiente “inocente”, mi experiencia no se hubiese parecido en nada a la que he descrito: tan sólo hubiese sentido el rechazo visceral al hecho, ahorrándome lo más penoso, pero también lo más positivo: el “dolor” que buscaba la “recuperación”. Es decir, en este hecho concreto, que no tiene nada del otro mundo, se dieron en mí las dos actitudes que hemos visto en Jesús y que, a lo mejor, nos parecían tan impensables en la misma persona y al mismo tiempo. Tan sólo tuvieron que darse unas circunstancias concretas para descubrirlas en mí mismo.

Pero pasemos a una cita más peligrosa: Juan 18, 3-9. Es la escena del Prendimiento de Jesús en el Huerto, descrita por Juan: *“Judas, pues, llega allí con la cohorte y los guardias enviados por los sumo sacerdotes y fariseos, con linternas, antorchas y armas. Jesús que sabía todo lo que le iba a suceder, se adelanta y les pregunta: ‘¿A quién buscáis?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno’ Dices: ‘Yo soy’... Cuando les dijo ‘Yo soy’, retrocedieron y cayeron en tierra. Les preguntó de nuevo: ‘¿A quién buscáis?’ Le contestaron: ‘A Jesús el Nazareno’. Respondió Jesús: ‘Ya os he dicho que yo soy; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos.’”*

Esta escena, al comienzo de la Pasión, tiene un gran alcance. El “retroceso” de todos los que van a detenerlo, “cayendo en tierra”, simboliza que todo lo que va ocurrir en adelante es consecuencia de una entrega: *“nadie me quita la vida; yo la doy voluntariamente”* (Juan 10, 18). Pero la segunda vez que responde, añade: *“si me buscáis a mí dejad marchar a estos”*. Es decir, los Derechos Humanos (DDHH) de los que le rodeaban se salvaron totalmente, mientras él perdió los suyos. Es decir, Jesús no puso en primer plano sus “derechos” sino los de los demás. (Tampoco en la escena de la expulsión del templo defendía ningún “derecho propio”). Reflexionemos pues brevemente sobre los DDHH.

Qué duda cabe que la Declaración de los DDHH ha sido un logro para la Humanidad: el reconocer que toda persona, por el hecho de serlo, tiene unos derechos inalienables es un hito en la Historia. Pero en los logros más sublimes se nos ve el plumero: los mismos “Derechos” hubiesen salido si en vez de llamarlos “derechos” los hubiésemos llamado **Deberes Humanos**. ¿En qué está la diferencia? Denominándolos Derechos me convierto automáticamente en un “sujeto de derechos”, que es lo mismo que decir que me convierto en el centro. Más aún, en esta tarea de sacar adelante “mis derechos” voy a tener tanto entretenimiento que no tendré tiempo para ocuparme de nada más, pues nunca estarán totalmente satisfechos; mientras que denominándolos “deberes”, me convertiría un “sujeto de

deberes”, es decir, quedo descentrado y me convierto en un ser responsable, mientras que el sentirme “sujeto de derechos” lo único que plantea es la responsabilidad de los demás para conmigo.

Pues resulta que Jesús salva los derechos de todos los que le acompañan, pero pierde los suyos. Y no es casualidad que los grandes defensores de los DDHH han perdido la vida, empezando, como hemos visto por Jesús, y siguiendo por Gandhi, Martín Luther King... Es decir tendríamos que plantearnos hasta qué punto la Declaración de los DDHH sirve para sacar a flote los “derechos inalienables” del ser humano. ¿De qué ha servido dicha “Declaración” en estos 50 años que tiene de vida para tantos millones de personas que carecen de los más elementales? A veces tengo la sensación de que los únicos que se aprovechan de ella son los cínicos. Pero sigamos preguntándonos sobre el tema.

Y es que propiamente, el único **sujeto de derechos** que hay en sentido estricto, es el **niño**, y muy pequeñito, hasta tal punto que si sus derechos no son satisfechos, muere. Pero, a este mismo niño al que no discutimos lo más mínimo sus “exigencias” en su primer año de vida, empezamos a echarle en cara sus “caprichos”. Es decir, empezamos a negarle cosas: ‘Nada de caprichos’, y a exigirle pequeñas responsabilidades. No le hablamos de derechos - ¡ellos los tienen muy claros!-, sino de obligaciones. Y cuando a algún niño se le consienten sus “caprichos”, todo el mundo opina que se le está haciendo daño. En una palabra, empezamos siendo un sujeto estricto de derechos, porque no podemos ser otra cosa, pero estamos llamados a convertirnos en **sujeto de deberes**.

El adulto, será tal, si se ha convertido en sujeto de deberes, renunciando a permanecer como sujeto de derechos. Más aún ¿cómo saldrán adelante los DDHH si nadie se responsabiliza? En eso consiste la madurez. Posiblemente nos cueste el ponernos de acuerdo a la hora de definir la madurez, pero en lo que sí coincidimos en seguida es en percibir su ausencia. El “inmaduro”, no lo describimos, lo padecemos. Y, curiosamente, tenemos un refrán genial para describirlo: “Este está todo el día mirándose el ombligo”.

“Mirarse el ombligo” es prolongar la infancia. ¡Qué acierto el usar la imagen del ombligo! En efecto, el ombligo es el único resto que queda de lo que fue decisivo al comienzo de nuestra vida: ¡por ahí pasó toda nuestra vida!, y sin embargo eso tan primordial estaba llamado a cortarse y secarse cuanto antes. Seguir contemplándose algo que fue el comienzo y la posibilidad de mi vida, pero que ya no tiene sentido, revela nuestra estupidez: querer prolongar una situación ya superada. ¡Es imposible volver a la situación primitiva! Pues bien, “mirarse el ombligo” parece querer perpetuar algo que fue importantísimo, pero que ya pasó y carece de sentido.

En efecto, recién nacidos, cortado ya nuestro cordón umbilical, seguimos necesitando otro “cordón” tan importante como el primero, pero que no iba a durar nueve meses, sino varios años. A través de esa “dependencia” lo recibimos todo, y hubiésemos perecido de haberse “cortado”, o no nos habríamos desarrollado debidamente de haberse deteriorado. Pero esa dependencia (ombligo) estaba llamada a cortarse, y cuando esta ruptura no acababa de producirse todos empiezan a decir: “este está muy enmadrado”, “no ha salido de las faldas de su madre”... Y así como no es posible restablecer la situación intrauterina, todos pretendemos en algún momento perpetuar la dependencia psicológica. Pero no tiene salida, ni para el que lo pretende, y mucho menos para los que lo rodeamos.

Es el callejón sin salida de lo regresivo. Y la sociedad actual tiene mucho de regresiva. En nuestro Primer Mundo, somos cada vez más “niños” frente a un “papá Estado” en el que descargamos todos los “deberes”. Más aún, nuestro respeto exacerbado al niño, lo afianza en su convicción de que es lo más grande y, poco menos que definitivo; cuando lo que habría que descubrirle es su “provisionalidad”, que está llamado a crecer. ¿El deseo de “ser mayor” que yo tenía de niño se da hoy con la misma fuerza? Estamos incapacitando para la madurez, para el crecimiento, y creo que los resultados los estamos ya palpando. ¡En esta sociedad, hay ombligos como “paelleras”!...

Por tanto, los DDHH, para una persona responsable, ¡y más para un cristiano!, tienen que empezar por los demás. Si no, se convierten en una actitud individualista y cínica ante los demás. Cuando nos encontramos con una persona obsesionada por sus derechos y que sólo sabe exigir, le damos de lado.

Volvamos, pues al **Evangelio** que es el que nos ha llevado a estas concreciones. Las tres citas a la que hemos acudido para resolver la aparente “contradicción” de un Jesús manso y violento, nos han proporcionado los siguientes datos: a Jesús se le compara con el Siervo de Yahvé que trae la Justicia sin gritos ni disputas, sino recuperando. (Mateo 12, 15-21). Este Jesús nunca pacta con la mentira o la injusticia, aunque tampoco convierte la verdad en “arma arrojadiza”. Es decir, ni agrede, ni se inhibe. Por último, hasta tal punto no se inhibe, que por sacar adelante la justicia, pierde todos sus derechos. Es decir, la actitud de Jesús no es nada simple: ni se lo traga todo en aras de la mansedumbre, ni arrasa en nombre de la ‘verdad’. Lo que sí es verdad es que los derechos de los demás salen a flote, aunque los propios los pierda.

Resumiendo:

1.- Los pasajes donde aparece un Jesús manso, haciendo el bien, nos revelan una apuesta por la **recuperación**, no una “bonachonería” tonta.

2.- Los pasajes donde aparece un Jesús enérgico, contundente, violento, nos dicen es que **no se puede pactar con la injusticia, la mentira**. Pero esa contundencia no se olvida de la “recuperación” del otro y le duele que la rechace. (Marcos 3, 1-5)

3.- Cuando Jesús pierde todos sus “derechos” es para salvar los de los demás (Juan 18, 9). **Los DDHH empiezan por los demás**.

Es decir, frente a la *inhibición* y a la *agresividad*, estaría la *asertividad*: no se puede pactar con la mentira, pero tampoco se puede utilizar la verdad como pretexto para eliminar al otro o para imponerla, porque la verdad si la impongo deja de serlo, por lo pronto, para el que se la impongo y, lo que es más interesante, se le incapacita para acceder a ella. Jesús, ante la realidad negativa, nos ofrece una actitud compleja, pero rica y recuperadora: no pactar con el mal, pero tampoco eliminar ni descalificar definitivamente al que lo provoca.

2.- Qué dijo Jesús sobre el poder-agresividad.

Toda la problemática de esta Bienaventuranza gira en torno al **poder** en su vertiente más peligrosa: la agresividad, nuestro “ministerio de defensa”. Vamos a aportar tres citas que abordan el problema del poder desde tres vertientes: la primera, será un serio **aviso** del peligro de la agresividad -en cuanto venganza- y la razón profunda para no dejarse llevar por ella; la segunda nos presentará la única **alternativa** al poder: el servicio; la tercera **urge** la reconciliación frente a la ruptura a la que lleva todo agresividad-vengeza.

Aviso: Mateo 5, 38-48 y Lucas 6, 27-36.

La agresividad está demasiado presente en la historia humana y personal como para creer que es un problema más o menos anecdótico. En este texto va a desenmascarar una trampa que hemos convertido hasta en “Ley” y a ofrecernos vivencias para superarla, no con la sensación de renuncia o fracaso, sino de logro y superación.

Vamos a transcribir la versión de Mateo que tiene dos partes: la primera es Mateo 5, 38-42: *“Habéis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente’. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha ofrécele la otra; al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla vete con él dos. A quien te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda.* El texto no puede ser más expresivo y chocante. Únicamente conviene interpretarlo desde el mismo Jesús. ¿Qué puede significar el “ofrecer la otra mejilla”? En el **Evangelio** de Juan aparece que en el juicio ante el Sanedrín le dieron una bofetada (cf. Juan 18, 22-23). Pues bien, Jesús no le pone la otra mejilla, sino que le pregunta ¿por qué se la ha dado? Una vez más lo remite a la inteligencia, pero lo que no hace es devolvérsela.

Y es que en realidad, lo que provoca, espontáneamente, en nosotros una acción de ese tipo, es devolverla. Y es una reacción tan compulsiva que se ha incorporado a la estructura de nuestro psiquismo más profundo convirtiéndose en la **Ley del Talión**.

La ‘ley del talión’, que supone un avance en el camino hacia lo ético, responde al mecanismo más primitivo en el comportamiento del niño. Por tanto es algo “regresivo”, y como todo lo regresivo es muy apetecible y produce un gran placer. Este mecanismo consiste en *imitar y repetir* lo que ve. Esto va a tener unas ventajas sorprendentes de cara al aprendizaje, pues no necesita ninguna elaboración. Pero al ser un mecanismo tan primitivo no pasa por nuestros niveles de control (inteligencia y voluntad), y sencillamente se nos “dispara”. Ahí está su peligro.

El *ojo por ojo*, consiste en lo siguiente: si tú me has sacado el ojo derecho, yo tengo que sacarte tu ojo derecho, y así hago “justicia”. ¿En qué consiste esta “justicia”? En que *repito* e *imito* la atrocidad que digo que no se debe hacer. Es una irracionalidad de tal calibre que la única explicación que tiene para que se halla incorporado a la “Ley” es la gozada del ‘repetir e imitar’.

En efecto, la **venganza** es una tan “nuestra” que poca explicación necesita. Es la descarga compulsiva de nuestra agresividad. Esto produce una gran satisfacción. Cuando la venganza, pocas veces confesada, pero siempre experimentada por dentro, se cumple, es una ‘gozada’, produce un gran “placer”, y esto es muy peligroso: todo lo que produce un placer inmediato y seguro, no estamos dispuestos a renunciar a ello, de la misma manera que ayer veíamos el “gusto” que nos daba encontrar el “billete”, imposibilitaba que se quedase allí. La satisfacción que da ver caer sobre ‘nuestro enemigo’ el mal que nos hizo, no estamos dispuestos a privarnos de ella. La reacción de Santiago y Juan es muy bruta, pero muy nuestra.

El pasar esta reacción tan primitiva por la inteligencia, por el **¿qué nos parece?**, puede abrirnos los ojos y descubrir que no es solución para nada, sino multiplicación del mal y, como uno se descuide, meterse en la espiral de la violencia. Y encima la “gozada” que produce, nos deja “agrios”.

Pero pasemos a la segunda parte del texto que citamos (Mateo 5, 42-48): *“Habéis oído que se dijo: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tus enemigos. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogada por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”*. Y Lucas termina el mismo pasaje diciendo: *“Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso”*.

“Habéis oído que se dijo... Se rompen la cabeza los escrituristas buscando esta cita en el Antiguo Testamento, y yo me pregunto, ¿por qué tenemos que buscarla en la Escritura? ¿No es esto lo que todos “dicen”? No sólo “se dijo”, sino se dice y “se seguirá diciendo”. El odiarás a tus enemigos lo llevamos incrustado en nuestro psiquismo, como hemos visto en todo el tema de la venganza, y espontáneamente no renunciamos a su satisfacción.

Pues bien, ante esta realidad tan peligrosa, Jesús nos remite, nada menos que a la “perfección” de “nuestro Padre celestial” que no excluye a nadie -ha optado por la “recuperación”- y *“hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos”*. ¡Este Padre es “nuestro”, ya seamos *buenos* o *malos*! Jesús nos remite a la dimensión recuperadora que lleva todo padre respecto a sus hijos, porque *“si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo al que se lo pida?”* (Lucas 11, 13). Necesitamos este Espíritu Santo para que esta actitud recuperadora -*misericordiosa*- del Padre celestial hacia *todos*, nos “libere” de esta “tentación”.

Hace años, después de un atentado de ETA en Zaragoza, en el que murieron dos niñas de unos diez años, en un programa de radio en que los oyentes llamaban por teléfono para opinar, uno de estos “espontáneos” dijo que lo que había que hacer es poner en un centro comercial de Bilbao (cuyo nombre dio) una bomba. El locutor, como es lógico, empezó a hacerle reflexionar sobre la barbaridad que proponía, pero el otro no se apeaba de su “propuesta”. El final fue que el locutor tuvo que colgarle.

Por aquellos días tuve que ir a tener una charla a un grupo de mujeres sobre la Navidad y a tener una Eucaristía. No llegarían a 20, con lo que aquello se convirtió en un coloquio interesante y espontáneo. Como es natural, salió el tema del atentado, y yo les expliqué el mecanismo del *ojo por ojo*, cómo una “barbaridad” nos hace “bárbaros”, por la venganza que se nos dispara. Una mujer joven, sentada a mi derecha exclamó de repente: *“¡Qué horror! ¡Podemos hacer cosas que hacen malos a los demás!”*. Es decir, el mal que nos rodea, nos hace malos, saca lo peor de nosotros mismos. ¡Podemos ir por la vida haciendo malos a los demás! A veces, lo que criticamos, lo hemos provocado. Por tanto, este **aviso** no parece estar de más: que tengamos cuidado con un mecanismo que se nos dispara por el mal que nos rodea y puede convertirse en un factor multiplicador del mal.

Alternativa: Mateo 20, 20-28.

La primera parte del texto es bastante pintoresca: el **Evangelio** nos pinta a la madre de los Zebedeo, que “se postra” ante Jesús para pedirle algo. Ante la pregunta de Jesús sobre qué quiere, ella responde: *“Manda que estos dos hijos míos, se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda”*. Mi padre decía que esta mujer era la patrona de las recomendaciones. Como

buena madre quería dejar “colocados” a sus hijos. Pero la forma de hacerlo revela un carácter tan enérgico como el de los hijos: no dice, “si es posible...”, sino “manda”.

Jesús ante este acoso va a mostrar una gran habilidad cargada de humor. En efecto, les pregunta a los hermanos: “¿Podéis beber la copa que yo voy a beber?”. No sé la cara que pondría un exegeta, pero a mí esto me suena de la siguiente forma: ante la propuesta de “beber una copa”, dice Mateo que ellos dijeron: “*Sí podemos*”, es decir, “si es cuestión de beber una copa, y dos también...”. Y aquí es donde aparece todo el humor de Jesús, que nosotros hemos convertido en un problema “dogmático”, cuando simplemente lo podemos interpretar como un “quitarse de encima” a aquella “madraza” que pedía una cosa sin sentido, por lo que luego nos dirá el propio Jesús: “*Les dice Jesús: ‘Sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí, sino a mi Padre...*” La cara que pondría la buena mujer, “¿y dónde está su ‘padre’? Y es que siempre que le preguntan alguna estupidez, Jesús remite a su Padre.

Pero lo que nos interesa es lo que sigue: la pretensión de los dos hermanos formulada por su madre, indigna a los otros diez. Es el típico problema de “lucha por el poder”. Esto es un consuelo para todos nosotros: Jesús se rodeó de “petardos” como nosotros, ¡por eso podemos también seguirle! En efecto, Mateo comenta: “*Mas Jesús los llamó y dijo: Sabéis que los jefes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los grandes las oprimen con su poder.*” ¡No pone excepciones! Más aún, Lucas, en el versículo paralelo añade: “*y se hacen llamar Bienhechores*” (Lucas 22, 25).

La afirmación no puede ser más pesimista acerca de la utilización del poder político. La frase recuerda otra afirmación que el libro de la Sabiduría pone en boca del impío: “*Sea nuestra fuerza la norma de la justicia, porque lo débil se manifiesta inútil*” (Sabiduría 2, 11). Hay que admitir que este principio ha sido el eje de la Historia y se nos cuelga en los mejores “logros”, como puede ser la ONU: ahí se encuentran todas las Naciones, teóricamente en plano de igualdad. Sin embargo, los países más “poderosos” tienen derecho a “veto”. Eso es sencillamente el cinismo de la frase del impío institucionalizado. “Porque soy más fuerte, tengo más verdad”... y resulta que la verdad no necesita fuerza, es ella misma. Más aún, cuando está dicha desde lo más bajo, desde los más débiles, es más verdad; y si necesita “fuerza” es que es “mentira”.

Pero Jesús no para ahí, y ofrece una alternativa al poder. Vamos a escucharla y a preguntarnos ¿qué nos parece? He aquí su propuesta: “*No ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro esclavo; de la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos*” (si en vez de decir “como rescate” decimos “para recuperación”, quizás en el contexto de esta **Bienaventuranza** nos sugiera mucho más).

La propuesta no puede chirriarnos más en nuestra época: convertirse en el “servidor” y “¡el esclavo!” de los demás. Sin embargo yo propongo que no nos dejemos llevar por nuestras reacciones primarias y, menos aún, por lo que todo el mundo da por supuesto, y vamos a preguntarnos una vez más **¿qué nos parece?** Posiblemente nos llevemos una inesperada sorpresa.

Yo os pregunto: en vuestra valoración personal, ¿quién ocupa el primer puesto? Pues aquella persona con la que puedo contar, sea la hora que sea, en las circunstancias que sean, en cualquier dificultad. Es decir aquella que es para mí como si fuese mi “servidor”, mi

“esclavo”. Y es que la valoración de una persona se mide por el nivel de agradecimiento que despierta en nosotros, no por la admiración. Admiramos, con demasiada frecuencia, lo que envidiamos, pero agradecemos lo que es válido y estimamos de verdad. Una vez más, parece que el **Evanglio** es verdad. Y es que para Jesús, **la única alternativa al poder, es el servicio**.

Como decíamos al comienzo, “somos puro poder”. El problema está en qué hacemos con ese conjunto de poderes, de potencialidades, de capacidades... que tenemos. Parece que Jesús lo tiene claro: **servir**, y se pone como ejemplo. “Como el Hijo del hombre, no ha venido a ser servido, sino a servir...” ¿Sólo el “Hijo del hombre” o, más bien toda persona? ¿Es un disparate decir que todos hemos venido a servir y no a ser servidos? ¿Está fuera de lugar decir que el poder político está llamado a servir, y no a “dominar como señores absolutos” ni a “oprimir”?

“... y dar su vida como rescate por muchos”. En este final Jesús resume su postura en la vida. Pero esta postura ¿es sólo para Jesús? ¿Los demás hemos “venido” para otra cosa? La vida es el don por excelencia. Todos los demás dones vienen después y, sin ella, no hay nada. Pues bien, el único verbo que da sentido a la vida es el verbo *dar*. Ni “pasar”, ni “conservar” (tenemos que dejarla). **Y la única manera de dar la vida es el servicio**.

Y aquí quiero remitir a una peculiaridad del idioma español que confirma la apuesta de Jesús en esta alternativa. Y es que cada idioma tiene alguna genialidad. En el nuestro tenemos una a la que le sacamos poco partido, pero, por lo menos, conviene ser conscientes de ella. Me estoy refiriendo a las dos formas de expresar el verbo ser: **ser** y **estar**. En efecto, no los usamos indistintamente: si yo te pregunto, “¿cómo estás?”, tú me respondes con toda naturalidad; pero si lo que te digo es “¿cómo eres?”, ya no sabes qué contestarme. ¿Por qué? Porque en el primer caso se trata de tu “ser” situado espacio-temporalmente: “aquí y ahora” mi “ser” es satisfactorio. Es decir el verbo **estar** expresa el ser circunstanciado espacio-temporalmente. Pero cuando te pregunto ¿cómo eres?, se trataría de tu ser en sí, más allá de toda circunstancia, y entonces no sabes qué decir. En este sentido se entiende en toda su profundidad la frase que el Éxodo 3, 14 pone en boca de Yahvé: “Yo soy el que soy”. Sólo Dios es, los seres humanos “estamos como podemos”.

Pero ahora viene lo sorprendente: si yo te pregunto **¿qué eres?**, tu me respondes con tu **profesión**. Y ¿qué expresa la profesión en una persona? Su **capacidad de servicio responsable** (no su “buena voluntad”). Es decir, lo que nos da **ser**, es nuestra responsabilidad ante el servicio. Si mi profesión es médico, lo soy hoy, pero lo era ayer y lo seré mañana. Se me puede exigir responsabilidad por mi servicio prestado; y así en todas las profesiones. Es decir, esta expresión del español coincide con la apuesta de Jesús: “no ha venido a ser servido, sino a servir”. ¡Nos quedamos sin ser si no servimos!

Urgencia: Mateo 5, 25-26.

Ante el peligro de una agresividad que nos acecha para eliminar al que me ha hecho daño, Jesús nos urge: “*Ponte en seguida a buenas con tu adversario mientras que vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia, y te metan en la cárcel. Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo.*”

La propuesta tiene un carácter de urgencia: *en seguida*. Si no se reacciona con rapidez,

el mecanismo ciego del *ojo por ojo* desencadenará todas sus dinámicas, y la posibilidad de **recuperación** desaparecerá.

En efecto, Jesús confronta las soluciones de nuestra “justicia”, que, en realidad no distan mucho de la lógica del “ojo por ojo”, con su propuesta recuperadora. En efecto, no nos engañemos creyendo que al haber eliminado de nuestras legislaciones “la pena de muerte” y otras truculencias, “el ojo por ojo” queda superado. Su aplicación estricta estará superada, pero no su dimensión mitigada. En efecto, la cárcel no “elimina”, pero sí “aparca”. ¿Qué es la cárcel sino “quitar de en medio” al que de alguna forma perturba mi “seguridad”? Pero esta “justicia” no lleva consigo la preocupación por la recuperación del “injusto”. ¡La cárcel no suscita recuperación! Otra cosa es que hoy empiece a plantearse este problema en la política penitenciaria, y que se constate que, no sólo no hay recuperación, sino que, normalmente, degrada.

Pues bien, si esto es así, parece que Jesús ya planteó el problema y sugirió la posible solución: *ponerte de acuerdo mientras vas con tu adversario por el camino*. Pero esto ha de hacerse con urgencia. Cuando pasemos al apartado siguiente veremos una propuesta de Pablo que va en esta línea.

Resumiendo, ¿están fuera de lugar este **aviso**, esta **alternativa**, y esta **urgencia**? ¿**QUÉ NOS PARECE?** ¿**LO QUEREMOS?**

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO ACERCA DE LA AGRESIVIDAD

Y empecemos por una cita que alude expresamente al problema que Jesús nos planteaba hace un momento: optar por la reconciliación en vez terminar en la cárcel. 1 Corintios 6, 1- 8: “*Cuando alguno de vosotros tiene un pleito con otro, ¿se atreve a llevar la causa ante los injustos y no ante los santos? ¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si vosotros vais a juzgar al mundo, ¿no sois acaso dignos de juzgar esas naderías? ¿No sabéis que hemos de juzgar a los ángeles? Y ¡cómo no las cosas de esta vida! Y cuando tenéis pleitos de este género ¡tomáis como jueces a los que la Iglesia tiene en nada! Para vuestra vergüenza lo digo. ¿No hay entre vosotros algún sabio que pueda juzgar entre los hermanos? Sino que vais a pleitear hermano contra hermano, ¡y eso, ante infieles! De todos modos ya es un fallo que haya pleitos entre vosotros. ¿Por qué no preferís soportar la injusticia? ¿Por qué no dejaros más bien despojar? ¡Al contrario! ¡Sois vosotros los que obráis la injusticia y despojáis a los demás! ¡Y esto, a hermanos!*”.

En esta tarea de posibilitar la fraternidad hay que partir de un dato previo. La fraternidad es algo objetivo: mi hermano es mi hermano me guste o no, me dé vergüenza o me alegre... Otra cosa es que yo me comporte con él como hermano. Las **Bienaventuranzas**, como dijimos en la **Introducción**, van a plantear cómo hacer posible un comportamiento fraternal con quienes, de hecho, son tan hijos de Dios como yo. Más aún, esta tarea será la primordial para el cristiano, como veremos en la 7ª Bienaventuranza.

Pues bien, esto es lo que plantea Pablo a los de Corinto. “*Al acudir a los jueces de este mundo en vuestros pleitos ¿actuáis desde la convicción de que sois hermanos?*” En efecto la justicia de este mundo, por definición, no juzga entre hermanos, sino entre enemigos.

Por tanto, uno tiene que salir vencedor y el otro vencido. Para Jesús, sin embargo, lo que le preocupa, lo que, con urgencia, advierte es que lo que está en juego es la fraternidad misma. A la justicia de este mundo lo que le preocupa, lo que le obsesiona es salvar “mi verdad”, “mi seguridad”. De este modo, en nombre de la “verdad” estoy dispuesto, incluso, a eliminar; y sin llegar a ese extremo, a “aparcar” al otro. La justicia que aquí plantea Pablo es la misma que planteaba Jesús: la de un Dios **misericordioso** que opta por la **recuperación**. Como hermanos estamos llamados a reconciliarnos, no a prevalecer uno sobre el otro. Estamos llamados a recuperarnos, y para eso tenemos que encontrarnos como hermanos, “dolernos”.

Dijimos que la vivencia más expresiva de la mansedumbre de Jesús se dio en la Pasión, pero de la Pasión trataremos detenidamente en otras Bienaventuranzas, y por eso sólo aludimos a ella. Ahora, sin embargo, sí vamos a aludir a un paralelo exacto de la Pasión y Muerte de Jesús: la “pasión” del primer mártir cristiano: Esteban (Hechos 7, 55-60): Esteban muere perdonando a los que le apedrean, como lo hizo Jesús: “...*Pero él, lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios; y dijo: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la diestra de Dios». Entonces, gritando fuertemente, se taparon sus oídos y se precipitaron todos a una sobre él; le echaron fuera de la ciudad y empezaron a apedrearle. Los testigos pusieron sus vestidos a los pies de un joven llamado Saulo. Mientras le apedreaban, Esteban hacía esta invocación: «Señor Jesús, recibe mi espíritu.» Después dobló las rodillas y dijo con fuerte voz: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado.» Y diciendo esto, se durmió*”.

Esta apuesta de Jesús por la mansedumbre, la sintetiza S. Pablo en Romanos 12, 18-21: “... *en lo posible, y en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres; no tomando la justicia por cuenta vuestra, queridos míos, dejad lugar a la Cólera, pues dice la Escritura: Mía es la venganza, yo daré el pago merecido, dice el Señor. Antes al contrario, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer y si tiene sed, dale de beber. Haciéndolo así, amontonarás ascuas sobre su cabeza. No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien*”.

Para vergüenza nuestra, tuvo que ser un no-cristiano, Gandhi, quien se tomó en serio esto de la no-violencia, de vencer al mal a fuerza de bien. “Dejad lugar a la Cólera”. ¡Dios es el único Juez! ‘Mía es la venganza’, no nuestra. La prohibición de no vengarse es absoluta. Antes al contrario: “*si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber, así ‘amontonarás ascuas sobre su cabeza’, o sea, “se pondrá colorado”*”.

En la “formación” de todo Cuerpo represivo, lo único que hay que asegurar es que el “adiestrado” descargue el primer golpe contra quien tiene delante sin plantearse nada más, porque el siguiente golpe ya no lo dará porque se lo ordenan, sino porque el “atacado” ha reaccionado agrediendo físicamente o con insultos desde ese momento funciona por sí solo el mecanismo del *ojo por ojo*. Pero, cuando esta respuesta no se da, termina el agresor por avergonzarse. El único inconveniente son los golpes que uno va a recibir antes de que esta “vergüenza” desmonte el mecanismo. Martin Luther King describe en uno de sus libros lo que aquí estamos comentando.

El cristianismo primitivo se encontró con una realidad sociológica sangrante, pero totalmente admitida, ante la que no luchó: la **esclavitud**. En nuestra época, esto nos escandaliza. El cristianismo, no sólo no hizo declaraciones en contra de su existencia, sino que se predicó la sumisión. Hay numerosos textos sobre el tema, por ejemplo 1 Pedro 2, 18-25, pero vamos a citar uno especialmente llamativo, **1 Corintios 7, 20-24**: “*Que permanezca*

cada cual tal como le halló la llamada de Dios. ¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes. Y aunque puedas hacerte libre, aprovecha más bien tu condición de esclavo. Pues el que recibió la llamada del Señor siendo esclavo, es un liberto del Señor; igualmente, el que era libre cuando recibió la llamada, es un esclavo de Cristo. ¡Habéis sido bien comprados! No os hagáis esclavos de los hombres. Hermanos, permanezca cada cual en el estado en que fue llamado.”

El texto es duro, pero, curiosamente, como otros muchos del Nuevo Testamento, es paradójico, pues termina diciendo: “no os hagáis esclavos de los hombres”. ¿En qué quedamos? Más aún, esta recomendación puede resultar más peligrosa aún si se interpreta en su vertiente “espiritualista”: “lo que cuenta es lo interior”.

Por lo pronto, hay que admitir que ninguna “oposición” hubiese podido desmontar algo que sociológicamente estaba totalmente admitido y justificado. Sin embargo, la esclavitud iba a ser herida en sus raíces. Para comprobarlo recordemos la carta de Pablo a Filemón cuyo esclavo, Onésimo, convertido en la cárcel al cristianismo, vuelve con su amo. Veamos lo que le dice, entre otras cosas:

Filemón 8-16: *“Aunque tengo en Cristo bastante libertad para mandarte lo que conviene, prefiero más bien rogarte, en nombre de la caridad, yo, este Pablo ya anciano, y además ahora preso de Cristo Jesús. Te ruego en favor de mi hijo, a quien engendré entre cadenas, Onésimo, que en otro tiempo te fue inútil, pero ahora muy útil para ti y para mí. Te lo devuelvo a este mi propio corazón. Yo querría retenerle conmigo, para que me sirviera en tu lugar, en estas cadenas por el Evangelio; mas sin consultarte no he querido hacer nada, para que esta buena acción tuya no fuera forzada sino voluntaria. Pues tal vez fue alejado de ti por algún tiempo, precisamente para que lo recuperaras para siempre, y no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido, que, siéndolo mucho para mí, ¡cuánto más lo será para ti, no sólo como amo, sino también en el Señor”. El texto no tiene desperdicio, y quizás convenga preguntarnos una vez más **¿qué nos parece?***

Supongamos que permiten a Filemón pasar un día en la cárcel con Pablo, ya anciano y medio ciego, y se encuentra con su antiguo esclavo que atiende al apóstol en todas limitaciones. ¿No le diría a Onésimo aquel día: ‘Tú quítate de ahí, que hoy voy yo a servir a Pablo, tengo ese gustazo’? Es decir, ante una persona a la que queremos y estimamos profundamente, consideramos un “privilegio” prestarle un servicio que necesite. Más aún, nos molesta que acuda a otra persona y no cuente con nosotros. **¡Servir es un privilegio!**, pero no sólo para el cristiano, sino para toda persona. ¡El servicio no es sinónimo de esclavitud! Otra cosa es que convirtamos en “esclavos” a los que nos prestan los servicios que no estamos dispuestos a hacer...

Por eso Pablo termina haciéndole caer en la cuenta que lo recupera para siempre, “... *no como esclavo, sino como algo mejor que un esclavo, como un hermano querido...*” Onésimo va a seguir sirviendo, ¡como todos tenemos que servir!, pero no como esclavo, sino como hermano. El cristianismo ha desligado el servicio de la esclavitud. Ésta tiene que desaparecer, porque somos hermanos; pero no olvidemos las palabras de Jesús: “no hemos venido para ser servido, sino para servir...”, y parece que estábamos de acuerdo. Más aún, llegamos a constatar, según el idioma español, que lo que nos da identidad es nuestra capacidad de servicio responsable, nuestra “profesión”. Una persona que no sirve, “no sirve para nada”.

Una concreción de todo lo que estamos diciendo puede ser la realidad del llamado “servicio doméstico”. Este “servicio” es tan servicio como cualquier otro que haya que hacer. La doctora que tiene que contratar a una chica para poder ir a su trabajo al hospital, está realizando un “servicio” tan digno y necesario como el que hace la chica con sus hijos, y si no, que se lo pregunten a la madre. El servicio doméstico es tan digno como cualquier otro. Tan importante es limpiar las cloacas como curar enfermos. Más aún, si no se limpian, de nada servirá la pericia del médico. ¡No ha existido en la historia un trabajo “indigno”, si ese trabajo había que hacerlo!

Volverá a salirnos el tema del **servicio**, pero podemos resumir lo dicho así:

- Estamos “condenados” a servir, porque sobrevivimos gracias a los servicios que nos rodean.
- Servir a quien se quiere es un “privilegio”: encontraremos su sentido al servicio cuando vivamos como hermanos.
- Servir no es ser dominado: el poder se justifica en la medida en que sirve, no cuando abusa u oprime. La razón que Pablo da a los Romanos para someterse a la autoridad constituida es, que el que la detenta, *es un servidor de Dios para hacer justicia y castigar al que obra el mal* (Romanos 13, 4).
- La agresividad imposibilita el servicio porque impide la reciprocidad.

En la primera carta de S. Pedro nos encontramos un texto que puede resumir perfectamente la apuesta de esta Bienaventuranza. **1 Pedro 3, 8-17**: *“En conclusión, tened todos unos mismos sentimientos, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición. Pues quien quiera amar la vida y ver días felices, guarde su lengua del mal, y sus labios de palabras engañosas, apártese del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella. Pues los ojos de Señor miran a los justos y sus oídos escuchan su oración, pero el rostro del Señor contra los que obran el mal.*

En esta primera parte describe la **actitud fraternal** (como hermanos) que nos llevará a *no devolver mal por mal*, pues estamos llamados a ser *herederos de la bendición*, no de la maldición. (Jesús no maldice: las “contra-bienaventuranzas” que trae Lucas (6, 24-26), no son maldiciones, sino gritos de angustia: ¡Ay de vosotros!). Pero sigamos con nuestra cita de Pedro:

Y ¿quién os hará mal si os afanáis por el bien? Mas, aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos de vosotros. No tengáis ningún miedo ni os turbéis. Al contrario, dad culto al Señor, Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. Pues más vale padecer por obrar el bien, si esa es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.

La apuesta de Jesús en esta Bienaventuranza es por el “bien”, por “no devolver mal por mal”, por la “recuperación”. Pero esto no asegura que la respuesta sea la “correcta”, y Pedro avisa que *aunque sufrierais a causa de la justicia, dichosos de vosotros...* Estamos hartos de constatar que se abusa del que obra bien. Pues eso nunca debe llevarnos a dejar de hacer el bien, sino estar dispuestos en todo momento a dar respuesta “a quien nos pida **razón de nuestra esperanza**”. ¡Nada de complejos!, nos apoyamos en una **razón** que nos abre a una **esperanza**. Es la convicción de que esta postura tiene salida, porque ¿tiene salida la opuesta,

el ojo por ojo? Otra cosa es que nos ahorre “sufrimiento” (pero provocándolo), pero es peor “obrar mal” que “padecer”. **¿Qué nos parece?**

Quiero terminar este apartado con una traducción de 2 Corintios 13, 7-9, que encontré en un libro de González Ruiz: *“Pedimos a Dios que vosotros no hagáis nada malo, no para que nosotros quedemos bien, sino para que vosotros lo hagáis bien, aunque nosotros tengamos que quedar mal. Pues no tenemos una autoridad contra la verdad, sino a favor de la verdad; y por eso nos alegramos cuando nosotros perdemos y vosotros ganáis. Lo que pedimos es esto, vuestra **recuperación**”*.

Ni el poder, ni la autoridad, ni aun la verdad tienen sentido en sí mismas, hasta el punto de convertirlas en arma arrojadiza, sino para la **recuperación**.

CONCLUSIÓN

“...porque ellos heredarán la tierra”

Esta es la “recompensa” a la que apunta esta Bienaventuranza. Así como en la anterior el *Reino de los cielos* estaba en presente, aquí nos encontramos con que esta promesa está en futuro. Pero ¿en qué consiste esta “tierra” que se les promete a los “mansos”?

Como la frase es de un judío, tenemos que remitirnos al Antiguo Testamento. Y vamos a dar dos citas de Isaías. La primera, Isaías 11, 1-9: es la promesa del descendiente de David. El texto es tan sugerente que voy a transcribirlo completo: *Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor de Yahvé. Y le inspirará en el temor de Yahvé. No juzgará por las apariencias, ni sentenciará de oídas. Juzgará con justicia a los débiles, y sentenciará con rectitud a los pobres de la tierra. Herirá al hombre cruel con la vara de su boca, con el soplo de sus labios matará al malvado. Justicia será el ceñidor de su cintura, verdad el cinturón de sus flancos. Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, e en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahvé, como cubren las aguas el mar”*.

A este texto podemos añadir **Isaías 65, 17-25**: *“Pues he aquí que yo creo Cielos nuevos y Tierra nueva, y no serán mentados los primeros ni vendrán a la memoria; antes habrá gozo y regocijo por siempre jamás por lo que voy a crear... no habrá allí jamás niño que viva pocos días, o viejo que no colme sus días... Lobo y cordero pacerán a una, el león comerá paja como el buey, y la serpiente se alimentará de polvo. No harán más daño ni perjuicio en todo mi monte santo”*. Este último versículo recoge lo anunciado en Isaías 11. Es decir, esta es la “Tierra nueva” que todo israelita esperaba. En ella, como vemos, aparece la posibilidad de encuentro y convivencia de lo “irreconciliable”. Esta es la oferta de Dios a través del profeta.

¿Cuál es nuestra solución?: cazar todos los lobos, meter en jaulas todos los leones.... Lo único curioso en esta “solución” es que siempre caemos del lado de los corderos o de los bueyes. Es una solución a lo “Narváez”. Todas nuestras guerras van a eliminar o

“domesticar” al “malo” que nunca somos nosotros. Volveremos sobre el tema en la 7ª Bienaventuranza, sobre la paz. Pero antes de hablar de **paz** tendremos que plantearnos si no la estamos imposibilitando, y con la paz que nos encontremos es con la “paz de los cementerios”.

Pues bien, la “recompensa” de la **mansedumbre** es una realidad en la que, no sólo nadie queda eliminado, sino en la que es respetada la identidad de cada uno. Todo sigue igual *en su Monte santo*, pero *no harán más daño ni perjuicio*. La apuesta no es la eliminación sino el encuentro sin dejar de ser lo que somos. Es una imagen tan fuerte como la caña cascada. No se trata de eliminar ni excluir. Estamos llamados a entendernos sin que nadie pierda su identidad. Esto cuestiona todos nuestros simplismos. Es compleja la apuesta, pero es más verdad que nuestras simplezas, sobre todo porque apunta a la vida.

Resumiendo, esta **Bienaventuranza** nos enfrenta con el problema del **poder**, y nos previene del riesgo de la **agresividad**, ofreciéndonos la única alternativa del **servicio** y la solución de la **recuperación**. Es una oferta llena de vida, pero que nos avisa de tentaciones muy atractivas que pueden volverse contra nosotros y hacer imposible la vida. La vida es una apuesta a esta “Tierra nueva” que nos pintaba el profeta, y que Jesús nos la pone en futuro, -lo cual quiere decir que cada vez que la lea estará en futuro-, y que, por culpa de la agresividad, en nombre de la misma justicia o de la verdad, podemos imposibilitarla.

POEMA

*Mujer de barro soy:
“Soy tan tonta que me he sentado,
mi brazo derecho no se levantará.
¿Para qué?
¡Que ellos se busquen la vida!
Me inhibo de ofrecer posibilidad de recuperación
¿Por miedo al conflicto?,
¿por no creerme la verdad?,
¿por no creer en mí?,
¿por no creer en el Eterno Compañero?*

*Me miro el ombligo:
vaya idiotez,
como si por ahí me pudiera llegar
todavía algo bueno.
Ah, mi brazo izquierdo sí se ha levantado,
vaya, encima con puño,
¿a la cara de quién irá dirigido?
si ni siquiera miro?*

*Sin sentido mi postura.
Sin posibilidad de encuentro entre
iguales, aunque muy diferentes...
¡Qué soledad! ¡Qué idiotez!*

Marjolijn

*MANSO camino blanco,
Sin guerra, ni agresiones,
venciendo el mal a fuerza
de BIENAVENTURANZA,
en pos de la justicia,
con bien y desarmada.*

Anunciación Jiménez

“Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados” (Mateo 5, 5)

Si cada Bienaventuranza toca un problema que afecta a todo ser humano, aquí no se puede ni discutir ni tiene uno que preguntarse cuál es: el **dolor**. Es el problema estrella de la Humanidad. El dolor está ahí presente, a veces afectándonos, pero siempre presente. Y ahora, yo diría que más “presente” que nunca, pues los medios de comunicación no nos ahorran tragedia alguna. Sin embargo, paradójicamente, quizá nunca se ha querido maquillar más el que tenemos más cerca.

Por otro lado, si cada día debemos ir poniendo “nota” a Jesús por la apuesta de cada Bienaventuranza, hoy parece que lo suspendemos. Aquí se pasó, ¿cómo se puede decir que los que **lloran** serán **dichosos**?

Pero antes de entrar en la Bienaventuranza, conviene que nos hagamos algunas preguntas acerca de nuestra experiencia del dolor, propia y ajena. Es muy posible que los más jóvenes no puedan hablar personalmente de experiencias de dolor, pero el dolor nos rodea a pesar de nuestras fugas, y todos conocemos personas que han sufrido. Pues bien, los datos que tenemos sobre experiencias de dolor son contradictorios. En efecto, todos conocemos alguna persona que ha sufrido mucho en la vida, que ha tenido que superar dificultades que nos sobrecogen, y son “**gigantes**”, tienen una humanidad que agradecemos; tienen lo que llamamos **madurez**. Pero al mismo tiempo también conocemos casos de personas que no han pasado por pruebas tan duras y han quedado deshechos. Es decir, la misma realidad aniquila o agiganta. Primera paradoja del dolor: **su ambigüedad**. El dolor es algo tremendo, pero no siempre provoca los mismos efectos en el ser humano.

Pero tenemos una segunda paradoja: cuando nos toca personalmente nos encerramos en “nuestro” dolor y nos convertimos en el centro, siendo incapaces de percibir lo que no sea “mi dolor” y, **pasamos de ser dignos de compasión a ser insoportables**. Sin embargo, cuando hemos tenido que vivir situaciones muy penosas con otros, esas “penalidades” han creado entre nosotros unos lazos que no puede crear la “juerga” más despampanante. De nuevo, la misma realidad provoca cosas contradictorias. Todos estos son datos que están ahí y que no conviene olvidar. Volveremos sobre ellos.

Y como telón de fondo vamos a traer un texto del **libro de Job**. Como sabemos este libro se escribe como réplica a la teología “oficial” sobre el dolor, en aquel momento (¡y no sólo en aquel momento!): el dolor es “castigo de Dios”. Si uno tenía una desgracia, algo habría hecho. La historia de Job viene a desmontar todos los intentos de encontrar una explicación al dolor o al mal. Por otro lado la historia no puede ser más pintoresca: el autor nos presenta a Satán que va, poco menos que a “tomar café” con Yahvé, y en la charla sale el “siervo Job”. Ante el aprecio que Yahvé muestra hacia él, Satán le reta: “*toca todos sus bienes: ¡verás cómo te maldice a la cara.*” Yahvé consiente con que toque todos sus bienes, pero le advierte: “*Cuida sólo de no poner tu mano en él.*” Y así ocurre. Las tragedias que le caen encima lo dejan despojado de todo. La situación en que queda es tan trágica que roza lo cómico, y nos recuerda la letrilla flamenca aquella:

El que nace pobre y feo,

*y se casa y no es “querío”,
y se muere y va al infierno,
¡menuda juerga ha “corrió”!*

Todo esto lo describe en el primer capítulo. A partir de ese momento empieza el verdadero argumento de la obra: la reacción de Job y, sobre todo, las reflexiones de los tres amigos que acuden a consolarlo, y que representan la “teología” que el autor sagrado quiere desmontar. La solución ‘popular’ del ‘castigo de Dios’. Job vendrá a dar un mentís a esa teología popular, pero sin solucionar nada. Ahora bien, hay algo que conviene destacar desde el principio: a lo largo de los desgarrados y “desesperados” diálogos de aquel hombre, **en ningún momento rompe con Yahvé.**

En efecto, la reacción de Job es desgarradora, mientras la postura de los tres amigotes, personas muy “religiosas”, es salvar la “trascendencia” de Yahvé. Las quejas de Job no tienen límite: “*¡Maldito el día en que nací...!*”, “*...la noche en que me engendraron.*” Más aún, llegan a convertirse en acusaciones (cf. Job 16, 12-17). El escándalo de sus amigos tampoco tiene límite.

Las posturas se mantienen a lo largo de los interminables diálogos, detrás de las cuales se esconde una concepción de Dios. El “dios” de los tres amigos es un dios “peinado”, sin contrastes, un dios “como Dios manda”, mientras que el Dios de Job está “despeinado”, es desconcertante e impenetrable.

Al final se aparece el propio Yahvé a Job. Es un monólogo pesadísimo, en el que se van sucediendo las preguntas de Dios a Job, a las que éste no encuentra respuesta: “¿Tu sabes por qué el cocodrilo...? ¿...por qué el hipopótamo...?” “La única respuesta de Job es encogerse de hombros. Al final del discurso de Yahvé, Job responde brevemente, y entre sus palabras quiero destacar estas: “*Yo te conocía sólo de oídas, mas ahora te han visto mis ojos*” (Job 42, 5). Pero ¿qué han visto? Nada.

Es decir, el conocimiento que tenía de Dios aquel creyente era “de oídas”. Ya lo dijeron Feuerbach, Freud, y tantos otros: el ser humano tiene la capacidad de “fabricarse” dioses a su medida, como proyecciones de sus carencias y necesidades, que le den una “seguridad” a su medida... Pero Dios no es eso. **¡¡¡Dios no es como Dios manda!!!** Con Dios nos topamos: “lo vemos” en el desconcierto, en lo que nos desborda... Por eso Job termina diciendo: “*Me retracto y me arrepiento, sentado sobre el polvo y la ceniza*”.

Pero a renglón seguido viene lo más desconcertante. Yahvé llama a *Elifaz de Temán*, el mayor de los amigotes y le dice: “*Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos, pues no habéis hablado con verdad de mí, como mi siervo Job. Así que tomad siete novillos y siete carneros, id donde mi siervo Job, y ofreced por vosotros un holocausto. Mi siervo Job intercederá por vosotros y, en atención a él, no os castigaré por no haber hablado con verdad de mí, como mi siervo Job*” (Job 42, 7-8).

Y ¿qué es lo que han hablado de Yahvé? Lindezas. El Dios de los tres amigos es “una perita en dulce”. Es como si les dijese: “*Habéis intentado abarcarme, habéis intentado explicarme*”. Es decir, el dios del que ellos hablan es el “dios proyección” del que nos habla la filosofía atea, un dios que nos fabricamos a nuestra medida. ¡Que van a tener razón al decirnos que hablamos de un dios “de oídas”, un dios que nos montamos! Pero una cosa es conocer a Dios “de oídas” y otra “verlo”, toparse con él. En efecto, Job se topa con el Dios

vivo y “lo ve” cuando pierde pie, cuando no tiene las cosas claras, “colocaditas” y “peinaditas”, sino que todo está descolocado, cuando no hay posibilidad de proyecciones ni seguridades, en medio del desconcierto.

Dios es sorpresa y salvación, cuando el ser humano ha tocado fondo. Dios es la salvación inesperada e imprevisible. Dios es toparnos con el **misterio**, no descifrarlo. Y el misterio por excelencia en la experiencia humana es **el dolor, el mal**.

Vamos, pues, a situar esta Bienaventuranza desde esta perspectiva y veamos cómo Jesús habló de su Padre desde el dolor: si como el “siervo Job” o como los tres amigos.

Y para centrar a este Jesús que nos va a hablar de Dios desde el dolor propio y ajeno, recordemos cómo nos lo presenta Filipenses 2, 6-8: *“El cual -Jesús- a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz”. Es decir, un Jesús “como uno de tantos”, como un “cualquiera”...*

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA

1.- Cómo vivió Jesús el dolor

Por lo pronto, nos consta que Jesús **lloró**: la expresión más palpable del dolor humano. En efecto en **Lucas 19, 41-44** nos presenta a un Jesús que como buen judío llora por las desgracias que van a caer sobre Jerusalén: *“Y cuando se fue acercando, al ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Ah!, si en este día conocieras también tú el mensaje de la paz, mas ahora está oculto en tus ojos”...*

Pero, donde nos encontramos con un llanto de Jesús más cercano al nuestro, es en la escena ante las hermanas de Lázaro que lloran su muerte. Veamos cómo nos lo describe Juan en **Juan 11, 32-35**: *“Cuando María llegó donde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies y le dijo: ‘Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano, no habría muerto. ‘Viéndola llorar Jesús y que también lloraban los judíos que la acompañaban, se conmovió interiormente -se emocionó-, se turbó -se le hizo un nudo en la garganta- y dijo: ‘¿Dónde le habéis puesto?’ Le responden: ‘Señor, ven y lo verás’. Jesús se echó a llorar- “soltó el trapo”, que decimos nosotros-. Es decir, Jesús reacciona como nosotros, fue “uno de tantos”.*

Pero donde nos encontramos con la presencia del dolor en la vida de Jesús con toda su fuerza es en la Pasión. Y hay un pasaje, que no pertenece propiamente a la Pasión, sino que es justo previo a la misma -la *oración del Huerto*-, en donde aparece con toda su negrura el dolor en su vida. Y este dato de que sea el “previo”, tiene un gran alcance. En él, como veremos, la realidad trágica aún no se ha hecho presente, está en la **imaginación**. Pues bien ese momento puramente imaginativo va a vivirlo mucho peor que la misma Pasión. ¡Jesús era como nosotros! ¡Cuántas veces la fantasía es la que nos traiciona!

Pero pasemos al relato mismo del **Evangelio** en **Mateo 26, 36-46**: *“Entonces fue Jesús con ellos a una granja llamada Getsemaní y dijo a sus discípulos: ‘Sentaos aquí mientras voy a orar allá’. Y, tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a*

entristecerse y a sentir angustia. Y les dijo: ‘Triste está mi alma hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo’. El, avanzando un paso más, cayó de bruces y oraba diciendo: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz, mas no sea como yo quiero, sino como quieres tú’. Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y dijo a Pedro: ‘¿Con que no habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no caigáis en tentación. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil’. De nuevo, por segunda vez se fue a orar diciendo: ‘Padre mío, si no es posible que este cáliz pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad’. Y volviendo, los encontró dormidos, porque tenían los ojos cargados. Los dejó y volvió a orar de nuevo, por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Después fue a los discípulos y les dijo: ‘¡Dormid ya y descansad! He aquí que llega la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. He aquí que el que me entrega llega ya’.

El relato merece la pena desmenuzarse, pues, difícilmente hubiésemos imaginado a Jesús pasando por la situación que nos describen los **Sinópticos**. En efecto, los hechos ocurren poco después de la Última Cena, donde Jesús ha dado muestras de una gran entereza y ánimo: *“Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros...”* (Lucas 22, 15). Y es Juan el que enfatiza más esta disposición al encabezar la escena con el comentario siguiente: *“...sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”* (Juan 13, 1). Y este extremo, materializado en el “lavatorio de los pies”, se perpetúa en la institución de la Eucaristía y el “Sermón de la Cena”.

Pues bien, todo se viene abajo poco después en Getsemaní. Por lo pronto, los sentimientos que el **Evangelio** dice que empezó a sentir fueron **tristeza** y **angustia**: los dos sentimientos más destructivos que puede experimentar el ser humano. El dolor es penoso, hiere, pero la tristeza y la angustia nos anulan, nos hacen ‘perder pie’, no tenemos dónde agarrarnos. Y, por si no hemos caído en la cuenta de su situación, pone en boca de Jesús lo siguiente: *‘Mi alma está triste hasta el punto de morir’*. ¿No es ésta la experiencia extrema del “deprimido” que quisiera morir? ¿No ha llevado esta situación a muchas personas al suicidio?

“Y adelantándose un poco, cayó rostro en tierra”. La imagen no puede ser más expresiva. Cuando alguien nos pregunta por un enfermo al que acabamos de visitar, que psíquicamente está hundido, y le decimos: “hoy está por los suelos”, el otro nos entiende perfectamente: no tiene ningún resorte, está hundido. Pues esto debió ser aquel “caer rostro en tierra”: ¡no tenía dónde agarrarse!

“Y suplicaba así: ‘Padre mío, si es posible, que pase de mí esta copa, pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú’”. El paralelismo con Job es total. Primero no rompe con el Padre, al que llama “mío” -y Marcos dice que utilizó la palabra **Abba**, que expresa la dimensión más cariñosa (Marcos 14, 36)-, pero como Job, no entiende lo que le va a ocurrir, el “trago” que se le viene encima: “no sea como yo quiero, sino como quieras tu”. Por tanto, no coincide su voluntad con la del Padre.

“Viene entonces donde sus discípulos y los encuentra dormidos”. Es una frase que siempre me ha impresionado. En la escena contrasta la angustia la tristeza de Jesús con la inconsciencia de los tres discípulos. Pero aparte de que materialmente se hubiesen dormido, simbólicamente creo que siempre ocurre cuando estamos ante el dolor extremo de alguien, por muy cercano que sea: nos encontramos perdidos -¡dormidos!- y no sabemos qué decir. No podemos “hacernos cargo”, porque sólo nos haríamos cargo cuando estuviésemos en su situación, y eso es imposible. Pero esto tiene otra consecuencia: **cuando nos visite el dolor,**

vamos a estar solos, no debemos echar en cara algo que nadie puede hacer por nosotros. Todos los que estén a nuestro alrededor, por muy cercanos que sean, **los percibiremos como “dormidos”**, es como si estuvieran lejos.

“Y Jesús le dice a Pedro: “¿Con que no habéis podido velar ni una hora conmigo?” Otra vez habría que hablar de *paparazzis*: el pasaje parece que está “haciendo un reportaje”, no deseado, de nuestras flaquezas. Jesús se queja, como lo hacemos nosotros en nuestros hundimientos. ¡Lo crueles que somos a veces, ante personas que se han venido abajo! Y más si se trata de una persona que nosotros valorábamos. A lo mejor hemos llegado a comentar: ‘Yo creía que esta persona era otra cosa, que tenía más aguante...’ o ‘Yo esperaba más de ti...’ Pues lo mismo le hubiésemos dicho a Jesús: “Oye, esto no tiene nada que ver con la última Cena, pareces otro...”. En el Evangelio no hay ni un “violín” –y hemos metido orquestas sinfónicas con director incorporado-. **La realidad se presenta en toda su crudeza.**

Pero Jesús es consciente de esta incongruencia: “*Velad y orad para que no caigáis en tentación, que el Espíritu está pronto, pero la carne es débil*”. “Hace unas horas estaba yo en forma, me comía el mundo...; pero cuando la carne dice: ‘aquí estoy’, todo se te viene abajo”. A Jesús le pasó como a nosotros: cuando estamos “con espíritu” no se nos pone por delante nada, y somos tan inconscientes como para juzgar a los que están bajo la acción de la “carne”.

Recordemos lo que nos advertía S. Juan en su primera carta: “*todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios, y todo espíritu que **deshace** a Jesús no es de Dios*”. ¡Cuántas veces hemos “deshecho” a Jesús con nuestros espiritualismos! ¡El problema del seguimiento de Jesús no está precisamente por “arriba”, sino por “abajo”! Como lo busquemos por arriba, nos quedamos sin él. Jesús se queja, suplica a sus amigos y confiesa que su voluntad no coincide con la de su Padre: “*Hágase Tu voluntad, que no la mía*”, cuando en otra ocasión había dicho: “*Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre*” (Juan 4, 34). Aquí Jesús “habla con verdad de Dios, como el siervo Job”.

La “idealización” de Jesús, que consiste en confesarlo “sin carne”, al parecer, empezó pronto. De ahí el aviso de S. Juan en su primera carta. Pero esto ha tenido consecuencias nefastas, como es considerar obligación, lo que es puro don; una condición **sine qua non**, lo que es **gracia**. Por ejemplo, el soportar un contratiempo serio con entereza y sin venirse abajo, no siempre está en nuestra mano. ¡Jesús experimentó la debilidad de la carne en el Huerto! Más aún, hemos terminado hablando de Yahvé como los “tres amigos”. Y para ilustrar lo que estoy queriendo decir voy a traer dos “historias”: una sacada de **Ejercicio de perfección** del P. Rodríguez, y otra, entrañable, de mi padrino de bautismo, D. Diego Díaz.

He aquí lo que nos cuenta el P. Rodríguez en uno de sus sabrosos capítulos, **En donde se confirma lo dicho con algunos ejemplos**: Al parecer, viviendo Sto. Domingo en Roma, visitaba a una *muy gran sierva de Dios*, llamada Bona. *Padecía una gravísima enfermedad en los pechos, los cuales tenía ya cancerados y llenos de gusanos, y de manera que para cualquiera otra persona fuera tormento insufrible, sino para ella, que lo pasaba con admirable paciencia y hacimiento de gracias. Por verla Sto. Domingo tan enferma y tan aprovechada en la virtud, la amaba mucho. Un día, después de haberla confesado y comulgado, quiso ver tan asquerosa y terrible llaga, y aunque con alguna dificultad lo alcanzó. Cuando se descubrió Bona, y el santo vio la podre, el cáncer, los gusanos hirviendo, y su paciencia y alegría, tuvo de ella compasión, pero más deseo de sus llagas que de los tesoros de la tierra; y rogóle mucho que le diese uno de aquellos gusanos por reliquia. No*

quiso la sierva de Dios dársele si primero no le permitía devolvérselo; porque ya venía a holgarse tanto de verse comer en vida, que si alguno se caía al suelo lo volvía a poner en su lugar. Y así, sobre su palabra se lo dio, que era bien crecido y con una cabeza negra. Apenas lo tomó el santo en la mano, cuando se volvió en una perla hermosísima, y los frailes admirados decían a su padre que no se la devolviese; y la enferma, pidiendo su gusano decía que le volviese su perla. Mas en dándosela, tornó a volverse en la forma que tenía de gusano, y la mujer le puso en sus pechos donde se había criado y criaba.

Frente a esta vivencia tan “sublime” de la santa mujer, vamos a gozar con la respuesta de aquel hombre de gran humor, del que oí a mi padre tantas ocurrencias. Estando muy grave ya, de la enfermedad que murió -en una época (¡los años 40!) en que uno se moría en su casa a golpe de aspirina-, fue a visitarlo la “beata” del pueblo, a la que llamaremos Dña. Matilde. Ante la pregunta de la buena mujer, -“¿Cómo está, D. Diego?”-, éste le contestó hecho polvo: “Pues muy mal, Dña. Matilde; con dolores, que me desespero”. Entonces la piadosa mujer quiso poner la nota creyente ante un hombre que lo era: “Eso es que el Señor lo está probando, D. Diego”, a lo que mi padrino respondió con todo el ingenio y chispa andaluza que le caracterizaba: “Dña. Matilde, probando no. Lo que me está es comiendo, porque para probar se coge un poquito con una cucharita, pero a mí...” No sé lo que pensaría Dña. Matilde, pero lo que sí podemos decir es que D. Diego habló de Yahvé como el siervo Job, y como el mismo Jesús...

Ante el dolor, la tragedia..., no hay explicación, ni para Job, ni para el mismo Jesús. Y los que pretendan encontrarla, teman *no haber hablado con verdad* de Dios.

Y aquí vamos a traer un texto que, aunque no es del **Evangelio**, puede ayudarnos en este contexto. Hebreos 5, 7-8: “*El cual -Jesús- habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente, y aun siendo Hijo, con lo que padeció experimentó la obediencia; y llegado a la perfección, se convirtió en causa de salvación eterna para todos los que le obedecen...*”.

El texto parece aludir a la “Oración en el Huerto”. Sin embargo, dice que “*fue escuchado*”. ¿Es que Jesús no murió crucificado al día siguiente? ¿Qué sentido tiene, por tanto, esta frase? Aquí nos encontramos con el misterio central de nuestra fe: el **HECHO PASCUAL**, la muerte y resurrección de Jesús. Sin muerte no hay resurrección. Queremos llegar a la resurrección saltándonos la muerte. Y es que **la respuesta de Dios viene cuando ya no hay posibilidad de respuesta humana**.

En efecto, según Hebreos, Jesús fue escuchado “por el que podía salvarle de la muerte”. Quizá nos ayude acudir en este momento a S. Ignacio de Loyola. En sus Ejercicios Espirituales al presentar las contemplaciones de la Pasión de Jesús, sugiere en uno de los “puntos” lo siguiente: “*considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad tan crudelísimamente*”. (Ejercicios Espirituales 196). Es decir, el hecho de la Pasión habría que considerarlo, desde esta perspectiva, como una **experiencia atea de Dios**: el “dios como Dios manda” que todos nos fabricamos, no sólo “se esconde” sino que no ha acudido a la cita, no ha servido de nada.

Es la escena que se produce alrededor de la cruz, de parte de los que pasaban - “*Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz*”- , de los escribas y fariseos - “*A otros salvó y a sí*

mismo no puede salvarse. Si es Rey de Israel que baje ahora de la cruz y creeremos en él. Ha puesto su confianza en Dios; que le salve ahora, si es que de verdad le quiere, ya que dijo: Soy Hijo de Dios". (Mateo 27, 39-44) - e incluso de uno de los crucificado con él - "*¿No eres tu el Cristo? Pues ¡sálvate a ti mismo y a nosotros!*" (Lucas 23, 39)- . En efecto, ¿bajó de la cruz? ¿Se salvó?, luego no era "hijo de un dios como Dios manda". Con Jesús mueren todas nuestras proyecciones de Dios, nuestros "dioses útiles".

Pero volvamos a S. Ignacio. Al llegar a la Cuarta Semana nos sugiere otro punto que se corresponde con el anterior: "*Considerar cómo la Divinidad, que parecía esconderse en la pasión, (a)parece ahora tan miraculosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos della*". (Ejercicios Espirituales 223). Sólo cuando hemos perdido pie, cuando nos hemos sentido ateos porque el dios que teníamos ha desaparecido, cuando lo nombramos sin saber qué contenido tiene, podemos encontrar una respuesta suya. El mismo S. Ignacio afirma que "sólo es de Dios nuestro Señor" lo que experimentamos "sin causa precedente". La respuesta de Dios va más allá de nuestra pregunta. Por eso "los verdaderos efectos de la divinidad" no son los que nosotros pensábamos, porque nos sobrepasan.

Por eso, Hebreos afirma que "fue escuchado", porque la respuesta fue más allá de lo que los hombres podemos esperar, más allá de lo que nosotros "nos atrevemos a pedir". Y es que la resurrección no es el final, sino el punto de arranque de nuestra fe: pues "*si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe*". (1 Corintios 15, 14). Pero no hay resurrección sin muerte.

Habría que decir que la fe surge de la oscuridad total, del callejón sin salida. Ya en el mismo calvario se dan otras experiencias que no surgen de "una fe como Dios manda", como la del "buen" ladrón: "*¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?*" (Lucas 23, 40), o la del centurión en el momento de la muerte de Jesús: "*Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios*". (Marcos 15, 39). No sabemos la fe que puede haber en quien se llama ateo o agnóstico... **Vete tú a saber el Dios que está negando.** A lo mejor es el que nosotros teníamos que negar también para no quedarnos con el que "conocíamos de oídas".

Pero pasemos a la escena, posiblemente, la más iluminadora de cara a esta bienaventuranza: *la escena de María al pie de la Cruz*. Suelo decir que me resulta la escena más "estúpida", más "sin sentido". ¿Qué hacía allí aquella mujer? ¿De qué servía su presencia? ¿Iba a resolver algo? ¡Nada! Todo aquel sufrimiento se habría ahorrado con que una "gripe" a tiempo, en Nazaret. Con no poder ir a Jerusalén para la Pascua, el gozo de la Resurrección habría ahogado la angustia de la Pasión-Muerte. Sin embargo, allí está María al pie de la cruz: **Stabat Mater**, un himno latino al que le ha puesto música todo aquel que se precie de tal.

Juan 19, 25-27: "*Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Clopás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego dice al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora el discípulo la acogió en su casa*"...Este '*Stabat Mater*', este estar de pie frente a la Cruz sin darle la espalda, es la única postura válida frente al dolor, frente al sufrimiento, cuando ya no sabemos qué hacer. Lo único válido, y no porque esa postura lo va a hacer inteligible y, menos aún, solucionar.

Y no es casualidad que sea una mujer la que está ahí de pie. La experiencia dice que

son las mujeres las que saben “estar ahí”. Los hombres creemos que hemos nacido para ir diciendo por la vida: “menos mal que he llegado yo”. Pero cuando vemos que no podemos hacer nada porque aquello no tiene solución, desaparecemos: ‘yo aquí no pinto nada’. ¡Cuántas veces, ante la grave enfermedad de un hijo se repite esta escena! Allí tenemos a la madre a la cabecera de la cama sin descanso, y sin poder hacer nada. El padre, de vez en cuando, abre la puerta y pregunta “¿cómo está?”. La mujer lo mira con unos ojos perdidos y se encoge de hombros, no hay nada que decir. El padre cierra la puerta, enciende un cigarro y sigue dando vueltas por el pasillo. La mujer, aunque tampoco ‘pinta nada’, “lo pinta todo” y sigue allí. Es lo único que se puede hacer frente al dolor y el sufrimiento: lo único que posibilita que la paradoja del dolor tenga “salida” (y no hablo de solución ni de comprensión).

El dolor no hay quien lo explique, ni quien lo entienda. De aquí hay que partir. No pretendamos una explicación ni desde lo natural, ni desde lo sobrenatural. Ahí perdemos pie. El mismo Jesús, como hemos visto, lo perdió y lo expresó en la oración a su mismo Padre: “*No se haga mi voluntad sino la tuya*”, es decir, la mía no coincide con la tuya. Pero una cosa es que no podamos abarcarlo, que nos desborde, y otra que sea lo mismo adoptar ante él una postura u otra. Y aquí es donde vamos a encontrar la “respuesta”, ¡¡¡**misteriosa!!!**, porque no es solución, a una de las paradojas que constatabamos en nuestra experiencia del dolor: que a unos les maduraba y a otros los destruía. El dolor, el sufrimiento, hay que **AFRONTARLO**. Si le damos la espalda, si salimos corriendo, **nos come, nos aplasta**.

Y aclaremos qué quiere decir **afrontar**. No es solucionar, ni superar, ni tampoco integrar, ni siquiera entender. Es, sencillamente, ‘tener delante’, ‘no quitarle los ojos de encima’, ‘no darle la espalda’, aunque no sepa qué hacer. Sería exactamente lo que S. Ignacio, en sus célebres Reglas de Discernimiento, aconseja hacer “en tiempo de desolación”, o cuando “comenzamos a sentir temor”: ‘*no hacer mudanza*’ y ‘*poner mucho rostro*’. Es decir, no huir, porque entonces la desolación se crece ‘como fiera’ y te anula.

Y en este momento quiero dar un consejo. Ante las dificultades que uno tiene que afrontar, no despreciar las “tontas”. Las serias solemos afrontarlas con más convicción; las triviales nos “cabrean”, y con eso no solucionamos nada, sino que nos amargamos. Es más peligrosa una estupidez que una cosa “seria”. Las cosas serias nos crecen, las estupideces nos destruyen. Mi primer año en Paraguay, no se lo deseo a nadie, ni me metería otra vez en aquel lío. Sin embargo, que nadie me lo quite. Lo que sí sé es, que si hubiese salido corriendo en aquel momento, -y tenía ‘datos’ para haber escrito “la novela de mi desertión”, porque en esos momentos siempre encuentra uno datos para justificarse-, hubiese hecho el disparate de mi vida. Aquella “estupidez” me hubiese destruido.

Y volvamos a Jesús: en el Huerto no entiende su situación, pero no rompe con su Padre (y no por eso se libra de lo que se le viene encima), ni sale corriendo. Pues bien, después lo vemos, en la Pasión real, con una entereza que sobrecoge. Parece que en él también es verdad lo de **afrontar**. ¿A ver si el **Evangelio** va a tener razón también en esta **Bienaventuranza**? ¿Quiénes son **consolados**, los que no salen corriendo ante el dolor y **lloran**, o los que le dan la espalda?

En la cita de Hebreos que acabamos de ver, salía una frase que quiero retomar en este momento, porque puede iluminar lo que estamos constatando: “*por lo que **padeció**, experimentó la obediencia; y llegado a la **perfección**...*”. Es decir, parece ligarse la “perfección” a lo que “padeció”. ¿Qué es perfección? Viene de *per-ficere*, es decir, terminar algo que se está haciendo. En albañilería esta fase final, a veces interminable para el cliente,

se denomina “remates”. Sólo cuando se han terminado los “remates”, ha llegado a su “perfección” la tarea de los albañiles y pueden entrar los pintores...

Pues bien, los “remates” en la persona son más lentos y penosos de lo que deseáramos, pero si no se dan, la persona no ha llegado a la “perfección” -a la **madurez**, diríamos nosotros-. ¿No comentamos, a veces, a propósito de una persona, “a este le falta un hervor”? ¿En qué consiste ese “hervor”? Y vamos a poner un ejemplo exagerado para que así nos enteremos mejor de lo que estamos queriendo decir.

Suponer que yo os comento que conozco un matrimonio riquísimo, que no sabe lo que tiene, con un hijo único, al que le consienten todos los caprichos. ¿Qué os parece? Todos diréis que “pobre niño”, “qué será de él el día de mañana”... Sin embargo, en pura lógica, habría que decir, ¡qué suerte ha tenido!, ¡con los niños que no tienen ni para comer!... Pero seguiremos insistiendo en el disparate de dicha “educación”. Y lo tremendo es que tenemos razón.

Hoy día, al niño se le ha puesto en un pedestal: que no sufra, que no tenga un trauma... pues va a salir el niño para una vitrina. ¡Cuántas veces he oído años atrás en el barrio, ‘Que mi hijo no pase lo que yo pasé’! ¿Y qué está pasando con esos “hijos”? No se trata de fastidiarlo, pero tampoco de consentirle todo, de evitarle los problemas que la vida trae consigo, porque es ahí donde puede crecer. Si a un niño le **ahorramos realidad**, le hacemos un desgraciado. Si no le posibilitamos el **afrontar**, lo inutilizamos para la vida.

Pero esto ha quedado plasmado en el mismo idioma. En español tenemos una frase importante, porque la usamos no precisamente para trivialidades. Cuando nos empeñamos en algo dificultoso, y los amigos nos echan en cara el habernos metido en una tarea tan penosa, ¿qué les respondemos? Esto me **merece la pena**. Y todos aceptamos la respuesta. La frase no la ha inventado ningún “cura” ni ninguna “monja”, la usa todo el mundo, aun para cosas absurdas, pero que no lo son para la persona que la formula.

La frase, en el contexto cultural que nos rodea puede resultar un disparate: “¡Estamos para disfrutar! ¡Nada de penas! Sin embargo, hay que admitir que si en la vida no hacemos nada que **merezca la pena**, hemos **perdido la vida**. No hay posibilidad de **maduración** ahorrando realidad. Pues para no ahorrar realidad, **hay que afrontar**. Esto da más plenitud, llena más, “nos consuela” más (¡pero después!).

Hace años tuve de “peón” una muchacha. Se iba a casar, no tenían trabajo fijo y tenían que arreglar el piso donde iban a vivir, que era antiguo. En principio me iban a ayudar el novio y el suegro, turnándose, pero al final les salió un trabajo y vino la chica. En principio el cambio no me sentó nada bien. Pero la chica, en seguida, desmontó mis “prejuicios”: trabajaba como el que más, aparte de lo valiosa que era humanamente. Cuando a los dos o tres días le pregunté cómo rendía tanto, me contestó: “Es que soy de la Alpujarra, y he trabajado desde niña en el campo”. ¡La cosa se aclaraba!

Cuando llevábamos una semana de trabajo, le pregunté: “Trini, ¿tú tienes compañeras -ella había terminado la carrera, pero aún no tenía trabajo- que se hayan casado hace poco o estén a punto de casarse? “ - “Pues sí, varias”.- “¿Y alguna de ellas se ha encontrado en tu situación, de estar sin trabajo y no tener dinero para pagar un peón?”. Al preguntarle esto, puso una cara triste -como queriendo decir: “mira lo desgraciada que soy”- y me contestó: “Pues no”. Entonces volví a preguntar: “¿Y quién crees tu que va a disfrutar más de su piso?”.

Se le iluminaron los ojos y me contestó radiante: “¡¡¡Pues yo, por supuesto!!!” Yo me limité a responder: “Pues no te olvides de esto”. Esta “gozada” de haber llevado a cabo nuestros proyectos con esfuerzo y sacrificios, no tiene comparación con todos los caprichos simplemente acumulados o “coleccionados” desde un antojo fácil.

Por último, tenemos que resaltar, posiblemente, lo más llamativo en la vida de Jesús y que en la **Bienaventuranza** anterior resaltábamos como algo evidente hasta para sus enemigos: **su rechazo al dolor ajeno**. No sólo le horrorizó el propio, sino que hizo lo posible por eliminar el de los demás. ¡Nunca sacraliza el dolor! No soportaba el dolor ajeno. No era capaz de tener delante un sufrimiento sin buscarle remedio. Este es el alcance de los milagros: aunque podían traerle falsas interpretaciones de su mesianidad no podía dejar de hacerlos.

2.- Qué dijo Jesús sobre el dolor

Por lo pronto, Jesús anuncia su futura Pasión-Resurrección en varias ocasiones. Y vamos a resaltar la primera que nos trae S. Mateo. **Mateo 16, 21-26**: Después de la confesión de Pedro, Jesús comienza a anunciar su final: “*Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día*”.

La salida de Jesús no puede ser más inoportuna. La reacción de Pedro es comprensible: *Tomándole aparte Pedro, se puso a reprenderle diciendo: ¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso! Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!*

En efecto, Pedro actúa como nosotros lo hubiésemos hecho: nuestra reacción inicial ante lo desconcertante es negarlo, es apartarlo de la vista, **no afrontarlo**. Sin embargo la respuesta de Jesús no puede ser más desproporcionada. ¡Llamarle Satanás!

Es importante comparar esta escena con la desgarradora oración en el Huerto, donde veíamos a Jesús por los suelos, y caer en la cuenta que es **el mismo Jesús**. Su advertencia a los somnolientos discípulos nos da la clave: *el espíritu está pronto, pero la carne es débil*. La escena que acabamos de recordar, en la que Jesús se siente “apartado” de su misión, tiene su explicación. A quien pretende desviarnos de nuestro camino, le contestamos con brusquedad. Y esto parece que le pasó a Jesús en aquel momento, en que era el “espíritu” el que lo dinamizaba. Pero en la oración en el Huerto, él mismo confiesa que la “carne” se ha hecho presente, y lo ha hundido. Es muy importante captar cómo el mismo Jesús pasa por estas “incongruencias”, **tentaciones**. Y es que la “tentación” está presente en la vida del ser humano; por eso pedimos “*no nos dejes caer en la tentación*”. ¡No nos asustemos cuando la “carne” haga acto de presencia en nuestra vida!

Pero sigamos con el texto de Mateo: “*Entonces dijo Jesús a sus discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará. Pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? O ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?»*”. Lo central aquí es “salvar la vida”, no “sacralizar” la cruz o el dolor, que los rechazó visceralmente. Ya en la **Bienaventuranza** anterior nos encontrábamos con un Jesús que no había venido a “ser servido”, sino a “servir y dar su vida”. En la siguiente Bienaventuranza veremos todo el alcance de estas frases. Aquí lo único que nos interesa es

que el dolor no tiene sentido en sí, sino en la medida en que “salva” la vida: ¿**madura**?

Pero un pasaje mucho más expresivo es el que encontramos en **Juan 12, 24-25**: “*Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*”. Es crecimiento, multiplicación de vida lo que está planteando, frente al “quedar solo”. (Esta idea de un dolor, una muerte, que no tiene la última palabra, culminará en la última **Bienaventuranza** con una imagen más humana aún).

Traigamos otro texto que puede muy bien sintetizar lo que llevamos dicho, porque además lo enmarca en ese seguimiento a un Jesús con su cruz, su yugo: **Mateo 11, 28-30**: “*Venid a Mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os aliviaré. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera*”. No se nos quita la carga, pero nos asegura que será ligera, porque es la suya: no estaremos solos. Todo está en clave de **seguimiento**.

Pero pasemos a dos citas que pueden darnos la clave de esa paradoja que nos plantea la problemática de esta **Bienaventuranza**: el rechazo visceral del dolor junto al reto de no darle la espalda, no salir corriendo, **afrontarlo**.

Mateo 25, 31-46: “*Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los de su derecha: "Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme."* Entonces los justos le responderán: "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y fuimos a verte?" Y el Rey les dirá: "En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis”.

El texto no puede ser más expresivo. Dios está ahí, en el dolor y desamparo de nuestro prójimo, y ahí nos espera, no para una “sacralización” sado-masoquista, sino para que lo eliminemos. Y esa presencia es real, no una consideración piadosa del que se acerca... Tanto los que respondieron como los que no, ignoraban una **presencia** por la que serán juzgados.

En un artículo de J. Moltmann, **El Dios crucificado** (Selecciones de Teología 1973. n° 45, p. 6), nos encontramos con lo siguiente: “*¿Cómo es posible, luego de Auschwitz, la fe en Dios y en el ser del hombre? No lo sé. Pero me ayuda la historia que cuenta E. Wiesel en su libro sobre Auschwitz. ‘Dos hombres judíos y un niño fueron ahorcados adrede en presencia de todos los presos. Los hombres murieron en seguida. Los tormentos del niño duraban largo rato. Entonces gritó alguien detrás de mí ¿dónde está Dios? Yo callé. Al cabo de media hora volvió a gritar: ¿dónde está Dios, dónde está? Y una voz dentro de mí respondió: ¿dónde está Dios? Está allí colgado en la horca*”. Este es el verdadero alcance de esta **Bienaventuranza**: **llorar** es no dar la espalda al dolor, porque ahí está el mismo Dios implicado. Y no para sacralizar el dolor, sino para, en lo posible, **eliminarlo**, para luchar porque no se repita... ¡Se nos juzgará desde ahí!

Pero la segunda cita que traemos nos va a concretar en que consiste este afrontamiento del dolor. En **Mateo 8, 16-17** leemos: “*Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados; él expulsó a los espíritus con una palabra, y curó a todos los enfermos, para que se cumpliera el oráculo del profeta Isaías: Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades*”. ¿En qué consiste ese *cargar con nuestras enfermedades*? ¿Es que salió de allí con gripe, cojo, paralítico...?

No hay posibilidad de luchar contra el dolor -cita anterior- sin implicarse en él, sin acercarse a él. Para eliminarlo humanamente hay que “cargar con él”, hay que **hacerse cargo**. Y es que con estos avances de la técnica, hemos inventado una *solidaridad* ‘con mando a distancia’. En nuestro Primer Mundo queremos arreglar las cosas con dinero y seguramente no es cuestión de dinero, sino de “hacerse cargo”. **El dinero es el gran mando a distancia** de nuestras solidaridades. Pero, en vez de eliminar problemas contagiamos auténticas enfermedades. Lo que en otros tiempos provocaban los “colonizadores”, creando verdaderas epidemias en unos nativos indefensos de los nuevos virus, seguimos haciéndolo con nuestras “ayudas” **sin hacerse cargo**.

Compensamos con dinero los sufrimientos que hemos provocado. Todo es a distancia. La consecuencia es que nos quedamos tranquilos y a ellos los dejamos inválidos. Más aún exportamos complejos con estas “ayudas” sin implicarnos. La cosa se complica cuando el resultado es el “estatuto de víctima”: convencerlos de que todo lo que les ocurre se lo han provocado desde fuera; por tanto, tienen que ser compensados. Siendo esto verdad, no es toda la verdad, y lo que de hecho resulta es algo bastante nefasto: por un lado nosotros nos “culpabilizamos” en el peor sentido del término, y a ellos les irresponsabilizamos, convirtiéndolos en “víctimas”, en lugar de acompañarles, de hacer camino con ellos para que tomen conciencia de su dignidad.

Voy a poner un caso que ocurrió en el barrio en que vivo y puede aclarar lo que estoy queriendo decir. A consecuencia de unas inundaciones en Granada, el año 1962, fue necesario desalojar varios miles de personas que vivían en cuevas. A consecuencia de esta tragedia surgieron los llamados “Albergues provisionales”. Esta provisionalidad duró unos 15 años. Pues bien, en aquellos años se denominaba a todos los que vivían en dichas instalaciones, que ya podéis imaginaros su precariedad, *albergados*. En aquellos momentos toda la preocupación y ayuda hacia estas personas era poca y estaba más que justificada.

Fue pasando el tiempo y desaparecieron los Albergues. Todos terminaron en pisos y en principio volvió la normalidad. Pues bien, hace unos días, ¡39 años después!, me cuentan que una persona de las que en el momento de las inundaciones tendría unos 7 años, comentaba a un Asistente social: “Mire Ud., mi abuelo fue ‘albergao’, mi padre fue ‘albergao’, yo fui ‘albergao’, mi hijo es ‘albergao’, y mi nieto es ‘albergao’.” ¡Un verdadero título nobiliario!

¿Qué es lo que ha pasado? Que aquellas ayudas, ¡que había que hacer!, se hicieron “con mando a distancia”, sin acompañamiento cercano, sino exclusivamente como descargo de nuestra mala conciencia. El “mando a distancia” es algo tan nefasto, que lo único que suscita es “culpabilidad” y “victimización”, nunca responsabilidad.

No me resisto a transcribir un párrafo del agudo libro de Pascal Bruckner, **La tentación de la inocencia**, (editorial Anagrama): «*La compasión se transforma en una variante del desprecio a partir del momento en que por sí sola conforma nuestra relación con*

los demás excluyendo otros sentimientos como el respeto, la admiración o la alegría. Resulta más fácil simpatizar en abstracto con gente infeliz ¿forma elegante de apartarlos?, puesto que simpatizar con la gente feliz requiere una disposición de ánimo más abierta, ya que nos obliga a luchar contra el obstáculo que representa la envidia. Convertir la compasión en el valor cardinal de la ciudad significa destruir la posibilidad de un mundo en el que los hombres podrían hablarse y reconocerse como personas libres. Tanto lo humanitario como la caridad buscan únicamente individuos afligidos, es decir, seres dependientes; por el contrario, la política exige interlocutores, es decir, seres autónomos. Una cosa produce seres asistidos, la otra requiere seres responsables» (p. 269).

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL DOLOR

En **Hechos 5, 40-41** se nos describe la liberación de los apóstoles por la intervención de Gamaliel, “después de haberles azotado... Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre.” Es el Nombre confesado lo que les llena de gozo.

Pero en **2 Corintios 11, 23-29** nos describe Pablo como un motivo de orgullo todos los “trabajos” y penalidades que ha tenido que sufrir en su ministerio, y termina con estas palabras: “Y aparte de otras cosas, mi responsabilidad diaria: la preocupación por todas las Iglesias. ¿Quién desfallece sin que desfallezca yo? ¿Quién sufre escándalo sin que yo me abraze?” Aquí sus sufrimientos surgen de su implicación en los problemas concretos de las comunidades. ¡Nada de “mando a distancia”. Es la imagen del Buen Pastor que se describe en Juan 10, 11-18, que “da la vida por sus ovejas”.

En **2 Corintios 4, 7-10**, S. Pablo confiesa que ninguna tribulación debe extrañarnos pues somos “...recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros”, constatando de este modo que ninguna penalidad tiene la última palabra. Pero esta cita la transcribiremos completa en la última **Bienaventuranza**.

El texto siguiente expresa la “solidaridad” del “cuerpo de Cristo”, que es la Iglesia con los padecimientos del propio Cristo. Es una formulación densa y sugerente. **Col 1,24**: “Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia...”. Es la misteriosa in-corporación a Cristo que nos planteaba Mateo 25, 31-46, pero sin olvidar que “tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mateo 8, 17).

Pero es en la Primera carta de Pedro donde encontramos más relacionados nuestros sufrimientos con los de Cristo, remitiendo a **Isaías 53**. En efecto, veamos cómo anima a los “criados” a ser sumisos a sus “amos, no sólo a los buenos..., sino también a los severos”. **I Pedro 2, 21-25**: “Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas. El que no cometió pecado, y en cuya boca no se halló engaño; el que, al ser insultado, no respondía con insultos;... el mismo que sobre el madero, llevó nuestros pecados en su cuerpo, a fin de que, muertos a nuestros pecados, vivamos para la justicia; con cuyas heridas habéis sido curados”. Las situaciones tan extremas, que los primeros cristianos tenían que soportar, explica estas exhortaciones a

identificarse con el Jesús Siervo de Yahvé sufriente.

Volvamos a la carta a los Hebreos 2, 9-15: *“Y a aquel que fue hecho inferior a los ángeles por un poco, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos.*

Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación. Pues tanto el santificador como los santificados, tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos...

Por tanto, así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó Él de las mismas, para aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y liberar a cuantos por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud. Porque, ciertamente, no se ocupa de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso tuvo que asemejarse en todo a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados.”

De nuevo nos encontramos con la idea de que a través del “sufrimiento” llegó a la “perfección” “para guiarlos a la salvación”. Pero me interesa más el tema de la muerte: *“gustó la muerte para bien de todos”*. La muerte aparece en el horizonte humano como el límite, el resumen de todas las desgracias. Es la ficha del *puzzle* de nuestra vida que siempre le damos de lado, pero que al final colocaremos. Pero esta realidad condiciona en última instancia toda nuestra vida, de ahí la frase *“para liberar a cuantos por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud”*. Más aún, es interesante la definición del Diablo como “señor de la muerte”. ¡El Dios cristiano es un “Dios de vivos”!

En efecto, el temor a la muerte nos paraliza con frecuencia, y la sociedad que nos rodea aparca dicha realidad, cuando está más presente que nunca: la realidad trágica de los accidentes, las guerras que en tantas partes son endémicas y que ya ni son noticia, aparte del hecho cotidiano de seguirnos muriendo... Todo eso queda “maquillado”: los Tanatorios, escaparates de lujo en los que “congelamos” unos despojos detrás de una vitrina para aislar una realidad que desenmascara todas nuestras alucinaciones, son símbolo de una sociedad en la que todo se ha comercializado y está llamado a exhibirse. Ahora no encontramos el cadáver en “su casa”, donde tantas cosas habíamos compartido en vida: cariño, dificultades, fiestas, amistad... Ahora lo vemos “expuesto” en un lugar neutro y siniestro que no nos “recuerda” nada. En una palabra, ya **nos interroga menos**, se convierte en un hecho trivial y fatal que no tiene nada que aportarnos...

Pues bien, ante esta sociedad que todo lo trivializa, tendríamos que recuperar la dimensión **desentontecedora** de la muerte. El *“necio, esta misma noche te reclamarán el alma”* de Lucas 12,20, apenas le dejamos espacio para percibirlo. Y aquí aprovecho para recomendar un libro que me hizo mucho bien, de cara a afrontar nuestra muerte: Elizabeth Kübler-Ross, *Sobre la muerte y los moribundos*. Editorial Grijalbo.

El contenido del libro es el siguiente: *las conclusiones de un Seminario que la autora llevó a cabo con personas en fase terminal. El primer problema que se le planteó fue el siguiente: ningún médico le permitía entrevistar a un enfermo desahuciado para hablar de su situación. Finalmente un médico accede a que entreviste a uno de sus pacientes. Y cuál no es su sorpresa, cuando al día siguiente al pasar la consulta, el enfermo le pregunta por la doctora que lo había visitado el día anterior. A partir de ese momento las entrevistas se*

multiplican. El libro, pues, consiste en los diálogos mantenidos con dichos pacientes. A través de ellos descubre las fases por las que el ser humano pasa a lo hora de asumir la realidad de la propia muerte.

Es interesante enumerar dichas fases, pues, entre otras cosas, nos pueden ayudar para “saber estar” con personas que están en momentos tan decisivos, y para nosotros mismos. Enumeremos, pues, las fases por su orden: **negativa** a reconocer el hecho de la propia muerte; la **cólera** ante la evidencia, cólera que se desencadena con su entorno, como si quisiera arreglar cuentas con todo lo que le parece injusto en el pasado y en el presente; el **regateo**, especialmente con Dios, si es creyente, a cambio de una prolongación de su vida; la **tristeza**, el enfermo no puede negar la realidad que se le impone y entra en una fase depresiva, en la que los familiares han de estar cercanos posibilitándoles el desahogo; por último, la **aceptación**, “*un último periodo de reposo antes del largo viaje*”. Es la etapa más importante, en la que el enfermo tiene más que comunicar, y en la cual se encuentra más solo, pues todos le niegan lo que él, penosamente, ha logrado asumir.

En este momento, el enfermo ya no teme nada, pues ha aceptado lo que origina todos nuestros miedos: la propia muerte. En ese momento todo cobra su verdadero tamaño, su valor real, su alcance... Y aquí quiero compartir dos experiencias, una antes de leer el libro, y la otra, la muerte de mi madre, 8 años de haberlo leído.

El primer caso fue una mujer joven a la que conocí 14 días antes de su muerte. Me llamaron para que la confesara. Estaba en su casa. Vivía con la madre y una hermana. Al entrar sus familiares me advirtieron que “no se entere que se está muriendo”. La confesé y después empezó a hablar conmigo comentándome, con la mayor naturalidad, cómo en esos momentos veía la vida. Todo lo describía con una serenidad y lucidez sobrecogedoras. Era una mujer valiosa: inteligente, profunda, sensible. Al final, antes de abandonar la habitación me dijo: “que mi madre y mi hermana no sepan que yo sé que me estoy muriendo”. Aquello me resultó algo totalmente anormal. El libro de E. Kübler-Ross me reveló que era lo normal.

Pero la segunda experiencia es la muerte de mi madre: el 31 de diciembre de 1981 me confesó: “Hijo mío, me muero”. Yo sencillamente le respondí, sobreponiéndome a tantos sentimientos como en esa situación se te agolpan: “Bueno, pero aquí estoy a tu lado”. Vivió, después de este diálogo, 25 días. Pues bien, tengo que confesar que pesan en mi vida más esos 25 días que toda su vida. Me compartió una visión de la vida serena y positiva. Un día estaba como hablando sola. Le pregunté: “¿Qué haces hablando sola?” Ella me contestó: “Pensando en mis cosas”. Al preguntarle qué cosas eran esas, me respondió: “Lo vanidosos que somos”. - “¿Y cómo ves eso ahora?”. - “Que es una tontería”. Pero me confesó otra cosa: “Lo duros que somos juzgando a los demás”. - “Y ahora qué te parece”. - “Pues que es una barbaridad”. Efectivamente, los últimos años de su vida su carácter se había vuelto más duro e intransigente. Pues bien en esos momentos en los que ya “no tenía nada que temer”, recuperó una visión de la realidad más honda y positiva: lo que realmente “merecía la pena”. En efecto es el momento en que más tienen que decirnos, y nosotros, como nos descuidemos, desaparecemos de escena.

Desde esta perspectiva ¿no podemos encontrar un alcance mucho más profundo y real la frase de Hebreos de que “*Cristo con su muerte nos libró a cuantos por temor a la muerte estábamos sometidos a la esclavitud*”?

Por último, leamos otro texto de Hebreos en el que alude a la doble vertiente del

sufrimiento: el que nos toca, y el que nos rodea: **Hebreos 10, 33-36**: “Vosotros fuisteis unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera. No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo una gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido”. No hay solidaridad con el dolor que me rodea si no me implico y no vivo sus consecuencias como algo gozoso: “...os dejasteis despojar con **alegría** de vuestros bienes... conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera.”.

Puede ayudar para profundizar en todo lo visto la visión del verdadero ayuno y culto que Yahvé quiere de su pueblo que **Isaías 58** plantea.

CONCLUSIÓN

“... porque ellos serán consolados.”

Sigue estando en futuro lo que nosotros querríamos tener en presente. Pero asegura que si no “huimos” del dolor que nos visita o que visita a los que nos rodean y lloramos con ellos (Romanos 12, 15), seremos **consolados**.

Veamos cómo expresa el propio Pablo la vivencia de esta **Bienaventuranza: 2 Corintios 1, 3-7**: “¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en toda tribulación nuestra para poder consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Dios! Pues, así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación. Si somos atribulados, lo somos para consuelo y salvación vuestra; si somos consolados, lo somos para el consuelo vuestro, que os hace soportar con paciencia los mismos sufrimientos que también nosotros soportamos. Es firme nuestra esperanza respecto de vosotros; pues sabemos que, como sois solidarios con nosotros en los sufrimientos, así lo seréis también en la consolación.

Como vemos la consolación surge de los padecimientos, y no tiene sentido en sí, sino que es para “poder consolar a los que están en toda tribulación”. Si hay solidaridad en la tribulación, la habrá en la consolación. Pero salen dos palabras claves en esta cita: **paciencia** y **esperanza**. Paciencia correspondería al “no salir corriendo”, es decir, a lo que hemos denominado **afrontar**, pero ¿y esperanza? Veamos la cita siguiente de la carta de S. Pablo a los Romanos (**Romanos 5, 3-5**): “Más aún, nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza, y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”.

La esperanza viene al final. Si no se ha afrontado -*paciencia*-, no nos abriremos a la *esperanza*. Pero veamos la gradación que Pablo plantea: las mismas *tribulaciones* son motivo de *gloriarse* (¿de **bienaventuranza**?), porque tiene experimentado -*sabiendo*- que estas tribulaciones (¿el **llorar**?) llevan a la *paciencia* (¿el **afrontar**?), esta paciencia a la *virtud probada* (¿la **madurez**?), y esta virtud probada a la *esperanza* (¿el **serán consolados**?).

Es decir la esperanza parece ser que no es posible si no se ha “madurado”. Y aquí tengo que aludir a un libro de Pedro Laín Entralgo, **Antropología de la Esperanza**, en el que

llega a decir que la sociedad actual de nuestro Primer Mundo, se ha incapacitado radicalmente para la esperanza. Lo que nosotros llamamos “esperanza” no pasa de *optimismo*. En efecto, el optimista se basa en datos que posee y en los que se apoya para asegurar el futuro. Su “esperanza” se palpa. La esperanza bíblica, sin embargo, es ‘contra toda esperanza’. Es la esperanza de Abraham; es, en definitiva la experiencia del **HECHO PASCUAL: Muerte-Resurrección**.

Pero la cita de S. Pablo termina diciendo ¿dónde está la seguridad de esa esperanza que “no falla”? **en el amor que el Espíritu Santo ha derramado en nuestros corazones.**

POEMA

*Hombre de barro soy:
Incorporándome de un sueño
levanto brazos y rodilla,
mi cara asustada se dirige hacia qué se yo.
—temor a la vida por temor a la muerte—;
el dolor que se siente por dentro,
¡que no me llegue a rozar!*

*Me faltan manos y piernas
para cubrir mis entrañas.
Quiero tapar con mi vista
mi corazón,
mi sexo
no sea que llegue a sentir
el dolor que duele tanto.*

*¡Cómo no me acuerdo que
a través del dolor
llegué a la vida!*

*¡Cómo no me doy cuenta que de cara a la vida
no tengo nada que decir!*

*¡Cómo soy tan ciego que no veo
que deshaciéndome me haré
y te encontraré a Ti
mi libertador!*

Marjolijn

*LLORANDO porque es mía la causa de los pobres
... y el "Hombre de dolores".*

*Por los caminos hondos
hasta el rojizo monte
la sangre del Sufriente
tiene el rostro de Dios;
y Dios está en los hombres.*

*Crucificada viene la BIENAVENTURANZA:
pobre, mansa, llorando,
sin miedo grita o calla
ante un río de sangre,
-son las tres de la tarde-
y el sol rojo escarlata.*

Anunciación Jiménez

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5, 6)

Recordemos una vez más lo que dijimos la primera noche: cada uno toca una dimensión del ser humano, dimensión irrenunciable, que no va a quedar sin respuesta. Esta respuesta será propia o impuesta, acertada o desacertada, pero el problema que plantea dicha dimensión no se quedará sin una respuesta. Por otro lado, al ser una dimensión básica de la persona, pone en juego su realización, su **felicidad**.

La de hoy toca el problema de los **deseos**. Somos un “puñadito de deseos”, nos guste o no, y siempre lo seremos. Si de repente desapareciesen de nuestra vida los deseos, habría que llamar al médico. El problema es dónde y cómo están enganchados.

Pero antes de entrar en la vamos a hacer unas cuantas observaciones sobre el tema del deseo, problema nuclear para el ser humano y que siempre está concretado. Me explico, si yo os digo, “¡Tengo un deseo!”, me preguntáis inmediatamente: “¿De qué?”.- “No, un deseo”, me tomáis por loco. ¡Todo deseo es de algo! Pero ¿qué experiencia tenemos del deseo?

Por lo pronto, una constatación que el idioma recoge en el término **hartarse**: esta palabra es muy expresiva, pero totalmente ambigua. Pongamos un ejemplo: Supongamos que os digo p.ej. ‘A mí las fresas me chiflan, y me he enterado que en Huelva hay una campaña que dura dos meses. Voy a ver si el año que viene consigo allí trabajo y me harto de fresas’. Al confesaros mis deseos todos descubrí en mis palabras la ilusión de satisfacer ese deseo. Pero el año que viene os encontráis conmigo y me preguntáis, ‘Qué, ¿estuviste en Huelva?’, - ‘Sí, estuve en Huelva’; - ‘Te hartarías de fresas’, y os respondo con cara de asco: ‘¡Acabé harto de fresas!’ He usado la misma palabra, pero su contenido es contradictorio. Y todos me comprendéis, ninguno dice que estoy loco.

¡Atención al lenguaje! Es lo más sabio que manejamos, pues tiene más experiencia acumulada que todos los sistemas filosóficos juntos. La primera vez que usé la palabra ‘hartarme’, todos entendisteis, y con razón, - ‘...A éste las fresas le vuelven loco’. Es decir, percibíais una expectativa ilusionante; pero resulta que volví ‘harto’ de fresas... ¡Y uso la misma palabra! El lenguaje, que está hecho para darnos acceso a la realidad, en el tema del deseo usa la misma palabra para describir una expectativa atrayente, y la tramposa frustración de dicha expectativa. Esto sólo significa una cosa, **que la experiencia del deseo es tramposa**.

Ahora vamos a recoger algunos datos que Freud nos ha proporcionado, a partir de sus observaciones sobre el niño, que pueden darnos mucha luz en este tema. Tengo que confesaros que debo mucho a Freud. Su capacidad de observación, y no tanto sus conclusiones, me han ayudado siempre. Cuando él dice: ‘*he observado esto...*’, tiéntate la ropa, que eso es así. Pues bien, vamos a recoger algunas de sus observaciones sobre el tema que nos ocupa. Y ¿por qué acudir a Freud? Porque él se ha aproximado al ser humano “dinámicamente”, no de forma estática. Es decir, le ha preocupado la compleja evolución del psiquismo humano desde su inicio hasta su hipotética maduración.

Primer dato que nos interesa: Freud afirma que **el primer y único deseo que tuvimos al nacer fue hambre - sed**. De ahí va a surgir todo el dinamismo del ser humano. El

niño, a través de ese deseo (hambre - sed), va a abrirse al mundo a través del pecho de su madre. Donde parece que sólo está satisfaciendo su instinto de conservación, está abriéndose a la realidad, a la relación interpersonal. Más aún, lo que él denominará **libido**, va a tener sus raíces en este primitivo deseo del **hambre-sed**. En efecto, la libido expresión básica del dinamismo humano, con su irrenunciable dimensión sexual, conservará, en sus manifestaciones más evolucionadas, expresiones que reflejan este entronque con el **“hambre-sed”**. Por ejemplo la expresión, ‘te comería a besos’.

Pero veamos brevemente qué era para él la libido. Su afirmación del carácter sexual de la libido en todas sus manifestaciones, le valió la acusación de “pansexualista”, hasta el final de su vida; acusación de la que siempre se defendió. **¡Somos seres sexuados en todas nuestras manifestaciones!** Otra cosa es que es que la manifestación de nuestra sexualidad sea a través de la genitalidad. Pero **somos hombre o mujer en todo nuestro ser**, y desde ese ser nos expresamos. La libido está presente en nuestra energía, en nuestra capacidad de relacionarnos, pues no podemos dejar de ser seres sexuados.

Ahora bien, la sexualidad humana tiene dos peculiaridades que no tiene la de los otros mamíferos: no está **programada** por un instinto, y es tremendamente **plástica**. Lo primero es una constatación, lo segundo una observación valiosísima de Freud.

En efecto, la sexualidad animal está perfectamente programada por una época de celo y, fuera de ese momento, no es activa, como si no existiese. Por otro lado sólo apunta a la procreación, a conservar la especie. Sin embargo, la “plasticidad” a la que alude: Freud no es tan obvia y tiene consecuencias antropológicas importantes. ¿En qué consiste esta “plasticidad”? Que su manifestación no tiene por qué ser genital, pero siempre conserva su carácter sexual.

Más aún, según Freud, el instinto sexual del ser humano (**libido**) no es algo pre-determinado, sino tiene que hacerse, o dicho de otra forma evolucionar hasta su maduración. Este camino está lleno de peripecias, y no todas se superan con el mismo garbo. No es este el momento para describir dichas peripecias, pero sí puede sernos útil aludir a las tres expresiones que nuestra “libido” puede tener:

- A. **La directa-libre:** se expresa en la actividad genital.
- B. **La represión**, alternativa peligrosa, porque no es alternativa. Reprimir no es “decir que no”, sino no decir nada: “darle la espalda”. Sería lo que ayer definíamos como “no-afrontar”. Reprimir la propia sexualidad es negarle la existencia, cuando de hecho existe, no saber qué hacer con ella y eliminarla de nuestra consciencia. Por eso dice Freud que va a parar al inconsciente, donde se conservará intacta, pero incontrolada. Ahí está el peligro: no puede dar la cara en la conciencia, pero está más viva y presente que nunca y sólo accederá a la realidad a través de los “síntomas”. (Por tanto, si yo estoy diciendo que no a algo que me cuesta, **no estoy reprimiendo nada**, estoy decidiendo, haciendo uso de mi voluntad porque soy libre.)
- C. **La sublimación**, cuando yo encauzo esta libido y le doy un contenido que no tiene nada que ver con la expresividad genital. No está reprimida, sino que gracias a su “plasticidad” puedo encauzar su energía en finalidades que nada tienen que ver con la genitalidad.

Como la alternativa C es menos conocida, ya que Freud no le dedicó ningún tratado, voy a traer una cita de **Introducción al narcisismo**, en la que, a propósito de la concepción que Jung tiene de la “demencia precoz” en contraste con la suya, comenta lo siguiente: “...Pero contra lo que era de esperar después de esta declaración, Jung no vuelve a ocuparse grandemente de tal posibilidad, y pocas páginas después la excluye, observando que de tal condición ‘surgirá quizá la psicología de un anacoreta ascético, pero no una demencia precoz’. La inconsistencia de este argumento queda demostrada con indicar que tal anacoreta, ‘empeñado en extinguir toda huella de interés sexual’ (pero ‘sexual’ sólo en el sentido vulgar de la palabra), no tendría por qué presentar siquiera una localización anormal de la libido. Puede mantener totalmente apartado de los humanos su interés sexual y haberlo **sublimado**, convirtiéndolo en un intenso interés hacia lo divino lo natural o lo animal, sin haber sucumbido a una introversión de la libido sobre sus fantasías o a una vuelta de la misma al propio **yo**, (S. Freud, **Obras completas. III**, Madrid 1973, p. 2020-1). Es decir, el ‘anacoreta’ no tiene por qué tener una sexualidad anormal (reprimida).

Esto supuesto, la sexualidad humana pasa por nuestra libertad, en el sentido de que no está estructurada previamente y, si bien habrá circunstancias que dificulten su desarrollo correcto, sin embargo, uno tiene que darle respuesta, **no reprimirla**. Ahora bien, las dos alternativas válidas (la A y la C) no tienen por qué ser disyuntivas: o una u otra.

Veamos otra cita de Freud en la que aparece lo que quiero decir de forma magistral. (Conviene aclarar algo respecto a la terminología que aquí usa: “tendencias sexuales coartadas en su fin”= “sublimadas”; “tendencias sexuales libres”= “expresadas a través de la genitalidad”):

“Es muy interesante observar que precisamente las tendencias sexuales coartadas en su fin son las que crean entre los hombres lazos más duraderos; pero esto se explica fácilmente por el hecho de que no son susceptibles de una satisfacción completa, mientras que las tendencias sexuales libres experimentan una debilitación extraordinaria por la descarga que tiene efecto cada vez que el fin sexual es alcanzado. El amor sensual está destinado a extinguirse en la satisfacción. Para poder durar tiene que hallarse asociado, desde un principio, a componentes puramente tiernos, esto es, coartados en sus fines, o experimentar en un momento dado una transposición de este género”. (S. Freud, **Psicología de las masas y análisis del yo**, en Id., **Obras Completas. III**, Madrid ³1973, p. 2591).

Es decir, la **libido** que se expresa en la genitalidad, está llamada a “extinguirse en la satisfacción”. Para “crear lazos más duraderos”, es decir, para que nos dé un “sentido” (que no sucumba en la “satisfacción”= ¿hartura?), tenemos que engazarla con las tendencias “coartadas en su fin” (“sublimadas”), p.ej. la ternura. Luego veremos en el desarrollo de la el alcance que esto tiene y cómo el **Evangelio** plantea el mismo problema.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL DESEO

1.- Cómo vivió Jesús el mundo de los deseos

Como en la 1ª, aquí también la formulación de Mateo difiere de la de Lucas. En efecto, éste dice sencillamente: “*Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados*” (Lc. 6, 21), mientras Mateo añade “...*de justicia*”. ¿A qué justicia se refiere?

No vamos a pararnos ahora en este problema, y tan sólo doy la siguiente cita: **Mt 5, 20:** *“Porque os digo que, si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos. Es decir, por lo visto hay distintas “justicias”, según Jesús. Como en las dos siguientes se va a hablar de cuál era la “justicia” de los escribas y fariseos, y en la última veremos por qué justicia fue perseguido Jesús, entonces podremos saber de qué justicia tenemos que tener hambre. Este aplazamiento no va a influir en la comprensión de ésta, antes al contrario, enriquecerá más su alcance.*

Y empecemos por la primera tentación de Jesús en el desierto. **Mt 4, 1-4:** *“Luego Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre. Acercóse el tentador y le dijo: ‘Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes’. Mas él respondió: ‘Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’.*

Tenemos el peligro de considerar las tentaciones de Jesús como “suyas”, mientras las “nuestras” son otras. Y en el caso presente esta sensación es más fuerte: ¡nosotros no tenemos poder de “convertir estas piedras en pan”! Más aún, ¿en qué sentido puede esto ser tentación aun para Jesús? Todavía en la versión de Mateo dice “estas piedras”, en plural, pero en Lucas dice ‘*esta piedra*’, en singular: es decir, un “bocadillo”. ¿Pero es tentación “hacerse un bocadillo” después de 40 días de ayuno? ¿No sería más bien tentación lo contrario, el no comer? ¿Dónde está la tentación?

Y aquí quizás convenga preguntarse qué es “tentación”. En efecto, tentación no es aquello que me asusta, ni un peligro. Si viene un toro detrás de mí, no se me ocurre decir: “Fíjate qué tentación llevo detrás”. Eso es un peligro. Tentación es trampa, engaño. Es percibir exactamente lo contrario de lo que realmente es. Y esta percepción es positiva, atrayente. Ahí está el peligro de la verdadera tentación, en que no se percibe su peligro por la fuerza de su atracción: la tentación por definición es una especie de ‘trampa’, peligro disfrazado, que nos ofusca.

Esto supuesto, ¿por qué percibe Jesús la propuesta del Diablo como tentación? ¿Dónde ve la trampa? Lo encontramos en su respuesta: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*. Es decir, la tentación no es “hacerse el bocata”, pues tuvo que comer, sino en creer que **“sólo** de pan vive el hombre”. Es la alucinación del deseo, que comienza por dinamizarnos para terminar “hartándonos”. En ese sentido la tentación no es ignorancia total, pues aunque me siento atraído, tengo datos de en qué puede terminar. Percibir la tentación es lucidez. ¿En qué consiste, pues, esta tentación?

El Evangelio es precisión, y no generalidades sublimes. Jesús no es simplista nunca sino preciso: no dice que el hombre no viva de pan (hubiese sido una estupidez), sino *‘no sólo de pan...’* Jesús, en esta desenmascara el problema de la “harta”, que referimos al comienzo, y que posiblemente sea la experiencia más repetida del ser humano, sobre todo en nuestro Primer Mundo.

En este sentido, esta, va a tocar un problema “estrella” de nuestra sociedad. Y si no, preguntémonos por el fenómeno del **pasotismo**. ¿Dónde surge? En nuestro Primer Mundo, en un mundo “harto”, hastiado, que ha palpado **que no solo de consumo vive el hombre**. En el Tercer Mundo no puede surgir, ¡tienen que “buscarse la vida”! Es decir, de repente se nos convierte esta tentación que habíamos considerado “exclusiva” de Jesús, en **nuestra**

tentación.

Que necesito cosas, que soy un ser-de-necesidades, es evidente. Pero no es cierto que sea sólo ser-de-necesidades. ‘*El rico Epulón*’ es la parábola del que alucina: encerrado en sus propias “necesidades”, no se entera qué está ocurriendo a su puerta. Es la escenificación de la trampa que todos llevamos en nuestro deseo. Hoy debemos aplicarla a nuestro Primer Mundo: embebido en su propia riqueza y preocupado por su economía, no se entera de que a sus puertas está muriendo el Tercer Mundo.

Podemos alucinar cuando el deseo se apodera de nosotros. Sin embargo, el deseo es irrenunciable. Su desaparición es una enfermedad grave. Pero la alucinación lo acompaña: es la tentación que lleva incorporada. Es mi experiencia con las fresas en Huelva. Mi “hartura” de fresas no quiere decir que las fresas sean malas, siguen siendo buenísimas, pero no me pueden dar lo que mi alucinación me hizo creer. Porque el hombre no vive de la satisfacción de ninguna de las parcialidades que suponen sus necesidades. No olvidemos la observación de Freud, de que todo aquello que “*susceptible de una satisfacción completa... está llamado a extinguirse en la satisfacción*”.

La gran coartada de la sociedad de consumo está en la convicción de que el ser humano es un **ser-de-necesidades**, y lo es, pero **no sólo**; porque si lo reducimos a sus necesidades terminará harto. Esta es la gran tentación de nuestra sociedad de consumo: creernos (¿alucinar?) que si no satisfacemos las innumerables “necesidades” que se nos ofertan, seremos unos desgraciados. Este es uno de los callejones sin salida en los que estamos metidos, y que Pascal Bruckner en su libro **La euforia perpetua**, denomina “*la obligación de ser feliz*”. Esta “obligación” es una carga insoportable, porque la felicidad es don y sorpresa, no obligación.

La trampa de esta tentación consiste en que el deseo “alucina”, y la alucinación consiste en que convertimos en realidad lo que es tan sólo fantasía. El refrán que dice: “el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra”, se quedó corto. Ahora mismo firmaba yo eso: que todos mis “tropezones” no pasasen de dos. El problema no está en las “dos veces”, sino en que gastamos la piedra a tropezones. Las sucesivas frustraciones que vamos experimentando en nuestro compulsivo consumo, no lo frenan.

Ahora podemos entender mejor la tercera tentación de Jesús (y que vimos en la 1ª): la de la **codicia**, la que nos llevaba a convertir en dios lo que creíamos iba a asegurar nuestra vida. Aquella alucinación de la riqueza de creer que teniendo más cosas, -¡y las necesitamos!- la vida estaba resuelta. La trampa de dicha alucinación estaba en que no sólo de esas cosas vivimos, ellas solas no van a dar respuesta a lo que el ser humano es. Ninguna parcialidad agota o, mejor dicho, llena el dinamismo de la persona. Recordemos de nuevo el pasaje de **Lc 12, 13-31**.

Pero puntualicemos. Jesús en esta, no dice que el hombre no viva de pan. En efecto, Jesús no sólo no dice eso, sino que no soporta el hambre ajena, igual que ayer veíamos que no soportaba el dolor ajeno. Y tan es así, que el **Ev.** nos relata dos multiplicaciones de panes y peces:

Mt 14, 13-21: “... Al saberlo Jesús (la muerte del Bautista) se alejó de allí en una barca a un lugar desierto, a solas, y, habiéndolo sabido la gente, lo siguieron a pie desde las ciudades. Al desembarcar y ver la muchedumbre, se apiadó de ella y curó a sus enfermos. Al

caer el día, se le acercaron sus discípulos, diciendo: ‘El lugar es desierto y la hora es ya avanzada; despide, pues, a la gente, para que vayan a las aldeas y se compren comida’. Ellos le dijeron: ‘Sólo tenemos aquí cinco panes y dos peces’. Dijo él: ‘Traédmelos aquí’. Y habiendo mandado que la gente se echase sobre la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendijo y, partiendo los panes, se lo dio a los discípulos y éstos a la gente. Todos comieron y se saciaron y se recogió lo sobrante en trozos: ¡Doce canastos llenos! Y los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños”.

Mt 15, 32-39: “... Mas Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: ‘Me da lástima de la gente, porque llevan conmigo ya tres días y no tienen que comer. Yo no quiero despedirlos ayunos, no sea que desfallezcan en el camino’. Los discípulos le dijeron: ‘¿De dónde procuraremos en un despoblado panes suficientes para saciar a tantos?’. Jesús les dijo: ‘¿Cuántos panes tenéis?’ Ellos contestaron: ‘Siete y algunos pececillos’. Mandó a la gente sentarse en tierra. Tomo siete panes y los peces, dio gracias, los partió y los dio a los discípulos y éstos a la gente. Comieron todos y se saciaron, recogiendo del sobrante de los trozos siete espuertas llenas. Los que comieron eran cuatro mil hombres, fuera de mujeres y niños. Despidió a las gentes, subió a la barca y se fue a los confines de Magadán”.

Es decir, el hombre vive de pan, es un ser necesitado, y hay que empezar por ahí. Más aún, se nos va juzgar desde el hambre de los otros: **Mt 25, 31-46**. Como dice N. Berdiaeff, “*El que yo tenga hambre, es un problema material. El que tengan hambre los otros, para mí es un problema espiritual*”. Tenemos que empezar por esta necesidad primordial, pero, paradójicamente, no podemos quedarnos ahí. Engañamos si hacemos creer que con tener el hambre resuelta, ya lo está todo. (Más adelante volveremos a la problemática de la multiplicación de los panes vista desde el propio Jesús).

Resumiendo, Jesús pasó hambre porque era, como nosotros, un ser-de-necesidades y, sobre todo, no soportó el hambre ajena. Más aún, se nos va a juzgar desde esta necesidad irrenunciable. Pero, al mismo tiempo nos avisó que el hambre (el **deseo**) lleva consigo una tentación: creer que somos puro ser-de-necesidades, que éstas dan respuesta a nuestras expectativas. Veamos, pues, qué nos avisó sobre este problema.

2.- Qué dijo Jesús sobre el deseo y sus tentaciones

Jesús fue por la vida como ‘uno de tantos’. Esto quiere decir que fue tan sujeto de necesidades como cualquiera de nosotros; pero tuvo la lucidez de desenmascarar trampas. Y este desenmascaramiento no se redujo al pasaje de las “tentaciones”. En concreto, en el caso de esta tentación, avisará repetidamente.

Y empecemos por un pasaje especialmente rico por la viveza de los dos personajes que intervienen: Jesús y la Samaritana. **Jn 4, 1-42:** Es mediodía. Jesús sentado junto al pozo y fatigado del camino. Una mujer se acerca con su cántaro, y ve lejos, junto al pozo, un judío. Al verlo piensa: ‘Ya verás cómo este judío me pide de beber. Éstos, que ni nos miran a la cara. Como debe estar frito de sed, verás que atento se vuelve’. Y efectivamente, Jesús le dice: “*Dame de beber*” —En la respuesta se nota que le “restriega” lo que iba pensando: “¿Cómo tú siendo judío me pides de beber a mí que soy mujer samaritana?” Pero Jesús no se perturba y le responde: —“*Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva*” (agua de manantial). La mujer miraría alrededor y pensaría: ‘este se quiere quedar conmigo; ¿dónde hay agua por

aquí?’ Por eso le dice: —“Señor, si no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde pues tienes esa agua viva? ¿Es que eres tú más que nuestro padre Jacob que nos dio el pozo...?” De nuevo vuelve a “restregarle” que el pozo se lo dio Jacob a los samaritanos, no a los judíos. Jesús sigue sin picarse y le dice: *‘Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna’.*

¿Qué está pasando con este diálogo? ¿Qué dice uno y qué entiende la otra? El problema que plantea la primera tentación de Jesús: **que no sólo de agua vive la persona**. En efecto, mientras Jesús va remitiendo a que hay “otra agua” ella sigue convencida que “sólo de agua se bebe”. Por eso las últimas palabras de Jesús, ella sigue interpretándolas en el mismo sentido: *“Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla.”* Es decir, ella pensaría: ‘¡Éste me va a poner el agua corriente! Pues cuanto antes....’

Pero es interesante caer en la cuenta que todo empezó en un pedir agua para beber. Partiendo de esta primera necesidad, Jesús va dejándole caer que hay otras dinámicas tan irrenunciables como la sed fisiológica y que hay que preguntarse por ellas. Y eso es lo que hace en el momento en el que la otra le pide, no sin cierta “sorna”, que le dé esa agua “milagrosa” para no tener que venir todos los días al pozo...

Justo en eso momento, Jesús va a dar el salto explícito a “otro deseo” que como persona tiene, y que no acaba de estar resuelto: *“Vete, llama a tu marido y vuelve acá”*. “¡A qué viene eso ahora!” se preguntaría ella. Y la reacción va a ser la que todos tenemos cuando nos tocan este tema y no acabamos de tenerlo resuelto: **negarlo**. La respuesta es rápida y escueta, como requieren las circunstancias: *“No tengo marido”*. Hoy le habría dicho, ‘¿quién eres tú para meterte en mi vida?’

Jesús no se inmuta y le sigue la corriente, no sin cierta ironía: *“Bien dices que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad.”* Es decir, no tienes ni idea en qué consiste “tener un marido”. Ante la evidencia no tiene más salida que reconocerlo -*“Señor, veo que eres profeta.”*-, y la única solución es tirar balones fuera, cambiar de conversación; como por otro lado, el que tiene delante es judío, lo mejor es sacarle el tema de Dios: *“Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar.”*

Jesús le sigue la corriente y responde al tema: *“Créeme, mujer, que llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad.”* La reacción de la mujer no puede ser más espontánea y normal. En ningún momento quiere “entrar al trapo”, siempre se escurre: le corta, arrepentida, como diciendo, “para qué le habré sacado el tema de Dios sabiendo que es judío. Ya se me ha enrollado...” Y la mejor manera de cortar el “rollo” es remitir el asunto al Mesías: *“Sé que va a venir el Mesías, cuando él venga, nos explicará todo”*.

Las secuencias son perfectas. La viveza de la mujer no ha podido ser mayor: siempre se ha escapado fuera. Por otro lado, Jesús nunca se ha puesto nervioso. Este es un dato digno de destacarse en el **Ev**: nunca vemos a Jesús nervioso. Lo vemos alegre, triste, con humor, “cabreado”, pero nunca nervioso, ¡y era para estarlo!, porque las cosas no le salían todo lo

bien que era de esperar. En el diálogo escurridizo de esta mujer, los nervios hubiesen cortado el hilo inmediatamente. Pero en este último “cambio de agujas” de la mujer, Jesús se le revela: “Soy yo, el que te está hablando.”

Todo empezó por un vaso de agua, y ha terminado en la revelación del “Soy yo”, pasando por los “*cinco maridos*”. Es el itinerario de la dinámica del deseo humano como nos la describió Freud. Nuestro deseo más primitivo, **hambre-sed**, va haciéndose más complejo y rico, para terminar en la meta de todas nuestras búsquedas y que S. Agustín plasmó en sus **Confesiones**: “*Tu impulsas a que deleite el alabarte, ya que nos has hecho para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*”. (**Conf. 1 1.1**)

En este momento aparecen los discípulos y de nuevo tenemos una escena en la que aparecemos retratados. Dice el **Ev** que *se sorprendían de que hablara con una mujer*. Es la “malicia” humana la que aquí asoma, y ante la que Jesús ni se inmuta y, menos aún se siente ofendido. Y es que esta “malicia” nunca la confesamos. Por eso comenta el **Ev**: “*Pero nadie le dijo: ‘¿Qué quieres?’ o ‘¿Qué hablas con ella?’*”

Pero sigamos con la mujer: dejando el cántaro, fue corriendo al pueblo y dijo: “*Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que yo he hecho, ¿no será el Cristo?*” No afirma categóricamente que lo sea. Ella está intrigada con que “le ha dicho todo lo que ha hecho”, pero nada más. Los samaritanos que van en busca de Jesús parece que son más crédulos... En definitiva se sigue confirmando la manera de ir Jesús por la vida: preguntando **¿qué te parece?** y **¡si quieres!** La respuesta nunca está exigida, sino ofertada.

Pero sigamos con la escena, pues volvemos a encontrarnos con el problema central de la. Ante la insistencia de los discípulos: “*Rabí, come*”, Jesús les responde: “*Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis*”. Ellos piensan: “¿Ésta le habrá traído un bocata?” Es decir, los discípulos están en la misma onda que la Samaritana: “sólo de pan vive el hombre”; y de nuevo Jesús intenta hacerles ver que “*no sólo de pan vive el hombre*”: “*Mi alimento es hacer la voluntad del que en ha enviado y llevar a cabo su obra. ¿No decís vosotros: Cuatro meses más y llega ya la siega? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega. Ya el segador recibe el salario, y recoge fruto para vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador. Porque en esto resulta verdadero el refrán de que uno es el sembrador y otro el segador: yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga.*”

Pero quiero hacer un paréntesis a propósito de “*Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado*”.

Suelo decir que uno de los problemas del hombre de hoy es su incapacidad para construir una catedral gótica. Y no me refiero a su dimensión “espiritual”, que no la discuto ni la minusvaloro. Hablo como albañil. Cuando entro a una catedral gótica, me sobrecoge. El que ideó levantar aquella maravilla sabía que no iba a ver nada. A lo mejor tuvo que conformarse con los cimientos. A pesar de esto -que no contemplaría su obra- la ideó y comenzó. Y los que siguieron, tal vez se olvidarían de a quién se le había ocurrido. La obra “crecía” a la perfección: muros y pilares surgían con exactitud hasta culminar en la bóveda con una precisión milimétrica.

Es decir una mínima parte de los que hicieron posible aquella maravilla la pudieron contemplar. Todos realizaron su trabajo anónimo a la perfección, sabiendo que nadie iba a poder pedirles cuenta. No es posible más responsabilidad junto a más anonimato. En efecto, no encontramos un nombre en todo el monumento. Si cada uno hubiese exigido que su nombre apareciera, aquello parecería la “guía telefónica”. Somos nosotros, los que hemos “superado” la Edad Media, los que nos encargamos de poner los nombres que ellos no pusieron, “inmortalizando” momentos estúpidos de narcisismo: ¡“Aquí estuvieron Pepito y Juanita”!

Pues bien, Jesús nos dice que “vamos a segar lo que no sembramos”, lo cual quiere decir que también “vamos a sembrar lo que no recogeremos”. Tenemos que saber construir sobre lo que hemos recibido, como saber cimentar lo que otros tendrán que culminar. Y todo esto sin “pasar la gorra”. Se nos educa para hacer el proyecto, llevarlo a cabo y sacarnos la foto. La gran preocupación es la “originalidad” para poder decir: ‘esta obra es mía’. Y así no pasamos de la ‘chapuza’, pero nunca vamos a hacer una **catedral**. No sabemos trabajar ‘a fondo perdido’.

Volvamos a nuestro tema. El término **sed** va a salir en un contexto importante en el **Ev** de Juan: en la fiesta de los Tabernáculos. **Jn 7, 37-38**: *“El último día de la fiesta, el más solemne, Jesús puesto en pie, gritó: ‘Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, el que crea en mí’, como dice la Escritura. ‘De su seno correrán ríos de agua viva’. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. Porque aún no había Espíritu, pues todavía Jesús no había sido glorificado”*.

Después de todo lo que llevamos visto, el *grito* de Jesús debería despertar en nosotros serios interrogantes. Si Jesús se nos ha presentado ante la Samaritana como *agua viva*, ahora nos dice que sólo podrá beber de ese *agua* “si alguno tiene sed”. No es posible que beba el “harto”. En una sociedad como la nuestra “harta”, ¿hay posibilidad de sentir **sed**? ¿Es incomprensible que las sociedades “satisfechas” de nuestro Primer Mundo se consideren agnósticas, cuando no ateas? Más aún, es de agradecer que se confiesen ateas, aunque en realidad, como decíamos en la 1ª, habría que hablar de “politeísmo”. Pero el caso es igual: absolutizamos lo que no es el Absoluto y terminamos “pasando” porque estamos hartos. El que no tiene hambre ni sed, el satisfecho, no necesita nada. Se atrofia en nosotros el dinamismo, y surge el pasotismo como única consecuencia. Es urgente que demos nombre a nuestras “harturas”, a nuestros “enganches”, que imposibilitan la **sed**, el dinamismo de la persona. En este contexto, las palabras de Jesús en la cruz, **Jn 19, 28**: *“Tengo sed”*, cobran todo su alcance. Toda la vida de Jesús fue **sed**, y su “*tengo sed*” en la cruz debe convertirse en nosotros en un interrogante -¿**tenemos sed?**- si queremos salvar la persona. ¡Jesús no fue un “harto”!

Y pasemos al capítulo 6 del evangelio de Juan. Con ocasión de la multiplicación de los panes, Jesús anuncia la Eucaristía. Citemos sólo unos versículos en los que, una vez más, Jesús va a plantearnos la “tentación” de esta y ofrecernos su alternativa.

Jn 6, 26-35: *“... Jesús les respondió: ‘En verdad, en verdad os digo: vosotros me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de los panes y os habéis saciado. Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el alimento que permanece para vida eterna, el que os dará el Hijo del hombre, porque a éste es a quien el Padre, Dios, ha marcado con su sello’. Ellos le dijeron: ‘¿Qué hemos de hacer para obrar las obras de Dios?’ Jesús les respondió: ‘La obra de Dios es que creáis en quien él ha enviado.’ Ellos*

entonces le dijeron: ‘¿Qué señal haces para que viéndola creamos en ti? ¿Qué obra realizas? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Pan del cielo les dio a comer’. Jesús les respondió: ‘En verdad, en verdad os digo: No fue Moisés quien os dio el pan del cielo, es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo’. Entonces le dijeron: ‘Señor, danos siempre de ese pan’. Les dijo Jesús: ‘Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed’...” y a continuación viene el discurso sobre la Eucaristía.

Como podemos ver, la escena tiene un paralelismo exacto con la de la Samaritana. En ésta empieza por la **sed**, y en la multiplicación de los panes por el **hambre**; pero en ambas termina diciendo “**Yo soy**”. Jesús como única respuesta a los dinamismos del ser humano, sintetizados en su punto de arranque: **hambre-sed**.

Pero resaltemos algunos datos interesantes. Antes de los versículos que hemos citado hay una reacción importante entre la gente: quieren hacerlo rey (v.15) y Jesús se quita de en medio. Cuando lo encuentran al día siguiente les echa en cara que lo “buscan” sólo porque ha satisfecho una “necesidad” irrenunciable (¡por eso se compadece y les da de comer!), pero en realidad no pueden quedarse ahí, y deben abrirse a su significado -*señal*-. que **no sólo de pan vive el hombre**. Porque, ¿qué hay detrás del deseo de la gente? Que “sólo de pan vive el hombre”, y Jesús, una vez más quiere librarlos de la tentación que todo deseo lleva consigo. Y la respuesta va a ser la **Eucaristía**.

En efecto, lo buscan, como él les dice, “...porque os habéis hartado”. A Jesús le preocupa que el hombre caiga en la “hartura” y no descubra más allá. “Obrad, no por el alimento perecedero, sino por el que no se acaba”. Entonces, ¿por qué les ha multiplicado los panes? —Porque hay que empezar por ahí, porque él nunca dijo que el hombre no viva de pan, sino que no sólo... Ante los interrogantes que Jesús plantea, ellos llegan a preguntar: “¿qué hemos de hacer...? y aluden ‘al maná que nuestros padres comieron en el desierto...’ Es en ese momento cuando Jesús se presenta como **pan de la vida**, es decir, como única alternativa a la “hartura”, porque la hartura no es vida. Jesús como “dinamismo” del ser humano, como **vida**. En realidad, como la Samaritana llegó a pedir agua, pero sin saber lo que pedía, éstos también le piden: “Señor, danos siempre de ese pan”. La respuesta, como hemos dicho, será la **Eucaristía**. ¿Qué significado tiene la Eucaristía en este contexto?

La culminación de lo que dinamiza al ser humano (el deseo, la libido...), que empieza por el hambre no se agota en el consumo, sino que apunta a Dios. Jesús, en la Eucaristía, se presenta como “clave” de esa búsqueda suscitando una dinámica, no una saciedad, o dicho con las palabras de Freud, va a creando “lazos duraderos”, dando un “sentido” a la vida. Pero esta oferta va a escandalizar a la gente. En efecto, Jesús ofrece, no sólo su carne, sino también su sangre. Ahora bien, la sangre para un judío era la vida. **Jesús en la Eucaristía “da vida al mundo”**.

Merece la pena pararse en la reacción que provoca la “descabellada” propuesta de Jesús. La “oferta” desencadena una desbandada general: “*Muchos de sus discípulos, al oírlo, dijeron: ‘Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?’... Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él. Jesús dijo entonces a los Doce: ‘¿También vosotros queréis marcharos?’ Le respondió Simón Pedro: ‘Señor, ¿dónde vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios’...*”

Resalto la escena porque revela algo clave en la manera de ir por la vida Jesús: no quiere “forzados”. Volverá a salir este tema en la 6ª; pero es consecuente con su forma de presentar el **Ev: ¿Qué te parece?** y ¡ **Si quieres!** La oferta de Jesús ha sido la más limpia que se ha hecho en la Historia. Por eso, en este momento de crisis, es Jesús el que se adelanta a preguntarles si quieren seguir. Esto nunca lo haremos nosotros. Cuando sospechamos que algún “adicto” puede “fallarnos”, lo chantajeamos cochinamente: “Tu no me harás eso. ¿Vas a dejarme, después de todo lo que yo he hecho por ti?..” ¡Jesús siempre deja libres! Y es que la Eucaristía no daría vida si fuese una imposición, pues la vida sin libertad no es humana.

Pues bien, pasemos a preguntarnos qué significa la Eucaristía, lo que produjo la primera “apostasía”. En realidad parece un disparate, empezando por los símbolos que escogió. El pan, todavía; pero ¡el vino! Con las tragedias que ha traído y traerá. Sin embargo, preguntémonos por lo que de hecho significaba en aquella cultura: el pan como alimento básico y elemental; y el vino como bebida imprescindible en cualquier fiesta. Por otro lado, ambos símbolos están dan respuesta al **hambre-sed**, punto de arranque del deseo (energía= *dynamis*) del ser humano, lo más directamente relacionado con la vida: sin qué “llevarnos a la boca” no podemos subsistir. Es decir, va a ligar su **presencia sacramental** a algo tan elemental y necesario en la vida como son el alimento material (**pan**) y el compartir en “fiesta” (**vino**). Sin ambas cosas no puede hablarse de vida humana.

Pero, ¿qué es el sacramento de la Eucaristía?: El memorial de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús. Se nos dice que este “memorial” no es un mero recuerdo ligado a la memoria, a la añoranza o al aniversario, sino un **sacramento**, (signo), en el que el Misterio de la Vida de Jesús, su entrega (Pasión, Muerte y Resurrección), se nos hace Presente. Es decir pretende ser más que el recuerdo de un acontecimiento: es la realidad misma de aquel hecho, con todo su alcance, lo que se hace presente.

Pues bien, si eso es lo que significa **memorial** no se podría aplicar a la Primera Eucaristía. En efecto, en la Última Cena, aún no había ocurrido nada de lo que “significa”. Veamos cómo nos lo describe Lucas, por ejemplo: **Lc 22, 19-20**: “*Tomó luego pan, y dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: ‘Éste es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío’. De igual modo, después de cenar, la copa diciendo: ‘Ésta copa es la Nueva Alianza en mi sangre que es derramada por vosotros.’*” En aquel momento, ni su cuerpo ha sido entregado aún, ni su sangre derramada. Más aún, las palabras de la consagración en la celebración litúrgica de la Eucaristía siguen estado en futuro: ‘Esto es mi cuerpo que *será entregado* por vosotros, mi sangre que *será derramada...*’ ¿Qué sentido tiene esto? ¿Se equivocó de hora Jesús? ¿No hubiese sido más correcto celebrar la Cena Eucarística después de la Resurrección?

S. Efrén tiene un himno en el que dice que **la Eucaristía mató a Jesús**. ¿Qué sentido tiene esto? Que la Eucaristía es la que da sentido a la Pasión y Muerte de Jesús, no al revés. Éstas son la consecuencia de aquella. (Cfr Gaston Fessard, **La dialectique des exercices spirituels de Saint Ignace de Loyola**, Aubier, p 114)

¿Qué es, pues, la Eucaristía? El acontecimiento en el que Jesús hace su “consagración”, es decir, el momento en el que nos comunica su **opción**, el sentido de su vida. Ahí Jesús expresa su decisión de entregarse, de *dar la vida*. Es el momento en el que se plasma lo que recordábamos en la 2ª: “... *de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos*” (Mt 20, 28).

Pero, ¿qué sentido tiene expresar esta entrega en forma de “comida” y “bebida”, es decir, de alimento? ¿Qué es el alimento? o mejor dicho ¿qué ocurre cuando comemos un trozo de pan o bebemos un vaso de vino? Que lo digerimos, y sólo digiriéndolo puede alimentarnos. Es decir, tienen que dejar de ser “pan” y “vino”, para que me “alimenten”, para que se conviertan en sustancia **mía** y me den “vida”.

Más aún, cuando no digerimos algo, decimos que tenemos una indigestión, y lo que comimos puede llegar a “vomitarse entero”. Y perdón por la desagradable imagen, pero, por lo mismo, más expresiva. Pasemos, pues, a preguntarnos qué supone convertir en simbolismo esta función fisiológica.

Resulta que si uno no come, muere y para que esa comida dé vida tiene que ser digerida, tiene que dejar de ser lo que era. Pues bien, Jesús, confesó que había venido a “servir y dar su vida”. ¿Cómo? Como **alimento**. Es decir, para que esa “entrega de la vida” **dé vida**, tiene que convertirse en verdadero alimento - “... *porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida*” (Jn 6, 65)- y “digerirse”, desaparecer - “...*si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto*” (Jn 12, 24)-.

La Eucaristía, expresa y da el verdadero sentido de la Pasión-Muerte de Jesús: apunta a la vida: la Resurrección. Por la Eucaristía, los acontecimientos del Viernes Santo dejan de ser un “accidente” para convertirse en el Símbolo clave de su Anuncio, que **el que pierda su vida la encontrará**. La **Eucaristía** siempre se nos ha presentado como el centro de la vida de la Iglesia, pero resulta que antes lo fue de la vida misma de Jesús. Sin la Última Cena podríamos especular sobre el sentido de su Pasión-Muerte; después de ella, no es posible.

Hasta aquí lo que la Eucaristía significó en la vida de Jesús, pero ¿qué sentido tiene en la nuestra? El acto simbólico de la entrega del pan y del vino en la Última Cena, termina con las palabras “*haced esto en recuerdo mío*”. Es decir, es un recuerdo (en el sentido de “memorial” que antes hemos explicado), **que hay que hacer**: el “celebrar” la Eucaristía debe llevarme a “dar la vida”, como si fuese “alimento”. Es decir, la Eucaristía no es algo que está llamado a “celebrarse”, sino a “**hacerse**”. Dicho de otra forma, en la Eucaristía **yo** dejo de ser el centro para convertirme en pura donación.

Y aquí vamos a hacer un paréntesis importante. El ser humano, ya lo hemos observado, no está programado por instinto alguno, como los animales. Tiene que ir tomando decisiones o se suma a las que toman los que le rodean. Las personales, por supuesto, no están programadas: pero las “sociológicas” tampoco son previsibles. Ahora bien, no es esto lo que más nos importa. Lo más decisivo es la evolución que debe darse en la dinámica de nuestros deseos. En efecto, Freud nos hace caer en la cuenta que el niño nace con esquema de comportamiento muy simple: el **Principio del placer**. El niño sencillamente hace lo que le apetece. Sin embargo, Freud advierte que el adulto debe abandonar este “principio” para sustituirlo por el **Principio de realidad**.

Siendo esto exactísimo, yo quiero darles otro nombre, aunque en el fondo expresen la misma experiencia: el niño se movería en el esquema **Estímulo-Respuesta**, mientras el adulto lo haría en un esquema de **Libertad**.

Y empecemos por el “estímulo-respuesta” del **niño**. Prefiero usar estos términos porque la palabra “estímulo” sugiere algo, que puede estar tanto fuera como dentro de mí. Simplemente significa que dinamiza a una “respuesta”. En esta respuesta, como muy bien

dice Freud, el niño busca un “placer”, pero dicho placer no tiene por qué partir de necesidades internas. Al comienzo sí, pero pronto empiezan lo que llamamos “caprichos”, y éstos están todos suscitados desde fuera. Éstos le provocan una dinámica placentera que exige ser respondida con urgencia. En toda esta dinámica el niño es el **centro** y, para responder, sólo necesita el **presente**, que podíamos representar de la siguiente forma

(pasado) **PRESENTE** (futuro)

ESTÍMULO - RESPUESTA

Es el mismo esquema que tiene el animal, con la diferencia de que los estímulos del animal están “programados” por un instinto, mientras que los del niño tienen que ser controlados por los padres y cuidadores, ¡y durante muchos años! Pero es importante caer en la cuenta que el tiempo que vive el niño es un presente “aislado”. De ahí la urgencia de sus exigencias que no toleran dilación.

Pero pasemos al esquema del **adulto**. En este caso, prefiero hablar de “libertad”. Estoy de acuerdo con el “principio de realidad” de Freud, pero al denominarlo de “libertad”, el acento recae más en la persona. Es decir, tenemos que dar respuesta a “realidad” desde la libertad, si nuestra respuesta pretende ser adulta. Podemos ser “adultos” en años y seguir respondiendo desde el esquema “estímulo-respuesta”. ¡Ni la edad, ni la realidad garantizan que mi respuesta sea desde un esquema de libertad. Cuando Freud habla de Principio de **realidad** es en oposición a Principio del **placer**. Es decir, que lo que decide es la atracción (el placer), no lo objetivo (realidad). Qué duda cabe que el reto es acceder a la realidad, pero de forma **acertada** humanamente. Pues para que esto sea así ha de ser desde la **libertad**. Veamos esto en un esquema paralelo al anterior.

PASADO **PRESENTE** **FUTURO**
(experiencia historia) (proyecto)

LIBERTAD

Es decir, somos personas en la medida en que actuamos desde nuestra libertad, desde lo que **queremos** porque nos ha parecido bien (libertad e inteligencia), no cuando nos dejamos llevar del capricho de turno. Pero ¿cuándo se puede decir que queremos algo de verdad? Cuando ponemos en juego la vida, cuando hacemos lo que **merece la pena**. No hemos accedido a la libertad cuando ésta consiste simplemente en “dejarse llevar por el capricho que más placer da” (**Principio del placer**), sino cuando apostamos con la vida por algo.

La libertad se expresa en la globalidad, no en la parcialidad. Yo puedo dejarme llevar del capricho de turno, pero eso no es libertad pues no pone en juego mi persona, que es “un todo”. Y esto no quiere decir que desaparece la “vectorialidad centrípeta” -sigo siendo un “ser de necesidades”-, sino que estoy convencido de que “no sólo de pan vive el hombre”.

Brevemente voy a explicar lo que quiero decir con una frase célebre del texto de los **Ejercicios Espirituales** de S. Ignacio de Loyola: “*El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima*” (EE 23). Pero expliquemos esto brevemente para entender qué tiene que ver con lo que nos ocupa:

El hombre es criado: nos hemos encontrado con la vida y no estamos programados **para**. Tenemos que dar un “para” a nuestra vida, porque no nacemos programados. (Estamos llamados a decidir lo que queremos, a ser **libres**. Pero no todo lo que el ser humano quiere “merece la pena”, y hay “paras” que dan lástima)

Ignacio va a plantear un **para** que tiene dos miembros estructurados dinámicamente. El primero podemos considerarlo como un éxodo de sí mismo, una negación del propio yo. En efecto, el *alabar, hacer reverencia y servir*, no es a mí mismo sino a *Dios nuestro Señor*, y en Dios a todos los demás. Dicho de otra forma: “no hemos venido a ser servidos, sino a servir”. Pero, ¿qué quieren decir las tres palabras?

- **alabar:** es la gratuidad, el no ir interesadamente por la vida. (¡Lo que nos hunde cuando algún supuesto “amigo” descubrimos que viene a “aprovecharse” de algo!)

- **hacer reverencia:** es el respeto, aquello que posibilita que el otro se sienta libre ante mí. Esto es lo que garantiza que nuestra relación sea “personal” y no “manipulación”

- **servir:** sólo desde el “respeto” podemos “servir”. Si no, manipulamos. (Veremos más detenidamente en qué consiste servir.)

Resumiendo, podríamos decir: el “para” del ser humano que agradecemos tengan los demás es: **abrirse a la gratuidad desde un servicio respetuoso**. Es decir, la persona desinteresada con la que podamos contar sin que nos atosigue.

Pero aquí no termina el **para** que Ignacio nos proponía sino que tiene una segunda parte: la “negación” del propio yo no tiene sentido en sí misma, sino que, **mediante** ella, hay que **salvar su ánima**. Podríamos decir “salvar la vida”, **realizase** (¿Principio de realidad?).

Esto coincide con lo que Jesús dijo: “*Porque, quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la salvará*” (Mt 16, 25). Es decir, la vida la encontramos cuando la ponemos en juego por algo que merezca la pena; pero la perdemos cuando por la inercia del “Principio del placer”, del “estímulo-respuesta”, seguimos siendo el **centro**. Hay que decir que accedemos a la adultez cuando somos capaces de “darnos” gratuitamente.

Esto ha quedado plasmado en un refrán, que como todos ellos, encierran una gran sabiduría: “*Este está siempre mirándose el ombligo*”. Desde luego es estúpido pasarse la vida en tal ejercicio; pero tan estúpido sería si en vez de ser el ombligo fuera “el dedo pequeño del pie derecho”. Pero, aunque la “estupidez” subsistiría, no así el profundo simbolismo del refrán que nos ocupa. En efecto, *todos estamos aquí porque **tenemos ombligo***. Sin embargo, eso tan decisivo -toda nuestra vida pasó por ese conducto- estaba llamado a cortarse y secarse.

Pues bien, lo mismo ocurre en nuestro camino hacia la madurez. Empezamos por ser el centro de nuestra familia: se nos quiso desmesuradamente y, si no hubiese sido así, difícilmente hubiese surgido nuestro **yo** ni hubiésemos experimentado lo que es ser persona. ¡Éramos el centro de nuestra casa, el **ombligo del mundo**, para todos los que nos rodeaban! Pero eso tan irrenunciable, estaba llamado a “cortarse”. Estamos llamados a **dejar de ser el centro**. Esta vida que hemos recibido está llamada a desaparecer, tendremos que dejarla. Como comentábamos en la 2ª, “el único verbo que da sentido a la vida es el verbo *dar*”. La vida que recibimos está llamada a darse, y sólo así daremos vida a nuestro alrededor. ¡Sólo voy a dar vida si pierdo la mía!

Y aquí conviene hacer una observación para volver al sentido de la Eucaristía. Julián Marías, en un libro que titula **Antropología metafísica**, comenta que la persona es un ser vectorial (Alianza Editorial, Madrid, 1983, PP. 86-91). ¿Qué es un vector? Un segmento que tiene un sentido (la flechita). Podemos, pues, tener dos segmentos idénticos y como vectores ser opuestos. Es decir, según Julián Marías, nos define la “vectorialidad”, el sentido, la orientación que demos a nuestras capacidades y riquezas.

Esto, ¿qué tiene que ver con todo lo que llevamos dicho? Que al comienzo de nuestra vida todas nuestras “vectorialidades” apuntan a mí mismo (¡a mi ombligo!), pero que si llego a madurar esa vectorialidad se habrá convertido exactamente en la opuesta. Y estas son las dos únicas vectorialidades que definen la **actitud** humana: en la primera, de hecho, no he descubierto la libertad; en la segunda, sé lo que quiero. Como decíamos antes, cuando sigo en el esquema “estímulo-respuesta”, aún no he descubierto la libertad. El “Principio del placer” sigue dominándome, y no podrá “contarse conmigo”, como ni yo mismo puedo contar.

¿Qué ocurre en la Última Cena? El acto simbólico en el que Jesús nos revela la vectorialidad de su vida. ¡La Pasión, por sí sola no puede revelarnos nada sin la Eucaristía! Al dar su **cuerpo** (persona) como pan y su **sangre** (vida) como bebida, está diciéndonos de la forma más expresiva que el sentido de su vida (su vectorialidad) es darla por nosotros para que vivamos.

Pero no olvidemos que la escena de la Eucaristía termina diciendo: “*haced esto en recuerdo mío*”. Es decir, “celebrar la Eucaristía” es comprometerse a “hacer lo mismo en recuerdo suyo”. Es cambiar mi “vectorialidad” infantil por la que me hace persona adulta, la única capaz de dar vida a mi alrededor: darme como alimento. Es decir, hay cambio de signo en el sentido de nuestros deseos. Si los deseos que satisfacen nuestras necesidades son “centrípetos” (yo soy el centro: necesito comer y lo que como deja de ser lo que era para convertirse en Adolfo Chércoles), la Eucaristía los convierte en “centrífugos”.

Sólo una pregunta antes de dejar el tema de la Eucaristía: **¿Qué verbos hemos aplicado a la Eucaristía?** ‘Oír, o decir, misa’ y, en los últimos tiempos, “celebrar”. Pues ninguno de los tres los usó Jesús, sino el de ‘hacer’. Es decir, es el verbo que nos remite a la **realidad**, entre otras cosas, para transformarla, para **realizarnos** (¿Principio de realidad?). ¿No podríamos decir que todo ser humano, en la medida en que no se entrega, no hace su ‘eucaristía’? Su vida va a carecer de “lazos duraderos” y, en el fondo, de sentido.

Más profundo no puede ser el sentido de la Eucaristía para la vida humana. Veamos cómo Jesús confiesa esta actitud “eucarística” en su vida. En **Jn 10, 17-18**: “*Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre*”. La vida intratrinitaria pasa por esta donación-recuperación de vida desde la libertad.

La afirmación de S. Juan en su Primera Carta de que “Dios es amor” tiene su trasfondo en estos versículos: este Amor que Dios es no se agota en unas relaciones “misteriosas” dentro de la divinidad trascendente, sino que se revela en un Jesús que “da su vida para recobrarla de nuevo”. ¿Acaso no podemos decir que en estos versículos Jesús “nos cuenta” a ese Dios “*que nadie ha visto jamás*”? En efecto, “*el Hijo único, que está en el seno del Padre*, Jesús, *nos lo ha contado*”, pero dando la vida y recobrándola de nuevo. ¿No es esto la Eucaristía?

La vida no la podemos conservar. (¡No somos “cebolletas en vinagre” -que cuanto más tiempo se “conservan” en vinagre, más ricas están-!). Dando la vida es como nos la encontramos, porque *“hay más felicidad en dar que en recibir”* (Hech 20, 35). La vida la encontraremos en la medida en que la demos. Pero nos asusta, porque no nos atrevemos a romper el cordón umbilical. Una cosa es lo que nos *gusta*, y otra lo que nos *libera*. En el primer caso nos mueve la dinámica del “estímulo-respuesta”, en el otro es la “libertad”. En el primero pretendo “conservar la vida”, en el segundo la “recobro”. Y esto no es un problema tanto “antropológico” como “teológico”.

Más aún, en ese “dar la vida” que supone el seguimiento de Jesús encontramos concreciones que pueden sorprendernos. Tal es el caso de S. Pablo en **Rom 9, 1-4**: *“Digo la verdad en Cristo, no miento, -mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo-, siento una gran tristeza y un dolor incesante en el corazón. Pues desearía ser yo mismo anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, los de mi raza según la carne, -los israelitas-...”* Más expresiva no puede ser: nada se reserva. El “por vosotros” de la Eucaristía de Jesús, es llevado al extremo en este deseo de Pablo. Es un descentramiento total, intentar aproximarse al “vaciar” de Flp 2, 6-7.

En este contexto quiero traer una cita de la **Evangelii nuntiandi**, de Pablo VI (el número 69, dedicado a los Religiosos). He aquí el final: *«Gracias a su consagración religiosa ellos son, por excelencia, voluntarios y libres para abandonar todo y lanzarse a anunciar el Evangelio hasta los confines de la tierra. Ellos son emprendedores y su apostolado está frecuentemente marcado por una originalidad y una imaginación que suscita admiración. Son generosos, se les encuentra no raras veces en la vanguardia de la misión y afrontando los más grandes riesgos para su santidad y su propia vida. Sí, en verdad, la Iglesia les debe muchísimo»*

Como vemos, el paralelismo con Pablo es total. ¡Cuántas veces en nombre de la “santidad” nos hemos encerrado en nosotros mismos en una vida “interior” (entre comillas), que no tiene nada que ver con un Jesús que como veremos, no sólo perdió la vida, sino también su “imagen”, terminando como “blasfemo” a los ojos de los “santos”. ¡Cuántas veces convertimos la vida religiosa en guarderías, y cuántas tonterías se han hecho para guardar la ‘santidad’!

Aquí aparece de una manera llamativa la “contradicción” intrínseca de la Iglesia. En este texto la misma Iglesia alienta a la “originalidad y la imaginación” hasta el punto de suscitar “admiración”... Y yo añado: y “avisos” y “reprimendas”. ¡Cuántas veces, en nombre de un Derecho Canónico convertido en “norma suprema”, se ha *“extinguido el Espíritu”* (1 Tes 5, 19)! Y lo que más me preocupa no es que ocurran estas “reprimendas”, sino que **nos paralicen**. Esta paralización es más peligrosa que el “corte” que un **Dicasterio Romano** pueda dar. ¡Donde verdaderamente “extinguimos el Espíritu” es en nuestras “paralizaciones” en nombre de no sé qué fidelidad, cuando la Iglesia misma nos anima hasta a arriesgar la propia santidad con empresas originales...! Más aún, ¿es que la Iglesia no ha avanzado a costa de condenas?

Quizá convenga citar un párrafo de la Constitución apostólica **Sacrae disciplinae leges**, de Juan Pablo II para promulgar el nuevo Derecho Canónico del año 1983: *“Siendo así, aparece bastante claro que el Código no tiene como finalidad, de ningún modo, sustituir la fe, la gracia, los carismas y sobre todo la caridad en la Iglesia o de los fieles cristianos. Al*

contrario, su fin es, más bien, crear un orden tal en la sociedad eclesial que, asignando el primado a la fe, a la gracia y a los carismas, haga más fácil simultáneamente su desarrollo orgánico en la vida, tanto de la sociedad eclesial como también de las personas que pertenecen a ella.” ¡Es más peligroso el miedo a las “censuras” de Roma, que las censuras mismas, pues éste sí que imposibilita que surja el Espíritu!

Todo lo que parece plantear la apuesta eucarística de Jesús del “*haced esto en recuerdo mío*”, ¿tiene que ver con el mundo concreto que nos ha tocado vivir en nuestro Primer Mundo?

Quizá merezca la pena citar el análisis que **Gille Lipovestky** hace de la sociedad actual: “...Es a esa misma disolución del Yo a lo que apunta la nueva ética permisiva y hedonista: el esfuerzo ya no está de moda, todo lo que supone sujeción o disciplina austera se ha desvalorizado en beneficio del culto al deseo y de su realización inmediata, como si se tratase de llevar a sus últimas consecuencias el diagnóstico de Nietzsche sobre la tendencia moderna a favorecer la “debilidad de voluntad”, es decir, la anarquía de los impulsos o tendencias y correlativamente, la pérdida de un centro de gravedad que lo jerarquiza todo [...]. Asociaciones libres, espontaneidad creativa, no-directividad, nuestra cultura de la expresión, pero también nuestra ideología del bienestar estimulan la dispersión en detrimento de la concentración, lo temporal en lugar de lo voluntario, contribuyendo al desmenuzamiento del Yo, a la aniquilación de los sistemas psíquicos organizados y sintéticos. La falta de atención de los alumnos, de la que todos los profesores se quejan hoy, no es más que una de las formas de esa nueva conciencia cool y desenvuelta, muy parecida a la conciencia telespectadora, captada por todo y nada, excitada e indiferente a la vez, sobresaturada de informaciones, conciencia opcional, diseminada, en los antípodas de la conciencia voluntaria, “intra-determinada”. El fin de la voluntad coincide con la era de la indiferencia pura, con la desaparición de los grandes objetivos y grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse: todo y ahora y no ya “per aspera ad astra”. “Disfrutad”, leemos a veces en las pintadas; no hay nada que temer, el sistema se encarga de ello, el Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales según el mismo proyecto de desagregación que ha hecho estallar la socialidad en un conglomerado de moléculas personalizadas.” (G. Lipovetsky, **La era del vacío**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 56-57).

La descripción no puede ser más aguda, al mismo tiempo que nos abre los ojos sobre la “actualidad” de ésta. El *culto al deseo y su realización inmediata* es una regresión a mecanismos infantiles. Seguimos con el esquema **estímulo-respuesta**, regido por el **principio del placer**. Todo esto impide que la persona surja en niveles más evolucionados. Así no se puede saber ni lo que se quiere, pues lo que se produce es un *desmenuzamiento del Yo*. No es posible concebir *grandes empresas por las que la vida merece sacrificarse... todo y ahora... El Yo ha sido ya pulverizado en tendencias parciales*. Pero esto nos imposibilita para la responsabilidad social, el servicio mutuo, imposibilitando la *socialidad*, pues nos hemos convertido en un *conglomerado de moléculas personalizadas*. Todo esto se recogerá en la 7ª.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE EL HAMBRE - DESEO

“No sólo de pan vive el hombre...” La respuesta de Jesús a su primera tentación empieza por reconocer que el hombre necesita pan, y sin él no puede subsistir. Aquellas primeras comunidades cristianas compuestas, como vimos, de personas no precisamente acomodadas, el problema más acuciante que se les presentaba era “el pan de cada día para todos”.

Esto es lo que encontramos recogido en la descripción, un tanto idealizada según parece, de **Hech 4, 34-35**: *“No había entre ellos ningún necesitado, porque todos los que poseían campos o casas las vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían al pie de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad”*. El hambre de aquellos pequeños grupos de creyentes estaba resuelta por ese compartir generoso. La solución del hambre pasaba, irremediabilmente, por un cambio de “vectorialidad” en los deseos de cada creyente: no hay posibilidad de solidaridad si cada cual sigue siendo el centro y no se plantea que para posibilitar vida hay que dar la propia.

Más aún, las necesidades acuciantes de los creyentes *helenistas* que se sentían discriminados frente a los *hebreos*, suscitaron la creación de un nuevo ministerio para poder dar de comer a sus huérfanos y viudas. Veamos cómo nos lo describe **Hech 6, 1-6**: *“Por aquellos días, al multiplicarse los discípulos, hubo quejas de los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la asistencia cotidiana. Los Doce convocaron la asamblea de los discípulos y dijeron: ‘No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, buscad de entre vosotros a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y de sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra’. Pareció la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe...; los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos.”*

Tan llenos de *Espíritu Santo* y de *sabiduría* deben estar los encargados de repartir el pan como los encargados de la *Palabra*. El “no sólo de pan... sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”, no es algo disyuntivo sino “globalizado”, con la conciencia clara de que no pueden dedicarse a la *oración y el ministerio de la Palabra*, sin dejar resuelto el problema de discriminación que había surgido en la comunidad. Es decir, **hay que empezar por el pan** como lo hizo el propio Jesús. “El que otro tenga hambre es mi primer problema espiritual”...

Esta unidad entre **pan** y **fe** va apareciendo continuamente a lo largo de los escritos del NT. **St 2, 15-16**: *“¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: ‘Tengo fe’, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice ‘Idos en paz, calentaos y hartaos’, pero no les dais lo necesario para el sustento diario, ¿de qué les sirve? Así pasa con la fe, si no tiene obras, está muerta”*.

Y al contrario, alguno podrá decir: ‘¿Tú tienes fe?; pues yo tengo obras. Pruébame tu fe sin obras y yo te probaré por las obras mi fe. ¿Tú crees que hay un solo Dios? Haces bien. También los demonios lo creen y tiemblan. ¿Quieres saber tú, insensato, que la fe sin obras es estéril?...’ Más expresivo no puede ser el texto, en polémica directa con S. Pablo, cuyas afirmaciones, no matizadas en muchas ocasiones, han generado simplismos tan lejanos a la frase clave de ésta: *“No sólo de pan vive el hombre (¡pero también, y empezando por él!), sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”*.

El caso más llamativo de esta separación entre **fe** y **obras**, lo encontramos precisamente en una carta de S. Pablo, y nada menos que la celebración de la Eucaristía: **1Cor 11, 17-34**: “Y al dar estas disposiciones, no os alabo, porque vuestras reuniones son más para mal que para bien. Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones y lo creo en parte. Desde luego tiene que haber entre vosotros también disensiones, para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros. Cuando os reunís, pues, en común, eso ya no es comer la Cena del Señor; porque cada uno come primero su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otro se embriaga. ¿No tenéis casas para comer y beber? ¿O es que despreciáis a la Iglesia de Dios y avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Alabaros? ¡En esto no os alabo!

Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío’. Asimismo, también la copa después de cenar diciendo: ‘Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la bebiereis, hacedlo en recuerdo mío’. Pues cada vez que coméis este pan y bebéis esta copa, anunciáis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor.

Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos. Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos castigados. Mas al ser castigados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.

Así pues, hermanos míos, cuando os reunáis para la Cena, esperaos unos a otros. Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, a fin de que no os reunáis para castigo vuestro”.

La cita es larga, pero es especialmente sugerente en nuestro contexto: hay que discernir el Cuerpo. Si, como veremos en la 7ª, la Iglesia es denominada por el propio Pablo en esta misma carta en el capítulo siguiente, *cuerpo de Cristo*. ¿Acaso no es exactísima la conclusión de que este “no discernir el Cuerpo” provoca “enfermos”, “débiles” e incluso “muertes”? ¡El que el otro tenga hambre, con todo lo que ésta trae consigo, es mi primer problema espiritual! La Eucaristía no es algo que simplemente hay que celebrar sino, sobre todo, algo que hay que **hacer**. Si en la carta anterior Pablo nos plantea el problema de ser la unión entre **fe** y **pan**, en la cita siguiente va a plantear la tentación que lleva consigo nuestro deseo, pues “no sólo de pan vive el hombre.” **Flp 3, 17-21**: “Hermanos, sed imitadores míos, y fijaos en los que viven según el modelo que tenéis en nosotros. Porque muchos viven según os dije tantas veces, y ahora os lo repito con lágrimas, como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo final es la perdición, cuyo Dios en el vientre, y cuya gloria está en su vergüenza, que no piensan más que en las cosas de la tierra...”.

¿No nos une este párrafo la problemática de la idolatría que plantea la 1ª con la de ésta? ¿Qué es “pensar sólo en las cosas de la tierra”, sino no haber salido del **estímulo-respuesta**? ¿No es “convertir nuestro vientre en dios” el tener como única dinámica de la vida el “consumo”? ¿Y el “final” de dicha dinámica no es la “perdición” -la **hartura**-?

Pero pasemos a la Primera carta de S. Juan en la que se plantea el problema de cambiar nuestra vectorialidad para coincidir con la de Dios mismo: **1 Jn 3, 16-18**: “En esto hemos conocido lo que es amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad, y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad”.

Habría que decir que la espiritualidad cristiana no tiene una versión “espiritualista”. Es imposible “convertirse a Dios” desde que Dios se ha “hecho carne”. La “espiritualidad cristiana” es pura **imitación-seguimiento de Jesús**. La sorpresa del amor de Dios hacia nosotros no se resuelve en “reciprocidad” sino en “inclusión” en su misma dinámica: si “*él dio su vida por nosotros*”, no supone que ‘nosotros debamos dar la vida por él’, sino en que “*también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos*”. El Cuerpo que se entrega por nosotros (**Iglesia**), debe convertirnos en Cuerpo (**Iglesia**) que también “se entrega por vosotros”. La **Eucaristía** nos hace “**eucarísticos**”.

Pero veamos el mismo planteamiento un poco después: **1 Jn 4, 19-21**: “*Nosotros amemos, porque él nos amó primero. Si alguno dice: ‘Amo a Dios’, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano*”. No hay posibilidad de “reciprocidad con Dios” estricta, de “espiritualismo”.

CONCLUSIÓN

“... porque ellos serán saciados.”

El hambre-sed, el **deseo**, busca saciarse. Esa es su esencia. Más aún, somos, como decíamos al comienzo, “un puñadito de deseos” y no podemos dejar de serlo. Nuestras necesidades más irrenunciables se expresan a través de ellos y han de ser satisfechas para seguir viviendo. Pero constatábamos que todo ese conjunto de necesidades que podía hacernos pensar que nos reducimos a un “ser de necesidades”, nos llevaba a la constatación de la “hartura”, al “pasotismo”.

La clave de este callejón sin salida nos la daba Jesús en su primera tentación: “*no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios*”. Ninguna parcialidad puede dar respuesta a nuestra totalidad, y la totalidad es la que nos constituye personas, siendo la libertad la que pone en juego nuestra persona como globalidad. Pero la **libertad** no es el **estímulo-respuesta**, único esquema de comportamiento de nuestra infancia, y a través del que se siguen expresando, no sólo nuestras necesidades, sino nuestros caprichos. Pues bien, desde nuestra **libertad** podemos cambiar nuestra “vectorialidad”, y eso “creará lazos duraderos”, mientras lo que puede satisfacerse “está llamado a extinguirse en la satisfacción” (Freud). Ahora podemos comprender el alcance de este futuro de la (¡y siempre que la lea va a estar en futuro!). ¿Esto es una tomadura de pelo o tiene algo que decir al ser humano? **¿Qué nos parece?**

Vamos a traer dos citas del **Ev** que pueden abrirnos los ojos en este tema complejo: **Mt 6, 19-21**: “*No os amontonéis tesoros en la tierra, donde hay polilla y herrumbre que corroen, y ladrones que socavan y roban. Amontonaos más bien tesoros en el cielo donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.*”

¿Qué es eso de ‘tesoros en el cielo’? No se trata de ‘bigotes espirituales’, sino de alentar dinanismos que no se consumen, porque no están centrados en uno mismo y no pueden extinguirse en la satisfacción. Lo sugerente está en el término **tesoro**. Un tesoro es algo “desmesurado” que polariza todo mi ser. Por eso “donde esté nuestro tesoro, allí estará nuestro corazón”. Es, pues, de gran importancia preguntarse cuál es nuestro tesoro, para poder

descubrir dónde está polarizado nuestro corazón (¡nuestra persona!). Si es algo “consumible”, nos hartará. Es el momento de hacer una lista de nuestros “tesoros”, igual que la hemos hecho de nuestros ídolos y, posiblemente coincidirán ambas listas.

Pero pasemos a la segunda cita: **Mt 13, 44**: *“El Reino de los Cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo que, al encontrarlo un hombre, vuelve a esconderlo y, por la alegría que le da, va vende todo lo que tiene y compra el campo aquel.”*

Es decir los tesoros que debemos amontonar en el cielo parece que apuntan a este “Reino de los Cielos”. Pero lo interesante es a qué es semejante la dinámica que genera este “tesoro” del Reino. La breve parábola sugiere, por lo pronto, la **sorpresa** de lo inesperado, es decir, está ligado más al don que al esfuerzo. Pero además es tal el hallazgo (lo desmesurado, lo que desborda mis expectativas) que, todo lo que tengo, pierde valor al lado de lo que he encontrado y eso me lleva a “vender **todo** lo que tengo”. Y la señal de que **sobrepasa** todas mis expectativas es que este deshacerme de todo lo que tengo lo llevo a cabo, “lleno de **alegría**”.

Es decir, éstas serían las notas que este tesoro del Reino de los Cielos -que parece ser el único que puede llenar nuestro corazón de lo que ni se apolilla, ni se corroe, ni lo pueden robar-: la **alegría** frente a tristeza; **plenitud**, totalidad, frente a parcialidad que siempre “harta”; **sorpresa**, don, frente a lo previsible; **liberación** gozosa de todo aquello que me daba seguridad porque la pongo que sobrepasa todas mis seguridades. Todo esto apunta a lo único que puede llenar el corazón humano, lo que S. Agustín ya formulaba con la fuerza que lo caracteriza: *“Señor, nuestro corazón está hecho para ti, y no descansa hasta que no lo haga en ti”* **COMPROBAR**.

Pero esto es lo que ya Jesús planteaba al abordar este tema y avisar de esta “tentación”: toda sed o hambre que la persona pueda experimentar apunta al **Yo soy, el que habla contigo** (Jn 4, 26), o **Yo soy el pan de la vida. El que venga a mí, no tendrá hambre, y el que crea en mí, no tendrá nunca sed** (Jn 6, 35), porque como dice S. Pablo: *ni ojo vio, ni oído oyó, ni cabe en el entendimiento humano...* (1 Cor 2, 9)

Es ese “plus” que toda persona echa de menos en sus logros más plenos y que expresaron algunos Salmos con imágenes tan expresivas. He aquí algunos de ellos: **Salmos 23; 37; 42-43; 63**; etc.

POEMA

*Mujer de barro soy:
“Aquí estoy
con las carnes bien puestas
bueno, mis pechos no tanto, ¿verdad?,
pero, ¿a quién tengo que alimentar yo?,
pues estoy bien.
Ah, ¿que estás tú?
Bueno, te estrecho mi mano
pero no la abro del todo,
no sea que me cojas el cuerpo entero;
ya es suficiente que para llegar
tengo que inclinarme hacia tu lado.
Por si acaso me sujeto bien
no sea que perdiera el equilibrio.
No deseo caer.
Caer en la cuenta de que te necesito
que te necesito para vivir
y no sólo existir,
que te necesito para ser
y no sólo estar,
que te necesito para descubrir
que no sólo existe el hambre de pan
que te necesito para descubrir
que puedo tener sed de un agua diferente.
Y aquello me da mucho miedo:
si me pongo a buscar la fuente
y llego a encontrar el agua,
sé que bebiendo, mi barro se deshace...*

Marjolijn

*Con HAMBRE Y SED ardiente
y no sólo de pan...
(el buen Pan necesario
que es justo y hay que dar).
Mil millones de boca
buscando el primer pecho
(falacias del deseo
y el hambre original),
tornan a la cordura
del pobre Cristo abierto,
donando PAN y BESO
en fiesta fraternal.*

*Y Dios como ABSOLUTO
en pobreza real.*

Anunciación Jiménez

Quinta Bienaventuranza

“Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mt 5,7)

Si algo quedó claro en la **Bv** anterior es que la vida “hay que darla”, hay que cambiar la “vectorialidad”, hay que dejar de “mirarse el ombligo” si no queremos terminar “hartos” y sin “sentido” en la vida. Sin embargo queda pendiente un problema: ¿**desde dónde** hay que darla?, o esto da igual ... Esto es lo que va a plantear esta **Bv**.

Por otro lado, después de las anteriores, ésta parece no tener mucha “garra” y no aportar nada nuevo. Frente al bienaventurados los “pobres”, los que “tienen hambre y sed”, los que “lloran”, ésta parece más “tontona”. ¡Este día Jesús no estuvo inspirado! No todos los días está uno en forma...

Más aún, la palabra misericordia tiene connotaciones negativas en nuestra experiencia, no tiene especial “cartel”. En efecto, si la recompensa que plantea es que si soy misericordioso, van a tener misericordia “de mí”, seguramente no me hace mucho gracia. Más de una vez habremos dicho o pensado ‘tú no tienes por qué compadecerte de mí’ y nos ofende percibir esa actitud compasiva de parte de los que nos rodean, a no ser que nuestra situación psicológica dé mucho que desear...

Pero si analizamos la palabra, la cosa se complica, pues vemos que está compuesta de miseria-corazón: tener compasión (corazón) hacia la miseria. Es decir, relaciona miseria y corazón, o dicho de otra forma, el que “tengan misericordia de mí” supone que tengo “miseria”.

Pues bien, si ayer veíamos que la vida tiene sentido en la medida en que la damos, y que la ganamos en la medida en que nos arriesgamos a perderla, sirviendo a los demás; hoy nos vamos a plantear la cuestión del ‘**desde dónde servimos**’, viendo desde dónde Jesús sirvió.

Y para entender mejor el alcance de esta **Bv**, vamos a ver qué significado tiene la palabra Misericordia para un judío, pues Jesús lo era, y en qué contextos sale en el **AT**. Para ello traeremos tres citas, a partir de las cuales posiblemente empecemos a percibir el calado de esta **Bv**.

Ex 22, 21: “*No maltratarás al forastero ni le oprimirás, pues forasteros fuisteis vosotros en el país de Egipto*”. La norma desentona con la mentalidad de Israel que se siente el pueblo elegido, y los demás, los *gentiles*, no les preocupa. Sin embargo aparece desde el principio en su legislación esta preocupación por el *forastero* que vive dentro del pueblo elegido, y la razón es que el propio Israel fue forastero *en el país de Egipto*.

Un poco después, en el mismo Éxodo, se repite la misma norma: **Ex 23, 9:** “*No oprimas al forastero; ya sabéis lo que es ser forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto*”. Es igual que la anterior, pero con otra formulación. En este caso remite a la “experiencia” que Israel tiene de su paso como extranjero por Egipto: “*ya sabéis lo que es ser forastero*”. En una palabra, exige esto porque pueden “hacerse cargo” de lo que es ser “inmigrante”. Es decir, puedo compadecerme, puedo tener *misericordia*, en la medida en que

he experimentado la *miseria*, o dicho al revés, **no puedo tener misericordia si no he experimentado la miseria**. “Si no hubieses sido forastero no entenderías qué sentido lo que te pido”.

Por último, otro texto: **Dt 15, 12-15**: “*Si tu hermano hebreo hombre o mujer, se vende a tí, te servirá durante seis años y al séptimo le dejaras libre. Al dejarle libre no le mandarás con las manos vacías; le harás algún presente de tu ganado menor, de tu era y de tu lagar, le darás según como te haya bendecido Yahvé, tu Dios. Recordarás que tú fuiste esclavo en el país de Egipto y que Yahvé tu Dios, te rescató: por eso, te mando esto hoy*”. Como si dijese, “si no, no te lo podría mandar, no sabrías a qué viene”.

Es decir, para entender qué es ser misericordioso, tengo que haber experimentado la miseria. De no ser así, está de más la palabra, no se me puede pedir que tenga **miseri-cordia**. Hay que pasar por la **miseria** y reconocerla para poder tener **corazón** hacia ella. (La segunda encíclica de Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, parte de este concepto bíblico de misericordia y puede dar luz para esta **Bv**.)

Aclarado el sentido bíblico de misericordia, podemos preguntarnos por el problema que aborda esta **Bv**. Como vamos repitiendo, cada tema que tocan apunta a posibilitar objetivamente la fraternidad. Pues bien, el problema de ésta va a ser la **propia imagen**. En efecto, todos tenemos una imagen de nosotros mismos. Nacemos sin ninguna programación y tenemos que hacernos una idea de lo que queremos ser (Freud lo llamará *Super-yo*). Esta imagen, necesaria, puede ser más o menos personal, en el sentido de haber asumido la que el ambiente que me rodea me impone o haberla elaborado de forma más individual, pero **sin imagen no podemos vivir**. Cuál sea la tentación inherente a este reto lo veremos después.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA PROPIA IMAGEN

Para enmarcar los textos que siguen conviene recordar **Flp 2, 5-11**: “*Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: el cual, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango, y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-nombre”; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble -en el cielo, en la tierra, en el abismo-, y toda lengua proclame: ‘Jesucristo es Señor’, para gloria de Dios Padre.*”

Esta es la presentación que nos hace de Jesús este himno bautismal que Pablo recoge en su carta a los de Filipo. El *despojarse de su rango*, -la *kénosis* griega: el vaciarse- es clave para poder plantearnos esta **Bv** en Jesús. Sólo desde este despojo hasta llegar a ser “*uno de tantos*”, “*un hombre cualquiera*” podemos plantearnos **cómo vivió Jesús la miseria** para poder ser **misericordioso**. ¿Experimentó Jesús la miseria humana? ¿Desde dónde dio su vida? ¿Pudo “hacerse cargo” de nuestra situación? ¿Qué papel jugó la propia imagen en todo esto?

1.- Cómo vivió Jesús la miseria.

Vamos pues, a ver desde dónde sirvió Jesús, y si estuvo bien hacerlo desde donde lo

hizo; o hubiera estado mejor que se “ubicara” de otra forma, que hubiese dado otra “imagen”.

Jesús, ¿se sintió él mismo miserable? Ya hemos visto antes que en la Oración del Huerto llegó a estar ‘por los suelos’. Pero vamos a constatar cómo fue por la vida, o lo que es lo mismo, **desde dónde** quiso vivir, porque todos estamos “situados”, y qué consecuencias tuvo esto.

Y empecemos por recordar una cita que ya vimos en la 1ª **Bv**, **Jn 1, 45-51**: es la escena del encuentro de Natanael con Jesús. Aquel hombre, al que Jesús define como *un israelita de verdad*, comenta al enterarse que el tal Mesías que acababan de encontrar era de Nazaret: “¿De Nazaret puede haber cosa buena?”. Ya comentamos el alcance de esta respuesta: Jesús se crió, de hecho, en un lugar “sospechoso”, y este origen le acompañará a lo largo de la Historia. La respuesta de Felipe ante la extrañeza de Natanael fue: “Ven y lo verás”. Vamos nosotros a hacer lo mismo.

Y empecemos por la primera aparición en público de Jesús. En efecto, según los Sinópticos, Jesús aparece en lo que llamamos su “vida pública”, ‘**haciendo cola**’. Y no una “cola” cualquiera. Veamos lo que nos cuenta Mateo: **Mt 3, 11-17**: Juan está proclamando en el desierto de Judea: “*convertíos, porque el Reino de los Cielos está cerca*”; y a él acudían de todas partes, “y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados”. Juan, por otro lado advierte: “Yo bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí, es más fuerte que yo, y no merezco llevarle las sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y en Fuego...” Las expectativas no pueden ser mayores.

Pues bien en este contexto aparece Jesús en escena: “Entonces aparece Jesús, que viene de Galilea al Jordán donde Juan, para ser bautizado por él”. Es decir “se pone a la cola”. Aquél que tiene alguna influencia, no guarda cola, “se cuela”, “entra por la puerta de atrás”. El que no pinta nada tiene que “pedir la vez”, y “darla” al que llega después. ¡Y esta cola es de pecadores! Es decir, cualquiera podría decir después, “éste me pidió a mí la vez cuando fui a bautizarme”...

Pero el primero que se sorprendió, y con razón, fue Juan, pues era tirarle por tierra todo lo que estaba anunciando: “Pero Juan trataba de impedírselo diciendo: ‘Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tu vienes a mí?’ Respondió Jesús: ‘Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia’. Entonces le dejó.

Bautizado Jesús, salió luego del agua; y en esto se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba en forma de paloma y venía sobre él. Y una voz que venía de los cielos decía: ‘Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco’.

La escena no puede ser más iluminadora, de cara a lo que buscamos. La manera de presentarse en público no puede ser más contraproducente, empezando por el que estaba “abriéndole camino”: “soy yo el que necesita ser bautizado por ti...”. Sin embargo, esta forma “chocante” de empezar su misión es avalada por el *Espíritu de Dios*. En este caso podemos decir, con todas las de la ley, que es una valoración “sobrenatural”: que nos sobrepasa, que nada tiene que ver con nosotros... ¿De verdad? Pasemos a la carta a los Hebreos y encontraremos una apreciación desde “nosotros”.

En efecto, en esta carta se recoge una reflexión de la primera comunidad cristiana sobre Jesús, que parece valorar este ir por la vida desde abajo. Volvamos a recoger el final de una cita a la que acudimos en la 3ª **Bv**: **Heb 2, 17-18**: “Por eso tuvo que asemejarse en todo

a sus hermanos, para ser misericordioso y Sumo Sacerdote fiel en lo que toca a Dios, en orden a expiar los pecados del pueblo. Pues, habiendo sido probado en el sufrimiento, puede ayudar a los que se ven probados”. Es decir, para hacerse cargo de nuestra debilidad, tuvo que asumirla; si no, no hubiese podido tener **misericordia**, como explicamos al principio.

La misma carta, un poco después, expresa mejor lo mismo. **Heb 4, 15-16**: “Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorridos en el tiempo oportuno”. Al santón, al que se las da de “perfecto”, al que todo le ha salido bien, no nos acercamos confiadamente, antes nos sentimos humillados ante él. Pero a Jesús podemos acercarnos porque sabe de humillaciones y de pruebas. Sabemos que Jesús experimentó la tentación, se sintió despreciado (¡un nazareno!), estuvo hundido... Todo esto le posibilita poder ser misericordioso, y saber que vamos a alcanzar *gracia*, y no una “reprimenda”.

Pero en las citas que acabamos de traer se dice una frase que puede de nuevo abrir un abismo entre la experiencia de Jesús y la nuestra: “excepto en el pecado”. Pues bien, vayamos a S. Pablo. En **2 Cor 5, 21** se nos dice: “A quien no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él”. Es decir, Pablo afirma que de alguna manera Jesús experimentó nuestra condición pecadora. Como veremos, de hecho fue tomado por tal y condenado por blasfemo.

Después de todo lo dicho, podemos caer en la cuenta hasta qué punto es verdad que **lo más bajo es lo más universal**; pero ahora hay que añadir algo importante: **y lo más accesible**. Esto es lo que la 5ª **Bv** va a desentrañarnos. Pero volvamos al **Ev** que debe ser la fuente de nuestras búsquedas.

La escena del Bautismo es tan llamativa que difícilmente podemos poner en duda que quiso ponerse a la “cola”. Pero vamos a constatar hasta qué punto esto no fue un acto “simbólico”, a los que somos tan aficionados, sino una postura permanente a lo largo de su vida. En **Mc 10, 17-18** nos encontramos con la siguiente reacción de Jesús frente al saludo del “joven rico”: “Se ponía ya en camino cuando uno corrió a su encuentro y le dijo: ‘Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?’ Jesús le respondió: ‘Nadie es bueno sino solo Dios...’” Es decir, rechaza cualquier calificativo que pueda encumbrarlo; y tampoco era especialmente “honorífico” el apelativo: se aplica a personas sencillas. Pues bien, “bueno” lo remite a *solo Dios*. ¿Qué sentido puede tener esta actitud?

Pasemos a otro texto en el que Jesús expresa la ‘imagen’ que da él mismo y Juan el Bautista a muchos de los que le rodean: **Mt 11, 16-19**: “¿Pero con quién compararé a esta generación? Se parece a los chiquillos que sentados en las plazas, se gritan unos otros diciendo: ‘Os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, os hemos entonado endechas y no os habéis lamentado’. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dijeron: ‘Demonio tiene’. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: ‘Ahí tenéis a un comilón y un bebedor, amigo de publicanos y pecadores’...”

Es, sin más, la constatación de un hecho al que no parece darle gran importancia: la imagen que uno despierta en los demás. Por otro lado, no parece estar dispuesto a cambiar de comportamiento. Sin embargo, es claro que el hombre juzga a los que le rodean según el refrán: “Dime con quién andas y te diré quién eres”. Pues bien, Jesús trató con gente ‘sospechosa’ (¡y ‘no sospechosa’!), y siguió haciéndolo. Pero tenía claro que para llegar a

todos tenía que estar en lo más bajo.

Es interesante comparar esta postura con la nuestra. Nosotros ‘optamos por los pobres’ y los ‘últimos’, pero desde lejos, con ‘mando a distancia’. Jesús anda y convive con ellos, sin preocuparse del ‘escándalo’ o mala fama que las ‘malas compañías’ le puedan dar. Pero veamos qué consecuencias tuvo esta manera de ir por la vida.

En efecto recordemos un pasaje de Lucas muy conocido, pero preguntándonos por qué fue posible. **Lc 7, 36-50**: *“Un fariseo le rogó que comiera con él; y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, tomó un frasco de alabastro con perfumes, y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume.*

Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: ‘Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora’. Jesús le respondió...” El pasaje es superconocido y no hay por qué transcribirlo completo, sobre todo porque lo que nos interesa en este momento preguntarnos es por qué pudo producirse tal escena.

Supongamos que existiese el “túnel del tiempo” y pudiésemos hacernos contemporáneos de Jesús siendo uno de los que le acompañaban. De repente se acerca a nosotros esta mujer, conocida de todos, y nos dice que quiere hablar con Jesús. Nosotros le contestamos que por supuesto, que la recibirá cuando ella quiera. Pero insiste y nos dice: “Ya sé que me recibe; lo que quiero saber es, si es verdad que hoy va a comer en casa de Simón el fariseo, porque allí lo encontraré”. Nuestra reacción espontánea sería: “Pero mujer, ¿estás loca? ¿No ves que lo vas a poner en un aprieto? ¡Así te va por la vida! Es que no tienes dos dedos de frente. ¡Claro que él te recibirá!; pero ¿no ves que aquel sitio es el más inoportuno?” Sin embargo, aquella mujer estaba segura de que no iba a ser rechazada por Jesús en aquel contexto. Ella sabía que tenía libre acceso a Jesús. Y aquí viene nuestra pregunta: **¿Cómo iría Jesús por la vida para ser accesible a TODOS?** Porque a él accedía tanto el fariseo como la prostituta. **¡El lugar más bajo es el más universal!**

Pero imaginémonos la siguiente escena para hacernos una idea de lo que allí ocurrió. Supongamos que el rey organiza una cena al cuerpo diplomático. Van llegando los embajadores con sus mejores galas, y también, como es natural, acude el Nuncio. De repente se presenta una mujer provocativa, se va para el Nuncio y, dándole un abrazo, se lo come a besos llorando y hecha polvo. ¿Cuál sería su reacción? Y los medios de comunicación ¿qué harían? ¡La noticia del día!... Pues eso es lo que pasó allí, y desde estos niveles de **acogida incondicional** aquella mujer podía acercarse y abrirse a la recuperación.

Y aquí no estaría de más preguntarnos por nuestra ‘opción por los pobres’. Decíamos que Jesús no optó por los pobres, sino que **fue pobre**. En este pasaje podemos captar las consecuencias de esta postura. En esta escena tienen acceso a Jesús, tanto el fariseo (el santón) como la prostituta (la proscrita). El problema no es que yo “opte” por los últimos, sino que nos últimos sepan que pueden acceder a mí sin condiciones.

No nos ha pasado alguna vez estar en un contexto ‘digno’ (con gente importante y culta), y acercarse una persona ‘humilde’ (aunque en ese contexto la percibimos como ‘indigna’), ¿cuál ha sido nuestra reacción? Nos hemos apartado con cara de circunstancias, (sonriente, por supuesto) y le hemos dicho en voz baja: ‘Mira, ahora mismo no puedo, ya lo

ves. Mañana ven y te dedico dos horas...” ¿Qué es lo que el otro ha percibido? “Aquí estorbo, he metido la pata. Huelo mal. Le da vergüenza de mí...” El problema de la objetividad nos lo jugamos en la realidad, no en nuestra ‘interioridad’. El problema no está en que nosotros ‘optemos en nuestro corazón por los pobres’, sino que quitemos las barreras que nos distancian. Que los pobres tengan real y fácil acceso a nosotros. Como diremos después, que no haya “escalones”.

Cuantas veces uno ha animado a una persona sencilla a que vaya a visitar a alguien de ‘situación elevada’ y te contesta con la mayor naturalidad: ‘¡Y qué pinto yo allí!’. **Objetivamente** no es posible, aunque **subjektivamente** el otro esté dispuesto a recibirlo. No es lo mismo que yo tenga un nivel u otro para hacerme **accesible**, para que al otro no le dé reparo entrar donde estoy. Si tienen que decir ‘con perdón’ para entrar, ¡mal asunto!; porque entonces tengo que ‘dignarme’ bajar a ellos, y decimos/pensamos: “La suerte que has tenido de dar conmigo”... Pues bien, aquella mujer no tuvo ninguno de estos problemas, y no porque Jesús era muy ‘bueno’ (que lo era, aunque no quería que lo llamasen así), sino porque estaba **abajo**. Sólo desde ahí pudo oír: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”. ¡La ‘buena voluntad’ no posibilita la accesibilidad!

Ayer vimos que la vida hay que darla, y la manera de darla era el servicio, pero el problema del servicio es ¿desde dónde lo hacemos? Parece ser que **desde arriba no podemos servir**. Aquí podemos recordar las numerosas veces que Jesús prohíbe que publiquen el ‘milagro’ que ha hecho. ¿No sería para poder ser **misericordioso** objetivamente?

Hasta aquí hemos visto cómo se situó Jesús en la vida. Ahora, sin embargo vamos a ver el problema en nosotros. Y para ello vamos a acudir a otro pasaje en el que también es protagonista una mujer. **Jn 8, 3-11**: *“Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. Moisés nos manda en la Ley apedrear a estas mujeres. Tú ¿qué dices?’ Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: ‘Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra’. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos; y quedó solo Jesús con la mujer, que estaba delante. Incorporándose Jesús le dijo: ‘Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? Ella le respondió: ‘Nadie, Señor’. Jesús le dijo: ‘Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más’”.*

La escena merece la pena seguirla paso a paso, pues no tiene desperdicio. Por lo pronto, los fariseos tenían un conocimiento de Jesús que ya lo quisiéramos en muchos momentos; sabían que Jesús no iba a apedrearla. De ahí la urgencia que traen: tienen testigos, Moisés claramente ordena que se apedreen a tales mujeres, él no lo va a hacer, con lo cual quedaría oficial y públicamente como transgresor de la Ley... Y es que la manera de comportarse Jesús, no era ambigua, y así como la ramera estaba segura de que Jesús no la rechazaría, también los fariseos sabían que no iba a apedrear a esta adúltera.

Pero imaginémonos la escena. Entre los acusadores y la mujer hay una ‘barrera de seguridad’: ‘nosotros no somos adúlteros’ (y posiblemente no lo fueran). Es decir se sentían en un nivel superior’. Y aquí nos encontramos con las reacciones geniales de Jesús: no sólo no les responde, sino que ni los mira y se pone a escribir en la tierra. Aquello era sencillamente una ‘falta de educación’. Ante la insistencia, Jesús se incorpora y consiente con

la “ejecución”, pero a condición que lo haga el que esté sin pecado. Ya sabemos el desenlace, pero en realidad ¿qué es lo que ocurrió?

El pecado de aquella mujer se convierte en un gran “espejo” en el que cada uno ve reflejada toda su debilidad. La barrera de seguridad desaparece, los acusadores se encuentran al mismo nivel. Confrontados con lo más profundo de su conciencia tienen que ir desfilando “comenzando por los más viejos”. Pero antes del desfile hay que observar un detalle de gran trascendencia: Jesús se pone a escribir de nuevo en tierra. Es decir, no “presencia” el reconocimiento de sus pecados. ¡Jesús nunca restriega el pecado reconocido! Sólo así posibilita la recuperación. Cuando se nos “restriega” nuestro fallo nos sentimos como “justificados” para repetirlo, y lo que podía haber sido una debilidad se convierte en una acción llena de rencor o ensañamiento.

Pero lo trágico de la escena es el desenlace. Jesús les hace caer en la cuenta que están al mismo nivel que la adúltera. Están pisando el mismo “estírcol”. Jesús les posibilita que puedan **sentirse hermanos** de aquella mujer. Les posibilita la reciprocidad, que juntos puedan ayudarse de cara a la recuperación. Pero ninguno soportó esta situación. Este es nuestro problema, no somos capaces de aceptar nuestra miseria delante de los demás. Todos se van retirando “compungidos”, pero quitándose de en medio. Va a ser el problema de la **imagen**.

¿De qué sirvió esta desbandada? De nada. Volveremos sobre el tema, pero parece que nuestros arrepentimientos “interiores” de poco sirven para nuestra recuperación y la de los demás. ¡Cuántas veces estos arrepentimientos consolidan una cínica hipocresía! Es decir, convertimos a Dios en la gran “coartada interior”, que, en muchas ocasiones, a nivel popular se plasmaba en la figura del “beato”. En los tiempos que corremos el cinismo es a cara descubierta, y no sabe uno qué es peor.

En **Mt 9, 9-13** tenemos un pasaje en el que no es el “desplazado” el que se aproxima a Jesús sino que es él quien toma la iniciativa: *“Cuando se iba de allí, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo, sentado en el despacho de impuestos, y le dice: ‘Sígueme’. Él se levantó y le siguió. Y sucedió que estando él a la mesa en casa de Mateo, vinieron muchos publicanos y pecadores, y estaban a la mesa con Jesús y sus discípulos. Al verlo los fariseos decían a los discípulos: ‘¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?’; mas él, al oírlo, dijo: ‘No necesitan médico los que están fuertes sino los que están mal. Id, pues, a aprender qué significa aquello de: Misericordia quiero, que no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores’”*.

La **misericordia**, pues, es ese ‘buscar’ y ‘sanar’, lo perdido y lo enfermo, pero acercándose de tal modo que uno sea confundido con lo que quiere recuperar. Por otro lado esta “recuperación” no es impuesta, sino que tiene que darse la respuesta libre al **sígueme** de Jesús. Al que no responde afirmativamente, no se le impone, como fue el caso del joven rico. La misericordia es desde la debilidad y la implicación.

Ahora podemos entender el alcance de una cita que ya aportamos en otro contexto y que resume lo dicho hasta este momento. **Mt 11, 29**: *“... y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas”* Pero ¿qué es la humildad? Viene de *humus* que en latín quiere decir tierra, suelo. Es estar “abajo”. Decía Sta. Teresa: que la humildad era ‘andar en verdad’, relacionarnos desde lo que somos, pisando el mismo suelo, de hermano a hermano

2.- Qué dijo Jesús sobre la imagen

Si tenemos que aprender de Jesús su “mansedumbre” y su “humildad”, ya hemos visto cómo vivió él ese “andar en verdad”, que consistió en no dejar de pisar el mismo “suelo” que los últimos. Este mantenerse abajo posibilitó “objetivamente” que todos pudiesen acceder a él. ¿Tiene que ser lo mismo en nosotros?

Y vamos a empezar con un texto que, yo diría, dedicado especialmente a los “religiosos”, a todos aquellos que de alguna forma debemos dar una “imagen” de “fidelidad consagrada”. Efectivamente, el texto se dirige a los fariseos, los que oficialmente se consideraban en aquel momento los “justos”, como veremos.

Mt 23, 1-12: *“Entonces Jesús se dirigió a la gente y a sus discípulos y les dijo: ‘En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos. Haced pues y observad todo lo que os digan; pero no imitéis su conducta, porque ellos dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas. “Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres; se hacen bien anchas las filacterias y bien largas las orlas del manto; van buscando los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, que se les salude en las plazas y que la gente los llame ‘Rabbí’.*

Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar ‘Rabbí’, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros todos sois hermanos. Ni llaméis a nadie ‘Padre’ vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre: el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar ‘Directores’, porque uno solo es vuestro Director: el Cristo. El mayor entre vosotros sea vuestro servidor. Pues el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado”.

Lo que más sorprende en el **Ev** es su precisión: ante el hecho de que se han sentado “en la cátedra de Moisés los escribas y fariseos”, no rechaza el hecho, -alguien tiene que estar sentado ahí-; más aún, hay que “hacer y observar” lo que digan -pues transmiten algo que no es suyo-, pero no hay que “imitarlos”, pues “dicen y no hacen” -como el de la viña que dijo que “sí” y luego no fue-.

Pero las acusaciones siguen: la fundamental es que las “cargas pesadas que hacen” no se hacen cargo de ellas, pues las echan a las espaldas de la gente y ellos ni con un dedo ayudan. Siempre es el mismo problema, el no implicarse, “el mando a distancia”. No olvidemos que todo apunta a una fraternidad objetiva, y no hay nada que más la impida que el **no hacerse cargo**. Luego viene la acusación de que todo lo hacen “para ser vistos”, pero eso mañana lo trataremos más despacio. Ahora destaquemos el problema de los desniveles. Tenemos la ‘espiritualidad del taburete’. No sabemos dirigirnos a los demás si no estamos encaramados en algo que nos destaque: un título, una autoridad, una “dignidad”...

Y aquí la precisión en el lenguaje es reveladora, pues va a referirse a tres “funciones” irrenunciables: maestro, padre y director. Estamos rodeados de “maestros”, de “padres” y de “responsables”. Sin embargo, Jesús nos avisa cómo vivir nuestras “diferencias”. Y empezamos por la primera: “maestro”.

No os dejéis llamar Rabbí. No dice que no seas maestro, lo cual hubiese sido una estupidez, pues hemos nacido sin saber nada; todo nos lo han tenido que enseñar, y eso es lo que significa la palabra “maestro”. Lo que nos avisa es que **no nos dejemos llamar maestros**. A mí me pueden llamar una barbaridad, otra cosa es que yo me lo deje llamar. La razón es no

crear “desnivel”.

Y aquí traigo una frase del Bolín, un gitano que coordina una escuela de alfabetización de adultos en Granada desde el año 1984. En un cursillo que tuve que dar en Granada mismo hace muchos años, lo invité para que contara su experiencia y allí formuló la frase que yo considero un “versículo perdido” del Ev y que él se encontró buscando basura. Explicando cómo funcionaba la escuela llevada por gitanos y en la que ninguno tenía ningún título, sino que simplemente sabían leer, dijo: *“Como ninguno somos maestros, todos nos podemos ayudar”*.

En efecto, esta escuela, en los 18 años que lleva funcionando, siempre ha estado llena de alumnos que perseveran hasta el final. El secreto es que “objetivamente” no hay desniveles. Y el desnivel no es cuestión de disposición personal de cercanía, sino que “no nos dejemos llamar maestros”, que desmontemos el “taburete” en que nos suben. Toda ayuda o servicio desde el desnivel, es manipulación, y obstaculiza la reciprocidad. Y si no hay reciprocidad, aquello no es humano, porque no es entre hermanos, desde la igualdad. Y esta es la razón que da Jesús: *y vosotros todos sois hermanos*.

“Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el del cielo”. Estamos en el mismo problema. Claro que todos hemos tenido un padre, sin embargo no debemos crear niveles de dependencia, y todo “padre” está llamado a dejar de serlo en aras de la maduración de sus hijos. Y en este caso no es que “no nos dejemos llamar”, sino que “no llamemos”: que no crearnos dependencias.

Y este es el momento de tocar un problema que desde hace años hemos considerado como un logro lúcido: el **paternalismo**. El descubrimiento de que una “ayuda” desde arriba degrada al que la recibe, que no se puede suplir, porque es infantilizar, es sin duda algo que había que desenmascarar, y de agradecer para muchas de las acciones “caritativas” que la Iglesia llevaba a cabo. Prueba de ello es, por ejemplo, el enfoque que *Caritas* ha dado a sus campañas en los últimos años. Sin embargo, todo “logro” lleva una trampa incorporada. Veamos lo que quiero decir.

Las personas que (años atrás, ahora es otra cosa), hayan tenido la oportunidad de vivir en zonas muy deprimidas percibirían que aquella buena gente salía adelante porque, así como se habla de una ‘economía sumergida’, había entre ellos una ‘solidaridad sumergida’. El compartir desde la carencia era constante, y con toda sencillez se decían: “Hoy por mí, mañana por ti”. ¿Puede haber una solidaridad más modesta, más humana? Pues bien a ninguno que haya presenciado esa realidad se le habrá ocurrido comentar: ‘¡Vivo en un barrio que es un asco! Hay un paternalismo constante. Allí todo el mundo se está ayudando continuamente...’

¿En qué está el paternalismo? ¿En la ayuda o, más bien, en el **desnivel**? Está en que nos constituimos como ‘padres’ cuando lo que somos es **hermanos**, es decir, iguales. Si no queremos hacer paternalismo, bajemos. Que los que nos rodeen tengan datos para decir ‘si este es como yo’. ¡Entonces tendremos la oportunidad de ayudar en reciprocidad, porque hemos eliminado el desnivel! **Se hace paternalismo desde la paternidad**. La única manera de dejar de hacer paternalismo no es cruzarse de brazos (no ayudar), sino dejar de ser padre. Tenemos incorporada la “espiritualidad del taburete”. Necesitamos el desnivel para relacionarnos. Ya veremos en la siguiente **Bv** en qué está la trampa de esta convicción, pero, por el momento, vemos que dicho desnivel imposibilita la ayuda, que ha de ser en reciprocidad (igualdad) para que sea humana.

Y este es el momento de volver a un tema central en el **Ev** y que ya nos ha salido, pero que en este contexto puede percibirse con más profundidad: el **servicio**. “...*porque el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir...*”, se nos recordaba en las **Bvs** anteriores, pero ¿desde dónde hay que hacerlo para que sea tal?

Suponeros que yo sé hacer una sopa que nunca habéis probado y vosotros me pedís por qué no la hago el último día. Quedamos en ello, y cuando dicho día, dos horas antes voy a la cocina para prepararla, alguien me entretiene más de la cuenta, llegando yo a la cocina con apenas media hora de margen para la comida. El tiempo se echa encima y estáis ya sentados en el comedor, mientras a la sopa le falta casi tres cuartos de hora. Decidimos en la cocina sacaros el plato siguiente para dar tiempo; pero os lo coméis, y la sopa sigue sin estar. Por otro lado, alguien ha traído helado por ser el último día, y ya se está derritiendo. En vista de que la sopa no aparece, alguien decide servirse el helado antes de que se derrita, y todos lo imitan. Mientras tanto, yo sigo en la cocina con toda la ilusión del mundo sin saber que ya vais por el helado, y entro en el comedor, lleno de ilusión, con mi cacerola de sopa humeante, dispuesto a que la degustéis. La cara que todos ponéis ya os lo podéis imaginar. Y yo me indigno porque ninguno la prueba, ¡con la ilusión con la que yo la he hecho, y los sudores que me ha costado!...

¡Vamos por la vida con ‘sopas hirvientes’, imponiendo nuestra ‘servicialidad’. Y el servicio no se impone, se ‘presta’. El servicio es algo tremendamente modesto. La frase que el español ha forjado en el lenguaje coloquial para pedir un servicio es ‘échame una mano’ -una, no las dos; y no es que seas manco-. Es decir, el servicio es ‘echar una mano’, no ‘llevar en brazos’. Un servicio-protagonista es contradictorio. Cuántas veces huimos de personas super-serviciales, que agradeceríamos no lo fuesen tanto. El servicio no es generosidad, ni entrega, ni altruismo con mayúscula, sino algo modesto, que brota como respuesta a una necesidad escuchada, que no suscita ni heroicidad ni dependencia: **hoy por ti, mañana por mí**; que cuando lo prestas, tienes que retirarte, porque ni eres padre, ni hijo, ni maestro, ni bueno siquiera ...

Por tanto un servicio es tal cuando es modesto y oportuno: respuesta a una necesidad escuchada. Es decir, un servicio no se puede imponer, porque deja de serlo para la persona que lo recibe. S. Ignacio, con la precisión que caracteriza a sus formulaciones, plantea en dos ocasiones al ejercitante lo siguiente: “en qué se quiere servir Dios de nosotros”, no “en qué debemos servir a Dios” (cfr. EE 5 y 135).

Ha sido la tentación de todo dictador en la Historia. Todos se han hecho llamar ‘servidores de la patria’, y así, probablemente lo vivían en su conciencia. El problema estaba en que no escuchaban, sino que programaban e imponían. Recogiendo lo que ya nos planteaba la 2ª **Bv**, “la única alternativa al poder es el servicio”, hay que añadir: pero este servicio no se puede imponer. Es servicio humano “desde la igualdad”, no desde la desigualdad. Y han de llamarte para ayudar o tu llamarás para que te ayuden, porque el servicio ha de ser mera respuesta, nunca imposición. Y esto nos abre a la tercera ‘función’ que Jesús advierte que debemos ejercer sin dejarnos llamar tal, **sin taburete**.

“*Ni tampoco os dejéis llamar ‘directores’, porque uno sólo es vuestro Director: el Cristo*”. ¡El verdadero prestigio es el que no se exige ni se ostenta! Es curioso a este respecto lo que comenta Mateo al final del llamado Sermón del Monte: “*y sucedió que cuando acabó Jesús estos discursos, la gente quedaba asombrada de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como sus escribas*” (**Mt 7, 28**). En realidad quienes tenían

‘autoridad’ jurídica, oficial, eran los fariseos. ¿En qué consistía esta ‘autoridad’ que Jesús tenía? Recordemos cómo Jesús planteó su Misión: desde dos preguntas que no se hacen desde el desnivel, y que, por tanto, no suplen ni fuerzan, sino que responsabilizan: ¿qué os parece? y ¿si quieréis?

A este respecto no está de más recordar de dónde viene la palabra autoridad: del verbo griego *auxano* y el latino *augere* que quieren decir “hacer crecer”, no anular, ni imponer. Se refiere de este modo a la autoridad por antonomasia, que es la de los padres, llamada a hacer madurar a unos hijos que son pura dependencia al nacer. Y los padres que no suscitan tal maduración han fracasado. Es decir el único “desnivel” justificado y necesario está llamado a desaparecer, a suscitar igualdad y reciprocidad.

Ahora podemos entender el final de la parábola ‘de los dos hijos’ que citamos en la **Introducción**: Jesús dice: “*En verdad os digo que los publicanos y las ramera llegan antes que vosotros al Reino de Dios*”. Es algo que no nos creemos. Pero es un hecho que los publicanos y las ramera se sentían con libre acceso a Jesús, y al revés, Jesús accedía a ellos, pero **desde abajo**. Por eso podían ser “recuperados”. Los que de hecho se sentían los primeros, en el fondo no “necesitaban” recuperación. Pero ¿en qué consiste dicha recuperación?, o mejor dicho ¿a qué apunta?

Ya en la **Introducción** insistimos que cada **Bv** apuntaba a posibilitar objetivamente la fraternidad. Pues bien, veamos cómo es el mismo problema que nos plantea la mal llamada “Parábola del hijo pródigo”. En **Lc 15, 11-32**, Jesús plantea la misericordia del Padre frente a sus dos hijos que lo desconocen cada uno desde una vertiente. El menor porque rompe y su ruptura le lleva a un callejón sin salida: se moría de hambre. Por otro lado su vuelta no puede ser más “interesada”: en lo único que piensa es que en casa de su padre podría comer siendo un siervo más. El encuentro con su padre en cuanto tal lo descarta desde el principio, y tampoco parece importarle gran cosa. En una palabra, en su vuelta no hay arrepentimiento, sino hambre. Sin embargo, el padre lo acoge como a hijo y no le deja terminar el ‘discursito’ cínico que había preparado: “*Padre, pequé contra el cielo y contra ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus siervos*”. En efecto, el abrazo del padre corta la frase, y la fiesta recupera lo que se daba por perdido: ¡ha sido admitido como hijo!

Pero son dos los hijos. Al llegar el otro, enterarse de lo ocurrido y, sobre todo, de la actitud del padre, se siente ‘ofendido’: su “fidelidad” a ultranza parece no haber servido de nada. Mientras él no ha recibido ni un ‘cabrito’, la vuelta del disoluto ha llegado al extremo de matar hasta el ‘ternero cebado’. Como venimos aludiendo, el **Ev** está lleno de *paparazzi*: ¿quién puede excluirse de la ‘foto’? La actitud del hijo mayor ¿no es la que hubiésemos tenido? Nuestra relación con los demás no es recuperadora, sino competitiva y excluyente. Nuestra “justicia” empieza y se acaba en cada uno de nosotros; es incompatible con la “misericordia”. ¡Todos hubiésemos dicho con el hijo mayor que el padre aquel no era justo haciendo lo que había hecho! (¿No dejamos pendiente en la **Bv** anterior el significado de la **justicia** de la que habla Jesús? ¿No se nos advertía en Mt 5, 20 que *si nuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos no entraréis en el Reino de los cielos*?)

¿Fue ‘injusto’ el padre? Su salida en busca del ‘fiel’ porque no quería entrar a la fiesta es el momento trágico de la escena: claramente le dice al padre por qué no quiere entrar: se siente discriminado, él que lo ha cumplido todo, “*y ahora que ha venido ese hijo tuyo...*” ¡No dice **mi hermano**! ¡Es incapaz de llamar a su padre, **padre nuestro**!

La parábola viene a expresar la obsesión del padre por **sus** hijos, ¡por los dos! El problema es que los dos son un desastre, pues tan ‘cabrito’ es uno como otro. Sin embargo, el Padre quiere que se sientan hermanos, sale al encuentro de los dos y quiere que participen de la fiesta... Pero el ‘fiel’ parece querer acaparar una ‘filiación’ que es del otro también. La tragedia del padre es su impotencia ante la negativa de uno de sus hijos de disfrutar en una fiesta por la recuperación de “*este hermano tuyo que estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido hallado*”. ¡No hay posibilidad de encontrarse con este Padre sin sentirse hermano de su otro hijo, que está llamado a la recuperación! La parábola no nos dice si entró. **¿Estamos nosotros dispuestos a entrar?** Posiblemente la parábola tenemos que culminarla nosotros, y parece que sin **misericordia** no es posible.

Pero pasemos a otra parábola, que yo suelo decir que no estamos dispuestos a creérmola, y que nos va a hacer de bisagra entre la 5ª y la 6ª **Bv: Lc 18, 9-14**: “*Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás esta parábola: Dos hombres subieron al templo a orar, uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: ‘¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres -(¡el día en que yo nací nacieron todas las flores!), rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias’. En cambio, el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: ‘¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador’. Os digo que éste bajó a su casa justificado, y aquél no. Porque todo el que se ensalce será humillado; y el que se humille será ensalzado.*”

La parábola nos presenta algo paralelo al desenlace de la anterior, pero vivido en la “conciencia” del ‘fiel’. Parte de dos realidades ni sociológica ni religiosamente reconciliables. Pues bien, ambos *suben al templo a orar*. Ambos pretenden abrirse a Dios. Pero uno se siente “justo” y el otro pecador. La experiencia del ‘fiel’ es envidiable. ¡Cuántas veces no habremos soñado, desde la ‘espiritualidad’ que se nos ha inculcado, poder tener ante Dios una postura como la del fariseo! A esta ‘conciencia’ de fidelidad *-se tenían por justos-* añade el **Ev** algo que es decisivo en lo que vamos viendo: **y despreciaban a los demás**.

En efecto, como antes aludíamos, la espiritualidad del fariseo es la espiritualidad del ‘taburete’: la apertura a Dios parece exigir una ‘elevación’ sobre los demás que ‘asegure’ su acogida. Sin embargo *baja justificado* el que se confesaba *pecador* (¡en presente!, no ‘que he sido pecador, pero ya no lo soy’). El que reconoce y confiesa su pecado, nunca discriminará a otro. Pues bien, éste es el que *baja justificado*. ¿Qué quiere decir esto? En la próxima **Bv** veremos su sentido profundo. Pero por lo pronto queda claro que no hay posibilidad de acceso a Dios, por mucho que en nuestro *interior* así lo sintamos, si existe una ruptura, aunque sea implícita (el *despreciaban a los demás*, que encabeza la parábola, no parecía manifestarse externamente, pues en la oración en el templo es *en su interior* donde aparece este ‘desprecio’). La ruptura con Dios parece medirse por la ruptura con el hermano, no por el ‘pecado’. Pero esto aparecerá en toda su profundidad en la segunda parte.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD ESTA BIENAVENTURANZA Y EL PROPIO PECADO

En efecto, el propio pecado es la ‘misericordia’ por excelencia para el creyente. Hemos visto cómo Jesús lo tomaron por pecador (*comilón, borracho, y morirá como blasfemo*). Más

aún, S. Pablo nos dice que *Dios le hizo pecado...* (2 Cor 5, 21). Por otro lado, todos los encuentros con Jesús que hemos recogido en la primera parte se daban desde el pecado, y en la última parábola que hemos citado, el que se reconocía ‘pecador’, ¡en presente!, ese era acogido por Dios. ¿Entendió esto la Primera Comunidad Cristiana o lo vivió de otra forma?

Vamos a centrarnos en dos personajes claves del Ev: Pedro y Judas. Ambos ‘pecan’ contra Jesús, rompen con la predilección que él les había manifestado. El desenlace, sin embargo, no puede ser más opuesto. ¿Qué pasó? Veamos primero el pecado de ambos, para analizar después su dispar desenlace.

Pedro ha ido de ‘chulo’ por la vida, y la última chulada la tiene unas horas antes de sus negaciones. En efecto, Mateo nos cuenta cómo Jesús al final de la Última Cena les advierte de lo que va a ocurrir aquella noche. **Mt 26, 31-35:** “...Entonces les dice Jesús: ‘Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Mas después de mi resurrección, iré delante de vosotros a Galilea’. Pedro intervino y le dijo: ‘Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré’. Jesús le dijo: ‘Yo te aseguro: esta misma noche, antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces’. Dícele Pedro: ‘Aunque tenga que morir contigo, yo no te negaré’. Y lo mismo dijeron también los otros discípulos.”

Ante el anuncio de Jesús que afecta a todos, Pedro se desmarca. ...*aunque todos...yo...* La actitud no debió sentar nada bien a los demás, la prueba es que el evangelista observa que al final “*lo mismo dijeron también los otros*”. Ya en el huerto, después de haber echado un buen sueño mientras Jesús estaba “por los suelos”, se espabila por el alboroto de los que acompañan a Judas y, como va de bravucón, le corta la oreja al guardia. Jesús, sin embargo, restituye el ‘trofeo’ que Pedro con tanto arrojo había ‘cortado’: “*Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que empuñen espada a espada perecerán...*” Después de las palabras de Jesús, Mateo añade: “*Entonces los discípulos le abandonaron todos y huyeron*”.

Sin embargo, a pesar de esta desbandada, es indudable que Pedro quiere a Jesús, y en medio de este desconcierto reacciona y se cuela en el patio, al parecer ‘recomendado’ por el “discípulo amado” que era *conocido del Sumo Sacerdote* (Jn 18,26). Allí se van a venir abajo todas sus bravuconadas.

Mt 26, 69-75: “Pedro, entretanto, estaba sentado fuera en el patio; y una criada se acercó a él y le dijo: ‘También tú estabas con Jesús el Galileo’. Pero él lo negó delante de todos: ‘No sé qué dices’. Cuando salía al portal, le vio otra criada y dijo a los que estaban allí: ‘Éste estaba con Jesús el Nazareno’. Y de nuevo lo negó con juramento: ‘Yo no conozco a este hombre’. Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro: ‘¡Ciertamente, tu también eres de ellos pues además tu misma habla te descubre!’ Entonces él se puso a echar imprecaciones y a jurar: ‘¡Yo no conozco a ese hombre!’ Inmediatamente cantó un gallo. Y Pedro se acordó de aquello que le había dicho Jesús: ‘Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces’. Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.”

La escena es trágica por el trasfondo, pero desde fuera es “cómica”: los comentarios que van surgiendo en torno al fuego no tienen nada de agresivos, y menos aún de peligro; sin embargo, el miedo se apodera de aquel hombre que horas antes ha declarado públicamente su compromiso heroico con el amigo al que está negando una vez tras otra ante pobres mujeres que tan solo hacen comentarios. Pero ya no tenía público, la escena del huerto con su espada desenvainada el propio Jesús la abortó. El miedo se convierte en pánico y tiene que recurrir al

juramento... y cantó el gallo.

Es el momento más penoso de la escena. El “gallo” debía haber sido el revulsivo para reaccionar ante lo que estaba ocurriendo. Al recordar el aviso de Jesús, podía haber reaccionado ante aquel grupo de personas que sin más lo ligaban al hombre que estaban juzgando. Pero no pudo... y tuvo que salir. Mateo comenta que *rompió a llorar amargamente*.

Hasta aquí el pecado de Pedro. Vamos a recordar la “traición” de Judas. Judas vende a Jesús. Pero ¿a quién? Al poder religioso. Las circunstancias, con gran verosimilitud podemos imaginárnoslas de la siguiente forma: al parecer le gustaba el dinero y, según Juan *sustraía de la bolsa* (Jn 12, 6). Al enterarse que ofrecían recompensa al que lo entregase, pudo muy bien hacerse este razonamiento: ‘Yo se lo entrego a estos que nada pueden con él, pues en todos los enfrentamientos que ha tenido con ellos, Jesús les daba cien vueltas, y yo me embolso las 30 monedas’.

Viene después la escena del beso en el Huerto, con la exclamación de Jesús: “¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!”, y desaparece. Sin embargo hay que seguir sus pasos hasta el día siguiente para entender la tragedia de su traición. **Mt 27, 1-5**: “*Llegada la mañana, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. Y después de haberle atado, le llevaron y le entregaron al procurador Pilato. Entonces, Judas, el que le entregó, viendo que había sido condenado, fue acosado por el remordimiento y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y los ancianos, ‘diciendo: ‘Pequé entregando sangre inocente’. Ellos dijeron: ‘A nosotros, ¿qué? Allí tu’. Entonces, él tiró las monedas en el Santuario, se retiró, fue y se ahorcó.*” Se ‘arrepiente’, ‘restituye’, ‘se confiesa’, cumple todos los ‘requisitos’ que aprendimos para una ‘buena confesión’, pero... ¿se ahorca! ¿Qué ha pasado?

Pedro, al constatar su cobardía, *llora amargamente*. Ya veremos lo que ocurre después. Judas, posiblemente lloró, pero el desenlace no puede ser más trágico. ¿Qué ocurrió en su caso? Por lo pronto, Judas, como dijimos, vendió Jesús al ‘poder religioso’, que no podía condenarlo a muerte (cfr. Jn 18, 31). Por tanto su ‘condena’ no podía tener ninguna consecuencia, y conociendo a Jesús, ni siquiera ésta llegaría a darse, pues en todos los enfrentamientos que habían tenido con ellos, siempre los había callado. Pero ahora ve que pasa al poder civil, y ése sí puede condenarle. Por otro lado sabe que los romanos no quieren complicaciones “religiosas” y con tal de tenerlos contentos pueden acceder a lo que le pidan. Por eso Mateo dice **entonces** antes de aludir al ‘arrepentimiento’ de Judas. Hasta ese momento, su traición podía pasar como una ‘jugada’ al Sanedrín, un ‘timo’, porque a Jesús nada le iba a pasar. Pero al pasar a Pilato, la cosa podía tener consecuencias trágicas. Es en ese momento cuando se desencadena su reacción de arrepentimiento que va a terminar en el suicidio. ¿Por qué?

Y aquí vamos a acudir una vez más a Freud. Sus observaciones en torno al **sentimiento de culpabilidad** van a darnos luz para profundizar en la experiencia de Judas. Freud dice que la culpabilidad es una experiencia psicológica muy peligrosa. Y la razón es la siguiente: la estructura de la persona está compuesta por el **Yo**, dimensión responsable de la persona: el **Super-yo**, la instancia constituida por el ‘ideal del Yo’. (El ser humano no nace programado por un instinto y tiene que buscarse un ‘marco de referencia’, constituido en gran parte por la sociedad (la **cultura**) aunque personalmente tendrá que aportar opciones importantes). Por último está el **Ello**, sede de todos los impulsos, que difícilmente controla.

Pues bien, cuando el **Yo** falla, el **Super-yo** lo castiga, porque no ha respondido a su Ideal. Es el problema de la **Imagen**. Este fracaso puede ser tal que la persona “siente una necesidad imperiosa de ser castigado”, usando una expresión del mismo Freud, y al “ser castigado” su Yo experimenta alivio. Esta experiencia la constatamos en expresiones como: “¡Con lo que yo era, y lo bajo que he caído! ¡No me merezco nada!...”. Es decir, lo que me hunde es **mi imagen rota**. No me duele lo que ha ocurrido, el mal que he hecho, sino mi “fama”. Si ésta no ha quedado “herida”, no me hunde tanto... Freud pone ejemplos crueles en los que no tenemos más remedio que reconocer que actuamos así.

La secuencia de lo que ocurrió con Judas parece escenificar lo que Freud nos ha descrito: se viene abajo al ver el alcance de lo que ha hecho y es *acosado por el remordimiento*. Esto le lleva a confesar su delito ante las autoridades religiosas que apenas le atienden: *A nosotros, ¿qué? Allí tú*. Es decir, si llegan a “castigarle”, no se ahorca. Pero su Yo no soporta el reproche de su Super-yo: **¡Qué es lo que he hecho!**, y se autocastiga ahorcándose. Entenderemos mejor el desenlace cuando veamos cómo vivió su **pecado** Pedro. A Judas le duele su imagen rota y necesita el castigo para aliviar su culpa. Si lo hubieran castigado, Judas no se hubiese ahorcado, pero como no lo hicieron, él mismo se quitó la vida.

Esta experiencia de la **culpabilidad** es un fenómeno puramente psicológico que, como hemos podido comprobar en Judas, es tremendamente peligroso, porque no da posibilidad a ninguna **recuperación**. Es pura negatividad. Habría que decir que la culpabilidad es la **tentación** de esta **Bv**. Necesitamos un Super-yo, que va a proporcionarnos una **imagen**. Pero ésta, que sintetiza lo que queremos ser, puede jugarlos serias coartadas. Más aún, ¡cuántas veces nuestra experiencia de ‘pecado’ es una experiencia psicológica de auto-destrucción por la culpa! ¿Tiene esta trampa de nuestro psiquismo salida?

Y aquí tenemos que volver a Pedro que salió llorando de casa del Sumo Sacerdote. Lo primero que debemos preguntarnos es dónde fue. El **Ev**, ciertamente, no nos dice nada. Sin embargo sí nos lo localiza el primer día de la Semana con los demás compañeros. Cuando aquella mañana, María Magdalena acude corriendo en busca de Simón Pedro y del otro discípulo a quien Jesús quería, y en la aparición a los discípulos, tanto de Lucas como de Juan, se habla de todos los discípulos a excepción de Tomás. Es decir, se fue, llorando, donde estaban los demás discípulos. Por otro lado, la escena de las negaciones es de las más detalladas en los cuatro **Evs**. Esto quiere decir que fue él quien personalmente contó lo ocurrido. Una contemplación importante este día es imaginar a Pedro, llorando ante los compañeros y contándoles lo que había ocurrido.

Pero antes de seguir tenemos que preguntarnos por el hecho de ir al encuentro de los compañeros y sincerarse con ellos. Y lo primero que nos choca, al comparar su reacción con la de Judas, es que **su imagen** no le importó nada. Más aún, la escena quedará para siempre recogida en los **Evs**. Es decir, la **culpabilidad** no le dominó en ningún momento. ¿Qué es lo que le dolía? **Jesús**. En ningún momento, su ‘vergonzoso fracaso’ tiene el menor protagonismo encerrándolo en un Yo anulado: la carrera al sepulcro el primer día de la Semana con el otro discípulo, lo atestigua. Es decir, la constatación de sus “negaciones” le enfrenta con su realidad, y no se empeña en refugiarse en su imagen (lo que creía que era, lo que debería ser). En una palabra, el pecado le posibilita **encontrarse con su verdad**, consigo mismo.

Esta ausencia de culpabilidad va a posibilitar algo muy importante: **no se aisló en su fracaso autodestruyéndose**, lo cual le posibilitó acudir angustiado a los amigos. Y ¿cómo

vivió esta confesión el grupo? Por lo pronto, ninguno podía jactarse de una actitud heroica en todo lo ocurrido. Y aquí conviene que nos remitamos a nuestra experiencia personal: cuando alguien se nos abre a fondo **desde su debilidad**, lo que suscita en nosotros no es precisamente desprecio, sino cercanía y cariño. Nos llega más hondo que ningún otro tipo de comunicación. Es decir, todo el malestar y rechazo que suscitaría su postura despectiva horas antes en la cena *-aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré-*, se convertiría en acogida.

Nos encontramos en la debilidad, competimos en la diferencia. La debilidad compartida y **confesada** nos une como nada. Con nuestras “hazañas” cacareadas hacemos “olimpiadas”. Está contándome el otro un “milagrito”, y estoy yo pensando ‘¿Cuál le cuento yo?’. Sin embargo, me confiesa una debilidad y me ‘hago cargo’ desde la mía. Y si no, ¿con quién nos atrevemos a compartir lo que más nos humilla? Con el amigo incondicional. Entonces accedemos a la realidad pues todos estamos pisando el mismo ‘estírcol’. Y el que esta experiencia no sea corriente no quiere decir que nos sea profundamente humana, e inteligible para cualquiera. **El Ev saca a flote lo más humano que llevamos dentro.** ¡A ver si esto del Evangelio es verdad! Nos irritamos cuando alguien ‘va de enterado’ por la vida... y nos abajamos cuando el otro reconoce su fallo, pudiendo tener **misericordia**, porque lo acogemos desde abajo.

Esta experiencia nos autoriza a imaginar la vuelta de Pedro con sus amigos, un momento cumbre en la comunidad naciente. En ese momento Pedro es acogido desde abajo. Las otras experiencias “comunitarias” habían tenido bastante que desear: las elucubraciones sobre *quién parecía ser el mayor* que aparecen en distintos momentos, siendo el más llamativo el de la última Cena (Lc 22, 24-27). Ahora Pedro está preparado para *confirmar en la fe* a los hermanos: “Y tú, **cuando hayas vuelto**, *confirma a tus hermanos*” (Lc 22, 32). ¿Acaso no es este el momento de “su vuelta”? En efecto, aquí es donde **se encuentra con sus hermanos**: desde la igualdad, porque la debilidad es lo que nos iguala y nos hace misericordiosos.

Y aquí conviene hacer un paréntesis para preguntarnos por el Sacramento de la Reconciliación. Todas las críticas que su práctica ha suscitado, llegando en muchos casos a reducirse a un “ejercicio interior” que cada uno ha de realizar “a solas con Dios”, lo despojan de su profundidad antropológica. Qué duda cabe que ha habido exageraciones y barbaridades a la hora de reglamentar la forma de llevar a cabo la confesión *oral*, con interrogatorios vergonzosos que han podido dar pie a publicaciones que después denigramos. Pero esto no justifica que le demos “carpetazo”. Ya vimos que de nada sirvió a los que rodeaban a la Adúltera el salir desfilando uno tras otro, *comenzando por los más viejos*. ¡Todo siguió igual! Sin embargo, en el muro de las lamentaciones recuperarían una “paz interior” que no cambió nada. Si se hubiesen quedado, confesando sus pecados, se hubiesen podido sentir hermanos de aquella mujer, y juntos iniciar la recuperación.

Habrà que plantearse cómo llevar a cabo la confesión oral, pero sin ésta no hay posibilidad de encuentro con los otros. Nos encontramos con los otros desde la **debilidad** **confesada**, no simplemente “reconocida en mi conciencia”. Esto desemboca en el “fariseísmo”: *decir y no hacer, atar cargas pesadas y no quererlas mover ni con un dedo, hacer sus obras para ser vistos* (imagen),... La verbalización del propio pecado le da realidad, tanto para uno mismo como para los demás, y se plantea la necesidad de conversión. Con el arrepentimiento “interior” que no sale de la propia conciencia, lo único que he sacado adelante es **mi imagen**. Habrá que plantearse una manera correcta de la confesión oral, pero que nunca gire su búsqueda en torno a la propia imagen.

La figura del “beato” en los niveles populares (años atrás, porque hoy no saben ni a qué se refiere el vocablo) expresaba perfectamente esta religiosidad “interior”, que mañana nos desenmascarará la 6ª Bv. ¿De qué sirve que uno se arrepienta en su corazón o incluso lo confiese privadamente, si no puede ser acogido por la comunidad desde la debilidad compartida, para abrirse juntos a la recuperación? Seguramente las “penitencias públicas” apuntaban a algo tan importante como lo que estamos planteando, aunque su dureza y truculencia, posiblemente posibilitaron que “se tirase el niño con el agua sucia”. ¿De qué sirve a un matrimonio “cristiano”, cuando uno de ellos hace lo que sabe que le molesta al otro(a), se arrepiente, se confiesa ‘por su lado’ y no lo comparte con su pareja? De nada. Tiene que haber un reconocimiento expreso y un intercambio real desde la debilidad.

En este momento conviene aludir al problema de la auto-estima. La abundante literatura sobre el tema puede haber distorsionado el verdadero alcance del concepto: la experiencia de que tenemos un Yo, que somos personas. Esta experiencia es el gran logro de nuestra infancia. El cariño “obsesivo” de nuestros padres la posibilitó. Pero esto ha de estar resuelto, más o menos, a los cinco años. De no estarlo, la cosa no se resuelve exacerbando el narcisismo hasta el punto de no soportar la propia incongruencia, o lo que es lo mismo, no soportar la **realidad**. Es decir, a base de “lametones” propios y ajenos no se soluciona, ni por mirarme al espejo y quedarme extasiado. La verdadera autoestima es la que soporta la propia verdad, si no se convierte en un autoengaño y en un suplicio para los que le rodean.

Pero la experiencia de su pecado no sólo le posibilita **encontrarse con su verdad y con sus hermanos**, sino también, y principalmente, **con Jesús**. Por el Ev nos consta que se le apareció a él personalmente (Lc 24, 34), pero la escena que nos interesa en este momento es la que describe su aparición a orillas del lago, y especialmente el diálogo de Jesús con Pedro delante de los compañeros. **Jn 21, 15-17**: *“Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: ‘Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?’ Le dice él: ‘Sí Señor, tú sabes que te quiero.’ Le dice Jesús: ‘Apacienta mis corderos.’ Vuelve a decirle por segunda vez: ‘Simón de Juan, ¿me amas?’ Le dice él: ‘Sí, Señor, tú sabes que te quiero.’ Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas.’ Le dice por tercera vez: ‘Simón de Juan, ¿me quieres?’ Se entristeció Pedro de que le preguntase por tercera vez: ‘¿Me quieres?’ y le dijo: ‘Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero.’ Le dice Jesús: ‘Apacienta mis ovejas...’*

Este es el momento en que el Pedro real se encuentra con el Jesús real. ¡Cuántas veces, a lo largo del Ev, o bien era un Pedro “idealizado” por él mismo (Mt 26, 33-35), o con un Jesús “imaginado” por Pedro (Mt 16, 22-23). Este es el momento de la realidad. **Las negaciones entran a formar parte del seguimiento de Pedro a Jesús**. Si quitamos las negaciones de la vida de Pedro, nos quedamos, no sólo sin Pedro, sino que él se queda sin Jesús. Y aquí conviene que resaltemos algún aspecto importante.

No he encontrado a nadie que, ante las “negaciones” de Pedro haya hecho este razonamiento: “¡Con la ‘carrera’ que llevaba este hombre, el ‘patinazo’ que pegó al final!” En efecto, en cualquier otra relación humana, un derrumbamiento tan “vergonzoso” en la relación de confianza entre dos personas, tiene consecuencias irreversibles. La constatación humana es que una traición en la amistad es tan irreparable como un “espejo roto”. ¿Qué habremos palpado en Jesús que ni siquiera se nos ha pasado por la mente esta experiencia universal? Jesús nos hace palpar con algo indiscutible, lo que en nuestras coordenadas es impensable. La profecía de Oseas de la reacción de Yahvé ante la infidelidad de su pueblo, se convierte en constatación en Jesús. **Os 11, 7-9**: *“Mi pueblo está enfermo por su*

infidelidad;... ¿Cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel?... Mi corazón se me revuelve dentro a la vez que mis entrañas se estremecen. No ejecutaré el ardor de mi cólera, no volveré a destruir a Efraím, porque soy Dios, no hombre; en medio de ti yo el Santo, y no me gusta destruir.” Yahvé es el Dios de la recuperación, y en la experiencia de Pedro era imprescindible que esta realidad se verificase para que pudiese *apacentar sus corderos y sus ovejas*.

Otro aspecto importante a resaltar es el momento en el que Jesús le pregunta por **su amistad**. Si lo hubiese hecho antes de las negaciones, la respuesta de Pedro hubiera girado en torno a su seguridad en sí mismo. Después de la constatación de ‘su verdad’, no de ‘su ideal’, su amor lo apoya **en Jesús**, no en sí mismo. Lo sorprendente de la escena de Pedro es que se desliga el amor del logro y la ‘autenticidad’. El hecho de ser débil hasta el punto de la traición, no quita que exista un cariño verdadero que está llamado a ser, en todo momento, el punto de partida de una relación mucho más profunda y agradecida, en la que uno deja de ser protagonista para centrarse en la otra persona.

La respuesta de Pedro en esta escena es el descentramiento total, para dejarse dinamizar sólo por una dinámica: la del **amor**, “*que es paciente, es servicial... no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa, no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta*”. (1 Cor 13, 4-7)

He destacado con negrita las palabras que expresan con más fuerza la ausencia de protagonismo, que es el que verdaderamente imposibilita el amor que acaba de describirnos Pablo, pues “*aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, nada me aprovecha*” (1 Cor 13, 3). En efecto, en estas dos acciones puedo ser yo el centro, el gran protagonista, y en ese caso *de nada me aprovecha*. Es el propio engrandecimiento lo que se busca, la **propia imagen**. El centrarnos en ella, no sólo nos impide abrirnos a los demás con gratuidad, sino que puede anularnos, e incluso destruirnos. El no salir del propio subjetivismo nos asfixia.

En efecto, la **culpabilidad** se mueve en niveles puramente subjetivos (la propia **imagen** es lo más subjetivo que nuestro Yo construye); el **amor**, al que Pablo nos remite, se mueve en niveles objetivos, que no idealizan la realidad (ni la propia, ni la ajena). Pero este amor lo encuentra Pedro en un Dios -**Jesús**- que apuesta por la recuperación, no en un Dios que culpabiliza. **Dios no es Super-yo**.

En una palabra, la vivencia de Pedro de sus negaciones no tiene nada que ver con la autodestrucción que provoca la culpabilidad. El pecado en Pedro no es **ruptura**, sino una oportunidad de encuentro, de un **triple encuentro**. En efecto, en las negaciones, Pedro se encuentra:

- **consigo mismo**, con su verdad: él se creía por encima de los demás, pero era uno de tantos;
- **con los hermanos**, que lo acogen desde su debilidad reconocida y confesada;
- **y con Jesús**, que es el único que sabe que lo quiere (en la próxima veremos hasta qué punto esto es así).

La experiencia cristiana, no psicológica, del pecado es la de Pedro, no la de Judas. El pecado, la propia debilidad, está llamada a vivirse desde niveles objetivos y no los subjetivos, los cuales sólo tienen la salida de la culpabilidad. Jesús plasmó en la experiencia de Pedro

algo que lo convertiría en la “piedra” sobre la que edificaría su Iglesia.

Esta dimensión “ejemplar” del pecado de Pedro, se va a dar también en el pecado de Pablo. En efecto así se nos describe en la primera carta a Timoteo: **1 Tim 1, 12-17**: *“Doy gracias a aquel que me revistió de fortaleza, a Cristo Jesús, Señor nuestro, que me consideró digno de confianza al colocarme en el ministerio, a mí, que antes fui un blasfemo y un perseguidor insolente. Pero encontré misericordia **porque obré por ignorancia en mi infidelidad**. Y la gracia de nuestro Señor sobreabundó en mí, juntamente con la fe y la caridad en Cristo Jesús. Es cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo. Y si hallé misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él para obtener vida eterna...”* (Lo destacado en negrita lo recogeremos en la **Conclusión**)

Es decir, la experiencia de Pablo tiene como la de Pedro un carácter **ejemplar**, de cara a que *si hallé misericordia fue para que en mí primeramente manifestase toda paciencia...* Si eludimos nuestra “miseria”, difícilmente vamos a experimentar la misericordia ni podremos ser misericordiosos. Estaremos tan identificados con el ideal de nuestro Yo, con nuestra **imagen**, que seremos irrecuperables y sucumbiremos con ella, porque ella nos ha imposibilitado encontrarnos con nosotros mismos, con los hermanos y con Dios.

Es esta misma idea, o sea, que tenemos que acceder a nuestra miseria para poder “ser recuperados” por Dios (“*obtener misericordia*”) la que Pablo plasmó en **Rom 11, 30-32**: *“En efecto, así como vosotros fuisteis en otro tiempo rebeldes contra Dios, mas al presente habéis conseguido misericordia a causa de su rebeldía, así también, ellos al presente se han rebelado con ocasión de la misericordia otorgada a vosotros, a fin de que también ellos consigan ahora misericordia. Pues Dios encerró a todos los hombres en la rebeldía, para usar con todos ellos de misericordia...”*

... y poder así posibilitar la fraternidad entre todos”, podríamos nosotros concluir. Pero nosotros preferimos salirnos del pecado, “tenernos por justos”. Y así es imposible que nos encontremos ni con nuestra verdad, ni con los últimos, ni con Dios, porque nos hemos convertido en dioses.

CONCLUSIÓN

“... porque ellos alcanzarán misericordia”.

En efecto, ¿qué misericordia podemos alcanzar si no queremos asumir y confesar con los demás la propia miseria? Sin embargo, esto quedaría un tanto simplificado y, en cierto sentido, podría convertirse en algo peligroso, si nos llevase a una concepción de un Dios “bonachón” que todo lo cuela, y en el que tenemos un “seguro” para nuestros cinismos. Es un Dios misericordioso, que en Jesús se hace cargo de nuestras debilidades, porque “fue probado en todo”. Pero este hacerse cargo es de cara a la **recuperación**.

Ahora bien, sigue en pie un problema: ¿es que “disculpa” el pecado? ¿Deja de tener seriedad el pecado? ¿La misericordia de Dios deja sin alcance a la justicia?

Cuando citamos el texto de 1 Tim 1, 12-17, destacamos una frase clave para entender todo el calado de esta **Bv**. En efecto, allí S. Pablo decía que había obtenido **misericordia**,

porque obró por ignorancia en su infidelidad. Es decir, la “ignorancia” de nuestro pecado parece posibilitar la misericordia, sin afectar a la justicia. Pero esto ¿tiene sentido?

Y quien que puede abrirnos los ojos en este callejón sin salida es, como siempre, el propio Jesús. Lucas presenta la escena de la crucifixión con estas palabras de Jesús: “*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen.*” (Lc 23, 34)

En una primera aproximación interpretamos la frase desde la perspectiva de un “corazón” que nos sobrepasaba en todo (una vez más, nuestra tendencia a sobrenaturalizar, a “deshacer a Jesús” (cfr. **Introducción:** 1 Jn 4, 3). Pero vamos a preguntarnos si esta frase es “divina” o profundamente “humana”.

Si alguno de los que estamos aquí tiene la desgracia de que una persona muy cercana suya, ya sea por parentesco o por amistad, ha cometido un delito execrable, por lo pronto no se lo contamos a cualquiera; pero si se encuentra con un buen amigo y, a modo de desahogo se decide a compartir su desazón, comenzará situando a la persona en las circunstancias y en el momento en el que va a revelar el hecho dirá: “...y yo no sé lo que le pasó: **se cegó o...**” y contamos la barbaridad que hizo.

El ser humano **se ciega** cuando hace el mal: “...y le cegó la pasión”, comenta todo el mundo ante hechos desconcertantes por su crueldad, llevados a cabo por personas más o menos cercanas. Nadie hace el mal por el mal. Le ciega algo: una ambición, un placer, una venganza (que no deja de ser un gran placer, como veíamos en la 2ª **Bv**).

Las palabras de Jesús expresan esta profunda percepción humana: que el gran problema del ser humano es su posibilidad de cegarse. Era exacto que los que lo estaban crucificando “no sabían lo que hacían”, pues para ‘hacerse cargo’ tendrían que haberse convertido en el propio Jesús, lo cual es imposible. Por otro lado no sería la única ejecución que llevaban a cabo en su vida: llevaban a cabo una orden de la que ellos no eran los responsables...

Por otro lado, esta dimensión de **ignorancia** en el pecado es lo más *des-culpabilizador* que podamos imaginar. Con lo cual se posibilita la **recuperación**. “Jesús nunca restriegue el pecado cometido”, decíamos más arriba. Denuncia el mal, la mentira, el cinismo y la hipocresía...; pero nunca cierra el camino para la recuperación. Todo esto lo profundizaremos en las dos **Bvs** siguientes, cuando tratemos de la prohibición radical de **juzgar**, y de la obligación, por otro lado, de **corregir fraternalmente**.

Podríamos decir, sin temor a equivocarnos, que la verdad más profunda y sorprendente sobre el pecado en el **NT** es que es una **ignorancia**, porque “no sabemos lo que hacemos”. Y por si dudamos, veamos lo que Pedro dice al pueblo después de la curación del paralítico a la puerta del Templo. **Hech 3, 12-19:** “*Pedro, al ver esto, se dirigió al pueblo: ‘Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto? ¿Por qué nos miráis fijamente, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho caminar a éste? El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y de quien renegasteis ante Pilato cuando éste estaba resuelto a ponerle en libertad. Vosotros renegasteis del Santo y del Justo, y pedisteis que se os hiciera gracia de un asesino; mientras que al Jefe que lleva a la Vida hicisteis morir. Pero Dios le resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos de ello. Y por la fe en su nombre, este mismo nombre ha restablecido a este que vosotros veis y conocéis; es, pues, la fe dada por su medio la que le ha restablecido*

*totalmente ante todos vosotros. Ya sé yo, hermanos, que obrasteis por **ignorancia**, lo mismo que vuestros jefes. Pero Dios dio cumplimiento de este modo a lo que había anunciado por boca de todos los profetas: que su Cristo padecería. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados...”*

El texto no puede ser más expresivo: después de describir el vergonzoso proceso por el que consiguieron dar muerte a Jesús, no sólo dice que “obró por ignorancia” “el pueblo”, sino “vuestros jefes”. Por lo pronto, esto lo dice el que palpó esta “ceguedad” en carne propia: su cobardía, el pánico, le cegó hasta tal punto de negar al que poco antes, con toda la sinceridad del mundo estaba dispuesto a confesar hasta la muerte.

Pero esta ceguera, esta ignorancia radical no quita que tengan que “arrepentirse” y “convertirse” para que “vuestros pecados sean perdonados”. El mal se ha hecho, la condena de Jesús fue algo execrable, fue **pecado**, pero ese “pecado” estaba preñado de ceguera; no en vano es el apelativo que más utilizará Jesús en sus invectivas contra los escribas y fariseos: **ciegos, guías de ciegos...** (En la próxima **Bv** veremos todo el alcance que tiene este término en el **Ev**.)

En definitiva, la **misericordia** de Dios hacia nosotros, no es desde arriba, que echa en cara, sino desde abajo, haciéndose cargo de nuestras debilidades, no para “pasar la mano”, sino para abrirnos los ojos y responsabilizarnos, lo cual no tiene nada que ver con la culpabilización. Jesús nunca remite a la “conciencia”, sino a realidades objetivas nefastas, que hay que afrontar y de las que hay que recuperarse. Decíamos que a Pedro le dolía lo que estaba ocurriendo, no su fracaso personal, no su “culpa”. La culpabilidad imposibilita experimentar la **misericordia** de la que nos habla esta **Bv**. Experimentaremos y tendremos misericordia en la medida en que tengamos el valor de acceder a la miseria real, y no de parapetarnos en nuestra **imagen**.

... porque ellos alcanzarán misericordia, una misericordia que no degrada ni humilla, sino todo lo contrario, que responsabiliza y recupera. Nuestro pecado, nuestra debilidad, están para encontrarnos con nuestra verdad, con los demás, con este Dios hecho carne, que se hace cargo de nuestras cegueras. *“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida”* (Jn 8, 12)

El que muestra verdadero amor no enfatiza la culpabilidad, sino la Misericordia, posibilitando la recuperación, desde la presunción de ignorancia. Esto es lo que posibilita la liberación, y todo lo demás es una mascarada que nos montamos.

POEMA

*Hombre de barro soy:
“¡Cuidado, no se acerquen a mí!
porque no necesito a nadie.
¿No ven que lo que saco es mi tripa,
no mi pecho,
y que la tripa parece bastante satisfecha?
Es que... tengo que cuidar mi imagen,
así que no me toque usted,
no necesito alguien que me diga la verdad.
Sé muy bien que aprieto fuerte mi culo,
pero eso no lo verá nadie,
ya me cuidaré yo de eso:
no hay que enseñar la debilidad
y la vergüenza.
Así que,
usted ahí
por debajo o por encima,
me da igual,
yo coloco a los dos en su sitio...
... Soy gilipollas —con perdón—,
no me doy cuenta que así,
por encima, o por debajo,
nunca veré tus ojos en los míos
y así nunca veré lo que nos dice
el corazón,
es como estar ciego por dentro,
y no podré andar el camino contigo.”*

Marjolijn

*Derramo MISERICORDIA
desde mi miseria innata.
Sutil BIENAVENTURANZA
de igualdad, “una de tantas”.
Sin desear otra “imagen”
que camufle lepra y sarna.
Tendiendo a la conversión,
que no a la culpa que amarga.*

*“ECCE HOMO”. Este es el hombre
que se anonada y se baja.
Invitándome a bajar
hasta los pobres me ensalza:
humilde camino blanco,
raso, uniforme, sin grados,
que nos iguala y hermana.*

Anunciación Jiménez

Sexta Bienaventuranza

“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,8)

Después de la Bienaventuranza de ayer, ésta parece una tomadura de pelo, pues, ¿quién podría considerarse ‘limpio de corazón’ después de la escena de la adúltera? Más aún, en la parábola del Fariseo y el Publicano, que nos va a servir de enlace con ésta, el que parecía sentirse ‘limpio’, no bajó justificado. ¿Qué sentido tiene ahora proclamar ‘bienaventurados’ a los ‘limpios de corazón’?

Por lo pronto, parece ser que la limpieza a la que se puede referir no estaría precisamente en nuestras manos, sino sería puro don de Dios. Como telón de fondo podemos recordar un texto célebre del **AT: Ez 36, 23-27**: *“Yo santificaré mi gran nombre profanado entre las naciones, profanado allí por vosotros. Y las naciones sabrán que yo soy Yahvé - oráculo del Señor Yahvé- cuando yo, por medio de vosotros, manifieste mi santidad a la vista de ellos. Os tomaré de entre las naciones, os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré. Y os daré un corazón nuevo e infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y guardéis mis normas”*.

En efecto, todo es don de Dios, como lo han sido las cinco anteriores, pero aquí palpamos de una manera especial el callejón sin salida. Este texto puede tranquilizarnos, pero no para quedarnos pasivamente esperando este “trasplante” a lo divino. La presente **Bv** es la más compleja y va a plantearnos interrogantes que, posiblemente, nunca nos hubiésemos planteado. Y he dicho que es la más complicada, en primer lugar porque las anteriores planteaban un único tema: la pobreza, el dolor, etc.; ahora, sin embargo, tenemos tres temas de hondo calado en el **NT: limpieza, corazón, ceguera**. Esto supone que no es tan fácil ensamblar las numerosas citas que tocan estos temas para descubrir su profunda relación. Sólo al final saldrá el “puzzle”.

Pero ¿cuál es el problema que esta **Bv** nos plantea? Ayer hablábamos de “taburetes”, hoy vamos a plantearnos la “construcción del taburete”, o mejor dicho, de la “industria taburetera”: es toda una industria que nunca quiebra, pues en la medida en que nos caemos de un “taburete”, ya tenemos el otro dispuesto. Y los hay para todos los gustos... En efecto, ayer tocábamos el problema de la **imagen**, que se convertía en una trampa que podía aislarnos en el ideal de nuestro yo, imposibilitando el acceso a nuestra verdad, a los demás y a Dios.

Y aquí tenemos que retomar la parábola de Fariseo y el Publicano, **Lc 18, 9-14**. La parábola terminaba con la desconcertante conclusión de que el que se confesaba “pecador” bajó a su casa “justificado”, mientras que el que se consideraba “justo”, ¡y lo “demostraba”!, no baja “justificado”, se entiende, como es natural, **justificado por Dios**.

Pues bien, el fariseo no bajó justificado por Dios porque no lo necesitaba, pues subió al templo “creyéndose justo”, es decir, justificado por sí mismo. Podríamos decir que esta parábola es la visualización de la afirmación de Pablo, que tantas polémicas teológicas ha traído, de que el hombre no puede justificarse “por las obras de la ley”, pues sólo Dios

justifica. Pero al margen de lo que dijera Pablo, ¿es que el hombre puede justificarse? Y aquí vamos a acudir al idioma que posiblemente nos descubra hasta qué punto las “verdades” más profundas de nuestra fe tienen su correspondencia antropológica. ¡El **Ev** es verdad porque es verdad, no porque sea **Ev**!

Todos habremos protagonizado la siguiente escena: estar defendiendo ante un amigo una postura que creo sinceramente ser auténtica, y, de repente, el tal amigo me dice: ‘Ten cuidado que te estás justificando...’. La frase me ofenderá, provocando en mí la reacción siguiente: “**No me estoy justificando**”. Tanto la frase del amigo como mi respuesta, no parecen tener mucha lógica. En efecto, mi amigo no me dijo que mis “justificaciones” fuesen “falsas”, sino sencillamente, “que me estaba justificando”. ¿No hay que justificar las cosas? ¿A qué viene entonces echar en cara a alguien que “se está justificando”? Pues, porque cuando la cosa es evidente y no hay intereses por medio, no doy ninguna “justificación”, sino que me encojo de hombros y digo sin más: “¿Y qué quieres que haga?”

Es decir, **la verdad no necesita justificación**. Es ella misma. Cuando tenemos que acudir a las “justificaciones” es porque necesitamos “autoengañarnos” para quedarnos tranquilos. El no creyente no podrá decir con S. Pablo que “sólo Dios justifica”, pero lo que el idioma le prohíbe es que diga que el hombre puede hacerlo. Pero ¿por qué acudimos a las justificaciones constantemente si nos ofendemos cuando se nos insinúa que hemos tenido que recurrir a ellas?

La razón es muy sencilla. El ser humano no es tonto y, aunque no tenga “formación”, sabe que decir y pensar algo y hacer lo contrario nos vuelve locos -la esquizofrenia-. Pues bien, en vez de afrontar nuestras incongruencias intentamos convencernos a nosotros mismos y a los demás de que no hay tal “incongruencia”. Así **no nos volvemos locos**. Pero nos hiere profundamente que alguien nos insinúe que hemos tenido que acudir a la “justificación”, porque sabemos que la verdad se “señala”, no se “justifica”. Pero somos tan incongruentes que, al vernos ‘acorralados’, se nos escape como “justificación” una incongruencia más diciendo: “Es que yo tengo *mis* razones”, como si la razón fuese algo ‘privado’...

Todo esto nos posibilita comprender en toda su profundidad y complejidad la problemática de esta **Bv**. En efecto, ¿qué problema de la persona toca esta **Bv**? La propia **identidad**. En la 4ª **Bv** vimos que el ser humano no nace programado por un instinto como los animales y tiene que buscarse un **para**, un marco de referencia, que Freud llama Super-yo, que se concreta en la “imagen”, pero que siempre está pendiente de su verdad (su realización), es decir, de que lo que digo “querer ser”, “sea”.

Y es que el problema de la propia identidad está permanentemente interrogado por una constatación: la **autenticidad**, la coherencia, la fidelidad... Sin éstas, nuestra identidad queda en entredicho. Para solventar este problema surgen nuestros mecanismos de justificación, que acabamos de describir. En efecto, ¿en qué consiste la “autenticidad”?

La autenticidad y sus equivalentes apuntan a hacer coincidir mi vida real con lo que digo querer ser: el ideal de mi Yo -Superyo-, mi marco de referencia. En este sentido la “autenticidad” y sus equivalentes, carecen de sentido, pues todo su valor proviene de su marco de referencia. Así podemos hablar de cristiano auténtico, pero también podemos hacerlo de un ladrón auténtico... Es decir, “auténtico” es un concepto de suyo vacío, necesita un referente. Pero aun concretando el marco de referencia nos encontramos con la siguiente sorpresa: creo que podemos dar por supuesto que los que estamos en esta sala tenemos como

marco de referencia el Evangelio. Suponeros que yo, antes de seguir mi charla, quiero cerciorarme de cuántos hay “auténticos” y os pido que levantéis la mano los que os consideréis tales. ¡Y no la levanta nadie! ¿Y si alguien la levantase? Más sorpresa todavía: se quedaba con el mote del “auténtico-a”. Estamos, pues, ante algo muy peculiar: por un lado no sirve para nada, porque si alguien dice que lo es, nadie le va a creer; y al mismo tiempo es una ofensa calificar a uno de “no-auténtico”, de “incoherente”.

Después de todo lo dicho más valdría prescindir de esta preocupación, ya que lo único que puede aportarnos es engreimiento o angustia. Un fruto de esta **Bv** podría ser desterrar de nuestras preocupaciones la palabra ‘auténtico’, porque no sirve de gran cosa, y crea angustias y confusiones.... En efecto, el fariseo de la parábola, subjetivamente, se sentía ‘auténtico’ en su conciencia. Sin embargo aquello era fruto de sus justificaciones. El publicano, en cambio, sube al Templo hecho un lío, porque su marco de referencia lo tiene claro, pues de lo contrario no se sentiría pecador, pero no se justifica, y de este modo es Dios el que lo justifica. Es decir, por un lado tiene la **tarea** de la autenticidad, pero no cae en la trampa de “asegurarla”, que es cuando surgen todos los mecanismos de la justificación. Es decir, habría que decir que lo que plantea la autenticidad es una tarea siempre pendiente, no la satisfacción de un logro, una constatación. La preocupación y la angustia surgen cuando, lo que debía ser tarea permanente, se convierte en constatación de un logro.

Es el momento de abordar el otro problema que lleva consigo la “autenticidad”: ¿Dónde hay que ponerla? ¿En cumplir lo establecido al pie de la letra? ¿O más bien atender al espíritu? **Ley-Espíritu** ¿En aparecer “justo” -la imagen-, ¿o procurar interiormente vivirlo? **Exterior-Interior**.

Todo esto encierra la problemática de esta **Bv**. La limpieza de corazón sería el reto de la autenticidad, con todas sus paradojas y callejones sin salida. De ahí su profundidad al mismo tiempo que su complejidad.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA LIMPIEZA DE CORAZÓN

Una vez más hay que tener como telón de fondo en esta **Bv** el texto de **Flp 2, 6-8**. Allí se nos describe la identidad de Jesús como un vaciarse para aparecer “como uno de tantos”, “como un hombre cualquiera”. (Cfr. **Bv** anterior). Jesús parece ser, después de la anterior, que fue por la vida sin subirse en ningún “taburete” y, cuando se lo ofrecían, lo desmontaba. Su **identidad**, no se confundió en ningún momento con la **imagen**. Su **autenticidad** fue en todo momento pura ‘tarea’; en ningún momento la vivió como una ‘preocupación angustiosa’.

1.- Cómo vivió Jesús su identidad

En la **Bv** anterior resaltábamos su expresa voluntad de ir por la vida desde lo más bajo. Más aún, cómo no tuvo “asesor de imagen”. Pero esta postura surge de su respuesta a una **tentación**. Ya hemos visto que el hombre necesita “ser tentado” para madurar.

Mt 4, 5-7 nos describe la segunda tentación de Jesús: “Entonces el diablo lo lleva consigo a la Ciudad Santa, le pone sobre el alero del Templo, y le dice: ‘Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: “A sus ángeles te encomendará, y te llevarán en sus manos,

para que no tropiece tu pie en piedra alguna”. Jesús le dijo: ‘También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios’.

La tentación es perfecta. Jesús va a iniciar su vida pública, o dicho de otra forma, el anuncio de su Misión. Como advertíamos en la **Bv** anterior, su “currículum” dejaba mucho que desear: no sólo su nacimiento, sino sobre todo el hecho de ser **Nazareno** y encima haber aparecido en una cola de pecadores y haber sido **bautizado**, eran demasiados desatinos juntos. Si no se remediaba a tiempo y con algo contundente, su **Evangelio** estaba abocado al fracaso. Que “el esperado de las gentes” no tuviese un aval que lo hiciese creíble era sencillamente una irresponsabilidad. Por eso, la tentación es obvia.

Pues bien, podemos imaginarnos la escena de la siguiente forma: el diablo plantea a Jesús la trascendencia de su misión y su ‘programación’ descabellada. Su presentación en público debe subsanar tantos desatinos y asegurar que su **identidad** sea creíble y aceptada. Esto supuesto, le ofrece la siguiente alternativa: “Después de tantos desaciertos, sólo tenemos una salida. Yo conozco bien a este pueblo: todo él gira en torno al Templo. Buscamos un día solemne, te subo al “alero” más alto, el que se ve desde todas partes. Damos una señal para que todos miren, y te tiras. Como no se ha inventado el paracaídas, el que no te pase nada va dejar a todos atónitos. Entonces tu preguntas: ‘¿A quién esperabais?’ Te dirán que al Mesías. ‘Pues aquí lo tenéis’. Y todos quedarán “impactados”, y no tendrán más remedio que reconocer tu **identidad**.” El ofrecimiento está lleno de “lógica” desde nuestra mentalidad.

En las dos tentaciones anteriores descubrimos en qué estaba la trampa por la respuesta de Jesús. Pues bien, Jesús le contesta: “También está escrito: ‘No tentarás al Señor tu Dios’”. ¿Qué quiere decir con esta cita del Deuteronomio? Que toda presentación impactante de Dios es tentación. El “impacto” deja a la persona entontecida, pasmada, no apta para decidir: es su anulación como persona y Dios no anula, sino responsabiliza y potencia a la persona. Un Dios que anulase se estaría contradiciendo: “Y creó Dios el hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; macho y hembra los creó.” (Gen 1, 27)

En efecto, la manera de proceder de Jesús a la hora de presentar su **Evangelio**, decíamos en la **Introducción**, se reducía a dos preguntas: una dirigida a la inteligencia (¿qué os parece?) y otra a la libertad (¿quieres?), las dos dimensiones que nos constituyen **persona**. Esta presentación no “apabullante” de su mensaje es la constatación más evidente de que la superación de esta tentación. Más aún, va a enmarcar la manera de vivir su **identidad**: “*sin hacer alarde de su condición divina*”, sin ‘tirarse del alero’. Jesús va a dejar claro que a Dios se le responde, y a él mismo se le sigue libre, y responsablemente (si “nos parece bien” y “queremos”). Un Dios que hiciera lo contrario, no sería el Dios de Jesús.

Y es que Jesús intenta hacerse inteligible, accesible, ponerse ‘al mismo nivel’, en reciprocidad. No acentúa la trascendencia, sino que ha ‘venido en carne’, en debilidad, no aparatosamente. Toda presentación ‘espectacular’, contundente, ‘inequívoca’ de Dios, es, cuando menos, sospechosa, porque eso es “tentar a Dios”. Más aún, todos llevamos incorporada esta tentación: estamos deseando ser impactados, pero Dios nos sale al encuentro, no en el terremoto ni en el huracán, sino en la brisa suave (1 Reg 19, 9-14), en la cotidianidad, en la debilidad compartida, en nuestras incongruencias... en el niño, los pobres, los que van por la vida como ‘uno de tantos’.

Así apareció la identidad de Jesús, según veíamos ayer. Nunca va a negar su identidad, pero va a cuidar cómo la interpretan los que le rodean. No va a negar que él es el Hijo de

Dios, pero tampoco va a consentir en presentar un “Dios como Dios manda”; eso es *tentar a Dios*. Y esta tentación va a estar presente a lo largo de toda su vida. El célebre ‘secreto mesiánico’ no es otra cosa que su rechazo a ‘tirarse del alero’. En Jn 6,15, quieren hacerlo rey después de la multiplicación los panes y los peces. Le ponen el ‘alero’ delante, pero él desaparece de la escena. Toda su vida va siendo ‘desmontar taburetes’ que los que le rodeaban le ofrecían. Su **identidad** no va a necesitar ni del prestigio, ni del poder, ni siquiera, del reconocimiento ajeno. Ya veremos en la última **Bv** desde dónde proclama su dignidad.

Una vez más tenemos que preguntarnos si una tentación tan decisiva en la vida de Jesús, es también una tentación “nuestra”. Pues tenemos que reconocer que posiblemente sea de las más presentes en nuestra vida (afecta a lo más nuclear de la persona humana) y, al mismo tiempo, la más ausente, (ni entra en la lista de “nuestras” tentaciones). De hecho, vamos por la vida “de alero en alero”, al mismo tiempo que ridiculizando y despreciando a los que a nuestro alrededor hacen lo mismo. Esta **Bv** va a incluir esta tentación “de Jesús” en la lista de “nuestras” tentaciones.

Y ahora podemos entender mejor el alcance de un texto citado en varias ocasiones. **Mt 11, 29**: “... y aprended de mí que soy manso y **humilde** de corazón”. Humilde viene de *humus*, que en latín quiere decir suelo, es decir, el nivel más bajo. ¡Cuántas veces confundimos la identidad con una “gran personalidad”! Pero la historia está llena de tragedias ligadas a “grandes personalidades”. No hay mayor grandeza en la persona que su humildad, su sencillez. El “andar en verdad” de Santa Teresa. La *limpieza de corazón* de esta **Bv** ¿no se expresará en la humildad así entendida?

Pero vamos a otro texto especialmente llamativo y que puede hacernos caer en la cuenta de una dimensión clave de nuestra identidad cristiana. **Jn 18, 19-23**: “*El Sumo Sacerdote interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús le respondió: ‘Yo he hablado públicamente ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ya saben ellos lo que he dicho.’ Apenas dijo esto, uno de los guardias que allí estaba, dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así contestas al Sumo Sacerdote? Jesús le respondió: “Si hablé mal, prueba en qué; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?”.*

Esta escena que sólo trae S. Juan nos descubre una perspectiva de su identidad y de la de sus discípulos desconcertante. En efecto, la pregunta de Caifás aborda directamente el problema de su identidad y la de los que le siguen. Lo sorprendente es la respuesta. Nadie ha dado nunca esta respuesta a una pregunta semejante. En efecto, si en algo somos celosos es en lo que se refiere a nuestra identidad. Cuando nos enteramos que alguien nos atribuye afirmaciones que no reconocemos como propias, no solo nos hiere, sino que nos indigna profundamente. Difícilmente renunciamos al “control” de nuestra identidad.

Sin embargo, Jesús responde que “todo lo ha dicho en público” y, por tanto, que “pregunte a los que le han oído”. Pero, ¿qué es lo que de hecho ha ido *diciendo* Jesús? Las dos preguntas que tantas veces hemos referido. Es decir, Jesús ha ido remitiendo a la propia inteligencia y responsabilidad (libertad). Nunca le ha “comido el coco” a nadie y, menos aún, coaccionado. El joven rico *se fue triste*. Más aún, en la crisis de Cafarnaúm, cuando muchos, escandalizados por el anuncio de la Eucaristía, deciden abandonarlo, es él mismo el que hace la pregunta a sus discípulos: “¿*También vosotros queréis marcharos?* **Jesús va suscitando personas**, no identidades “domesticadas”. Por eso puede contestar que pregunte a los que le

han oído. Sólo ha ido suscitando interrogantes y llamamientos a que cada uno saque lo mejor de sí mismo y a **seguirle** en la **vida**, no en una doctrina.

La **identidad** que Jesús va suscitando es una identidad ‘a la intemperie’. Impresiona constatar que en el **Ev** no hay ‘iniciados’. Su llamamiento es ‘a todos’. Su ruptura con los signos de identidad del judaísmo (Ley, circuncisión, Templo...) en el que nació, es lo más llamativo del comienzo del Cristianismo, y su capacidad para incorporar el helenismo es el dato más inequívoco de lo que estamos diciendo y que debería librarnos de miedos sin sentido. El *todo lo humano es cristiano* sintetiza esta original ‘identidad’ que nadie puede secuestrar ni puede suscitar exclusiones.

La fe cristiana está llamada a ser universal. Otra cosa es que “todos” respondan. Por eso no va en contra de lo que estamos diciendo la frase de Jesús en el **Ev**: *“Porque muchos son llamados, mas pocos escogidos”* (Mt 22, 14). El llamamiento es universal, pero como es “llamamiento”, y no imposición, no todos van a ser escogidos. No me parecen cristianas nuestras distinciones “valorativas” entre vulgo (gente corriente) y místicos (gente que encuentra a Dios con facilidad), laicos y consagrados, vida “ordinaria” y de “perfección”. Todas estas concreciones no pasan de ser manifestaciones de una **identidad** a la intemperie porque se oferta a todos. No ha habido una oferta más limpia en la Historia, ni la habrá. Es una identidad ofrecida a todo ser humano. Jesús nos hace tocar fondo en el problema de la identidad humana. Jesús apunta a la convergencia (**Amor**), no a la exclusión (**competir en la diferencia**).

Pero para que esto fuese posible tuvo que vivir desde lo más bajo (*humus*: **humildad**), porque “lo más bajo es lo más universal”. Recordar todo lo que ayer constatábamos sobre su manera de ir por la vida, “desde dónde” dio su vida.

Queda, sin embargo, un matiz clave de esta “**identidad** a la intemperie” que Jesús vivió y ofertó al que le ‘pareciese bien’ y al que ‘quisiese’: ¿Cuándo esta identidad es **auténtica**? Para descubrirlo acudamos una vez más al **Ev**.

Mt 22,34-40: la escena recoge una de tantas preguntas capciosas de los Fariseos. En este caso se trata de una pregunta relacionada directamente con nuestro tema: *“...le preguntó con ánimo de ponerle a prueba: Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la Ley?. Él le dijo: ‘Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas”*.

El fariseo le ha preguntado por el “primer mandamiento”. La respuesta de Jesús va más lejos: le añade un “segundo” que es “semejante al primero”, para concluir que *“de estos dos penden toda la Ley y los Profetas”*. Ahí se sintetizan todas las apuestas de la tradición religiosa de su oyente, de su “identidad” judía. Pues bien, en esta respuesta hay un denominador común a todas las cosas que se enumeran (corazón, alma, mente, prójimo): **todo** y **como a ti mismo**. Ambas expresan globalidad, totalidad. Es decir, la **auténticidad** de esta **identidad** tiene que ponernos en juego en nuestra **totalidad**, no una parte. No es un ‘cachito’ de mi corazón, ni de mi mente, ni de mí mismo lo que daría autenticidad a mi religiosidad. A esto apuntaría el reto de esta **Bv**: el **corazón limpio**. Pero ¿esto es sólo el tema “religioso”? ¿Cuántas veces en tema de amistad o cariño la queja profunda es cuando se descubre que la persona querida “se guarda algo”?

La vivencia, pues, de Jesús de su identidad, empezó por vaciarse de su divinidad, renunciar a todos los aleros que le ofrecían y así poder ir ‘como un hombre cualquiera’, con un corazón *humilde*, ofreciendo a **todos** la posibilidad de una identidad **propia** -como personas inteligentes y libres-, para darse totalmente -haciéndose Eucaristía, pues no había venido a *ser servido*, sino a *servir y dar su vida como rescate por muchos*-, como culminación de todas las búsquedas humanas *-toda la Ley y los Profetas-*.

2.- Qué dijo Jesús de la **limpieza de corazón**. (La autenticidad como tarea)

Prácticamente casi todas las controversias de Jesús con los escribas y fariseos van a girar en torno al tema de esta **Bv**: en qué consistía la **limpieza de corazón**. En efecto toda la espiritualidad de aquellos hombres se concretaba en la “pureza legal”. Toda su preocupación era ser israelitas “auténticos”. Pero ¿qué es lo que podía autentificarlos? Ya aludimos al comienzo de esta **Bv** los distintos problemas que la “autenticidad” (limpieza de corazón) planteaba: **Interior-Exterior**; **Ley-Espíritu**. Vamos pues a ver cómo aborda Jesús estos problemas.

Y empecemos por el problema **Interior-Exterior**. Como siempre el problema lo plantean los fariseos, no Jesús. **Mt 15, 1-20**: “*Entonces se acercan a Jesús algunos fariseos y escribas venidos de Jerusalén, y le dijeron: ‘¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los antepasados?; pues no se lavan las manos a la hora de comer’. Él les respondió: ‘Y vosotros ¿por qué quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios dijo: ‘Honra a tu padre y a tu madre’ y también: ‘el que maldiga a su padre o a su madre, morirá’. Pero vosotros decís: El que diga al padre o a la madre ‘Todo aquello con que yo pudiera ayudarte es ofrenda’, ése no tendrá que honrar a su padre y a su madre. Así habéis anulado la Palabra de Dios por vuestra tradición. ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías cuando dijo: ‘Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me rinden culto, ya que enseñan doctrinas que sólo son preceptos de hombre’. Luego llamó a la gente y les dijo: ‘Oíd y entended. No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre’.*”

Entonces se acercan a él los discípulos y le dicen: ‘¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?’ Él les respondió: ‘Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz. Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo’.

Tomando Pedro la palabra le dijo: “Explícanos la parábola. Él respondió: ‘¿También vosotros estáis sin inteligencia? ¿No comprendéis que todo lo que entra en la boca pasa al vientre y luego se echa al excusado? En cambio lo que sale de la boca viene de dentro del corazón, y eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro del corazón salen las intenciones malas, asesinatos, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, injurias. Eso es lo que hace impuro al hombre; que el comer sin lavarse las manos no hace impuro al hombre’.”

Una escena divertida que nos refleja la realidad del grupo. Ante la pregunta de los fariseos sobre sus discípulos que no se lavaban las manos antes de comer, Jesús contesta con otra pregunta con la que les enfrenta al sinsentido de “anular la Palabra de Dios con su tradición.” Pero lo cómico empieza cuando Jesús intenta solventar el problema con una “parábola”: *‘No es lo que entra en la boca lo que hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que hace impuro al hombre’.*

En ese momento aparecen los discípulos en escena con un papel que no va más allá del

‘cotilleo’: “¿Sabes que los fariseos se han escandalizado al oír tus palabras?” Sus aportaciones no van más allá del chismorreó. Ante este comentario Jesús responde con una frase que tiene que ver con el tema de nuestra **Bv**: *‘Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo’*. Es la primera vez que nos encontramos con el término “ceguera”, opuesto al “verán a Dios” de la **Bv**. Lo retomaremos más tarde, pero la imagen de Jesús es de gran expresividad: uno que no ve, ofreciéndose de guía al ciego...

Pero el problema no acaba aquí. La parábola que Jesús ha ofrecido a todo el mundo para solventar el problema de ‘lo que hace impuro al hombre’, los que no la han entendido son precisamente los discípulos. Entonces, Pedro (¡el más espabilado del grupo!) es el que en nombre de los demás interviene: “*Explícanos la parábola*”. La reacción de Jesús no puede ser más espontánea: “¿*También vosotros estáis todavía sin inteligencia?*”, por no decir ¡Qué tontos sois! E intenta hacerles caer en la cuenta que “*lo que sale del corazón, es lo que hace impuro al hombre*”. Es decir, Jesús opta por lo **interior** a la hora de decidir dónde poner la “autenticidad”.

Pero merece la pena resaltar un dato llamativo de la escena. Sorprende la torpeza del grupo que Jesús se escogió. Los detalles a que tiene que descender para la “explicación” de la parábola, rayan la subnormalidad. Todo lo listos que aparecen los adversarios de Jesús, contrasta con la torpeza de los discípulos. Pero el dato no puede ser más significativo: Jesús se rodea de personas sin ningún relieve, más bien torpes. No sólo él fue por lo más bajo, sino que el grupo que escogió y del que surgió su Iglesia, estuvo a ese nivel. Y así lo constataba S. Pablo en su Primera carta a los Corintios, que citamos en la primera **Bv**. Esto debe llenarnos de alegría. Sólo siendo así desde el comienzo, la Iglesia puede ofertarse como lugar accesible a **todos**. Una vez más, “lo más bajo es lo más universal”.

Resuelto el problema entre **Interior-Exterior**, pasemos al de **Ley-Espíritu**. Y para ello vamos a acudir a dos citas, cuya confrontación nos hará tomar conciencia de la complejidad del **Ev** a la hora de dar respuesta a cualquier problema humano. En efecto, las dos citas pueden resultar contradictorias, pero, como veremos no lo son. **El Evangelio nunca es simplista**, otra cosa es lo que nosotros hacemos con él. He aquí las citas en cuestión: Mt 12, 1-14 y Mt 5, 17-19.

Mt 12, 1-14: son dos escenas sobre la observancia del sábado. En la primera, los discípulos arrancan espigas maduras para comerlas en sábado, y la segunda es la curación en la sinagoga, también en sábado, del que tenía la mano paralizada y que recogimos en la 2ª **Bv**. Como son muy conocidos, no los citamos. Jesús plantea sin más, qué tiene que ver, tanto el comer unas espigas como curar a un inválido, con el precepto del sábado. Y es en Marcos donde nos encontramos con la frase más contundente: “*El sábado se ha hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado*”. Es decir, el sentido de la Ley es el Hombre, y no al revés. Pero vamos al otro texto que parece ir en contra de estas dos escenas

Mt 5, 17-20: “*No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los Cielos; en cambio, el que los observe y los enseñe, ése será grande en el Reino de los Cielos*”.

La problemática está servida. ¿Son dos “fuentes” contrapuestas, y habrá que optar por la que creamos más válida? Creo que la clave podemos encontrarla en la frase: “*No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento*” -es decir, para que cumpla su cometido-, unida a la que destacábamos de Marcos: “*El sábado se ha hecho para el hombre y no el hombre para el sábado*”. **El ser humano no puede vivir sin leyes.** Hemos referido ya en más de una ocasión que no nacemos programados y necesitamos ponernos de acuerdo para no destruirnos, respetarnos y, en definitiva, poder convivir.

El Código de la Circulación no se ha hecho para poner multas, sino ponernos de acuerdo y no destruirnos. Y somos tan descerebrados, por no decir algo más fuerte, que tienen que “amenazarnos” con multas para que lo cumplamos. Por tanto el *dar cumplimiento* al Código de la Circulación, no es someterse a él a ciegas, sino que los accidentes se eviten, pues “se ha hecho para el hombre”. Por ejemplo, si voy conduciendo por una carretera de doble sentido y, de repente, el que viene hacia mí se le rompe la dirección o se duerme e invadiendo mi carril, yo tengo que girar a la izquierda, y haciéndolo así doy cumplimiento al Código de la Circulación.

Volviendo al **Ev**, la escena del hombre de la mano paralizada ¿es que la Ley está para dejar a aquel hombre inválido? ¿Cómo podemos pensar que se viole el sábado al curarlo? Y lo mismo podemos decir de la escena de las espigas, que Jesús relaciona con el hambre aludiendo a David que *entró en la Casa de Dios y comieron los panes de la proposición, que no le era lícito comer a él, ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes.*

La Ley es un marco de referencia, del que es ser humano no puede prescindir, pero cuyo único sentido es su “salvación”. Por eso las leyes están llamadas a evolucionar, no a desaparecer. El mismo Pablo que dice que “no estamos bajo la Ley”, dice que está “bajo la ley de Cristo” (1 Cor 9, 21). (Volveremos sobre el tema, pues Pablo, a veces, tiene afirmaciones que él mismo tiene que matizar, pues rozan el simplismo, cuando no caen de lleno en él. Con razón S. Pedro que era más sencillo dice de él reconociéndole *la sabiduría que le fue otorgada* en sus cartas: “...aunque hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los débiles interpretan torcidamente -como también las demás Escrituras- para su propia perdición” (2 Ped 3, 16).)

Resumiendo, necesitamos un marco de referencia a nuestra libertad desprogramada (es decir, necesitamos saber lo que sería mejor para todos -no para mí solo- porque no nacemos programados por un instinto como los animales), porque si estuviésemos programados dejaríamos de tener libertad; pero este marco de referencia (eso que vemos que es lo mejor para todos) no se puede absolutizar (no podemos tenerlo tan fijo que podamos ir por la vida con los ojos cerrados), pues está llamado a salvarnos -**¡a todos!**-, a llenarnos, no a destruirnos. Jesús viene a “dar cumplimiento a la Ley”, a que sirva para lo que se hizo (recordar lo que dijimos de Código de la circulación), a darle su sentido, y no permitir que se convierta en una carga insoportable. No es pues la Ley -la **letra** = lo que está escrito- la que debe movernos sino el **espíritu** -lo que se quería conseguir (que no hubiese accidentes)- que es el que da sentido a dicha ley.

La **autenticidad**, por tanto, de nuestra identidad no está asegurada por nada exterior, sino que me la juego en mi interior -en el **corazón**-, porque de ahí sale lo que puede “manchar al hombre”, pero tampoco está ligada a la letra de una ley, aunque esta sea la de Dios, sino al **espíritu**, al sentido de esa ley. Queda, sin embargo, un problema más profundo: **¿para quién**

soy auténtico? Para dar respuesta a este problema vamos a acudir otra vez a dos textos del **Ev**, que una vez más parecerán “contradictorios”: Mt 6,1-21 y Mt 5, 14-16.:

Mt 6, 1,21: El texto alude a tres manifestaciones fundamentales de la religiosidad judía: la limosna, la oración y el ayuno. Nos centraremos sólo en la primera: *“Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos; de lo contrario no tendréis recompensa de vuestro Padre celestial. Por tanto, cuando hagais limosna, no lo vayais trompeteando por delante como hacen los hipócritas en las sinagogas y por las calles, con el fin de ser honrados por los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. Tú, en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha; así tu limosna quedará en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”*.

En la 4ª **Bv** dejamos pendiente el término **justicia**, dando tan sólo un texto -“*si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los Cielos*”-, remitiendo por tanto a las **Bvs** 5ª y 6ª. Ya, en la parábola del Fariseo y el Publicano que nos ha servido de ‘bisagra’ entre ellas, aparecía que su “justicia” coincidía con sus “justificaciones”. Ahora Jesús nos va a desenmascarar lo que motiva que se desencadenen en nosotros -¡no sólo en los fariseos!- unos mecanismos que nos hacen caer en la trampa de la justificación. En efecto, el texto presente no tiene desperdicio y merece la pena desmenuzarlo y confrontarnos con nuestra experiencia cotidiana.

Jesús avisa que *cuando demos limosna* -y hay que darla, aunque ahora hablemos más de compartir- que *no lo vayamos trompeteando... con el fin de ser honrados por los hombres*. Es el problema del ‘alero’, sólo que con menos espectacularidad. Más aún, no tiene por qué llegar a trompetas, puede quedarse en ‘trompetillas’. ¡Cómo exigimos que se nos contemple y se reconozcan nuestras ‘proezas’ y cómo, cínicamente, ocultamos nuestras ‘fechorías’! ¡Cuántas veces nos quejamos de que “no me valoran”, “no saben estimar la ‘joya’ que tienen conmigo...”!

El **Ev** es cruel en sus desenmascaramientos. La angustia por la propia imagen, por ese “ser honrado por los hombres”, tremendamente frágil, y, sobre todo, que siempre podría haber sido más..., todo este ‘afán’ lo remite a su vaciedad. Una vez más los *paparazzi* nos sorprenden. Lo que personalmente vivimos otorgándole una importancia desmesurada, al contemplarlo en los demás lo percibimos como ridículo, y en vez de grandioso, resulta cómico. Por eso Jesús se limita a decir: *“En verdad os digo que ya recibieron su recompensa”*: como si preguntase: ‘¿Tú qué querías? ¿que los demás te vieran? ¿que se quedasen con la boca abierta?... ¡Te han visto!, pues ¡a ‘tomar viento’!... Nosotros, sin embargo nos empeñamos en ‘pasar la gorra’. Es la descripción del **vanidoso**.

Pero Jesús no se para ahí y sigue profundizando. En efecto, la vanidad es algo muy infantil y no supera el ridículo. Es más problemático desenmascarar el **engreimiento**. El engreído se ríe del vanidoso. Éste está preocupado por el ‘monumento’ que los demás deben construirle, el engreído se lo construye a sí mismo y es más difícil de desmontar. Pues bien, a desenmascarar esta trampa vienen los versículos siguientes: *“Tú en cambio, cuando hagais limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha”*. ¿Cómo puede ser esto? ¿Qué está queriendo decir? ¿Es que es posible que una mano no se entere de lo que ha hecho la otra?...

El problema es el siguiente: la vanidad se desmonta con más facilidad por lo ridícula

que nos resulta en los demás. Por eso no es difícil que uno termine por, no sólo no exigir que me hagan ‘monumentos’, pero incluso renunciar a ellos en aras al **gran monumento** que yo mismo me construyo y que es indestructible porque sólo depende de mí. Dicho de otro modo, estamos dispuestos a renunciar a ‘trompetas’ y ‘trompetillas’ cuando vamos ‘*por las calles*’ o ‘*en las sinagogas*’, pero cuando llega la noche, antes de acostarnos, abrimos el cajón de la mesita de noche, sacamos un ‘espejo’ y nos decimos: ‘Espejito, espejito; habrá alguien como yo’... Es el monumento a nuestro **narcisismo** (querer seguir siendo el centro como cuando éramos niños), al que no estamos dispuestos a renunciar, origen de todos nuestros problemas y que imposibilita radicalmente la fraternidad en reciprocidad.

San Ignacio, con la perspicacia y hondura que lo caracterizan, pone la **soberbia** como la culminación de una dinámica que comienza por la *codicia*, pasa por el *vano honor del mundo*, (la **vanidad**), para terminar en la *crecida soberbia* (lo que hemos llamado **engreimiento**). Pero lo sorprendente de esta descripción es lo que añade: *y de estos tres escalones induce a todos los otros vicios* (EE 142). Es decir, estamos tocando las raíces, el origen, de las dinámicas más desestabilizadoras del ser humano y la sociedad.

Pero volvamos a la imagen de Jesús: *que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha*. ¿Esto puede traducirse en una experiencia humana, o no pasa de una imagen más o menos original? Como en tantas otras cosas, son las personas sencillas que me han rodeado a lo largo de mi vida las que me han abierto los ojos. Pues en este caso así fue. Era por los años 70. Nosotros vivíamos en un barrio de Granada llamado La Virgencica. Habíamos terminado en aquel barrio al derribar definitivamente unos “barracones” inmundos. No todos terminamos en el mismo barrio. Las familias más numerosas fueron directamente al Polígono de Cartuja, el nuevo barrio. Allí fueron a parar dos familias amigas, con las que habíamos convivido en Frigoríficos (los barracones aludidos). Una de ellas, gitana, con 14 hijos y la otra ‘paya’, con 15 hijos.

Una mañana me entero que había muerto de repente la Rosa, la que tenía 14 hijos. La persona que me da la noticia me comenta que la Rubia, la madre de los 15 hijos -¡había tenido 21!- se había llevado a su casa dos hijos de la Rosa y decía que ella los criaba. Al llegar yo al Polígono para dar el pésame, la primera persona que me encuentro llorando, es a la Rubia que me da la noticia. Al contestarle que ya lo sabía, le comento: “Rubia, y me han dicho que te has llevado dos niños a tu casa”. Contestación de la Rubia: “¿Y qué le iba a hacer, Adolfo?”

Los niños no los crio ella. Ya se buscó un Centro donde fueron recogidos, pero aquella buenísima mujer hizo lo que había que hacer en aquel momento. Y como era lo que había que hacer, se sorprendió de mi asombro. Es la mejor “exégesis” (explicación de lo que quiere decir el Evangelio) que he encontrado del “*que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha*”: **¿Y qué le iba a hacer?**

Esa es la verdadera **limpieza de corazón**, que no busca la ‘autenticidad’, sino responder a la necesidad, a lo obvio (lo normal). Esto es el verdadero servicio, el ‘echar una mano’, sin protagonismos ni medallas.

Jesús termina con la clave de nuestra búsqueda de la autenticidad: “*Así tu limosna quedará en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará*”. Todo queda *en secreto*. Ni yo mismo estoy llamado a ser espectador. Mi *secreto* no puedo verlo ni yo; sólo *mi Padre ve en lo secreto*. Nadie puede acceder ahí. Toda posibilidad de ‘exposición’ está llamada al fracaso: ni taburetes, ni tromperas, ni espejitos. Es la grandiosidad de la **gratuidad**.

Uno se pregunta si la gratuidad no será la experiencia humana más limpia, la que más nos sorprende y llena, porque, en el fondo, se confiese o no, se palpa, sin saberlo, al Único que ve en lo secreto.

Es decir, la grandeza de la gratuidad no se la doy yo al descubrirla. Más aún como la ponga en el ‘escaparate’, la estropeo. La gratuidad suscita respeto, yo diría que ‘adoración’. Y es que Jesús asegura que este Padre que ve en lo secreto, **recompensará**. O dicho de otra forma, nadie puede recompensar algo que desborda toda evaluación, todo ‘precio’, porque es ella misma. Ante la acción de la Rubia me quedé sobrecogido, y lo mejorcito de mí mismo me invadió. En ningún momento se me pasó por la mente empezar a dar voces para anunciar lo que acababa de presenciar: “¡Mirad lo que ha hecho la Rubia!”. Es algo que tuve la suerte de presenciar y que ahora os cuento lleno de agradecimiento y que no queda “recompensado” por nuestra admiración. Cuando nos entra la angustia de tener que recompensar lo gratuito, nos convertimos en profanadores, o mejor dicho, en dioses.

Pero vayamos a la otra cita que acompañaba a la que acabamos de ver y que decíamos nos resultaba contradictoria. **Mt 5, 14-16**: *“Vosotros sois la luz del mundo. No puede estar oculta una ciudad situada en la cima de un monte. Ni tampoco se enciende una lámpara para ponerla debajo del celémín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”*.

‘Esto es para volvernos locos. ¿En qué quedamos? Nos acabas de decir que ni taburetes, ni trompetas, ni espejitos, ¿y ahora nos pones en el candelero?...’ Ya hemos dicho más de una vez que el **Ev** no es simplista, sino preciso. En la cita se nos dice que tenemos que ser **luz** que alumbré a todos, no que “deslumbré”. En efecto, la luz por definición no la vemos; vemos las cosas gracias a que hay luz, que no es lo mismo. Una cosa es alumbrar y otra des-lumbrar. Cuando se nos ‘deslumbrá’, no vemos nada. Un hecho como el de la Rubia nos ilumina, lo agradecemos y nos hace mejores. Evidentemente, tenemos que ser luz, no el “Faro de Chipiona”.

No sólo no es una contradicción esta cita, sino que nos da el verdadero alcance de la gratuidad. No es mojigatería ni falsa humildad, sino el “andar en verdad” de Santa Teresa, y a la luz del día, pero sin deslumbrar. En efecto, las vidas que nos han iluminado ni ellas mismas se han enterado, mientras los que nos han deslumbrado nos anularon o nos hicieron daño. Nada da más luz que la vida sencilla. Es un estar a la intemperie “como un hombre cualquiera”, suscitando interrogantes personales (¿qué te parece? = usar la inteligencia) y responsabilidad (¿quieres? = ser libre). El ir deslumbrando por la vida no suscita nada parecido.

Junto a esta tarea permanente de ser luz tenemos el problema de la ceguera, tan recurrente en el **Ev**: la denuncia más repetida por Jesús es la de ¡Ciegos! Y en este contexto, ¿acaso no provoca ceguera el ser deslumbrado? Recojamos algunos versículos de un texto en el que aparece esta acusación repetidamente. **Mt 23, 23-28**: *“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta, del aneto y del comino, y descuidáis lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe! Esto es lo que habría que practicar, aunque sin descuidar aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro están llenos de rapiña e intemperancia! ¡Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa, para que también por fuera quede limpia! ¡Ay de vosotros,*

escribas y fariseos, hipócritas, que sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia! Así también vosotros, por fuera aparecéis justos ante los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad....”. Si a todas estas acusaciones añadimos la de “...son ciegos que guían a ciegos...” habría que concluir que no sólo “deslumbran” a los demás, sino que ellos también están “deslumbrados”.

Para ver mejor la relación que puede existir entre “impureza”, “corazón” y “ceguera” vamos a traer tres citas que juntas pueden darnos una clave importante para esta **Bv**: Mt 10, 13-17; Mt 6, 21-22 y Jn 9, 39-41.

Mt 13, 10-17: “Y acercándosele los discípulos, le dijeron: ‘¿Por qué les hablas en parábolas?’ Respondióles: ‘Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no Porque a quien tenga se le dará y le sobrarán; pero al que no tenga, aun lo que tiene, se le quitará. Por esto les hablo en parábolas, porque viendo, no ven, y oyendo no oyen ni entienden. Así se cumple en ellos la profecía de Isaías: Escucharéis bien, pero no entenderéis, miraréis bien, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos y sus ojos se han cerrado; no sea que vean con sus ojos y con sus oídos oigan y con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los cure. Dichosos, pues, vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Os digo de verdad que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron”.

El texto es sumamente importante, porque la pregunta que le hacen sus discípulos apunta directamente a las razones por las que decidió llevar a cabo su Misión de la forma que lo hizo. En efecto, si nos fijamos, las parábolas, o comienzan interrogando ‘¿qué os parece?’, o se sobrentiende la pregunta, que es lo que destacamos en la **Introducción**. Pero, ¿por qué enmarca esta pregunta clave en parábolas?

La respuesta no puede ser más clara: “*porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden*”. De hecho, este es el dato más llamativo: Jesús va diciéndolo todo en público, a la intemperie. Sin embargo, unos ven en él un ‘profeta’ y otros un ‘demonio’. ¿Qué razón puede haber para esta “ceguera”? Pues bien, la clave la encuentra Jesús en Isaías: “*porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado...*” Es decir, lo que los hace ‘sordos’ y ‘ciegos’ es el ‘embotamiento del corazón’.

¿Qué es un corazón ‘embotado’? Un corazón **cerrado**. Y ¿en qué consiste esta cerrazón? Cuando nuestra conciencia la tenemos tan ‘formada’, que todo está claro y seguro. Mi “interioridad” es tan “profunda”, que no necesito subir a la superficie. “Todo” está dentro; ya sabemos lo que hay que hacer en cada momento. Es la clarividencia, peligrosísima si encima “lo hemos visto delante de Dios”... ¿Para qué tengo que abrir los ojos, ni escuchar a nadie? ¿Dónde voy a encontrar más seguridad que en mi “interior”?! Ahí es donde está Dios!...

Pero Jesús termina diciendo: “*¡... dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen!* ¡En ningún sitio en el **Ev** se nos dice que cerremos los ojos. **Accedemos a la realidad a través de nuestros sentidos**. Nuestra salud psíquica está en razón directa de nuestra capacidad de acceder a la realidad. Cuando ya no es posible, y la situación alucinatoria nos domina, estamos locos. A Jesús, pues, le preocupa que *tienen ojos y no ven*,

tienen oídos y no oyen, que sería lo único que podría recuperar el embotamiento de su corazón.

Ante este panorama, Jesús, que no tenía un pelo de tonto, tiene que recurrir a las parábolas. ¿Qué son las parábolas? Trozos de realidad. Jesús sabe que sólo la realidad puede desmontar nuestras ‘seguridades interiores’; el “caerse del burro”, que dice la gente. En efecto, todos los que estamos aquí habremos tenido alguna vez esta experiencia: algo que teníamos “clarísimo”, derrumbárenos ante una realidad que se nos impone. Pero para que esto ocurra hay que tener ojos y oídos para captar dicha realidad. Ante la pregunta de los discípulos del Bautista: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?”, Jesús responde: “Id y contad a Juan lo que **oís y veis**...”, no les ofrece ningún otro argumento. Pues bien, vamos a ver, en concreto, cómo aborda con parábolas el problema del embotamiento de corazón.

S. Lucas plantea al comienzo de su capítulo 15 lo siguiente: “*Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: ‘Éste acoge a los pecadores y come con ellos’.* Entonces les dijo esta **parábola**...” Es decir, Jesús sabe que aquella cerrazón (convicción), no hay forma de desmontarla atacándola. La ‘convicción’, como uno intente abordarla directamente, se refuerza más, porque ‘sus ojos y sus oídos’ están incapacitados para ver lo que contradiga dicha “clarividencia”, y cualquier ‘ataque’, afianza la postura.

Jesús, pues, ante esta acusación de su ‘promiscuidad’ con los pecadores, no se defiende directamente. Sabe que está por medio el tema de la pureza legal, que para sus interlocutores es intocable. Es lo que llamamos, **pre-juicio** (juicio previo). No intenta, por tanto discutir el asunto. Ahora bien, el prejuicio, normalmente, no anula a la persona, no incapacita su sensibilidad por completo. “A éste no se le puede sacar este tema...” comentamos, convencidos, ante una persona que conocemos ‘normal’ en todo lo demás.

Esto supuesto, Jesús presenta a sus oyentes una realidad cotidiana que nada tiene que ver con el tema de la pureza legal. **Lc 15, 4,7:** “*¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa convoca a los amigos y vecinos, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido.’*”

Una vez más plantea el **¿qué os parece?** Lo que se perdemos cobra para nosotros una importancia que no tenía antes de perderse. Esta experiencia espontánea es universal. Sus oyentes podían comprobarla en sí mismos. Jesús, lo único que hace es conectar dicha experiencia con el tema en cuestión: ¿la impureza legal imposibilita el acceso a Dios?: “*Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión.*”

Recordemos la cita que dimos la primera noche de la Primera carta de S. Juan, en la que nos decía que “*todo espíritu que confiesa a Jesús venido en **carne**, es de Dios; y todo espíritu que deshace a Jesús, no es de Dios*”. Todo el **Ev** es un constante convertir en “carne” lo que nosotros nos empeñamos en “espiritualizar”. Jesús intenta nuestra recuperación desde la realidad, y para eso tiene que acceder a nosotros por la zona de nuestra sensibilidad que no está atrofiada por un ‘corazón embotado’.

Pero veamos esto plasmado en la segunda cita que dimos: **Mt 6, 21-22**: “*Porque donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón. La lámpara del cuerpo es el ojo. Si tu ojo está sano, todo tu cuerpo estará luminoso. Pero si tu ojo está malo; todo tu cuerpo estará a oscuras. Y si la luz que hay en tí es oscuridad, ¿qué oscuridad habrá!*”.

Normalmente se separan los dos versículos. Sin embargo, después de lo dicho tiene pleno sentido relacionar el ‘corazón’ con el ‘ojo sano’, porque si no lo está, no habrá luz en nuestro interior, y nuestro corazón estará ‘embotado’, cerrado en sí mismo. Ahora bien, el corazón se centra en lo que consideramos nuestro tesoro. Y tener nuestro tesoro encerrado en “nuestro mundo interior”, tiene el peligro de quedarnos a oscuras, creyéndonos “clarividentes”. Pero esto queda más claro con la última cita que dimos.

Es el final de la curación del ciego de nacimiento. **Jn 9, 39-41**: “*Y dijo Jesús: ‘Para un juicio he venido a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos.’ Algunos fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: ‘¿Somos también nosotros ciegos?’ Jesús les respondió: ‘Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero, como decís: “Vemos”, vuestro pecado permanece”.* Es la denuncia más descarada de la ‘clarividencia’, de la seguridad que da el corazón embotado, en el que todo está previsto: hay respuesta para todo y no hay resquicio para el interrogante, para la búsqueda. Hay que estar alerta de ‘interioridades’ que no necesitan ni ‘ojos’ ni ‘oídos’, porque todo está dentro. Jesús ha venido para dejar ciegos a los ‘clarividentes’ y ofrecer la luz a los que reconocen su ceguera. El evangelio nos sana.

Si resumimos lo que las tres citas últimas nos insinúan y lo unimos a lo ya dicho tendremos lo siguiente: un corazón embotado nos ciega y ensordece, porque la ‘clarividencia’ que nos proporciona es falsa, ya que nuestros ojos no pueden acceder a nuestro corazón **-sólo Dios ve en lo secreto-** sino que están para que accedamos a la realidad **-dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen-**.

En este contexto cobra todo su alcance y profundidad **Lc 6, 37-42**: “*No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados... Y les dijo una parábola: ¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?... ¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo? ¿Cómo puedes decir a tu hermano: ‘Hermano, deja que saque la brizna que hay en tu ojo’, no viendo tu mismo la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo y entonces podrás ver para sacar la brizna que hay en el ojo de tu hermano”.*

El humor de Jesús hubiese dado pie, a veces, para auténticos *comics*. Las dos escenas, la del ciego intentando guiar al otro ciego, o la del que lleva una ‘viga’ en su ojo intentando sacar la mota del ojo del vecino, son tan cómicas como reveladoras. Pero vayamos a sus contenidos. La prohibición absoluta de juzgar que atraviesa todo el **NT** es sencillamente porque “*sólo Dios ve en lo secreto*”. La imposibilidad de acceder a nuestra “autenticidad” nos debe llevar a nunca sentirnos ‘justos’. Sólo Dios juzga; por tanto, sólo él justifica. Ya veremos mañana cómo debemos ayudarnos sin juzgarnos, y distinguiremos entre el **juzgar** y la **corrección fraterna**.

Pero si es verdad ‘que un ciego no puede guiar a otro ciego’, también lo es que tenemos que sacarnos unos a otros las ‘briznas’ que nos entran en los ojos, con la condición de que **antes arranquemos la viga que atraviesa el nuestro**, no vayamos en el intento a sacarle con ella el ojo bueno... Sólo después de sacar nuestra viga, ‘podremos ver’. Sólo desde la propia

debilidad podemos ayudar al otro, no desde la ‘autenticidad’. La ayuda, para que sea humana ha de ser en reciprocidad: “tira tú primero de mi viga, que yo te ayudo luego a buscar y sacar tu brizna...”

Y vamos al pasaje clave para la comprensión de esta **Bv. Lc 10, 25-37**: “Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: ‘Maestro, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?’ Él le dijo: ‘¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?’ Respondió: ‘Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo’. Díjole entonces: ‘Bien has respondido. Haz eso y vivirás’. Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: ‘Y ¿quién es mi prójimo?’ Jesús respondió: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron, dejándole medio muerto. Casualmente bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo. De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo. Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él y, al verle tuvo compasión; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole en su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: ‘Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré a la vuelta’. ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? Él dijo: ‘El que practicó la misericordia con él’. Díjole Jesús: ‘Vete y haz tu lo mismo’.”

El texto empieza con la pregunta del legista, que ya recogimos en la versión de Mateo al comienzo de esta **Bv.** Lucas nos cuenta que aquello fue más lejos. El legista ve que ha hecho el ridículo preguntándole algo que él mismo se ha respondido. Ante el ‘bien has respondido’, comenta Lucas que, ‘queriendo justificarse’ le preguntó: ‘Y ¿quién es mi prójimo?’.

A mi me gusta ver dos interpretaciones a este “queriendo justificarse”. La primera es la obvia: ante el ridículo de responderse a sí mismo lo que había preguntado, pide que le aclare el significado de “prójimo”. La otra expresaría la preocupación permanente del personaje que preguntaba: prójimo ¿qué alcance tiene? Si la palabra viene de “proximidad”, ¿cuándo podemos decir que alguien ya no lo es? ¿A qué ‘distancia’ deja de serlo? Sólo solucionando esta duda podrá “justificarse” ante Dios de que ha cumplido este mandamiento también.

Siempre me impresiona la forma como Jesús **evangelizó**. ¡Si no llega a ser por la estupidez de éste que quería ‘justificarse’, nos quedamos sin esta joya de parábola! La escena no puede ser más expresiva. Ante el hombre *apaleado y medio muerto*, van desfilando distintos personajes. Todos ellos pasan por allí *casualmente*. Todo es “casual”, trivial, pero en esa casualidad parece que nos lo jugamos todo. Nacemos sin programación, pero la vida tampoco lo está, por mucho que nosotros queramos reglamentarla para evitar todo imprevisto.

Pues bien, el primero que hace desfilan, por *casualidad*, es un sacerdote. Una vez más tenemos que aludir a los *paparazzi*. Es nuestra reacción espontánea ante lo inesperado que puede complicarnos. Nuestros compromisos los tenemos que programar, porque “no puede uno improvisar”, “hay que ser serio”... Pero el caso es que la realidad nos sorprende continuamente con lo inesperado. Pues bien nuestra reacción ante esta sorpresa es **dar un rodeo**. ¡Saltar por encima del *medio muerto* es demasiado! (aunque hoy uno puede ver de todo). Pero hay una manera de “pasar de largo” quedándose tranquilo: el *rodeo*. ‘Ojos que no ven, corazón que no siente’. Además era lo que tenía que hacer, “la obligación me llama”, “la

voluntad de Dios"... Y la **voluntad de Dios es más sorpresa que previsión**. (Me decía al final de su vida, Sor Barranco, una deliciosa mujer, Hija de la Caridad: "Pues sabe usted que eso de la Voluntad de Dios no es tan clara como siempre nos han dicho" ¡A sus 93 años de una vida vivida con y entre los pobres era su gran descubrimiento! ¡Llegaremos nosotros!)

El segundo personaje es un *levita* -una especie de seminarista-. Vio de lejos el 'bulto' sospechoso y opta también por el rodeo. (Vamos como los borrachos, de acera en acera, para esquivar lo que puede sacarme de mi programación). Por último, entra en escena el *samaritano*.

Dice el **Ev** que *iba de camino llegó junto a él, y al verlo sintió compasión*. Por lo que después sabemos llevaba un burro. Como es natural iría montado en él, medio dormido y, al toparse el burro con el herido, atravesado en camino, se paró en seco (los burros se paran cuando encuentran algo extraño en el camino). Podríamos decir que fue el burro el que lo **aproximó**; como nos descuidemos, nosotros siempre damos rodeos. Por otro lado, si no hay "aproximación", nunca llegará a ser "**prójimo**". (Es el problema de nuestro Primer Mundo, en el que todo se hace con "mando a distancia", y así, como nos descuidemos no llegamos a tener ni la posibilidad de saber lo que es el "prójimo"). Ante el espectáculo, se baja, lo atiende con lo que lleva, lo sube al burro, lo lleva a la posada y *cuidó de él*. Pero el **Ev** sigue: *Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: 'Cuida de él y, si gasta algo más, te lo pararé cuando vuelva'*.

¿Qué es lo que ha hecho este hombre? Lo **obvio (lo normal)**. No lo iba a dejar tirado en el camino. Lo lleva al lugar donde lo pueden atender. Eso sí, se "hace cargo" de la situación: el herido no tiene dinero, y el posadero puede ser un bribón y en cuanto él desaparezca, tirarlo a la calle. (Nunca el **Ev** idealiza: "Todo el mundo es bueno", se proclama eufóricamente -se dice a la ligera-; hasta que se demuestra lo contrario...). Pues bien, aquel *samaritano* al día siguiente se va a su negocio: **no tiene qué hacerse "enfermero" para cuidar al herido**. ¿Os acordáis de la Rubia? "**Y ¿qué le iba a hacer?** El **Ev** no exige heroicidades, sino la obviada (el hacer lo que hay que hacer): que no lo dejes allí tirado, sino que lo atiendas, lo lleves donde lo puedan atender y sigas tu camino.

Traslademos la escena a nuestros días. En vez de burros, hay que hablar de coches. Supongamos que alguien tiene la desgracia de atropellar a uno y, en vez de pararse, recogerlo y llevarlo al hospital, se da a la fuga. ¿Qué decimos de él? ¿Que no ha sido "buen Samaritano"? Más bien diremos que es un "hijo de..."

El Evangelio no pide héroes, porque no lo fue ni Jesús, como veremos. Sin embargo, la terminología (manera de hablar) de los "auténticos", de los coherentes, apunta a compromisos heroicos (a cosas muy difíciles y complicadas, fuera de lo normal). Y esto parece que no va con Jesús, que pasó como 'uno de tantos'. Por otro lado, la vida está llena de obviedades (de cosas normales) a las que respondemos con la mayor espontaneidad sin sentirnos en absoluto héroes.

Suponer que voy por la calle y una mujer que va delante de mí con prisa tropieza y cae. Mi reacción espontánea es correr a socorrerla. Le ayudo a levantarse y le pregunto si se ha hecho algo o si quiere que la lleve a algún sitio. Al final, nada de esto es necesario y yo sigo mi camino. Pues bien, cuando llego a mi casa, nunca se me ocurrirá decir: "¡He hecho una cosa hoy! Iba por la calle, delante de mí cayó una mujer y **yo** fui corriendo a echarle una mano." "Y ¿qué le ibas a hacer? Si te parece podías haber pasado de largo..." No hay motivo

para ‘medalla’ ni ‘condecoración’...

“¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?: El que practicó misericordia... Vete y haz tú lo mismo”. Esta es la respuesta final de Jesús a la pregunta del fariseo sobre “¿quién es mi prójimo?”. ¿Le aclaró mucho? Posiblemente no. Es muy probable que él buscara una especie de “programación” del reto que planteaba el “prójimo” que le posibilitase poderse ajustar con seguridad a unas normas preestablecidas, como ocurría con lo cultural (para poder quedarse tranquilo de que había cumplido con lo mandado, como ocurría cuando iba al templo). Pero al parecer esto no es posible. El hombre tendido en medio del camino es ‘improgramable’ (no puede saberse lo que le va a ocurrir), no entra en ninguna reglamentación previsible (no estaba previsto). Tan sólo exige ir con los ojos abiertos y no dar rodeos. Por tanto, mi ‘autenticidad’ está a la intemperie, no está programada, sino que es respuesta a lo inesperado, a lo que me sale al encuentro. La única condición, al parecer, es que no dé un rodeo. Y lo que se me pide es echar una mano. El samaritano la echó y siguió a su negocio.

Y en este momento siempre cuento algo que viví el año 1988, y posiblemente sea lo que más he compartido de todo cuanto me ha ocurrido en la vida. Estábamos vendimiando en un pueblo de la Mancha. En esta zona se vendimia con una espuerta grande de dos asas, lo que obliga a ir en pareja. Conmigo estaba la Mari, una gitana que tenía unos 17 años. Era el segundo año que trabajábamos juntos. Un día, en pleno trabajo, oigo el siguiente comentario a la pareja que vendimia a nuestro lado: ‘Pues ese será muy honrado, pero no es bueno’. Me resulta curiosa la frase y pregunto a la Mari: ‘Y ¿eso qué quiere decir?’, respondiéndome con la mayor naturalidad: ‘Pues eso, que será muy honrado, pero que no es bueno’. Ante mi insistencia, se me queda mirando con cara de sorpresa: ‘¿Es que tu te crees que yo no sé distinguir entre bueno y honrado?’ Pero ¿qué diferencia hay?’ ‘Hombre, Adolfo -me responde con la mayor naturalidad-, ser honrado es no matar, no robar, etc.; pero ser bueno es ayudar a los demás.’ Ya os podéis imaginar todo lo que pasó por mi mente en aquel momento...

Se nos educa y educamos para ser ‘honrados’, para cumplir con lo establecido, en un ‘estado de derecho’ donde todo está reglamentado, quedando aislados en nuestra individualidad. En efecto, cada uno estamos encerrado en nuestra honradez. Es lo único que debe preocuparnos. En la ‘honradez’ termina nuestra responsabilidad; lo que pasa de ahí no debe preocuparnos: “¡Ese es su problema!”, exclamamos satisfechos de nuestra ‘buena conciencia’ (honradez), como único reducto de responsabilidad que nos queda. Es la versión actual del **fariseísmo**, una versión perfeccionada, que elimina toda preocupación, pues las exigencias recaen todas ellas en las ‘estructuras’.

Veamos, a este respecto, la aguda observación de Lipovestky en su libro **El crepúsculo del deber**: «La exigencia de moralización del pueblo ha sido reemplazada por la de la acción pública: casi no creemos en las pedagogías del ciudadano, pero sí en el derecho a moralizar la política, jueces y expertos han reemplazado a las homilías de las obligaciones morales y cívicas... No son los regímenes de orden moral los que celebran la hegemonía de las obligaciones colectivas sobre los derechos individuales que perfilan de nuevo nuestras democracias, sino el Estado de derecho y la promoción social de la ideología jurídica. Es menos significativo de nuestra época el “retorno de la moral” que el “retorno del derecho”, el predominio del derecho como regulador de las sociedades democráticas del posdeber» (G. Lipovetsky, **El crepúsculo del deber**, Anagrama, Barcelona 2000, pp. 206-207).

Yo, con quien tengo que ser honrado es con el ordenamiento jurídico (con lo que me obliga la ley), que me va a permitir poder seguir exigiendo las prestaciones que el *Estado de derecho* me asigna. ¡Otra vez en primer plano el ‘sujeto de derechos’! Es la Sociedad (?) la que tiene que encargarse de que todo funcione. Tú no tienes que preocuparte. Esto nos está llevando a situaciones tan esperpénticas (absurdas) y trágicas como la de aquel hombre que le dio un infarto en la calle a unos metros de un Hospital, y los celadores no consintieron con salir por él, porque su prestación era dentro del Centro. ¡Y posiblemente actuaban ‘escarmentados’ por alguna actuación en la que se habían ‘extralimitado’! Habría que decir que esta Sociedad que nos rodea está llegando a reglamentar los **rodeos**, para que podamos prescindir de nuestro entorno y no tengamos que hacernos cargo de nada. Todo debe estar previsto... Y nos encontramos con la frase realista de “no te metas en líos”, porque, como nos descuidemos, hacer de ‘Samaritanos’ puede llegar a ser delito...

En efecto, la sociedad desarrollada está llena de gente que se declara honrada, pero cada vez nos encontramos con menos “gente buena”, porque eso es ‘ser tonto’ o ‘meterse donde no le llaman a uno’... Tenemos que espabilarnos y sacar las consecuencias que esto tiene: un individualismo totalmente desculpabilizado, en el que vamos a vivir cada vez más solos y aislados, ¡y eso como logro! El ideal de los más pudientes (y hoy todos nos sentimos con derecho a dicho ideal), es terminar en una Zona Residencial, en la que todos viven aislados y donde los únicos ‘interlocutores’ que encuentras son mastines terroríficos, detrás de rejas y setos impenetrables, que te avisan que aquello es **Privado**.

Es importante que conectemos esta honradez programable y contabilizable con el fariseísmo con el que Jesús se encuentra. Ambos fenómenos pretenden lo mismo: poderse **justificar**, que es lo mismo que quedarse tranquilo. Si además podemos llegar a una reglamentación del “tráfico de rodeos” que asegure que todo queda previsto y atendido -con tal que yo aporte fielmente mi “diezmo”-, puedo marchar por la vida con los ojos cerrados sin que nada perturbe mi “tranquilidad”...

Sin embargo, lo que plantea Jesús en esta parábola es que hay que ir por la vida con los ojos abiertos, sin dar rodeos, sin programaciones (*honrados*), y con un corazón compasivo (*bueno*). Según la versión de aquellos gitanos y la interpretación de la Mari, *se puede ser honrado, pero no bueno, pero*, al final se nos va a preguntar si hemos sido buenos. Pedro describe así la persona de Jesús a Cornelio: “... y pasó haciendo el bien” (Hech 10, 38). Pero si ser **bueno** es “ayudar a los demás”, eso no hay quien lo pueda “programar”. No puede prever lo que me voy a encontrar por el camino. No puedo contemplar mi “autenticidad” porque eso sería conformarme con la “honradez”, y nunca sabré a ciencia cierta los “rodeos” que he dado para “justificarme”.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA ESTA BIENAVENTURANZA: SU IDENTIDAD

Es conocida en Pablo toda la problemática sobre el Espíritu y la Ley. No podemos meternos en un tema tan complejo y rico, pero si podemos traer alguna cita que nos recuerde su postura. Por lo pronto en **Rom 2, 29**, desde su raíces judías afirma: “*El verdadero judío lo es en el interior, y la verdadera circuncisión, la del corazón, según el espíritu y no según la letra. Ese es quien recibe de Dios la gloria y no de los hombres*”.

Pero, lo más sugerente, es su convicción (convencimiento) de que es Dios el que justifica, pues nuestra experiencia personal es de total incoherencia (de que no hacemos lo que decimos). El texto más célebre es **Rom 7, 14-25**: *“Sabemos, en efecto, que la ley es espiritual, mas yo soy de carne, vendido al poder del pecado. Realmente, mi proceder no lo comprendo; pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la ley en que es buena; en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí. Pues bien sé yo que nada bueno habita en mí, es decir, en ni carne; en efecto, querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero. Y, si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo obra, sino el pecado que habita en mí. Descubro, pues, esta ley: aun queriendo hacer el bien, es el mal el que se me presenta. Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi corazón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor! Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirve a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado.”*

El texto no tiene desperdicio en boca de un judío que fue fariseo. Es la expresión más fuerte de lo que en él supuso la fe en Jesús: la propia incoherencia podía asumirla a tope (podía reconocer sin miedo su fallo); no había necesidad de “justificarse”. No nos olvidemos de la **Bv** anterior, en la que descubríamos que el pecado reconocido y confesado -lo que aquí hace Pablo- era un lugar de triple encuentro: con uno mismo, con los demás y con Dios. Y es que la última palabra no la tiene mi incongruencia (mi fallo), sino un Dios que justifica. Por eso termina diciendo, *“¡gracias sean dadas a Dios por Jesucristo nuestro Señor!”*, y sigue el capítulo octavo que es un canto a ‘la vida según el Espíritu’, gracias a Cristo...

Pero vamos a un texto, más breve, pero más decisivo, de cara a lo que esta **Bv** nos está queriendo decir. **1 Cor 4, 3-5**: *“...Aunque a mí lo que menos me importa es ser juzgado por vosotros o por un tribunal humano. ¡Ni siquiera me juzgo a mí mismo! Cierto que mi conciencia nada me reprocha; mas no por eso quedo justificado. Mi juez es el Señor.”*

El texto recoge toda la problemática de Mt 6. Poco le importa la aceptación o no aceptación de los demás, -renuncia a las *trompetillas*-, pero tampoco se juzga a sí mismo -renuncia al *espejito*-. Y aquí nos encontramos con la sorpresa: su *conciencia* no le reprocha. En efecto, tenemos que remitirnos a nuestra conciencia; más aún, no podemos ir en contra de ella. Sin embargo, eso no quiere decir que esa “limpieza” de conciencia le justifique. **¡Sólo Dios justifica!** Esto quiere decir, sencillamente, que **mi conciencia nunca agota la realidad**, ni mi “consciencia”.

Supongamos que estamos en la Semana Santa de Sevilla y voy con uno de vosotros a ver una procesión. En las apreturas, me dices de pronto: ‘Adolfo, me estás pisando’. Automáticamente miro al suelo, retiro el pie y te pido perdón. Yo no quería pisarte, pero eso no aseguraba que no pudiese pisarte. Y no damos más importancia al hecho.

Sin embargo, me tomarías por loco si yo asegurase que era imposible que te hubiese pisado porque ‘yo nunca quise pisarte’. Es decir, no podemos dar la última palabra a la conciencia; aunque no pueda ir en contra de ella: ésta no agota ni la realidad ni la verdad. Una vez más son unos ojos que ven y unos oídos que oyen los únicos que pueden sacarnos del callejón sin salida de una conciencia errónea. Hay que **minar la seguridad de la buena conciencia**. Y esto sencillamente por lo que Pablo dice, ‘Mi juez es el Señor’, es el único que

ve en lo secreto. Pero mañana volveremos sobre el tema.

En vez de justificarse en la propia conciencia ni en las obras de la ley, Pablo apunta a algo más decisivo. En **Gal 5, 13-15**: *“Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo’. Pero si os mordéis y os devoráis mutuamente, ¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos!*”. Así como en la 2ª **Bv** decíamos que la única alternativa al poder era el servicio, lo mismo hay que decir de la **libertad**: sólo tiene una salida, el **servicio**.

En efecto, la desprogramación del ser humano (que el hombre no está programado como el animal), a la que tantas veces hemos aludido, se plasma en la tarea-riesgo de la libertad. Pablo, que la exalta en contraposición a la vivencia farisaica de la Ley - *“...habéis sido llamados a la libertad”*-, advierte seriamente de la trampa de convertir aquello que nos constituye personas -junto con la inteligencia-, en *“pretexto para la carne”*, enumerando, versículos después, *las obras de la carne*: *“fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes, sobre las cuales os prevengo, como ya os previne, que quienes hacen tales cosas no heredarán el Reino de Dios”*. (**Gal 5, 19-21**) En efecto, una “libertad” expresada en estas “obras”, imposibilita cualquier concreción del “Reino de Dios”, pues lo único que desencadena es una reciprocidad competitiva -*os mordéis y devoráis*- que lleva a la aniquilación -*¡mirad no vayáis mutuamente a destruirlos!*-.

El ser humano es reciprocidad (“hoy por tí, mañana por mí”: si yo necesito de los demás, los demás también necesitan de mí). Surge de la reciprocidad, crece en la reciprocidad y ha de realizarse en reciprocidad (sólo en una familia en la que unos estén pendientes de los otros podemos madurar). Pero la única reciprocidad válida es el **servicio mutuo**. Pero un servicio cuyo dinamismo es el **amor** -*servíos por amor los unos a los otros*-, porque *toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: ‘Amarás a tu prójimo como a tí mismo’*. Es la misma respuesta de Jesús al fariseísmo con la parábola del Buen Samaritano: un prójimo al que me “aproximo” para que lo sea (¡nada de mando a distancia!), pues sólo así, la reciprocidad servidora desde el amor, pueda darse. Esto son los *frutos del Espíritu* que nos describe en **Gal 5, 22-23**: *“... amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra tales cosas no hay ley.”* La libertad expresada en estos “frutos del Espíritu” son la *plenitud* de la reciprocidad: el “servicio por amor”.

Pero hemos omitido (quitado) unos versículos en este denso capítulo 5 de Gálatas que merece citar ahora, porque nos conecta con Romanos 7. En efecto, en **Gal 5, 16-18**: *“Por mi parte os digo: Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las obras de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Pero si sois conducidos por el Espíritu, no estáis bajo la ley.”* Somos tentación - *“no nos dejes caer en la tentación”* -, y la “autenticidad” (el ser consecuentes con lo que decimos) a la que estamos llamados no nos la puede dar la Ley, pero menos aún la “justificación” que camufla la *carne* que somos, que nos lleva a “hacer lo que no queríamos”.

La culminación (la realización plena), por tanto de nuestra identidad personal, no puede darse en “autenticidades” elaboradas desde “justificaciones” que camuflan nuestra “carne”, sino dejándonos llevar por el “Espíritu” que es reciprocidad servidora, el **amor** (nuestra identidad personal no consiste en creernos “horados” porque todo lo tenemos

“justificado”, disimulando así nuestros egoísmos, sino dejándonos llevar del Espíritu que es servicio mutuo, **amor**). Un amor que se expresa en realizaciones tan concretas como las que nos describe **1 Cor 13, 4-7**: *“La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo escusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.”* Paradójicamente, siendo fruto del Espíritu, no puede ser más “encarnada” esta descripción. Es un servicio sin protagonismo ni rodeos; sin trompetas ni taburetes ni espejitos; es un **servicio** enmarcado en el **amor**, en la **gratuidad**.

CONCLUSIÓN

“...porque ellos verán a Dios”.

La ‘recompensa’, aunque en futuro, choca con todas las afirmaciones, tanto del **AT** como del **NT**. En efecto, la imposibilidad de que el hombre pueda ‘ver a Dios y seguir viviendo’ es total. Pero veamos algunos textos que puedan darnos luz sobre el sentido de esta promesa.

Y empecemos con el **AT**. En **Ex 33, 11** se nos dice lo siguiente: *“Yahvé hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con su amigo...”* Los versículos siguientes describen una relación entre Moisés y Yahvé llena de confianza y cercanía. Es decir, es pura **presencia**, pero no visión. Una presencia benéfica y condescendiente, de la que Moisés va “consiguiendo” todo lo que le pide. El clima es tal que Moisés se atreve a lo que hasta entonces no se había atrevido. **Ex 33, 18-23**: *“Entonces dijo Moisés: ‘Déjame ver, por favor, tu gloria’. Él le contestó: ‘Yo haré pasar delante de tí toda mi Bondad/Belleza (en hebreo es la misma palabra), y pronunciaré delante de tí el nombre de Yahvé; pues hago gracia a quien hago gracia y tengo misericordia con quien tengo misericordia’. Y añadió: ‘Pero mi rostro no podrás verlo, porque no puede verme el hombre y seguir viviendo’. Luego dijo Yahvé: ‘Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas; pero mi rostro no se puede ver’”.*

El texto no tiene desperdicio. Una cosa es la presencia de Yahvé -el *cara a cara*- y otra su *gloria*, su *rostro*. ¿Qué es el rostro en una persona? Lo que nos da su identidad: en el **D N I** no nos retratan el “trasero”, sino el rostro. Es decir, no podemos acceder a la “identidad” de Dios. Sólo podemos ver sus *espaldas*. Ahora bien, lo que sí le promete es hacer pasar ante él toda su *belleza/bondad*. Es al pie de la letra lo que nos describen los grandes santos: S. Juan de la Cruz: *“Mil gracias derramando, pasó por estos valles...”* o Ignacio de Loyola: *“... para en todo amar y servir a su divina Majestad”*. Dios es presencia, no “identificación”. No podemos “dar nombre” a Yahvé. Mi encuentro con Dios me lo juego en la implicación, no en la evasión, porque si pretendo identificarlo (abarcarlo) lo pierdo, o mejor dicho, lo hago a mi medida.

Pasemos al **NT**. Por lo pronto, Juan, en su prólogo, nos dice: *“A Dios nadie le ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha contado” (Jn 1, 18)*. Si bien, la afirmación inicial coincide con el Éxodo; sin embargo, la novedad está en la segunda afirmación: a Dios no podemos verlo, pero “nos lo ha contado el Hijo”. Dios se nos ha hecho visible: *“la Palabra se hizo carne” (Jn 1, 14)*. Es nuestra carne, nuestra debilidad, la que nos lo ha hecho accesible, “visible”. Es lo que estamos haciendo estos días, ‘contemplar’ la vida de este Jesús que nos invita a seguirle en esta vida.

Pero traigamos una cita que puede darnos pistas para comprender la apuesta de esa **Bv**. En **Mt 18, 1-10** nos dice Jesús lo siguiente: *“En aquel momento se acercaron a Jesús los discípulos y le dijeron: ‘¿Quién es, pues, el mayor en el Reino de los Cielos?’. Él llamó a un niño, le puso en medio de ellos y dijo: ‘Yo os aseguro; si no cambiáis y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Así pues, quien se haga pequeño como este niño, éste es el mayor en el Reino de los Cielos. Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe. Pero al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más vale que le cuelguen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundan en lo profundo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Es forzoso, ciertamente, que vengan escándalos, pero, ¡ay de aquel hombre por quien el escándalo viene! Si, pues, tu mano o tu pie te es ocasión de pecado, córtatelo y arrójalo de tí; más te vale entrar en la Vida manco o cojo que, con las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego eterno. Y si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te vale entrar la Vida con un solo ojo que, con dos, ser arrojado a la **gehenna** del fuego. Guardaos de despreciar a uno de estos pequeños, porque, yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos”*.

Ellos no ven el rostro de Dios, pero sí “sus ángeles”. Por otro lado nos dice que “si no nos hacemos como los niños no entraremos en el Reino”. Su predilección (su devoción) por los niños, que Marcos resalta más al presentar a un Jesús que reprende a sus discípulos que impiden que se le acerquen -¡los niños siempre estorban!-, es algo, como sabemos, ajeno a la mentalidad judía. El niño ante Dios apenas tenía valor, pues no era aún sujeto capaz de “cumplir la Ley”. Sin embargo Jesús dice que tenemos que hacernos como ellos. ¿En qué sentido?

Y aquí sugiero la siguiente observación acerca de los niños. A todos nos encantan a una edad muy temprana, cuando el niño es puro espectador y nos va remitiendo a lo que ve con toda simplicidad, desenmascarando a veces nuestras hipocresías; todo esto sin la menor malicia y, lo que es más importante, sin el menor “protagonismo”. Sin embargo, ese mismo niño, que ayer nos encantaba, de repente empieza a molestarnos. Ha entrado en lo que el dicho popular ha dado en llamar “la edad del pavo”. ¿Qué sentido tiene esta imagen? A mí me dice bastante.

En efecto, hasta ese momento el niño no era consciente de que “hacía gracia”. De repente percibe que es “protagonista” (aunque de hecho lo ha sido desde que nació, pero ahora cae en la cuenta). Pues bien, la “gracia” que ha hecho, vuelve a repetirla una y otra vez, y lo que antes nos encantaba ahora nos molesta. Y yo pienso que no sólo por el hecho de hacerse “pesado” sino, sobre todo, porque la “escenificación” (el hacer otra vez la “gracia”) no le sale bien. En efecto, en estas primeras ‘escenificaciones’ (el hacerse pesados repitiendo la “gracia”) descubro yo el acierto del dicho popular: está aprendiendo a hacer “la rueda del pavo” para “lucirse” -que es lo que todos vamos haciendo por la vida-, pero nos resulta ridículo en el pequeño aprendiz, mientras nosotros vamos con nuestro “moco colgando” y el “abanico de nuestra cola” bien desplegado...

Esta imagen del pavo real desplegando su vistosa cola, encierra todo lo que el **Ev** ha ridiculizado: taburetes, aleros, trompetas, espejitos... **El hacerse como niños es llegar a que nuestra mano izquierda no sepa lo que hace la derecha**. Ese día, “nuestros ángeles” están viendo en el Cielo el “Rostro del Padre”. *Veremos a Dios*, ¡en futuro!, cuando dejemos de creernos dioses.

Pero vamos a un versículo que puede ofrecernos una alternativa a esa imposibilidad de acceder a lo “secreto” de mi corazón para ver su “limpieza”. **Flp 4, 8**: *“Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta.”* Aquí Pablo anima a tener una mirada limpia, unos ojos que descubran y si fijen en todo lo positivo: ¿la **Bondad / Belleza** que Dios hace pasar delante de nosotros?

Recordemos la escena de Moisés: “Mi *Rostro* no puedes verlo, pero sí seguir mi *rastro*, en las personas, en la realidad... ¿Cómo puedo yo ver a Dios? Contemplando su Bondad y su Belleza.

Y hay algo más. ¿Cómo podré tener noticia de la limpieza de mi corazón? Si mis ojos están limpios. ¿No nos decía Jesús que si nuestro ojo estaba sano, todo nuestro cuerpo lo estará? Posiblemente la única manifestación de la “limpieza” de nuestro corazón sean nuestros ojos. Vamos por la vida, a veces, como ‘escarabajos’, cogiendo la porquería de los demás, haciendo con ella pelotas sobre las que nos montamos para resaltar sobre la basura ajena. ¿Dónde guardamos la nuestra?

Más aún en **Tit 1, 15-16** nos encontramos con la siguiente constatación: *“Para los limpios todo es limpio; mas para los contaminados e incrédulos nada hay limpio, pues su mente y conciencia están contaminadas. Profesan conocer a Dios, mas con sus obras le niegan; son abominables y rebeldes e incapaces de toda obra buena.”* Esta incapacidad de descubrir limpieza cuando nuestra *mente y conciencia están contaminadas*, es exactamente lo contrario de lo que Pablo plantea a los Filipenses: que tengan unos ojos limpios. Es decir, si esta exhortación (recomendación) de Pablo nos resulta imposible, no echemos la culpa a la realidad, sino a nuestra *contaminación* interior (que tenemos el corazón “embotado”).

Vamos a descubrir bondad y belleza en nuestro entorno, y posibilitaremos el ‘paso de Dios’. La gente que nos ha hecho bien es la que, al mismo tiempo que nos ha dicho una verdad -que a lo mejor nos dolía, pero no nos la ha restregado-, nos ha descubierto “rendijas de posibilidad”, es decir, nuestras posibilidades de bondad, de belleza, etc. Al final de esta **Bv**, lo que sí debo preguntarme es si voy por la vida ‘ensuciando con mis ojos todo lo que miro’ o descubriendo posibilidades de bondad/belleza a nuestro alrededor. Más aún en nuestra manera espontánea de expresarnos usamos frases que revelan la relación de nuestra mirada con lo más profundo de nuestro corazón: ‘es que me mira con malos ojos’, ‘no puedo ni verlo’, ‘me atravesó con la mirada’, ‘me ofendió con la mirada’...

Si en la **Bv** anterior acabábamos descubriendo que lo más profundo del pecado era su dimensión de ceguera, de ignorancia, que evitaba la culpabilidad al mismo tiempo que posibilitaba la recuperación; en ésta nos encontramos con algo parecido: los que se ven limpios, auténticos, clarividentes (los que todo lo tienen muy claro), “obrarón la iniquidad”; mientras los que hicieron lo bueno sin conciencia de “autenticidad” (sin darse cuenta), “sin saber su mano izquierda lo que hace la derecha”, son acogidos por el Padre en su “ignorancia”.

En efecto, **Mt 7, 21-23** nos plantea la verdad de los “seguros”, los que se sienten “auténticos” (“honrados”): *“No todo el que me diga: ‘Señor, Señor’, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial. Muchos me dirán aquel Día:*

‘Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?’ Y entonces les declararé: ‘Jamás os conocí; apartaos de mí, agentes de iniquidad’.”.

Sin embargo, en **Mt 25, 31-46**, tenemos la escena contraria. Como el pasaje es superconocido, sólo citaremos la respuesta de los que “reciben la herencia del Reino”: *“Entonces los justos le responderán: ‘Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te dimos de comer; y sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos forastero, y te acogimos; o desnudo, y te vestimos? ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?’ Y el Rey les dirá: ‘En verdad os digo que cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños a mí me lo hicisteis’...*

¿Os acordáis de la Rubia? Yo me figuro el momento cuando la llame el Señor y le diga: “Ven aquí, Rubia, porque me acogiste cuando me quedé huérfano”. Y ella le dirá con esa mirada limpia que siempre ha tenido y su sonrisa llena de desparpajo”. Y yo, ¿cuándo te he visto a tí?...**Los limpios de corazón no se enteran, porque sólo Dios ve en lo secreto.**

No hay nadie que nos resulte más ridículo que el “creído”, ridiculez que se va convirtiendo en desprecio y repugnancia en la medida en que el engreimiento crece. Sin embargo lo que más nos llena es la **sencillez**, el logro más complejo al que puede llegar la persona y el que más agradecemos. Ante una persona sencilla nunca nos sentimos amenazados, sino seguros; nunca se nos ocurre competir ni aparentar, porque nos libera de nuestros complejos (taburetes, trompetas..). Surge la reciprocidad confiada y agradecida. Y no confundamos la sencillez con la simpleza: el “simplón” es eso y nada más. La sencillez no se puede definir, tan solo hacemos descripciones que nunca la agotarán porque encierra en sí los opuestos más distantes, sabiendo estar en las circunstancias más dispares con una actitud serena (porque sabe lo que quiere) y recuperadora (porque no pretende competir ni lucirse). **¡Que Dios nos dé este corazón limpio y posibilitaremos fraternidad a nuestro alrededor!**

POEMA

*Hombre de barro soy:
Concentración pura,
todos los músculos apuntan a una,
el oído sólo escucha el disparo,
la vista sólo se fija en la meta;
no hay otra cosa que ser:
lo que se espera de mí;
y ser lo que yo me he propuesto.
Soy tan ridículo
que me limito a una
programación concreta
tan ridículo
que me limito a ejecutar
unas pocas cualidades.
Tan ridículo
que me limito a una programación concreta;
tan ridículo que me limito a ejecutar
unas pocas cualidades,
tan ridículo que me limito*

*a una carrera deslumbrante,
sin sospechar que soy mucho más que eso,
que soy genial, que soy todo,
siempre y cuando
no intento ser,
siempre y cuando sólo soy lo que soy:
capacidad de servicio responsable
libremente entregada a tu Espíritu.
Marjolijn*

*CORAZÓN LIMPIO. Vacío.
Sin cosas que sobrecargan.
Sin espejos, taburetes,
trompetas, posters, mandangas.
Con una gran abertura,
-herida que nunca sana-
por donde todos pasean
libres, en su propia casa.
Y el amor es GRATUITO.
Y no se les cobra nada.
Y las lámparas -los ojos-
(Bondad, Belleza, Esperanza)
reflejan gloria de Dios,
Verdad, BIENAVENTURANZA.
Servicio a fondo perdido.
Necesidad escuchada.
Pobre y Dios como ley
del exterior y la entraña.
Y más NADA...*

Séptima Bienaventuranza

“Bienaventurados los que hacen la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios” (Mt 5,9)

Cuando vimos la 2ª **Bv** anunciamos que tendría una segunda parte. Pues es ésta. En efecto, la 7ª **Bv** viene a plantear la tarea por excelencia del ser humano: **hacer la paz**. Es importante caer en la cuenta que no dice los “pacíficos”, que sería lo mismo que “los que no se quieren meter en líos”, sino que es algo activo, que hay que hacer porque falta.

Es decir, en la segunda Jesús pretendía que no eliminásemos al otro (Narváez). Como no lo quitamos de en medio, que es lo que nuestra agresividad pretendía espontáneamente, ahora hay que plantearse ¿qué hacemos con él? Pues bien, esta **Bv** dice que lo que hay que hacer es la **paz**, es decir, posibilitar el poder con-vivir con él en reciprocidad, como hermano.

La segunda cosa que sugiero, antes de empezar, es que dejéis ‘aparcada’ por el momento esta **Bv**, y volvamos a las seis anteriores. En efecto, si la primera noche dijimos que cada **Bv** iba a plantearnos un problema que afecta a toda persona y, al mismo tiempo, a descubrirnos una tentación que ese problema llevaba consigo que de no superarlo imposibilitaríamos la **fraternidad objetiva**.

Ahora que todavía están las anteriores “calentitas”, es importante repasarlas brevemente desde esta única perspectiva: cómo cada una de ellas **posibilita objetivamente la fraternidad**, de tal forma que si no resolvemos correctamente los seis problemas que han planteado, hablar de fraternidad objetiva es puro cinismo, pues no estamos poniendo los medios que la posibilitarían. Así pues, es el momento de hacer este repaso. Resaltemos, pues, en cada una este matiz:

1ª **Bv**: si no nos planteamos en serio el problema de la **codicia** a nivel personal y colectivo, ¿tendrá salida una **riqueza** que está llamada a dar vida, si la acumulamos obsesivamente? ¿De qué sirve “optar por los pobres” desde nuestro Primer Mundo si no nos planteamos frenar un crecimiento “canceroso”? ¿Cómo se podrán sentir hermanos de nosotros **objetivamente** tantos millones de personas que no pueden salir adelante por culpa de nuestro desarrollo “digno”?

2ª **Bv**: Si elimino al otro con mi **agresividad**, no le posibilito la recuperación; y si mi **poder** lo empleo para “dominar” y no en el servicio, difícilmente puede surgir la reciprocidad, base objetiva de la fraternidad.

3ª **Bv**: Si doy la espalda al que está sufriendo, cuando el sufrimiento es un hecho que nos rodea, me privo de unos niveles de solidaridad que no encontraré en ninguna otra experiencia positiva. Por otro lado, si no **afrento** la dificultad, ésta me atropellará, mientras que si la afronto me madurará (*seré consolado*).

4ª **Bv**: Si vivo desde el Estímulo-Respuesta, y no caigo en la cuenta que “no sólo de pan vive el hombre”, el “consumo” me comerá y seguiré “mirándome el ombligo”. Si no doy la vida, si no hago mi “eucaristía” en “memoria suya”, perderé la vida. Si no me doy a comer (para dar vida), me “comeré” a quien se acerque. De ahí nunca surgirá reciprocidad mutua, sino manipulación.

5ª **Bv**: Si no desciendo, si no me hago accesible a los demás, difícilmente posibilitaré la fraternidad objetiva. Si no experimento la miseria, difícilmente podré ser **misericordioso**. **El lugar más bajo es el más universal**.

6ª **Bv**: Si me justifico, si quiero “comprobar” mi “autenticidad”, y no dejar que Dios que ve en lo secreto me recompense, no me abriré nunca a la gratuidad y concebiré la relación con los otros como una “competición”, no como pura reciprocidad fraternal desde la debilidad.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO PARA HACER LA PAZ

En realidad, todo lo que llevamos dicho en las seis **Bvs** primeras apunta a este “hacer la paz” que ésta aborda explícitamente. Es decir toda su forma de ir por la vida era un posibilitar una fraternidad en torno al Padre que “hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos”. Sin embargo tenemos que preguntarnos qué clase de paz posibilitó el que, al mismo tiempo que se presentaba **manso** hasta perder la vida, no transigía frente a la mentira y la injusticia. Es decir, no fue un “pacífico” en el sentido pasivo que aludíamos más arriba. Tenemos, pues, que ver cómo “hizo la paz”, cómo posibilitó una “fraternidad objetiva”.

1.- Qué paz hizo Jesús.

Como en la 2ª **Bv**, volvemos a encontrarnos con citas que parecen reflejar cosas contradictorias: las que apuntan a la paz, y las que hablan de todo lo contrario: traer la guerra, el conflicto.

En efecto, ya en el Evangelio de la Infancia aparece esta “contradicción”. En **Lc 2, 14**, los ángeles anuncian “*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres que él ama*”. Este niño no es sólo motivo de “gloria a Dios”, sino trae paz a los hombres. Para el pueblo judío, la paz -SHALOM- es la síntesis de todos los bienes prometidos por Yahvé, el don por excelencia que el Mesías traería. Este anuncio concuerda, por tanto, con todas las expectativas del pueblo de Israel.

Pero 40 días después, al ir a presentar en el Templo al niño, tiene lugar el encuentro con el anciano Simeón, *que esperaba la consolación de Israel, y estaba en él Espíritu Santo*. Este hombre, después de dar gracias a Dios por *haber visto con sus ojos la salvación que había preparado para todos los pueblos*, bendijo a sus padres y dijo a María, su madre: “*Este niño, está puesto para caída y elevación de muchos en Israel; y para ser señal de contradicción. ¡Y a ti misma una espada te atravesará el alma, a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones*”. (**Lc 2, 33-35**) Resulta que la paz que traía a la tierra, no iba a ser tan “pacífica”. Con él iban a surgir contradicciones y se iban a desenmascarar intenciones ocultas.

Lc 19, 42 recoge una escena que citamos en la 3ª **Bv**: “*Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, diciendo: ¡Si también tú conocieras en este día el mensaje de paz. Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos*”. Jesús, como buen judío, llora ante la ciudad santa, Jerusalén,

al prever lo que le ocurrirá por ‘no haber entendido los caminos de la paz’ ¡el bien mesiánico por excelencia! (Lo más importante que el Mesías iba a traer)

Sin embargo, este mismo Jesús que llora porque Jerusalén no ha conocido lo que le habría llevado a la paz, en **Lc 12, 49-53** nos decía: “...¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división...” Otra vez volvemos a encontrarnos con una tensión semejante a la que encontramos en la 2ª **Bv**: allí fue entre *mansedumbre y violencia*; ahora es entre *paz y división, conflicto*. En aquella **Bv** acudimos para resolver en lo posible la tensión, a la escena de la curación del hombre de la mano paralizada -*mirándolos con ira, pero apenado por la dureza de su corazón*- (Mt 3, 1-5), y a la del prendimiento en el Huerto -Jesús salva los ‘derechos humanos’ de los demás, y pierde los suyos totalmente- (Jn 18, 3-9).

Pero aquellos textos no nos aclaran el tema de la paz que trae Jesús, una paz que al parecer trae consigo conflicto. Para ello vamos a acudir a tres citas tomadas del Sermón de la Cena, que podemos considerarlo como el Testamento de Jesús.

Y empecemos por **Jn 14, 27**: “Os dejo la paz, mi paz os doy; no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón ni se acobarde”. Por lo pronto, la paz aparece como el gran don que Jesús nos deja. No la impone, es un Don. En esto coincide con la idea de **shalom** en Israel:.

Pero Jesús puntualiza que la paz que nos deja es suya: *mi paz os doy*. Una especie de paz “Made in Jesús”. Y en efecto, para subrayar que es una paz especial, añade: ‘No os la doy como la da el mundo’. Y ¿cómo la da el mundo? **Imponiéndola**. En efecto, todo Dictador que se precie de tal, se considerará a sí mismo como el que ha traído la paz a su pueblo. Yo he tenido el ‘honor’ de celebrar más años de paz que nadie: ‘**50 años de Paz**’: 25 en España -de Franco-, y al llegar a Paraguay, 25 de Stroessner (presidente del gobierno del Paraguay). Pero la paz no se puede imponer, sencillamente porque deja de serlo.

Y aquí empezamos a descubrir distintos contenidos del concepto paz. Sociológicamente se habla indistintamente (la gente habla, sin caer en la cuenta de la diferencia) de ‘periodo de paz’ o ‘periodo de tranquilidad’. Pero ¿qué es la ‘tranquilidad’? La ausencia de perturbaciones, de molestias. Es decir, el contenido de la paz en este mundo es puramente negativo. Es la paz reina en una ‘Zona Residencial’: allí no te cruzas con nadie. Lo único que perturba son los ladridos de los ‘fieles mastines’ al extraño que se acerca. Todo es tranquilidad. Pero con frecuencia los vecinos ni se conocen; eso sí, no se molestan. ‘Bien supremo’ (lo más grande para mí) que provoca el aislamiento más estúpido y empobrecedor que podamos imaginar.

‘Tranquilidad’, dicen las malas lenguas, que viene de ‘tranca’: si alguien está con una estaca amenazándose, yo me encojo y no muevo una pestaña. Si nadie se mueve porque todos se sienten amenazados, todo está ‘tranquilo’, ‘estamos en paz’. Es decir esta paz apunta a que yo no experimente ningún riesgo, que nada me perturbe, que me sienta **seguro**. ¿Os acordáis del concepto de Seguridad Nacional en las Dictaduras de América Latina en los años 70? Y sin necesidad de irnos tan lejos en el tiempo y el espacio, ¿no tenemos nuestra Seguridad Ciudadana?

Es decir, la paz que el mundo pide, -¡y exige!, no nos engañemos-, es esta ausencia de perturbaciones, aunque esto sea a costa de abusos de todo tipo, porque esta ‘tranquilidad’ es un bien tan irrenunciable que hay ‘derecho’ a imponerla. Este concepto de ‘paz’, como no

podía ser menos, lo refleja el idioma, fiel *paparazzi* de nuestros cinismos. A todos se nos ha dicho en alguna ocasión, no precisamente gratificante, ‘¡Déjame tranquilo!’ o ‘**¡Déjame en paz!**’, frase que en nuestra hermenéutica (interpretación) particular hemos entendido como ‘¡Vete a tomar viento!’, por no decir otra frase más expresiva y que es la que en nuestro interior hemos escuchado...

No estaría de más preguntarnos en estos momentos por nuestros fervores pacifistas (entusiasmos por la paz). ¿Os acordáis cuando la guerra del Golfo? Hubo un florecimiento pacifista (todos los días había una manifestación por la “paz”) en España esperanzador. Pero, ¿era la paz la que nos preocupaba o la seguridad? Todos sabíamos que los aviones y barcos de guerra norteamericanos que pasaban por Zaragoza o Rota, podían implicarnos en un conflicto que ponía en peligro nuestra ‘seguridad’. Después de aquel conflicto bélico ha habido más de uno en el mundo, pero nuestra posible implicación-complicación que pusiese en juego nuestra ‘seguridad’ era nula. Automáticamente baja el ‘fervor pacifista’ (el entusiasmo por la paz).

Es decir la ‘paz del mundo’, como el modo de ‘darla’ -que consiste en imponerla-, no tiene nada que ver con la que al parecer trae Jesús. Ésta es una paz que no consiste precisamente en la ausencia de conflicto, sino en algo positivo: **poder vivir la reciprocidad de la fraternidad** (la fraternidad mutua, que no sólo me siento hermano de los demás, sino que los demás se sienten hermanos míos). Esto trae consigo la necesidad de superar conflictos y desavenencias (desacuerdos) para podernos encontrar. Veamos la sugerente reflexión de Julián Marías en su libro **Tratado sobre la convivencia**: “...El desacuerdo es muchas veces inevitable. Pero se puede confundirlo con la discordia.

Esta es la negación de la convivencia, la decisión de no vivir juntos los que discrepan en ciertos puntos en algunas cuestiones en que el acuerdo no parece posible. Las diferencias no pueden llegar al olvido de los elementos comunes, en los que se funda precisamente la posibilidad de la convivencia. Y esta palabra española me parece preciosa: en muchas lenguas no existe, y la sustituye la voz “coexistencia”, que es cosa muy distinta.

Coexiste todo lo que existe juntamente y a la vez. Las cosas coexisten, y el hombre con ellas; convivir es vivir juntos, y se refiere a las personas como tales. Es decir, con sus diferencias y sus discrepancias, con sus conflictos, con sus luchas dentro de la convivencia, de esa operación que consiste en vivir juntos. (p 28)

Es decir, parece que este concepto de paz del mundo es una paz de “co-existencia” (existir uno al lado del otro), llegar a poder estar uno junto a otro sin molestarnos, y no tanto por la validísima razón de no molestar al otro, sino sencillamente para que ‘me deje en paz’. Y una vez más tenemos que plantearnos la pregunta de Jesús que formulábamos la primera noche: ¿qué nos parece? En efecto, ¿qué nos llena más, la mera ‘coexistencia’ (que estemos uno junto al otro sin molestarnos) o la ‘convivencia’ (que estemos compartiendo la vida -con sus alegrías y sus penas-? Y aquí no quiero dejar de aludir a un término, que creo está en consonancia con esta mentalidad, que lo único que pretende es una ‘seguridad aislada’: es el término “tolerancia”. En efecto, ésta se nos presenta como un logro ético cumbre. Pues si este es el horizonte que ofrecemos a la Humanidad, es para salir corriendo.

En efecto, ‘se tolera’ por educación al vecino molesto, pero uno desearía tener otro. Lo más deprimente que podemos escuchar es enterarnos que alguien a quien consideramos amigo ha comentado de nosotros: “Bueno, lo tolero”. La tolerancia es un mínimo tan mínimo, que es nada, porque lo único que pretende es que se nos deje en paz, poder estar en paz, y parece ser que la paz que trae Jesús es una paz que hay que hacer. Es decir es un concepto activo, no meramente pasivo.

Y aquí conviene desenmascarar otro contenido más ambiguo (engañoso) aún de esa paz que busca el mundo y que los creyentes, en concreto, podemos hacer nuestro y convertirlo en la meta. Es la paz interior identificada como serenidad de espíritu, silencio... Cuantas veces comentamos: ‘¡Había una paz! No se oía una mosca. Estábamos todos tranquilos...’ Esa paz no tiene nada que ver con la paz que Jesús dice que hay que hacer.

Qué duda cabe que necesitamos tiempos de silencio en los que nos apartemos de todo, entre otras cosas para que nuestros nervios “no exploten”. Más aún, tenemos obligación de procurarnos estos momentos recuperadores. Y los podemos llamar como queramos: retiro, desierto...; pero eso no es la paz que Jesús nos trae.

Lo que Jesús plantea en esta **Bv** es *la tarea de posibilitar el encuentro desde el conflicto*. No es el aislamiento. Eso será serenidad, silencio interior, ausencia de estrés, como ahora decimos, que nuestro psiquismo (espíritu) necesita buscar, como nuestro hígado puede también necesitar ir a tomar 20 días al año las aguas de Lanjarón, pero no es la paz que tenemos que hacer y que nos da Jesús. Ésta, parece ser que es una paz que no nos va a ‘dejar en paz’.

Ahora se explica el final del versículo que nos ocupa: “*No se turbe vuestro corazón ni se acobarde*”. Si la paz que Jesús nos deja hubiese sido la mera tranquilidad, la serenidad, la paz ‘interior’... no hubiese necesitado añadir esto. Es decir la paz de Jesús es algo que, por lo pronto hay que hacer, y esta tarea lleva consigo el conflicto.

Esta paradoja, de una “paz conflictiva” en cuanto tarea, vuelve a aparecer en **Jn 16, 33**: “*Os he dicho estas cosas para que tengáis paz en mí. En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo*”. De nuevo la paz tiene que ver con Jesús: “*paz en mí*”. Pero esta paz ‘en él’, claramente nos dice que lleva consigo tribulaciones ‘en el mundo’. Y en este versículo lo que más sorprende también es el final: “*¡Ánimo!, yo he vencido al mundo*.” A primera vista puede parecer una auténtica ‘tomadura de pelo’, ¿no fue crucificado por el ‘mundo’? ¿En qué sentido venció al mundo?, o dicho de otra forma, ¿a qué apuntan esas “tribulaciones” llamadas a “*vencer el mundo*”? Esa *paz en él*, ¿en qué consiste?

Y aquí pasamos al capítulo 17 de S. Juan: su oración final al Padre, de la que tomaremos dos citas. En la primera ruega por sus discípulos. **Jn 17, 9-11**: “*Por ellos te ruego; no ruego por el mundo, sino por los que tu me has dado, porque son tuyos; y todo lo mío es tuyo y todo lo tuyo es mío; y yo he sido glorificado en ellos. Yo ya no estoy en el mundo, pero ellos sí están en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros*”.

Las dos primeras frases que he destacado nos revelan una vivencia trinitaria que tendríamos que recuperar. La Trinidad ha quedado aparcada como “misterio” en los volúmenes más abstractos (los libros más oscuros) de teología, cuando en el **NT**, siempre que se alude a ella, nunca es en términos misteriosos, sino como **experiencia**. Si nos empeñamos en acceder a lo más profundo del ser humano de una forma puramente teórica, nos quedamos fuera. Lo más profundo **se experimenta**, no se comprende. Este es uno de los callejones sin salida de la mentalidad puramente racional que nos rodea: nos negamos a incorporar lo que no podemos diseccionar racionalmente (entender sólo con razones), y de esta forma perdemos lo más dinamizador (vital) de la Realidad.

Pues bien, la fe, que no debe ser un discurso racional, se queda a veces a las puertas de la Revelación cristiana, porque no se atreve a abrirse a la experiencia. Los grandes santos cristianos han tenido experiencias trinitarias, no “elucubraciones” (comeduras de “coco”). Según este texto, ¿nos hemos experimentado el “don” (el regalo) del Padre al Hijo? Es decir, ¿nuestra experiencia cristiana de Dios es tan teórica que puede ser “unívoca” con cualquier otra experiencia religiosa? (nuestra experiencia de Dios no debe ser igual que la otros creyentes). Si a esto es a lo que nos va a llevar el Diálogo interreligioso (entre creyentes de distintas religiones), en vez de ofrecer un horizonte enriquecedor, puede convertirse en un sentimentalismo difuso en el que todo tiene cabida, porque no hay ninguna concreción. En el Apéndice al final de estas **Bvs**, traeremos un texto trinitario de S. Ignacio de Loyola que posiblemente nos ayude a esta necesidad de concreción para que nuestra experiencia cristiana de Dios tenga algo que ver con la realidad.

La tercera frase destacada con negrita nos desvela la paz a la que apunta la tarea de esta **Bv**: *para que sean uno como nosotros*. No es precisamente la del ‘mundo’ que consistía en que me dejen tranquilo, en el aislamiento, sino en una reciprocidad (relación mutua) tal que apunta a la unidad del **ÚNICO** Dios, que es pura **RECIPROCIDAD (RELACIÓN ENTRE PERSONAS))**. Entramos a formar parte, a in-corporarnos a la unidad del Padre y el Hijo en el Espíritu -“*porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado*” (Rom 5, 5)- . Resulta que Dios no es un ser solitario, sino un Dios-Único-en-el-encuentro

Pero por la otra cita de este capítulo 17 descubrimos dónde apunta la apuesta nunca agotada de Jesús y qué consecuencias tendría esta tarea de **hacer la paz**. **Jn 17, 20-23**: “*No ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí, para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tu me diste, para que sean uno como nosotros somos uno; yo en ellos y tu en mí, para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tu me has enviado, y que los has amado a ellos como me has amado a mí.*”

En esta cita entramos nosotros en escena (...*por aquellos que creerán en mí*), y aparte de la misma tarea de llegar a ser *uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti*, se añade la consecuencia: de dicha tarea pende *que el mundo crea que tu me has enviado*.

Es decir, la credibilidad de la Misión misma de Jesús pasa por la tarea de esta **Bv**. Es nuestra in-corporación-mutua (**fraternidad objetiva, comunidad**) la que puede hacer palpable el “misterio trinitario” (el misterio de Dios, que no es soledad, sino relación entre tres Personas). La misión de Jesús fue esa, mostrarnos el Misterio de Dios. La nuestra es continuar la de Jesús, pero no podemos hacerla en solitario, porque Dios no es “soledad”, sino “Comunicación de Personas”; porque ‘*Dios es amor*’ (1 Jn 4, 8).

Efectivamente, el don del Jesús Resucitado es la **paz**. Veamos primero la escena de Lucas. **Lc 24, 36-44**: “*Estaban hablando de estas cosas cuando Él se presentó, y les dijo: ‘La paz con vosotros’. Sobresaltados y asombrados, creían ver un espíritu. Pero él les dijo. ‘¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo’. Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies. Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: ‘¿Tenéis aquí algo de comer?’ Ellos le*

ofrecieron parte de un pez asado. Lo tomó y comió delante de ellos”. De entrada, lo único que ofrece es **la paz**. Ante la perplejidad de los discípulos (se quedaron asombrados) remite a sus *manos* y sus *pies*, los signos más expresivos de lo que ha llevado consigo su Misión y los saca del *asombro* volviendo a la cotidianidad (a la vida corriente), en el acto más denso para la primera comunidad: comer con ellos.

Pero vayamos a esta escena descrita por Juan, porque nos ofrecerá datos más significativos de cara a esta **Bv. Jn 20, 19-23**: “Al atardecer de aquel día, el primero de la semana, estando cerradas, por miedo a los judíos, las puertas del lugar donde se encontraban los discípulos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: ‘La paz con vosotros’. Dicho esto les mostró las manos y el costado. Los discípulos se alegraron de ver al Señor. Jesús les dijo otra vez: ‘La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también os envío yo’. Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: ‘Recibid al Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedarán perdonados, y a quienes se los retengáis, les quedan retenidos’”.

Vuelve a repetirse la misma presentación, quedando unido el don de **la paz** con los signos más palpables -de hecho, la semana siguiente Tomás los “palpará”- de lo que ha supuesto esta paz: las *manos* y en Juan, en vez de los *pies*, el *costado*. Esta es la paz que Jesús nos trae: una **paz crucificada-resucitada**. Una paz que resulta de la respuesta de Dios por su Espíritu que resucita a Jesús que se convierte de este modo en **nuestra paz**, como nos dirá la carta a los Efesios: una paz que consiste en que “*de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad... para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la enemistad*” **Ef 2, 14-16**.

Este texto es la mejor síntesis (el mejor resumen) de esta compleja paz que no es precisamente ausencia de conflicto, sino el acto supremo de descentramiento (de salir de nuestro egoísmo) de *no dejarse vencer por el mal, antes vencer el mal con el bien* (Rom 12, 21). Acto que lo autentifica ante el Padre: “*Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita, yo la doy voluntariamente.*” (Jn 10, 17-18). **No hay otra forma de dar la paz**, todas las demás es sencillamente **imponerla**, y en una paz “impuesta” no puede haber ni **recuperación** ni **reconciliación**.

Pero sigamos con el texto de Juan, en lo que tiene de novedoso comparado con Lucas, la **misión**: “*Como el Padre me envió, así yo os envío*”. Es decir, ahora es cuando podemos entender la misión de Jesús y tomar el ‘testigo’. Si recordamos el capítulo 17 -“*para que el mundo crea que Tú me has enviado*”- caeremos en la cuenta que la misión de Jesús se nos hace creíble por la forma de llevarla a cabo, por la forma de **hacer la paz**. Pues bien, nuestra misión va a ser la misma de Jesús. Pero ¿vivimos este envío como lo vivió Jesús? ¿Cómo vamos a hacer creíble a los demás la tarea encomendada si no es la de Jesús?

¡Cuántas veces hemos vivido en la Iglesia la **Misión**, la tarea por excelencia, de forma impositiva! A lo largo de estos días hemos visto que Jesús no impuso nada sino que todo su anuncio se encerraba en dos preguntas: ‘¿qué os parece?’ y ‘¿quieres?’; dos preguntas que suscitan inteligencia y libertad, las dos coordenadas necesarias para suscitar el encuentro: “entenderse” y “querer”. En muchas ocasiones hemos “*tentamos a Dios*”, en el sentido que decíamos ayer, al presentar un dios que apabulla y anula al ser humano, en vez de hacerlo más persona. La paz que Jesús trae no es la “unión” masificada (como borregos), coaccionada (manipulada), sino el “encuentro entre personas”.

Pues bien, según estos versículos del capítulo 17 de S. Juan, la tarea por excelencia que tenemos y de la que depende la credibilidad de Jesús, es la de esta **Bv**, hacer la paz, pero una paz que surge del entendimiento mutuo y el encuentro en libertad; una **unión** de personas. Y ¿no es esto lo que más echa de menos la humanidad, aunque sea, al mismo tiempo, lo que más dificulta? ¿Hemos tomado conciencia de que la credibilidad en la Misión de Jesús pasa por esta tarea que pasa por nuestras manos?...

Por todo lo que llevamos visto, al entregarles su misma **misión**, les encarga la tarea del **perdón**. Jesús nunca idealiza, por eso dice que la paz “hay que hacerla”, no la da por supuesto. Y lo primero que hace es entregarles el *Espíritu Santo* para esa tarea que nos sobrepasa porque no es nuestra sino del mismo Dios que es **Uno en la diferencia**, y quiere que seamos en Él lo mismo.

2.- Qué dijo Jesús para que hiciésemos su paz

Habría que decir que es el tema ‘estrella’ del **Ev**. Es de lo que más habló, y posiblemente es lo que menos hemos tomado en serio. Como al comienzo de esta **Bv** observábamos, todas las otras **Bvs** apuntan a posibilitar ésta. Por tanto, no exageramos si decimos que todo el **Ev** se resume en la tarea de esta **Bv**.

Por lo pronto el “logro” al que apunta **no podemos darlo por supuesto**. Este es el sentido profundo de un pasaje un tanto desconcertante que nos encontramos en **Mc 3, 31-35**: *“Llegan su madre y sus hermanos, y quedándose fuera, le envían a llamar. Estaba mucha gente sentada a su alrededor. Le dicen: ‘¡Oye, tu madre, tus hermanos y tus hermanas están fuera y te buscan!’ Él les responde: ‘¿Quién es mi madre y mis hermanos?’ Y mirando en torno a los que estaban sentados en corro, a su alrededor, dice: ‘Estos son mi madre y mis hermanos. Quien cumpla la voluntad de Dios, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre.’”*

El ser humano no puede vivir aislado, es **social**. No hubiésemos podido sobrevivir de no haber crecido en una familia. Pero la familia se nos dio, nos encontramos con ella, fue un supuesto insustituible. El pueblo de Israel tenía también otro referente también que le daba identidad: el pueblo elegido. Jesús en este pasaje sugiere que estamos llamados a constituir una **nueva familia** en torno a él, que no sea **dada**, que no sea un supuesto “asegurado” sin compromiso alguno por nuestra parte, sino que surge de *cumplir la voluntad de Dios*. Y esa voluntad de Dios, en última instancia, no es otra que la tarea que nos plantea esta **Bv**.

Este sería el objetivo, pero las **Bvs** no describen objetivos sino tareas. ¿Cómo *cumplir* esa tarea que nos ha dicho ser la *voluntad de Dios*, y que en Jn 17 se nos concretaba en apuntar a la unidad del Padre y el Hijo?

Empecemos por **Mt, 5, 21-22**: *“Habéis oído que se dijo a los antiguos: ‘No matarás’ y aquel que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: todo aquel que se encolerice contra su hermano será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano ‘imbécil’, será reo ante el Sanedrín; y el que le llame ‘renegado’, será reo de la gehenna de fuego”.*

¿Es esto una exageración del **Ev**, lo que tantas veces hemos denominado la “radicalidad del Evangelio” (tomar el Evangelio muy en serio)? Los que hayáis tenido la oportunidad de ir asiduamente (con frecuencia) a un centro penitenciario y alcanzar cierto nivel de confianza con algún preso por delito de sangre, (no por “ideología” -por “ideas”-, como es el caso del terrorista), y haya llegado a sincerarse hasta el punto de narrar el proceso

del delito, se habrá sorprendido que el origen de lo que terminó en tragedia era una nimiedad (una tontería) comparado con el desenlace que provocó. Y sin llegar a este extremo, ¿cuántas rupturas e comunicaciones irreparables han tenido su origen en un ‘insulto’, un imbécil? Se ha dicho que en materia de sexto mandamiento “no hay parvedad de materia”. No entro a discutir el tema, ni ahora viene a cuento, pero, donde con el **Ev** en la mano no la hay, es en lo que toca a la relación interpersonal, fraternal. ¡Y cuántas veces personas muy “piadosas” han denominado ‘faltillas de caridad’ (cosas sin importancia) lo que el **Ev** equipara al “no matarás”!

Una vez más tenemos que preguntarnos ¿qué nos parece? Jesús no tenía un pelo de tonto. Conocía al ser humano como nadie y sabía que si esperamos al “no matarás” hemos llegado tarde. No hay ‘mandamiento’ que pueda paralizar el arma agresora en un proceso de agresividad incontrolada. Aquí nos encontramos con un “*pero yo os digo*” que siempre hemos interpretado como dicho por la boca de un “legislador” (el que hace las leyes), y Jesús no lo fue. Jesús lo dice desde su honda experiencia humana que no es sancionadora sino salvífica esto es que ‘llega a tiempo’. El legislador sanciona transgresiones, Jesús posibilita vida, y no precisamente aislada, sino compartida, fraternal. Nadie puede decir que lo que aquí sugiere Jesús sea una exageración sino la única posibilidad de llevar a cabo la tarea de “hacer la paz”.

Pero esta tarea, como vamos repitiendo está por hacer. No es ‘utópica’ (sueños), sino tremendamente realista. Parte de la constatación de que ‘lo que debería ser’, ‘no es’. Pero no se rinde, ni tampoco sueña en que llegue el momento en que la tarea de **hacer la paz** se haya agotado porque ya se alcanzó. No es tan ‘simple’ como para decir eso. El **Ev** es tarea, no utopía (imaginaciones), sino realidades.

La “fraternidad universal” para el **Ev** es un hecho previo que se funda en la paternidad de Dios que “*hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*”. El problema es que ese hecho previo se viva como tal. Es el caso de nuestra ‘fraternidad familiar’: los que tenemos hermanos, éstos son los que son y no pueden ser otros. Otra cosa muy distinta es que yo me comporte con ellos como tal. Más aún, la “autenticidad” (que siempre lo haga bien) de mi vivencia fraternal concreta no está asegurada y pasará por situaciones de todo tipo, que habrá que ir afrontando y que, en ningún caso pueden preverse.

Pues si esto es así en un círculo tan reducido como el familiar, ¿que podemos decir de la tarea que Jesús nos ofrece como continuación de su misión? Todo está por hacer y ningún logro podrá darse por definitivo. En este sentido no hay “estructura” que garantice la tarea. Por eso los medios que Jesús plantea para esta tarea son perennes. No puede imaginarse “logro estructural” que los deje fuera de juego.

Medios para rehacer la paz rota

Esto supuesto, Jesús nos ofrece tres grandes medios para hacer posible la fraternidad: **el perdón, la corrección fraterna y la propia sospecha**. Veamos por separado cada uno de ellos.

Así como en la 2ª **Bv** sugerimos la imagen del “Ministerio de Defensa” que todos llevábamos dentro, ahora prefiero cambiar de imagen, y pensar que nuestra agresividad, que en definitiva es lo que va a imposibilitar que nos encontremos como hermanos, se simboliza en unos cuernos que al estar donde suelen no los podemos ver, pero los otros bien que los ven y, sobre todo los padecen. Formamos parte de “comunidades cornamentadas”. Pues bien, esto

supuesto veamos cómo nos sugiere Jesús la práctica de estos tres medios.

El perdón. (¿Qué hacer cuando el otro me da una cornada?)

Para profundizar en este primer recurso que Jesús nos ofrece para posibilitar la fraternidad objetiva, vamos a recurrir a tres citas: Mt 5, 38-47; Mt 18, 21-34 y Lc 23, 34.

Mt 5, 38-47: *“Habéis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente’. Pues yo os digo: no resistáis al mal; antes bien, al que te abofetee en la mejilla derecha, ofrécele también la otra, al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. A quién te pida da, y al que desee que le prestes algo no le vuelvas la espalda.*

Habéis oído que se dijo: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo’. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿Qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo también los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿Qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los gentiles? Vosotros, pues, sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial”. Y Lucas termina el mismo pasaje: “Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6, 36)

Como este texto lo comentamos largamente en la 2ª **Bv**, no es necesario. Únicamente hacer caer en la cuenta que esta reacción que Jesús plantea en la primera parte: *“ofrécele también la otra (mejilla)”*, no es para seguirla ‘al pie de la letra’. En efecto, consta en el **Ev** que a Jesús le dieron una bofetada, y no puso ‘la otra mejilla’. Lo que ciertamente no hizo fue devolverla.

Es decir, por lo pronto el **perdón** consiste en **no devolver el mal** que uno ha recibido. Sólo así seremos hijos de nuestro Padre celestial que hace salir su sol y llover sobre malos y buenos. Dios apuesta por la recuperación, por eso no destruye, sino que es **misericordioso**. Primera razón, pues, para perdonar: no repetir el mal devolviéndolo. Pero pasemos a la segunda cita: Dios no sólo “hace llover sobre justos e injustos”, sino que, de hecho, él mismo perdona

Mt 18, 21-35: *“Pedro se acercó entonces y le dijo: ‘Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces?’. Dícele Jesús: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete’.*

Por eso el Reino de los Cielos es semejante a un rey que quiso ajustar sus cuentas con sus siervos. Al empezar a ajustarlas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con que pagar, ordenó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos y todo cuanto tenía, y que se le pagase. Entonces el siervo se echó a sus pies, y postrado le decía: ‘Ten paciencia conmigo, que todo te lo pagaré’. Movido a compasión el señor de aquel siervo, le dejó en libertad y le perdonó la deuda. Al salir de allí aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros, que le debía cien denarios; le agarró y, ahogándole, le decía: ‘Paga lo que debes.’ Su compañero, cayendo a sus pies, le suplicaba: ‘Ten paciencia conmigo, que ya te pagaré.’ Pero él no quiso, sino que fue y le echó en la cárcel, hasta que pagase lo que debía. Al ver sus compañeros lo ocurrido se entristecieron mucho y fueron a contar a su señor todo lo sucedido. Su señor entonces le mandó llamar y dijo: ‘Siervo malvado, yo te perdoné a ti toda aquella deuda porque me lo suplicaste. ¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti? Y

encolerizado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase todo lo que le debía. Esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”.

Por lo pronto, el perdón del “señor” de la parábola es pleno, no una ‘rebaja’ de la deuda. Retirar la denuncia, abolir la deuda, ese es el perdón que plantea aquí Jesús. Sin embargo, la reacción del recién perdonado es exactamente lo contrario: exigencia de la totalidad de la deuda. El contraste es llamativo y desde él captamos mejor la “maldad” del siervo. La conclusión es incuestionable (indiscutible): hay que perdonar porque antes hemos sido perdonados. La conclusión tajante - *“esto mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonáis de corazón cada uno a vuestro hermano”*- nos abre a la cita siguiente. En efecto, ¿en qué consiste este “de corazón”?

Lc 23, 33-34: *“Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda Jesús decía: ‘Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen’. Se repartieron sus vestidos, echando suertes.”* Su perdón no es una exhibición que hace resaltar la propia “grandeza” y “generosidad” -’lo buenísimo que soy yo y lo malísimo que eres tú’-, que lo único que consigue es la “humillación” del “perdonado”. Tampoco es un chantaje, que ‘como te he perdonado, tu tienes que cambiar’, convirtiéndose de este modo en una coacción (manipulación). El perdón de Jesús en la cruz no ensucia ni culpabiliza al que perdona. No restriega el fallo, sino disculpa: “no saben lo que hacen”, es decir, que se han “cegado”. Y esto, como decíamos al final de la 5ª **Bv**, siempre es verdad.

Retomemos la imagen de los cuernos. Nos preguntábamos ¿qué hacer cuando el otro nos da una cornada? En pocas palabras, **no culpabilizar**. Perdonar al otro no es una forma “noble” y “sublime” (cursi) de decirle: “como te he perdonado, vas y te cortas los cuernos”; sino “como no te ves los cuernos, no sabías lo que hacías...” De este modo posibilito su rehabilitación. Cuando nos “restriegan” el fallo, nos incapacitan para recuperarnos. El perdón “de corazón” que Jesús propone, devuelve a la persona todas sus capacidades para recuperarse. Cualquier otro perdón humilla y, como nos descuidemos, exacerba (lo cabrea) imposibilitando el cambio.

Pero con el perdón no está resuelta la recuperación, sino simplemente no se le ha inutilizado para que pueda recuperarse. Si lo único que le digo es que le perdono, porque “no sabía lo que hacía”, va a seguir haciéndolo. Hay que dar el paso siguiente:

La corrección fraterna. (¿Qué hacer con los cuernos del otro?)

Hay una paradoja en la corrección fraterna. Posiblemente sea el consejo de Jesús más detallado en su forma de llevarlo a cabo y el que menos hemos intentado practicar. Para abordarlo vamos a traer dos citas: Mt 18, 15-17 y Gal 6, 1-5:

Mt 18, 15-17: *“Si tu hermano llega a pecar, vete y repréndele, a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos. Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad. Y si hasta a la comunidad desoye, sea para ti como gentil y publicano.”* En su brevedad no puede ser más minucioso en detallar, tanto el orden que hay que seguir, como lo que hay que hacer.

Estando yo en el noviciado teníamos cada 15 días el ‘ejercicio de culpas’, algo normalmente divertido, pero que empezaba “la casa por el tejado”. Además, el mismo nombre se daba de tortas con la apuesta evangélica. Propiamente debería haberse llamado “corrección fraterna”, o por ejemplo “ejercicio de recuperación”. De hecho, yo recuerdo que lo interpretaba como una oportunidad para “humillarme”; nunca se me ocurrió que pudiese pretender la “recuperación del hermano”.

Pero analicemos los tres pasos:

Primer paso:

- “*Si tu hermano llega a pecar*”: lleva cuernos, y va suelto por la vida; es lógico que alguna cornada que otra se le escape;
- “*vete y repréndele, a solas tú con él*”: es decir, la primer persona con la que vas a comentar el fallo es con el interesado y “a solas tú con él”. Nada de publicidad.
- “*Si te escucha, habrás ganado a tu hermano*”: tiene que escucharte, tiene que reconocerlo para recuperarse. **La paz no se impone**. Pero puede no escucharte:

Segundo paso:

- “*Si no te escucha, toma todavía contigo uno o dos, para que todo asunto quede zanjado por la palabra de dos o tres testigos*”: empieza la objetividad -los dos testigos-, pero aún nada de publicidad. Una vez más estos testigos no aseguran su recuperación -que lo reconozca-, porque **la paz no se puede imponer**.

Tercer paso:

- “*Si les desoye a ellos, díselo a la comunidad*”: es la publicidad plena, la última oportunidad de objetivación. Pero es la última, no empieza por ahí. En efecto, el empezar por ahí no posibilita tanto la recuperación personal, cuanto la coacción sociológica, que lo único que hace es avergonzar, humillar.
- “*Y si hasta a la comunidad desoye*”: la paz que trae Jesús **nunca se puede asegurar**. Para que sea tal tiene que asumir la persona su fallo y recuperarse. Claro que la comunidad (**Sociedad**) coacciona e impone (**asegura**), pero no recupera.
- “*sea para ti como el gentil y el publicano*”: es la exclusión de la comunidad (la **excomunió**n). No se puede someter a la comunidad al suplicio de una “cornamenta” cínicamente mantenida. A veces se ha usado la “virtud” como suplicio y, lo que es peor, como consolidación del descaro y la prepotencia.

Merece la pena pararse aquí y comparar la propuesta de Jesús con lo que nosotros hacemos normalmente. En efecto, ante el fallo del otro lo primero que surge es el comentario (¡nunca con el interesado!), con el amigo o el primero que me encuentro, de forma desenfadada, cuando no cruel: “¿Te has enterado de lo que ha hecho fulano?”. Ante la expectativa curiosa del otro, yo despliego todas mis dotes narrativas y mi imaginación en una descripción irónica y exuberante (bacilona y exagerada), en la que me “luzco”. Todo se trivializa (se le quita importancia) y termina con el superficial comentario de todos: “¡Cosas de fulano!”. El tal fulano queda fuera de este proceso y, sin enterarse, se le está ‘gestionando’ un auténtico “camé de identidad” que nunca caducará, acompañándolo a veces hasta el final de su vida. **No hay posibilidad de recuperación.**

Por el contrario, podemos imaginarnos cómo sería la práctica de la propuesta de Jesús. Ante el fallo del otro me comprometo a no comentarlo con nadie, a no ser que sea con él mismo. Si este primer compromiso lo practicásemos siempre, ¡cuántas cosas intrascendentes se esfumarían por sí solas! Las cosas cobran importancia con su publicidad y se extinguen en el anonimato.

Pero a lo mejor considero que la cosa es seria o puede tener su trascendencia -ya veíamos más arriba el aviso de Jesús de acudir a tiempo, cuando la cosa no es grave aún-. Entonces me comprometo a personalmente comentar lo sucedido con el interesado. ¿Cómo lo haríamos? : “Oye, ¿tienes ahora un rato libre? Es que querría comentarte algo...” Y nos vamos con él amigablemente, empezando de forma intrascendente (sin darle importancia) la conversación y como dando rodeos: “Mira, es sólo comentar contigo algo que a lo mejor tu ni caíste en la cuenta, ¿te acuerdas ayer..?” Y aquí empezamos con todo el tacto posible, sin exageraciones ni generalizaciones sino con todos los matices posibles, la narración del hecho. Esto sería el comienzo de una **corrección fraterna**; porque, claro que “corregimos”, pero no precisamente “fraternalmente”, sino con la cínica frase: “¡Le he dicho cuatro verdades!”. Ya nos podemos imaginar cómo habrá quedado la persona después de las cuatro “banderillas” que le he puesto. Ése ya no tiene recuperación.

Desde el simbolismo de los ‘cuernos’, podemos imaginarnos la cosa así: “¿Tu te miras al espejo?” “Pero ¿es grande?” “¿No ves nada?” “¿No has notado algo duro al peinarte...?” Y así podríamos seguir. Pero lo que no es corrección fraterna es decirle: “Agáchate”, cogerle los cuernos y cortárselos con un serrucho... Es el propio interesado el que tiene que descubrirlos y buscar los medios para amortiguar el “peligro”: unas “fundas”, unos “intermitentes”...

El segundo paso ocurriría más o menos así: ante la negativa a reconocer su fallo, como no puedo imponer la paz, si el otro no acepta mi corrección, tendré que buscar “testigos”. Empieza la fase de **objetivación**. Pero como lo que se pretende es su **recuperación**, acudiré a quien crea que tiene algún ascendiente ante él. No es buscar apoyo a “mis razones” para dejarlo “fuera de juego” o “avergonzado”, sino como S. Ignacio de Loyola dice en su célebre **Prosupuesto** (EE 22): “...para que bien entendiéndola (la proposición), se salve (la persona)”. Si no fuese esto lo que se pretende, dejaría de ser **corrección fraterna**.

Es decir, volviendo a los “cuernos”, no es que me busco dos “guardaespaldas” para que me sujeten al recalcitrante (al que no quiere cambiar) y yo pueda sin riesgo “serrarle los cuernos”. La única pretensión de la corrección fraterna es **ganar al hermano** como hermano, no como adepto “coaccionado” (no porque lo he manipulado comiéndole el “coco”). Es una “corrección desde la debilidad”, no desde la “fuerza”, que es como se practica normalmente toda corrección. Pero como este segundo intento tampoco se impone, no tenemos asegurado el “éxito”.

Tercer paso: aquí, la tarea de “objetivación” que empezó en el segundo paso, entra en su fase pública. “*si los desoye a ellos, díselo a la comunidad*”. Es el final, **pero nunca debería ser el principio**. Empezar por la publicidad es plantearse la corrección desde la **verdad**, no desde la **fraternidad**. (Más adelante veremos como plantea S. Pablo esta problemática a los cristianos de Roma). En efecto, los dos pasos anteriores han sido ofertas graduadas de **recuperación**. Sólo cuando estas ofertas han sido rechazadas, hay que acudir a

la contundencia de lo público. Únicamente, que aquí con la “comunidad” no se pretende contundencia, sino recuperación de la persona. Por eso, ésta puede una vez más rechazar la oferta.

La “cornamenta” denunciada públicamente consiste en mostrar “cicatrices”: “Este cardenal me lo hiciste el otro día”, “esta señal es de una embestida” o simplemente, “mira que también nosotros tenemos que hacernos a un lado cuando pasas...” Pero ni este apabullamiento asegura la recuperación: la persona puede cerrarse en sus trece. Por volver a las dos preguntas que nos van acompañando en nuestro proceso, al “¿qué te parece?”, puede cerrarse (¿problema del ‘corazón embotado’?); y al “¿quieres?”, decir que no; y todo lo que no sea una respuesta desde estas dos preguntas, no es personal, no será una verdadera recuperación. Pero ¿qué hacer ante esta negativa?

Cuarto paso: “...*sea para ti como gentil y publicano*”. Esto ¿qué quiere decir? Que se queda fuera. Es la **excomuni3n**, un denostado término, posiblemente por torpes concreciones (en la Iglesia “excomulgar” es dejar fuera de la comunidad cristiana y, a veces, se ha hecho por cosas tontas), pero cuya realidad se impone ante el cinismo del que no quiere cambiar y se empeña en exigir a la comunidad “heroicidades” que denigran el Reino e imposibilitan la tarea cumbre que Jesús nos encarga: que *seamos uno* como él y el Padre lo son.

En efecto, el **Ev** no dice que tenga que mantener dentro de la comunidad a quien se niega a reconocer una “cornamenta” peligrosa. Aquello que “objetivamente” está impidiendo la convivencia con el cínico argumento de que “es que yo soy así”, no está escrito en ninguna parte que tenga que soportarse. Los argumentos de la “caridad fraterna” que “*todo lo soporta, no toma cuentas del mal...*”, etc. de 1 Cor 13, apuntan a lo que pretendía la 2ª **Bv**: a no eliminarlo para posibilitar su recuperación, no para consolidar una injusticia, un suplicio. Evidentemente no voy a eliminarlo, pero sí le puedo decir: ‘Por favor, aquí dentro, con nosotros, **NO...**’ ¡Cuántas veces estamos destrozando personas y realidades comunitarias por mantener “cónicas cornamentas” que no aceptan ni la prudente instalación de unos “intermitentes”!

Y este es el momento de contaros una constatación iluminadora en nuestra estancia en Argentina, allá por los años 70. Tuvimos la suerte de contactar con los **guaraníes mby’a**. Sus logros de convivencia eran utópicos. En efecto, cada grupo (*toldería*), compuesto de unas 8 familias, elegía su jefe. Pues bien, si el jefe se enfadaba (no que cometiese un abuso, una agresión, sino el simple hecho de ‘enojarse’), automáticamente dejaba de serlo y, como pena, tenía que irse a otra toldería. Es sencillamente, lo que Jesús plantea aquí. La única diferencia es, que Jesús ofrece tres posibilidades de recuperación, pero coinciden con él en que también daban importancia a las primeras manifestaciones de no-convivencia.

Para abordar este problema de la corrección fraterna dimos otro texto que va a aportarnos un matiz importante: no se puede hacer ‘desde arriba’. **Gál 6, 1-5**: “*Hermanos, aun cuando alguno incurra en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tu puedes ser tentado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y cumplid así la ley de Cristo. Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a si mismo. Examine cada cual su propia conducta y entonces tendrá en sí solo, y no en otros, motivo para glorificarse; pues cada uno tiene que llevar su propia carga.*”

En efecto, la excusa, muchas veces, para no “corregir” es la constatación de ‘¿con qué

cara voy yo a corregir, cuando soy el primero que tendría que serlo?’ ¿Cómo le voy a decir que ‘se toque la cabeza’, si yo tengo una ‘cornamenta’ mayor que la suya? Pues precisamente por eso, porque ‘entiendo de cuernos’, y así podré, tal vez, ‘hacerme cargo’ de su situación. No lo humillaré porque podré hablarle de los míos e incluso recomendarle o la ‘funda’, o el ‘intermitente’...

Llevaba pocos meses trabajando en la construcción, y tuve la suerte de estar dos meses de peón con José María Ibáñez, un auténtico sabio, y con el que se me pasaban volando las diez horas que entonces se trabajaban. Una mañana, estábamos esperando que tocasen para empezar el trabajo en un corrillo escuchando a uno que estaba fanfarroneando no sé de qué. Al sonar la campana, cada uno nos fuimos a nuestro tajo. Iba yo al lado de José María que me comenta: “¡Qué coraje me dan estas personas!” - “¿Por qué, José María?” - “Ya ves tú, cuando todos tenemos nuestro saco de desperdicios”.

Por aquellos años, aún no existían las bolsas de basura -¿ni generábamos tanta!-. Ahora, cada vez que tengo que bajar por la noche la basura, me acuerdo de José María. Todos tenemos que bajarla, porque si no, empieza a oler si es verano. No es, por tanto, ningún insulto avisar al vecino que la baje, si se le olvidó, porque la mía también ha despedido ‘tufillo’ el día que no la bajé. La corrección se hace desde la debilidad, desde la incongruencia (que no soy perfecto), desde la inconsecuencia. No es corrección fraterna decir al otro: “¡A ver si aprendes de mí!” sino amonestación. El contexto de la corrección es: ‘...que yo también sé lo que es meter la pata’.

La propia sospecha. (¿Cómo descubrir la propia cornamenta?)

Aquí sólo traemos un texto: **Mt 5, 23-26**: “*Si, pues, al presentar tu ofrenda en el altar, te acuerdas entonces de que un hermano tuyo tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, delante del altar, y vete primero a reconciliarte con tu hermano; Después vuelve y presenta tu ofrenda!. Ponte a buenas con tu adversario pronto, mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez y el juez al alguacil y te metan en la cárcel. Te aseguro que no saldrás de allí hasta que pagues el último céntimo*”.

Como vemos el problema no lo tengo yo con el otro, sino que es el otro el que lo tiene conmigo. Es decir, yo no tengo conciencia de que haya podido hacer daño al otro, pero me entero que el otro sí tiene quejas de mí. Pues bien, esto debe bastar para que yo interrumpa mi “ofrenda” a Dios, y vaya en busca tuya para buscar una “reconciliación” que no se da, aunque no tenía conciencia de ello. Por ejemplo, si yo te digo: “¿Qué le has hecho a Juanita?” Y tu contestas: “¡Yooo!”- “Sí, tú. ¿No estuviste tu hablando con ella el otro día?”- “Pues sí, pero...” - “Pues está hecha polvo”. Y ante esta afirmación mía, la única salida que se te ocurre: “¡Bahh!, es que es una neurótica”; y todo queda ahí. Y tú tan tranquilo, porque no tienes conciencia de haberle querido hacer daño...

Es decir, se nos ha educado desde la seguridad de la ‘buena conciencia’, y esto es grave. Tenemos que remitirnos a la propia conciencia, pero nuestra conciencia no agota la realidad, como decíamos ayer. En esto consiste lo que hemos llamado **propia sospecha**. Que no me parapeto en la seguridad de la propia conciencia, sino que tengo capacidad de interrogarme ante mis clarividencias (mis seguridades), que no me justifico desde un **corazón embotado**. Es como el chiste de aquel que va conduciendo por una autovía con la radio puesta y, de repente oye que dicen: “¡Atención, atención!, por el Km 509 de la autovía Madrid - Sevilla va un coche en dirección contraria”. Nuestro protagonista constata que él va por ese

Km y dice: “¡Pero si no es uno! ¡Si son todos los que vienen en contra!”. Como nos descuidemos la realidad la medimos desde nuestras “convicciones”.

Hay que desmontar la seguridad de la ‘buena conciencia’. Sólo así podremos superar nuestra tendencia a juzgar. Y este es el momento de distinguir entre **juzgar** y **corrección fraterna**. Cuando en la Bv anterior citábamos a S. Pablo que nos decía que “ni él a sí mismo se juzgaba y, aunque nada le reprochaba su conciencia, no por eso quedaba justificado, pues quien justifica es el Señor”, poníamos el ejemplo del pisotón que yo te había dado en la Semana Santa de Sevilla. Pues bien, hay dos formas de hacerme saber que te estoy pisando: la que allí proponíamos: “Adolfo, me estás pisando”, y yo te pedía perdón y retiraba el pie inmediatamente; pero también podías haberme dicho: “Mira que tienes mala idea, Adolfo. ¡Pisarme, con lo delicados que tengo los pies!” En el primer caso es corrección fraterna, en el segundo, juicio. En el primer caso, acepto el hecho y me ‘corrijo’, en el segundo caso me siento ofendido, y hasta puedo llegar a negar el pisotón. ¡Y estamos hablando del mismo hecho!

Es decir, aceptamos que en la realidad podamos haber fallado, pero nos ofende que interpreten el hecho metiéndose en nuestra conciencia. **No podemos juzgar**, porque sólo Dios ve en lo secreto. Pero si sacamos todas las consecuencias esto último, tenemos que decir que **ni a nosotros mismos**. Aquí es donde se fundamenta la **propia sospecha**. Y así como acepto el que te haya pisado “sin querer”, tendría que aceptar que en cosas más trascendentales te haya podido hacer daño también “sin querer”. Sí tenemos la obligación de informar - **corrección fraterna**- del daño que se ha hecho, según Jesús “porque no sabemos lo que hacemos”, es decir, por ignorancia, porque **nos cegamos**.

Ahora podemos entender mejor la trabazón de estos tres medios que Jesús nos ofrece para **hacer la paz**. Pero vamos a considerarlos en orden inverso a como los hemos expuesto: porque **sospechamos de nosotros mismos** (no nos apoyamos en la seguridad de nuestra buena conciencia), podemos aceptar la **corrección fraterna** (que hayamos hecho daño *objetivamente*, aunque *subjetivamente* estábamos seguros de que no lo queríamos), y podremos **perdonar de corazón** (porque tenemos experiencia de haber cometido fallos sin quererlo). Dicho de otra forma, mientras no eduquemos desde la propia sospecha (minando la **seguridad** de la buena conciencia), no aceptaremos la corrección fraterna, ni perdonaremos de corazón, sino echando en cara.

Todo lo dicho, que apunta a “hacer” una paz que nunca podemos dar por supuesta, no quiere decir que tengamos que idealizar nuestras posibilidades. Ya vimos en la “corrección fraterna”, que todos los intentos podían terminar en fracaso, y no podía “forzarse” la paz, pero tampoco imponerse el suplicio, y podía llegar el caso de la *excomunión*. Es decir, hay que admitir con toda la modestia del mundo nuestras limitaciones y taras. Y si esto es verdad a nivel individual, cuanto más lo será a nivel relacional. Tenemos que aceptar, con toda la sencillez del mundo, que existen entre nosotros **incompatibilidades**. Pablo y Bernabé fueron santos, y tuvieron que separarse. Pablo debía tener una ‘señora cornamenta’ que posiblemente era incompatible con la de Bernabé. Y separados dieron de sí a tope, mientras, de haber seguido juntos, se hubiesen destruido.

Esto tiene su importancia en nuestra cotidianeidad (en la vida corriente). A veces idealizamos la convivencia a base de voluntarismos e imponemos suplicios a buenas personas, mientras consentimos cinismos descarados. Antes de llegar a esos extremos, si se reconociesen incompatibilidades (que no somos el uno para el otro), todos podríamos seguir

dando lo mejor de nosotros mismos sin hacer sufrir ni sufrir nosotros. Y en todo esto me estoy refiriendo a las comunidades religiosas. En las casas de formación por las que yo pasé, donde llegábamos a convivir más de cien personas, el problema de la “incompatibilidad” (de no congeniar) apenas tenía relevancia: en aquellos inmensos edificios en los que había pasillos amplios por los que podían cruzarse las más variadas “cornamentas”, fuesen de la envergadura que fuesen. Hoy día, muchas comunidades de tres o cuatro miembros, viviendo en un piso pequeño con un pasillo estrecho, no es posible que dos personas con una cornamenta de la misma envergadura y de la misma altura, puedan cruzarse sin enredarse. No hay ‘postura’ que facilite el ‘cruce’. Habrá que compaginar una ‘gran cornamenta’ y de ‘altura’ con otra más pequeña y de menos estatura que facilite un ‘tráfico’ sin accidentes. El **Ev** no pide imposibles, sino que se tengan en cuenta realidades.

Esto no quiere decir que el menor conflicto suponga una incompatibilidad (que no podemos vivir juntos). Más adelante veremos cómo éstos son hasta ‘necesarios’ de cara a la maduración de una vida comunitaria real. Pero no podemos ‘idealizar’ posibilidades manteniendo situaciones que destrozan a las personas e imposibilitan algo tan decisivo como la convivencia que revele que “somos uno...” Los que tienen responsabilidad dentro de las Congregaciones tendrían que cuidar que estos casos, puntuales ciertamente, no fuesen frecuentes, y se resolviesen con modestia y sencillez, sin crear culpabilidades ni sensación de fracaso, sino de sencilla aceptación de la incompatibilidad, que seguramente no será con todo el mundo.

La relación interpersonal según Jesús.

Los medios para restaurar una paz que se ha impedido o se ha roto nos ofrecen una tarea interminable, que nunca podremos dar por terminada. Pero estos medios tratan el problema de **hacer la paz** desde su vertiente negativa. ¿No dice nada el **Ev** nada de lo que llamamos **relación interpersonal**?

¿Qué quiere decir relación inter-personal? Creo que con el guión hemos respondido. El ser humano es pura relación con todo. Estamos relacionados con la naturaleza, con las cosas que nos rodean y **con las personas**. Y tan peculiar es esta relación con las personas, que en todos los idiomas tenemos los *pronombres personales*, es decir, pronombres que sólo se refieren a las personas y no los uso con las cosas.

Reflexionemos brevemente sobre dichos pronombres: **Yo, Tú y Él**. El punto de arranque es el Yo. Si no tengo conciencia de que tengo un yo no sabría lo que es ser persona. La conciencia de este yo la adquirimos gracias a que se nos ha querido tan locamente en nuestra familia que descubrimos que tenemos una dignidad y unos valores irrenunciables, que nos sitúan a otro nivel con las cosas.

En efecto, si quiero cambiar un mueble de sitio en mi casa, lo cambio sin más; no se me ocurre “pedirle permiso”, entre otras cosas porque “no puede responderme”. Sin embargo, si yo quiero que te corras un poco, no te empujo, sino que te digo: “¿Te importaría correr?” Si yo te trato a ‘empujones’, tu dirás que te trato “como un mueble”. Toda esta manera de tratarnos “personalmente” se da gracias a que he descubierto mi Yo y percibo desde ahí, que los demás también son “yos”.

Es decir, a partir de esta constatación del Yo nos abrimos al Tu. El tu es la percepción del otro como “yo”. Este círculo de los “tus” es el que posibilita la relación interpersonal en

cuanto tal. Más aún, es imprescindible entrar en ese círculo para que nuestra relación pueda llamarse “personal”. Por ejemplo, si yo voy por una ciudad en la que nunca he estado y, por tanto, no conozco a nadie, y voy saludando efusivamente a todo el que me encuentro, se quedarán mirándome extrañados y, como me descuide, ni me responderán. Esto ¿qué quiere decir? Que la relación personal en cuanto tal no puede darse con el extraño, que es lo mismo que decir, con el que no ha entrado en el círculo de los “tus”. Tampoco es necesario mucho para entrar en este círculo: la simple presentación por parte de un amigo o de un conocido, le dan acceso. Otra cosa es que dentro de él haya grados con diferencias cualitativas. No es lo mismo el amigo que el conocido, pero los dos son tu. El que no lo es, es el “des-conocido”: Él.

Él, ellos, son todos los que quedan fuera de ese círculo de los “tus” con los que yo me relaciono personalmente en sentido estricto. Sin embargo son personas. Como antes dijimos, yo me dirigiré a ellos con respeto y educación, porque son personas y no cosas, pero no se podrá hablar de “relación interpersonal” en sentido estricto.

Sin embargo, hay algo importante que notar. Este **Él**, al cual no puedo dirigirme “personalmente” sin causar extrañeza, se convierte en **Tu** al encontrarse en una necesidad notoria (evidente). Por ejemplo, si el desconocido que camina delante de mí, tropieza y cae, no sólo me acerco a él a echarle una mano, sino que resultaría indecente el que pasase de largo. Esto es tan importante que lo recoge el **Ev** en un pasaje clave que hemos citado varias veces, posiblemente el más responsabilizador de todo el **NT**: **Mt 25, 31-46**: “... *lo que hicisteis con uno de estos...*” ¿Y quiénes son “estos”? Todo aquel que se ha cruzado en mi camino con una necesidad o limitación personal que requería ayuda. Es decir, como si ahí Jesús nos dijese: **Yo me convierto en el Tu de todo Él que esté en una necesidad real**. Una vez más, la reacción humana normal y sana, coincide con la apuesta evangélica.

Pero volvamos a una formulación de S. Ignacio de Loyola en los Ejercicios Espirituales, a la que ya acudimos en la 4ª **Bv**, para comprender en qué se concreta la relación interpersonal (relación entre personas), qué actitudes (qué maneras de estar y relacionarse con el otro) requiere. La frase, propiamente se refiere, no a la relación entre nosotros los humanos, sino del hombre con Dios. Y aquí conviene observar una cosa: el esquema de la relación interpersonal es único; no tenemos uno de “plástico” para tratar con los que nos rodean, y otro “más digno” para Dios. Cuando el propio Ignacio en su libro de los Ejercicios cómo debe ser nuestra relación confiada con Dios (*coloquio*), pone como referencia nuestra relación confiada con el amigo, o la respetuosa del siervo con su señor.

Pues bien, la frase que ya comentamos es la del Principio y Fundamento (EE 23): “*El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y mediante esto salvar su ánima*”.

Ahora vamos a centrarnos en el primer miembro del “para”, preguntándonos por el significado de los tres verbos que utiliza.

En efecto, la frase expresa tres actitudes relacionales con Dios: *alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor*. Por lo que antes hemos dicho para Ignacio la relación con Dios es intercambiable con la humana. Por tanto los tres verbos pueden darnos a conocer lo que Ignacio interpretaba por relación interpersonal:

- **Alabar**: es lo más ‘inútil’ que se ha inventado: el que alaba no busca nada, es la actitud desinteresada; en una palabra, es la *gratuidad*, que se vivenciamos en la experiencia de

la amistad. La amistad es ella misma.

- **Hacer reverencia:** es el *respeto*. Es pararse ante el otro para que se sienta libre frente a mí. La experiencia de violación, en su sentido más profundo, es la ausencia total de *reverencia*. Sólo con ella el *misterio* de la persona se salva.

- **Servir:** sólo desde la *reverencia* el servicio puede ser tal; si no, se convierte en manipulación.

Las tres actitudes apuntan a un **TU** que se materializa en todos los demás “**tus**” y convierte a todo **él** necesitado en **TU**. Es decir, las tres nos hacen salir de nuestro **yo**, como veíamos en la 4ª **Bv.** Pero el punto de arranque de esta *apertura personal*, es el **respeto**. Sencillamente, porque la persona es **MISTERIO**, no sólo para los demás, sino para uno mismo. En el fondo es el versículo 27 del Génesis: “*Creó Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó*”.

Suelo poner esta imagen: el **misterio** (la intimidad) de cada persona es como una habitación, que como todas las habitaciones tiene su puerta. Pero esta puerta es tan antigua que no tiene llave, aún no se ha inventado la cerradura. Sólo hay un pequeño cerrojo por dentro. Por tanto, todo el que quiera entrar tiene que llamar. A lo más que puede llegar esta llamada es a la contraseña, pero **siempre hay que llamar, porque no hay posibilidad de llave**. Por tanto, el que entre sin llamar es porque ha dado un puntapié a la puerta. No hay intimidad entre dos personas -por ejemplo, en el matrimonio más ideal- que elimine la puerta con su cerrojo. Podrán llegar a la llamada-contraseña, pero nunca a entrar sin llamar.

Es lo que Ibsen plantea en su obra de teatro **El pato salvaje**. El autor nos presenta una pareja que tiene una relación personal envidiable. Pero llega un momento en que ambos se plantean que entre ellos debe existir una confianza tan diáfana (transparente), que ningún misterio puede enturbiarla. El final de esta búsqueda mutua es que cada uno tiene que irse por su lado. La relación “ideal” que vivían, se rompe. De ahí el título de la obra: el pato va por el lago un día de sol, y se ve el fondo perfectamente. De repente se sumerge, mete el pico en el fango y todo se enturbia. **No podemos eliminar el misterio mutuo**. Lo experimentaremos como una profanación, una violación.

Esto supuesto vamos a dos versículos de Mateo que, posiblemente, nos expresen de una forma más profunda y sencilla lo que estamos queriendo explicar. El texto pretende describirnos cómo debe ser la relación con nuestro *Padre que está en los cielos*. Sin embargo, después de lo dicho -que no tenemos dos “esquemas” de relación interpersonal-, lo que describa nuestra relación correcta con Dios, ha de servir también para los demás.

Mt 7, 7-8: “*Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca, halla; y al que llama, se la abrirá.*” El texto no puede ser más simple, pero vamos a preguntarnos por el alcance y trasfondo de los tres verbos que usa:

Por lo pronto, ninguno de los tres verbos nos gustan:

- **pedir:** a nadie le gusta tener que pedir porque no puede conseguir lo que necesita por ningún otro medio;

- **buscar:** tampoco le agrada a nadie tener que buscar algo que, por descuido, ha perdido o sencillamente, que no hay más remedio que buscar porque nadie puede orientarme sobre el tema;

- **llamar:** voy a una ciudad a un asunto, y me hospedo en casa de unos conocidos.

Terminaré tarde, pero no me dan llave, sino que me dicen que llame cuando llegue, que ya me abrirán.

Pero los tres son necesarios:

- **pedir**: por ejemplo, se el libro que busco se ha agotado y no puedo comprarlo, y sin embargo me entero que un amigo lo tiene;
- . **buscar**: si algo se me ha perdido y lo necesito;
- **llamar**: si no me dieron llave.

¿Por qué no nos gustan los tres?

Porque ninguno de los tres asegura lo que pretende:

- . **pedir**: el que yo pida el libro al amigo o conocido, no quiere decir que me lo tenga que dar;
- **buscar**: ¡cuántas cosas que perdimos e incansablemente buscamos, no las encontramos!;
- **llamar**: ¿quién me asegura que, si llego de madrugada, me van a abrir? A lo mejor se han dormido y nadie me oye...

Por tanto, todos preferimos:

- **exigir** en vez de **pedir**: ir a la librería, encontrar el libro, comprarlo y llevármelo a mi casa;
- **que todo esté previsto** en vez de tener que ponerse a **buscar** inútilmente lo que siendo ‘más ordenado’ no habría perdido. En definitiva, buscando se pierde mucho tiempo...;
- **la llave**, sobre todo si voy a llegar tarde, para no tener que molestar a nadie...

Sin embargo, estos tres verbos nos abren:

- el **pedir** a la **gratitud**: el hecho de que el amigo me dé el libro que yo necesitaba, con agrado y complacido suscita en mí uno de los sentimientos más humanizadores que podemos experimentar: el agradecimiento: el sentimiento que, de forma más gratificante, nos abre al otro. A través de él descubrimos su verdadero valer personal y nos abre a la verdad más incuestionable: que somos **pura deuda**. Todo lo hemos tenido que recibir gratuitamente y a lo largo de muchos años, cosa que, posiblemente sea el olvido más indecente que tenemos en la vida y que nos lleva a una autosuficiencia (ir de chulo) ridícula.

- el **buscar** a la **sorpresa**: la alegría del hallazgo. La reacción del que encuentra la oveja perdida, que nos describe Lucas, es gozo compartido: “y cuando la encuentra la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: ‘Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido’” (Lc 15, 5-6). Y la observación de Mateo es más expresiva aún: “Y si llega a encontrarla, os digo de verdad que tiene más alegría por ella que por las noventa y nueve no descarriadas”. (Mt 18, 13) La sorpresa del hallazgo, nos llena de gozo. Es decir, nos llena más la sorpresa del hallazgo que la rutina de lo conocido y seguro.

- el **llamar** al **misterio**: hoy, posiblemente, que la hospitalidad apenas hay ocasión de practicarla, pues la red de hoteles que nos solicitan por todos sitios han convertido en indecencia o caradura el llamar a una puerta, nos incapacita para entender qué hay detrás de este llamar. Quiero compartir con vosotros una experiencia de hace bastantes años que me

hizo experimentar la hospitalidad como nunca. Tuve que ir a visitar a unos amigos gitanos que vivían en otra ciudad. Nos alargamos en la conversación y se hizo tarde. Entonces me preguntan: “Adolfo, ¿dónde vas a dormir esta noche?”. - “Pues iré a casa de unos compañeros”, (en aquella ciudad tenía casa la Compañía). “¿Por qué no te quedas con nosotros?”. La casa en que vivían consistía en el dormitorio, donde, además de la cama del matrimonio, había dos literas de tres pisos (tenían 6 niños), una pequeña salita a la entrada que hacía de comedor, con una hornilla de butano en un rincón, y un pequeño servicio. Ante este panorama pregunté sorprendido: “¿Puedo?”. - “¡Claro!”. En efecto, corrieron la mesa, y en suelo echaron un pequeño jergón, y allí dormí con una sensación única. Había sido incorporado a su realidad pobre y sencilla. Tenía más valor la acogida del amigo que la “dignidad” del alojamiento...

En efecto, esta triple experiencia de **gratuidad** por el don, **sorpres**a por el hallazgo y **acogida** a la intimidad, al “misterio” del que me abre, es algo que sólo se experimenta si hemos tenido que **pedir, buscar y llamar**. Las tres experiencias rompen nuestro aislamiento y autosuficiencia, y nos abren al gozo de una relación enriquecedora **personalmente**, porque es en **libertad**.

Si todo lo dicho lo aplicamos a la relación interpersonal, cobra una expresividad inesperada (todo lo dicho puede ayudarnos a descubrir si nos relacionamos como personas). ¿Por qué no nos hacemos las preguntas siguientes?

¿Cómo deseamos que los demás se relacionen con nosotros?

- que nos **exijan** o que nos **pidan**;
- que **den por supuesto** (el cliché) o que **busquen** en nosotros esperando sorprenderse;
- . que **invadan nuestra intimidad** o que **respeten** llamando para que nosotros les abramos.

Por último, ¿cómo nos relacionamos con los demás?

- **pidiendo o exigiendo**;
- **buscando** o con nuestro aburrido fichero de **clichés**;
- **llamando o invadiendo** con el pretexto de una camaradería que todo lo profana y trivializa

Creo que estaremos de acuerdo que difícilmente encontremos unas preguntas más sencillas y profundas para acceder a la verdad de la “calidad” de nuestra **relación interpersonal**. Una vez más el **Ev** nos proporciona lo más sencillo, al mismo tiempo que profundo, para acceder a la verdad del ser humano.

Segunda parte

CÓMO CONCIBIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD LA TAREA DE HACER LA PAZ

Empecemos por las dos descripciones, un tanto idealizadas, que encontramos en los Hechos de los Apóstoles. **Hech 2, 44-45**: “*Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno*“, y en **Hech 4, 34-35**: “*No había entre ellos ningún necesitado,*

porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad.” Si es verdad que comparados estos textos con la descripción que nos hace Santiago en su capítulo segundo parecen bastante idílicos e irreales, lo que no es idílico es el fundamento de esa “unión” y ausencia de “necesitados”: lo **compartían** todo. Es decir, es la confirmación de lo que decíamos al comienzo de esta **Bv**: ésta es posible en la medida en que nos tomemos en serio las anteriores. La “fraternidad” descrita en estos versículos suponía una vivencia práctica de la primera **Bv**.

Pero pasemos a otros documentos que pueden describirnos cómo entendieron aquellos hombres esta paz que Jesús nos había dejado. Y empecemos por **Ef 2, 11-22**: *“Así que, recordad cómo en otro tiempo vosotros, los gentiles según la carne, llamados incircuncisos por la que se llama circuncisión, - por una operación practicada en la carne-, estabais a la sazón lejos de Cristo, excluidos de la ciudadanía de Israel y extraños a las alianzas de la Promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Mas ahora, en Cristo Jesús, vosotros, los que en otro tiempo estabais lejos, habéis llegado a estar cerca por la sangre de Cristo.*

Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo, de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí mismo muerte a la Enemistad. Vino a anunciar la paz: paz a vosotros que estabais lejos, y paz a los que estaban cerca. Pues por él, unos y otros tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu.

Así pues, ya no sois extraños y ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los apóstoles y los profetas, siendo la piedra angular Cristo mismo, en quien toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor en quien también vosotros estáis siendo juntamente edificados, hasta ser morada de Dios en el Espíritu”.

La presentación de Cristo como “nuestra paz”, que “de los dos pueblos hizo uno”, para hacer de los dos “un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar a ambos en un solo Cuerpo”, nos llena y emociona. El problema es que esta **paz verdadera**, no impuesta, no de vencedores sino de reconciliados, ha tenido un precio: **por medio de la Cruz**. En realidad, esta paz ha tenido un “vencido”: Él mismo. Pero este **vencido** ha posibilitado que “unos y otros” tengan “libre acceso al Padre, en un mismo Espíritu”. Es a lo que apuntaba Jesús en su oración al Padre en la Última Cena (tenemos que ser uno como el Padre y el Hijo son un solo Dios). Esta incorporación a la “vida trinitaria”, por usar nuestros lenguajes teológicos, nos convierte en “edificación bien trabada... hasta formar un templo santo en el Señor” (este vivir la vida de Dios entre nosotros, nos convierte en un “templo”, donde Dios está presente: “si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros” (I Jn 4, 12)).

Esta imagen de **Templo** tiene dos simbolismos importantes: en cuanto ‘edificio’ está formado de piedras bien ‘trabadas’; no es un ‘montón de piedras’, necesitando una ‘piedra angular’ que va a ser Cristo mismo. Por otro lado el templo simbolizaba para un judío el lugar de la presencia de Yahvé. Es decir, la imagen encierra lo medular de la misión de Jesús y nuestra: el hacer la paz suya que apunta a que “seamos uno” como el Padre y el Hijo, “hasta ser morada de Dios en el Espíritu”.

Pero la imagen más querida de S. Pablo es la del Cuerpo, y donde la desarrolla con más amplitud es en **1 Cor 12**. Al ser muy conocido y largo, sólo vamos a citar los versículos **4**

al **11**: *Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios, que obra todo en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común. Porque a uno se le da el Espíritu de palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas y a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad*". A partir del versículo 12 desarrolla con exuberancia (con mucho detalle) la imagen del cuerpo. Conviene leerla y sacar consecuencias. Nosotros, además, vamos a resaltar algunos simbolismos sugerentes que pueden enriquecer el alcance de la **paz** que Jesús nos encarga que hagamos.

Por lo pronto, en un cuerpo hay **variedad**. El monocultivo es empobrecedor siempre (es como el que sólo siembra lechugas en su huerto, y no puede comer otra cosa): "como yo soy pie, todos tienen que ser pies"; aquello sería un 'ciempiés'...La variedad del cuerpo es complejidad (es muy complicado, la cantidad de cosas que tienen que funcionar), pero una complejidad que se vive como riqueza. Si tú eres mano, debes seguir siéndolo, pero dejar que el otro sea ojo y el otro pie. Primer dato, por tanto, una variedad que no vivimos como contratiempo, sino como potenciación. Es el gozo de la integridad (que no nos falte ningún miembro) y la complementariedad (la mano cuenta con el pie y con el ojo, etc.): afortunadamente no todos son brazos y manos.

Segundo dato: ¿cuándo funciona bien el cuerpo?, ¿cuándo decimos que tenemos salud? Cuando no me entero que tengo ni estómago, ni riñones, ni muelas... Un organismo funciona cuando nada destaca ni se hace notar: como si no estuviese... Te enteras, para tu desgracia, que tienes muelas, cuando tienes un dolor de muelas. Es decir, el **cuerpo** que estamos llamados a formar funcionará cuando todos los miembros funcionen sin hacerse notar. ¿Cuántas personas han pasado por nuestras vidas sin destacar, sin ningún brillo, como si no hubiesen existido, pero 'han sabido estar en su sitio'? Y ¿cómo las echamos de menos cuando ya no están! Lo más grande que se puede decir de uno de cara a posibilitar esta vivencia de cuerpo es que no se diga nada. ¿Qué alcance puede tener la queja tan corriente: "no me valoran"...? A veces queremos convertirnos en un "dolor de muelas", Todas esas exigencias de 'reconocimiento', dificultan el funcionamiento del cuerpo y, en definitiva, cualquier misión.

Otro aspecto que nos sugiere la imagen de cuerpo: todas las células que lo componen han de llevar el mismo ritmo de crecimiento, por decirlo de alguna forma. Cuando un grupo de ellas se 'autonomiza' (prescinden de las demás y sólo crecen ellas) y decide imprimir un ritmo más 'acelerado de crecimiento' se convierte en un cáncer. De ahí el dicho popular: "se lo comió el cáncer". ¿Cuántas veces, "personalidades fuertes" se han convertido en un verdadero cáncer para el colectivo del que forman parte! Es el estúpido "¡Menos mal que he llegado yo!" ¿Cuántas personas "brillantes" han anulado valores ocultos que hubiesen ido mucho más lejos que las payasadas ostentosas del "genio"! Un colectivo funciona, en cuanto tal, cuando no hay protagonismos. De haberlos, está herido de muerte en ellos mismos. Esto no quiere decir que no pueda haber personas valiosas, que las habrá, y es un regalo que las haya, pero desde a igualdad, desde la sencillez, "*sin dejarse llamar ni maestros, ni padres, ni jefes*"...

Y vamos a recordar dos versículos de una cita que ya dimos en la 4ª **Bv: 1 Cor 11**,

18-19: “...Pues, ante todo, oigo que, al reuniros en la asamblea, hay entre vosotros divisiones, y lo creo en parte. Desde luego, tiene que haber entre vosotros también disensiones para que se ponga de manifiesto quiénes son de probada virtud entre vosotros”... y siguen sus serios reproches a cómo celebran la *Cena del Señor*. Es decir, por un lado les ha dicho que no se extraña de que haya *disensiones* en sus *asambleas*, pero a renglón seguido les recuerda que cada vez que celebran la Cena del Señor, “*anunciáis la muerte de Señor, hasta que venga*”. Por tanto “*exámínesse cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo.*”

La Eucaristía es un signo -sacramento- que expresa la entrega de Jesús *por nosotros*, de cara a que *la hagamos en recuerdo suyo*. La Cena del Señor fue el momento central en la vida de Jesús: en él expresa el sentido de su vida, **su misión**, y plasma ese momento en un **sacramento** para que **lo hagamos en recuerdo suyo**. Pero ¿qué momento fue aquel? El más conflictivo de su vida. Es decir, lo que estaba llamado a “significar” el momento de la total donación como único medio para llevar a efecto la tarea de la paz, lo clava en la situación más tensa del grupo: uno lo ha traicionado y Jesús lo comenta: “*Yo os aseguro que uno de vosotros me entregará*”, con lo que se crea recelo entre ellos (Mt 26, 20-25); según Lucas, en aquella cena surge una discusión sobre quién es el mayor y Jesús tiene que hacerles ver que “*él está en medio de ellos para servir*” (Lc 22, 24-27 y Jn 13, 1-20); ante el anuncio de la dispersión de todos esa misma noche, Pedro dice que “*Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré*” (Mt 26, 30-35)... Allí, por parte de los discípulos sólo hay rivalidad, competitividad, recelo, protagonismos...

Pues bien, ahí clava la apuesta por la fraternidad, la **Eucaristía**. Y es que la Eucaristía está llamada suscitar la fraternidad, a crearla, no la supone. Una cosa es que esté llamada a crear la unidad y posibilitar la fraternidad y, por tanto, lo que se celebra “hay que hacerlo”, y no al revés: que nuestros “logros” intimistas y cerrados sean los que “den sentido” a la Eucaristía. ¡La primer Eucaristía (podríamos decir con humor, “la primera comunión” de los apóstoles) fue un desastre! Y es que el sacramento de la eucaristía es una apuesta disparatada que sólo Dios puede plantear, un planteamiento que para nosotros se convierte en tarea por hacer “en recuerdo suyo”. ¡No seamos tan engreídos de creernos que la Eucaristía es expresión de lo bien que nos llevamos!

Retomemos el versículo de un texto ya citado en la 2ª Bv: **Rom 12, 18:** “...*en cuanto de vosotros dependa, en paz con todos los hombres*”. La tarea de la paz nunca tiene asegurado su éxito, porque no se puede imponer. Por eso lo único que hay es que no desistir en la tarea, pero sin caer en la trampa de forzarla, porque entonces lo que hago es impedirla. Es como si yo tengo levantado un muro porque ‘no puedo verte’. Un día pienso que es un disparate tener ese muro ahí, y decido tirarlo. Pero cual no es mi sorpresa que me encuentro con que tu tienes levantado otro. Pues bien, no puedo ponerme a tirar el tuyo; lo único que sí está en mi mano es no levantar de nuevo el mío para que si a tí, en algún momento se te ocurre tirar el tuyo, podamos encontrarnos.

La única tarea es **hacer la paz que trae Jesús**. Veamos como S. Pablo formula dicho tarea en **2 Cor 5, 17-21:** “*Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación: pasó lo viejo, todo es nuevo. Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo, y nos confió el ministerio de la reconciliación. Porque en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación. Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con*

Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él". La tarea de Jesús es la nuestra: la **reconciliación**. Una tarea lenta, complicada, nunca resuelta definitivamente, porque no consiste en una "victoria" -en la que siempre hay 'vencedores' y 'vencidos'-, sino en la **recuperación**. ¡Si no hay recuperación es imposible la reconciliación!

Pero pasemos a un caso concreto de **hacer la paz** en un conflicto vivido en la primera comunidad cristiana de Roma y que S. Pablo nos describe en **Rom 14**. El problema era el siguiente: la carne que se vendía en el mercado procedía de reses que, previamente, habían sido sacrificadas a los dioses paganos en los distintos Templos de Roma. Pues bien, muchos cristianos pensaban, en conciencia, que no podía comerse dicha carne sin hacerse partícipes del culto al dios al que había sido sacrificada, mientras otros opinaban que ellos no habían tenido ver con aquel ritual y, por tanto, podían comer. La cosa era seria, pues estaba en juego lo nuclear de su identidad como cristianos que procedían del paganismo: su ruptura con el culto a los dioses. También había otro problema sobre los días (lo toca de pasada). Pero vamos a transcribir completo el capítulo por la riqueza de matizaciones que Pablo aporta a la hora de abordar el conflicto.

"Acoged bien al que es débil en la fe, sin discutir opiniones. Uno cree poder comer de todo, mientras el débil no come más que verduras. El que come no desprecie al que no come; y el que no come tampoco juzgue al que come, pues Dios le ha acogido. ¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Que se mantenga en pie o caiga sólo interesa a su amo; pero quedará en pie, pues poderoso es el Señor para sostenerlo. Éste da preferencia a un día sobre otro; aquél los considera todos iguales. Aténgase cada cual a su conciencia. El que se preocupa por los días, lo hace por el Señor; el que come, lo hace por el Señor, pues da gracias a Dios; y el que no come, lo hace por el Señor, y da gracias a Dios. Porque ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así, que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos. Porque Cristo murió y volvió a la vida para eso, para ser Señor de muertos y vivos. Pero tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano? En efecto, todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios, pues dice la Escritura: ¡por mi vida!, dice el Señor, que toda rodilla se doblará ante mí, y toda lengua bendecirá a Dios. Así pues, cada uno de vosotros dará cuenta de sí mismo a Dios.

Dejemos, por tanto, de juzgarnos los unos a los otros; juzgad más bien que no se debe poner tropiezo o escándalo al hermano. -Bien sé, y estoy persuadido de ello en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro; a no ser para el que juzga que algo es impuro, para ése sí lo hay-. Ahora bien, si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes ya según la caridad. ¡Que por tu comida no destruyas a aquel por quien murió Cristo!

Por tanto, no expongáis a la maledicencia vuestro privilegio. Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. Toda vez que quien así sirve a Cristo, se hace grato a Dios y aprobado por los hombres. Procuremos, por tanto, lo que fomente la paz y la mutua edificación. No vayáis a destruir la obra de Dios por un alimento. Todo es puro, ciertamente, pero es malo comer dando escándalo. Lo bueno es no comer carne, ni beber vino, ni hacer cosa que sea para tu hermano ocasión de caída, tropiezo o debilidad.

La fe que tu tienes, guárdala para ti delante de Dios. ¡Dichoso aquel que no se juzga culpable a sí mismo al decidirse! Pero el que come dudando, se condena, porque no obra conforme a la fe; pues todo lo que no procede de la buena fe, es pecado."

Por lo pronto hay que destacar el primer versículo: *"Acoged bien al que es débil en la*

fe (el que no comía carne), ***sin discutir opiniones***". Nunca la "discusión de opiniones" posibilitará el encuentro. Si yo tengo tres razones para defender **A** y tú cuatro para defender **B**, y las confrontamos en una discusión, un diálogo... -da lo mismo el nombre que le pongamos si lo que confrontamos son "opiniones"-, al terminar lo que habremos conseguido es que tú ya tienes seis razones para defender tu postura, en vez de las cuatro que tenías, y yo cinco, en vez de tres. La discusión de opiniones no tiene salida; la única salida es acceder a la realidad y en torno a ella preguntarnos ¿qué nos parece?

Por ejemplo, si me encuentro con alguno de vosotros dentro de un año, y sale en la conversación cómo era esta habitación, y yo comento que había un espejo, que es lo que estoy viendo todo el tiempo que os hablo, y tu me discutes que no, que lo que había era un crucifijo, podemos estancarnos cada uno en nuestra opinión, si a mí nunca se me ocurrió mirar para atrás, y a ti tampoco. La única solución es que volvamos de nuevo a esta habitación, y aquí, **en la realidad, coincidiremos**. Las ideas no se desmontan con ideas sino con realidades. En ese sentido, yo suelo decir que, en la vida religiosa, "nunca discutir con un Provincial", sino llevarlo a la realidad.

Pero entremos en el problema concreto que tenía aquella comunidad. Es el clásico problema de los 'rigoristas' (los que quieren que todo siga igual que siempre) frente a los 'abiertos' (los que no le temen al cambio), o en nuestra terminología coloquial (nuestra manera de hablar corriente), de los 'carcas' (los 'carrozas') y los 'progres' (los 'echados pa'lante'). Este fenómeno siempre existió y seguirá existiendo; lo único que cambiará serán los contenidos. Pues bien, aquí S. Pablo demuestra su agudeza y precisión a la hora de describir las dos posturas. En efecto dice que *el que come* (el 'progre') **no desprecie al que no come**; y *el que no come* (el 'carca'), **tampoco juzgue al que come**. Estas dos actitudes siguen siendo las que acompañan a unos y otros. Veamos, pues, lo que S. Pablo nos dice ante un conflicto, que en realidad es permanente, de una u otra forma, en cualquier grupo humano.

Por lo pronto: "*Tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano?*". Parecemos el "juzgado de guardia". Hay turno permanente, de día y de noche... ¡Dejemos a Dios el juicio! "*Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios*". Él es el único que puede dar sentencia, porque es el único *que ve en lo secreto*. Por otro lado, sólo "*somos del Señor*", no somos de nadie ni de nada -ni idea, ni tendencia, ni partido-. Por eso, "*¡aténgase cada cual a su conciencia!*"; es decir, nadie puede meterse ni forzar la conciencia de nadie.

Este **no juzgar, no despreciar, atenerse a la propia conciencia**, posibilitan un **respeto** mutuo que elimina la posibilidad de toda "*discusión de pareceres*". Ahora bien, lo dicho hasta este momento puede parecernos un relativismo generalizado (que todo da igual y todo es verdad): "cada cual puede pensar lo que quiera porque en definitiva todo es igual..." ¿Es que la verdad no existe?, o ¿es que todo es verdad?...

Sin embargo, no se trata de un irenismo (querer por encima de todo tranquilidad, que no haya discusiones) barato, de que "por bien de paz" cada cual 'haga de su capa un sayo'. **La verdad es una**. Por eso Pablo, después de todo lo dicho afirma con rotundidad (con firmeza): "*Bien sé, y estoy persuadido de ello en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro*". Es decir, los que están en la verdad, los que tienen razón en este caso, son los 'progres'. Sin embargo, eso no quiere decir que se pueda imponer la verdad porque es verdad, porque el mismo Pablo añade: "*a no ser para el que juzga que algo es impuro, para ése sí lo hay*". ¡No se puede ir contra la propia conciencia!

*“Dejemos, por tanto, de juzgarnos los unos a los otros; juzgad más bien que **no se debe poner tropiezo o escándalo al hermano**”.* La “verdad” no es el “absoluto” sino el “hermano”. La verdad no debemos considerarla como logro que hay que imponer, sino como horizonte que siempre hay que posibilitar. Todo el que ha emprendido una “cruzada” estaba convencido de que tenía la verdad. Más aún, incluso en el caso de que la tenga, nunca estará justificada dicha cruzada.

Es la experiencia cotidiana del que comenta: “¡Le dije cuatro verdades!”, y uno piensa ‘¡Cómo habrá quedado!’”. En efecto nos figuramos las ‘cuatro verdades’ clavadas como cuatro banderillas, y el ‘lidiado’ queriendo sacudírselas. Para esa persona, esas “verdades” no podrán llegar a serlo nunca. Al emplear la verdad como un arma arrojadiza, la imposibilitamos. La verdad, como la paz, es un don, el **DON** al que todos caminamos, pero al que debemos acceder desde nuestra conciencia. Es el **¿qué te parece?**, que Jesús va planteando. Y ya veremos mañana que él mismo se va a presentar como **la Verdad**, pero no se impone. Más aún, un detalle curioso: no se pone ‘nervioso’. Sí se indigna ante el cinismo o la hipocresía, porque es la cerrazón total ante la verdad, el negarse a buscarla.

Por eso Pablo concluye: *“Que el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo”.* Nada de eso se impone, sino que lo experimentamos como plenitud y la plenitud nunca se experimenta como imposición. Pero aquí tenemos una trampa: como la **justicia** y la **paz** son bienes tan imprescindibles, caemos en la tentación de imponerlos. Más aún, le exigiremos a la Sociedad que lo haga. Por eso Jesús ya nos avisaba en **Mt 5, 25-26**: *“Ponte en seguida a buenas con tu adversario mientras que vas con él por el camino; no sea que tu adversario te entregue al juez y el juez al guardia, y te metan en la cárcel. Yo te aseguro: no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo.”* Es un trágica alternativa: si renunciamos a “hacer la paz” que Jesús nos dejó, se nos impondrá, tanto la paz como la justicia, imposibilitándolas de esta forma.

“Procuremos, por tanto, lo que fomente la paz y la mutua edificación”. ‘Procuremos’, no impongamos (*“en cuanto de vosotros depende...”*). Es una tarea lenta, posibilitadora, que nada tiene que ver con la obsesión de que ‘quede claro que yo tenía razón’. El problema no es que yo me quede tranquilo porque ‘he dicho la verdad’ (es el la simpleza de la ‘denuncia’ del que se cree ‘la voz de los sin voz’, pero ‘con mando a distancia’), sino lo que posibilite la **paz** y la implicación recíproca (la relación comprometida de unos con otros) de la **mutua edificación**. Recordemos que estamos llamados a formar un *templo*, no un ‘montón de piedras’.

Y en esta tarea, como uno vaya ‘con la verdad por delante’, en seguida se la quitan y, lo que es peor, la imposibilita. El reto es la recuperación, no la descalificación. El descalificado queda incapacitado para recuperarse, y menos aún para in-corporarse. Y esta meta de formar un **cuerpo**, es la **misión** por excelencia que se nos ha encomendado, como veíamos al comienzo de esta **Bv**. Por eso Pablo añade: *“No vayas a destruir la obra de Dios por un alimento. Todo es puro, ciertamente, pero es malo comer dando escándalo. Lo bueno es no comer ni beber cosa alguna que sea para tu hermano ocasión de caída”.* La verdad la tenían los que comían carne, pero “no es bueno” hacer algo que es verdad, pero que para el otro es “ocasión de caída”. Es decir, el absoluto es que el hermano pueda acceder a la verdad, y nunca va a acceder si se la ‘restregamos’.

Y no sólo es el problema de “restregar”, sino como al comienzo advertía: no podemos ni “despreciar” ni “juzgar”, porque de ninguna de las dos actitudes el otro se podrá

“recuperar”. Una vez más tiene uno que “hacerse cargo” de la situación del otro de cara a aceptar la verdad y salir de su “convicción”. Y aquí suelo traer un caso de S. Ignacio. Se le informa de las dificultades que están teniendo con un cardenal. Pues bien, lo que él contesta es: *“Habrá que hacer capaz al cardenal”*. Si una persona no está capacitada por ‘formación’, ‘prejuicios’, ‘historia personal’ para asumir o, sencillamente, entender una verdad, habrá primero que procurar esa capacitación para que pueda captar lo que se le quiere decir: sólo pudiendo ‘hacerse cargo’, la aceptará.

Y el capítulo termina con dos versículos importantes: *“La fe que tú tienes, guárdala para ti delante de Dios. ¡Dichoso aquel que no se juzga culpable a sí mismo al decidirse! Pero el que come dudando, se condena, porque no obra conforme a la fe; pues todo lo que no procede de la buena fe, es pecado”* Es el broche final de un tema complejo donde los haya. La razón profunda de esta actitud de respeto hacia el otro es que nadie puede actuar en contra de su conciencia, y la conciencia no se puede forzar. Y otra vez tenemos que terminar poniendo en primer plano las dos preguntas que decíamos enmarcaban todo el **Ev**: ¿qué te parece? y ¿si quieres?, que son las dos preguntas que una persona tiene que hacerse para, no sólo ‘formar su conciencia’, sino para salir de la “seguridad de la buena conciencia”, cuando ésta no sea tan ‘buena’.

Y terminemos con un texto de Pablo, del que ayer citábamos un versículo: **Flp 4, 4-9**: *“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres. Que vuestra medida sea conocida de todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquietéis por cosa alguna; antes bien, en toda ocasión, presentad a Dios vuestras peticiones, mediante la oración y la súplica, acompañadas de la acción de gracias. Y la Paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.*

Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta. Todo cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, ponedlo por obra y el Dios de la paz estará con vosotros”.

Se nos habla de la *Paz de Dios* y del *Dios de la paz*. Después de todo lo dicho podremos descubrir nuevas dimensiones: nos abrimos a la *Paz de Dios*, que supera todo conocimiento, desde una *oración y súplica* que no inquietan, porque están acompañadas de la acción de gracias. ¿Qué quiere decir esto? Sólo cuando nuestra roca es Yahvé (1ª **Bv**), el tesoro de nuestro corazón sea Dios (4ª **Bv**), y hayamos experimentado que Él lo sabe todo; sabe que lo queremos (5ª **Bv**), esa *Paz de Dios*... custodiará nuestros corazones y nuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Por otro lado, sólo unos ojos limpios darán cuenta de que hay en nosotros un corazón limpio y veremos a Dios en su *Bondad y Belleza*, porque el Señor está cerca (6ª **Bv**). Más aún, nuestra vida es un “espectáculo”, no somos invisibles; por eso Pablo añade: *“Todo cuanto habéis aprendido y recibido y oído y visto en mí, ponedlo por obra.”* Es decir, tenemos que edificar porque estamos llamados a formar un Templo, “morada de Dios en el Espíritu”, no un ‘montón de piedras’ (7ª **Bv**). Sólo asumiendo nuestra vida como pura responsabilidad (no sólo decir, sino hacer), haremos la paz, construiremos ese **Templo** y formaremos parte de ese **Cuerpo** que estamos llamados a ser, y entonces *el Dios de la paz estará con nosotros*.

Es el símbolo-compromiso de la vela encendida que se entrega en el Bautismo a los padres y padrinos. Tenemos que ser **luz**, no deslumbrar. Es responsabilidad, no engreimiento

(no chulearse). Nuestra vida despierta ‘seguimiento’, nos guste o no. Construimos o destruimos. Los tiempos que vivimos acentúan este problema: hoy día, lo sociológico (lo que la mayoría) decide lo que hay que hacer con términos como “consenso” (que todos se ponen de acuerdo), “plausible” (que todos lo “aplauden”), la “moda”... Más aún, lo que se decide ‘correcto’ se expresa de forma impersonal: “esto es lo que se hace”, “esto ya no se lleva”. Es una ausencia total de compromiso personal, de “qué me parece”. Ahora ni se sabe a quién le ha parecido así, sino que simplemente “parece”.

Esta dependencia “impersonal” de lo sociológico (de lo que todo el mundo piensa, dice, etc.), provocado por la globalización cultural, tiene paradojas desconcertantes. Quiero traer una cita de Gille Lipovetsky en su libro **El crepúsculo del deber**: «*Como ya escribió Tocqueville en 1840, “en los siglos democráticos, los hombres se dedican raramente unos a otros, pero muestran una compasión general hacia todos los miembros de la especie humana”: las nuevas condiciones de vida consumista y psicologista no hacen más que acentuar esta tendencia a la identificación epidérmica con el otro, a la repugnancia ante el espectáculo del sufrimiento...*» (Ed. Anagrama, Barcelona 2000, p. 140). ¡Mucha ‘solidaridad sensiblera’, ningún compromiso real! ¡Una dependencia regresiva de lo sociológico junto a un aislamiento individualista egocéntrico exacerbado! (Nos refugiamos en lo que dice la mayoría, como cuando vivíamos en “pandilla”, al mismo tiempo que cada uno ‘va a su bola’, sin querer saber nada del otro) ¿No puede ser una alternativa a esta situación la tarea de esta **Bv de hacer la paz?**

Pero no olvidemos que, como cualquier otra **Bv**, apuesta por la felicidad. El “*estad siempre alegres en el Señor, os lo repito, estad alegres*”, expresa el planteamiento básico del **Ev** que recogen las **Bvs**. Podríamos preguntarnos si después de todo lo visto, se puede hacer esta exhortación (este darnos ánimo) a “estar **siempre** alegres”. La apuesta no evasiva de las **Bvs** parece no hacerla “ilusoria” (que nada tiene que ver con la vida real), sino que nos descubre una plenitud que nada tiene que ver con la huida de toda realidad no deseada.

CONCLUSIÓN

“... porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

Una vez más volvemos a encontrarnos la ‘recompensa’ de esta **Bv** en futuro. En un primer momento extraña que lo de “*hijos de Dios*” esté en futuro. Sin embargo, no dice que *serán* a secas, sino *serán llamados*, que no es lo mismo. El ser hijos de Dios es un hecho por iniciativa suya. Aquí lo que está en juego es el ‘reconocimiento’ de este hecho. ¿No tiene esto que ver con el “*para que sean perfectamente uno, y el mundo conozca que tu me has enviado*”? ¿Puede ser inteligible y creíble el anuncio de la paternidad de Dios sin la tarea eficaz de **hacer la paz?**

Quizá lo más expresivo del alcance de esta ‘promesa’ es el comienzo del **Padrenuestro** que significativamente lo escribimos en una sola palabra, como indicando que es imposible dirigirnos a Dios como **Padre** sin que nos sintamos un **nosotros**. La relación con el Dios de Jesús lleva consigo la tarea de reproducir la revelación por excelencia (la más grande e importante): el que seamos *uno, como tú, Padre en mí y yo en ti*. Más aún, esta experiencia de un **Padre nuestro** que se convierte en **Padrenuestro**, es lo que desarrolla la oración por excelencia del cristiano, la única que nos enseñó Jesús.

Por lo pronto, la primera parte apunta a un descentramiento (un salir de mí mismo): es **tu** nombre el que ha de ser santificado, es **tu** reino el que tiene que venir, es **tu** voluntad la que se tiene que hacer. En la segunda parte toca problemas cruciales (los más importantes) que nos afectan a todos: el “ser de necesidades” que somos no pide asegurar con la ‘acumulación’ su vida, sino que confiesa que lo único que necesita es el pan **de cada día**, pero además no el ‘mío’, sino **nuestro**, esto es, compartido. Por otro lado su perdón lo condicionamos (reconocemos que no se nos puede perdonar si nosotros no lo hacemos con los demás) al nuestro **llevado a cabo** (el *deja tu ofrenda en el altar y vete a reconciliarte con tu hermano*). Por último confiesa que todo es gracia, y que nuestra realidad ‘tentada’ necesita su ayuda para que **no caigamos en tentación**, no que ‘no tengamos tentaciones’, y que **nos libre del mal**. Es decir, no nos saca del mundo -“no te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno” (Jn 17, 15)-, porque Él fue el primero que se implicó en esta realidad desconcertante: “la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros” (Jn 1, 14).

Y es que como S. Pablo dice en **Rom 8, 14-17**: “En efecto, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Pues no recibieron un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre! El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios. Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser también con él glorificados.” No estamos solos en esta tarea, sino que somos guiados por el Espíritu de Dios, y en Jesús, somos coherederos suyos en sus “sufrimientos” para compartir con él también su “glorificación”. Somos hijos en el Hijo, por medio del Espíritu.

Pero esta filiación no es algo que nos aísla, sino que nos hermana e iguala. **Gal 3, 26-28**: “Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.” La fe en Cristo Jesús, es algo que incide en la realidad social, ya que esta filiación rompe todas las barreras que el hombre pone. Y no hay posibilidad de **hacer la paz** sin que estos muros de género, de raza, y sociales se minen. En Cristo, ya todos somos uno. Pero no olvidar que el “ser llamados hijos de Dios” queda pendiente del que “hagamos la paz”.

POEMA

Mujer de barro soy:
“¡Qué bien! Han llegado las vacaciones
me las merezco.
Quiero tumbarme en la hierba fresca
y luego pasear tranquilamente
por la playa
Que no me llamen por teléfono
yo ya he hecho mi jornada
es hora de un descanso sosegado.
Quiero que ni me hablen
mis compañeros de barro
no sea que me perturben la paz.
... y poco a poco me voy quedando sola
poco a poco no quedará ni dios

alrededor de mí.
 ¿Qué paz es ésta conmigo solita?
 ¿A quién se lo cuento?
 ¡Por Dios! ¡Qué equivocada estoy!
 Si no me dejo interrogar ni por mí
 me quedaré sola con la hierba mojada
 si no me dejo interrogar por los demás
 me quedaré sola con la arena de la playa
 Si no me dejo ver es como si no existo
 si no me dejo ver no habrá encuentro.
 ¡Por Dios! ¡Qué equivocada estoy!
 Si obligo al otro a ser como yo
 nunca sabré lo que es gratuidad
 ni sorpresa
 Si obligo al otro a no hacerme daño
 nunca sabré lo que es el amor
 Si obligo al otro a dejarme en paz
 nunca sabré lo que es el servicio.
 ¡Por Dios! ¡Qué equivocada estoy!
 ¡Si me dejan en paz
 no Te conoceré!”

Marjolijn

Ya no es el camino blanco.
 Ya es alameda mayor,
 donde la PAZ es la reina:
 diálogo, humildad, perdón.

La PAZ, árbol de la vida,
 -vida misma, Cristo amor-,
 cambiada la cornamenta
 por ramaje en plena flor.
 Son las ramas la POBREZA,
 MANSEDUMBRE, COMPASIÓN,
 HAMBRE Y SED, MISERICORDIA,
 LIMPIEZA DE CORAZÓN,
 “sospecha” de perdedores,
 porque así triunfa mejor
 la unión entre los hermanos,
 la “violencia” del Señor,
 el Nuevo Pueblo del Reino,
 en un reto a su favor.

A mayor debilidad
 más grande la comprensión.
 Y ensanchada Eucaristía
 por anular división.
 Muriendo porque haya Vida,
 Vida Nueva siempre en flor,

*en Dios, Padre de Pobreza,
Mansedumbre, Con-pasión,
Hambre y sed, Misericordia,
Limpieza de corazón...
(¡Ay! Vislumbro, persecución,
si la Paz es del Señor.)*

Anunciación Jiménez

Octava Bienaventuranza

“Bienaventurados los perseguidos por la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5,10)

Por lo pronto, es la más larga en su formulación. Al versículo 10, que es el que encabeza esta página, se añaden dos más: *“Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.”* En el versículo 11, el término *justicia* es sustituido por la frase *por mi causa*, y en el 12 sencillamente se constata que esto no es ninguna novedad, pues siempre se ha *perseguido a los profetas*.

Las dos aclaraciones tienen su importancia. En primer lugar, el término *justicia* lo teníamos pendiente desde la 4ª **Bv**. Allí tan sólo dimos la cita de **Mt 5,20**: *“Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.”* Las **Bvs** 5ª y 6ª nos revelaron que la “justicia” de los fariseos -¡y la nuestra en más de una ocasión!-, consistía en las “justificaciones”. Hoy vamos a ver cual fue la *justicia* por la que fue perseguido Jesús. Pues bien, con el versículo 11 nos revela que si en el 10 decía *los perseguidos por causa de la justicia*, esta “causa” se identifica con el mismo **Jesús**.

Si lo que Jesús nos ha ido planteando a lo largo de las 7 **Bvs** que llevamos vistas es, desde el “¿qué nos parece?” y el “si quieres”, sencillamente **seguirle**, no precisamente en una ideología (en las ideas), sino en **su vida**, su forma de ir por la vida, esta última identificación de la **justicia** con el mismo **Jesús**, ilumina grandemente el alcance de esta **Bv**. No cualquier “justicia” que nos cause persecución va a hacernos “bienaventurados”, sino la que posibilite el “Reino de los cielos” en presente. Y, a estas alturas, podemos descubrir hasta qué punto ese “Reino de los cielos”, que como hemos visto repetidamente empieza por la posibilitación de una “fraternidad objetiva”, es imposible si vamos por la vida con posturas opuestas a las que Jesús nos ha planteado en las 7 **Bvs** primeras.

Y aquí conviene traer la formulación de Lucas que también es la más extensa. **Lc 6, 22-23**: *“Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas.”* Aquí no sale la palabra “justicia”, y Jesús es designado por el título mesiánico (la forma de decirle que era el Mesías) preferido por él, **Hijo del hombre**, que en estos días hemos ido identificado con el **uno de tantos** de Flp 2, 6-8 y que hoy descubriremos todo su alcance.

Pero, tanto el versículo 12 de Mateo como el 23 de Lucas, añaden una constatación histórica (algo que ha pasado muchas veces): esto no es ninguna novedad, siempre han sido perseguidos los profetas verdaderos, mientras los “falsos” han sido aplaudidos. Es lo que Lucas formula en la última de sus “contra-bienaventuranzas”. **Lc 6, 26**: *“¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas”,* y en **2 Tim 4, 3-4** se nos anuncia lo mismo: *“Porque vendrá un tiempo en que los hombres no soportarán la doctrina sana, sino que, arrastrados por sus propias pasiones, se harán con un montón de maestros por el prurito de oír novedades; apartarán sus oídos de la verdad y se volverán a las fábulas.”*

Es decir, el ser humano siempre se ha buscado “profetas” que justifiquen sus cinismos, -¡los necesita!-. Pero el profeta que nos enfrenta con la propia incongruencia (“cara dura”), nunca lo hemos querido. Nos encantan los profetas que fustigan (“ponen verdes”) a los demás, pero nunca aceptaremos a los que desenmascaran nuestras justificaciones: a éstos, los perseguimos. Quizás no esté de más que cada uno de nosotros nos preguntemos cuales son nuestros “profetas perseguidos”, pues cada cual tendrá los suyos. Nos encanta ser tenidos por profetas e incluso pretendemos serlo, pero posiblemente primero tendríamos que hacernos la pregunta que nos plantea esta constatación histórica que Jesús añade a su última Bienaventuranza.

Como leí no sé dónde, esta **Bv** expresa todo el dinamismo que la aparente pasividad de las anteriores provocan en el “mundo”. Por otro lado va a ser el único “control” o comprobación de que se viven las anteriores.

Primera parte

CÓMO VIVIÓ JESÚS ESTA BIENAVENTURANZA Y QUÉ DIJO SOBRE LA PERSECUCIÓN

Por qué Jesús fue perseguido es importante aclararlo, pues así nos enteraremos de qué **justicia** nos habla, ya que la de los escribas y fariseos nos avisó que no nos llevaría al Reino de los cielos. Pero, como siempre Jesús nos va a sorprender. Ya en el largo enunciado de esta **Bv** nos avisaba que esta “persecución” ha de ser “por su causa”, y el mal que digan de nosotros ha de ser “con mentira”. Por lo tanto no cualquier persecución entra en la **Bv** que nos ocupa.

1.- Qué persecución sufrió Jesús y cómo la vivió

Y aquí tenemos que empezar con una observación de gran trascendencia (importancia): **Jesús nunca buscó la persecución**, o dicho de otra forma, **Jesús nunca se sintió víctima**.

Así como hay personas que les horroriza el conflicto y, por bien de paz, dejan de afrontar problemas serios; existe también el que necesita el conflicto para sentirse vivo. Necesita el “compromiso” heroico (que casi nadie es capaz de hacer) para estar satisfecho de sí mismo. La versión más retorcida de esta tendencia a aprovechar el conflicto, pero la más corriente, es la victimez. Ésta es el ‘taburete’ más apetecido: “Si tú supieras...” exclaman sus adictos (esperando tu admiración y compasión), mientras las personas que de verdad han sufrido nunca se exhiben y apenas te enteras de lo que han tenido que afrontar por ellas mismas.

Esta versión de la persecución como “victimez” tiene hoy día un alcance inesperadamente generalizado. Veamos lo que Pascal Bruckner nos describe en su libro **La tentación de la inocencia** a propósito de este tema: *«Este es el mensaje de la modernidad: sois todos unos desheredados con derecho a lloriquear por vosotros. Habéis sobrevivido a vuestro nacimiento, a vuestra pubertad, sois los supervivientes de este valle de lágrimas que se llama existencia (en Estados Unidos de está desarrollando una verdadera literatura de la supervivencia en la que aquellos que han superado una prueba, por nimia que ésta sea, se la cuentan a los demás). El mercado de la víctima está abierto a cualquiera, siempre y cuando pueda lucir una buena desolladura y el sueño supremo consiste en convertirse en mártir sin*

haber sufrido nunca más desgracia que la de haber nacido. En nuestras latitudes el individuo se concibe a sí mismo por sustracción: quitando los poderes, las iglesias, las autoridades y las tradiciones hasta quedar reducido a ese soporte minúsculo, el Yo, independiente de todos y de todo, aislado, aligerado pero también infinitamente vulnerable. Solo frente al poder del Estado, frente a ese gran Otro que es la sociedad, inquietante, inmensa, incomprensible, se asusta de verse reducido a sí mismo. Sólo le queda entonces un recurso: rehacer su sentido a partir de sus heridas, que amplifica, que engrandece con la esperanza de que le confieran una cierta dimensión y de que por fin se ocupen de él» (pp. 143-144).

Esta situación, que tiene más de patológica (de una “comedura de coco”) que de verdadera, es una manera más de aprovecharse nuestro psiquismo (nuestro espíritu y nuestra manera de ser) de las circunstancias más peregrinas para proteger y reforzar su narcisismo (“mirarse el ombligo”). Pues bien, estas patologías (rarezas), reflejo de una debilidad psíquica (de que no somos maduros), no tuvieron cabida en Jesús. Pasemos, pues a comprobar en el **Ev** lo que estamos diciendo.

En **Mt 12, 14-15**: *“Pero los fariseos salieron y tomaron en consejo la resolución de perderlo. Sabiéndolo, Jesús se alejó de allí...”*. Jesús al enterarse de la amenaza se quita sencillamente de en medio. El “héroe” no hubiese tenido esta reacción. Pero tampoco aparece el “lloriqueo”, pues el **Ev** comenta a renglón seguido: *“Le siguieron muchos y los curó a todos. Y les mandó enérgicamente que no le descubrieran...”* y el evangelista cita a Is 42, 1-4, que comentamos detenidamente en la 2ª **Bv**. Pero nada de victimeces (de ir siempre quejándose por la vida).

La siguiente cita sorprende más: es su reacción ante la noticia de la muerte de Juan el Bautista: la escena no puede ser más trágica y absurda: **Mt 14, 3-13**: *“Es que Herodes había prendido a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel, por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo. Pero Juan le decía: ‘No te es lícito tenerla.’ Y aunque quería matarle, temió a la gente, porque le tenían por profeta. Mas llegado el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio de todos gustando tanto a Herodes, que éste le prometió bajo juramento darle lo que pidiese. Ella, instigada por su madre, ‘Dame aquí, dijo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista’. Entristeciose el rey, pero, a causa del juramento y de los comensales, ordenó que se le diese, y envió a decapitar a Juan en la cárcel. Su cabeza fue traída en una bandeja y entregada a la muchacha, la cual se la llevó a su madre. Llegando después sus discípulos, recogieron el cadáver y lo sepultaron; y fueron a informar a Jesús. Al oírlo Jesús, se retiró de allí en una barca, aparte, a un lugar solitario. En cuanto lo supieron las gentes, salieron tras él viniendo a pie de las ciudades...”* a continuación viene la primera multiplicación de los panes.

A pesar de la truculencia (lo terrible) del relato, conviene resaltar algunos detalles que reflejan lo que tantas veces hemos repetido: el **Ev** está lleno de *paparazzi*. En efecto, la escena refleja algo, por desgracia, bastante corriente: la incongruencia (“cara dura”) del ser humano, que no tiene límites. Por lo pronto se nos dice que Herodes quiere matar a Juan porque le echaba en cara que viviese con la mujer de su hermano, pero por miedo a la gente no lo llevaba a efecto. Sin embargo, Marcos comenta que *“Herodes temía a Juan, sabiendo que era hombre justo y santo, y le protegía; y al oírle, quedaba muy perplejo, y le escuchaba con gusto”*. Por eso se *“entristece”* cuando la muchacha le pide su cabeza.

Pues bien, este Herodes, que no había por dónde cogerle desde el punto de vista moral, ante el *juramento* que en presencia de los comensales ha hecho, se pone “digno” y se siente

obligado a cumplirlo. Esto, por desgracia ocurre con más frecuencia de lo deseado en nuestra cotidianidad (vida diaria). Estamos llenos de inconsecuencias y, de repente, nos sale la “dignidad” para justificar una intransigencia (una “cabezón”). ¡Cuántas veces el “deber” camufla cinismos o miedos vergonzosos!

Pero pasemos a lo que nos interesa: la reacción de Jesús ante el brutal acontecimiento. No va a pedir cuentas a Herodes de lo que ha hecho con su primo. Sencillamente se retira a un lugar solitario. Aquí resalta, de una forma especialmente llamativa, que Jesús no fue de héroe por la vida. Casi nos “escandaliza”. Desde luego, esta postura no tiene nada que ver con ese protagonismo “comprometido” del que no pasa una y tiene la convicción de que si no fuese por él y sus denuncias, el mundo no tendría “esperanza”. Pero todos estos compromisos son “con mando a distancia”. Sin embargo, cuando uno no va de héroe, sino como “uno de tantos”, la cosa no hace ruido, pero a la larga tiene más alcance porque no te quedas solo y todos van avanzando, lentamente, pero avanzando.

La siguiente cita es **Jn 8, 57-59**: “Entonces los judíos le dijeron: ‘¿Aún no tienes cincuenta años y has visto a Abraham?’ Jesús les respondió: ‘En verdad en verdad os digo: antes de que Abraham existiera, Yo Soy.’ Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo”. La reacción sigue siendo la misma: se quita de en medio.

Poco después Juan vuelve a relatar otra escena con el mismo desenlace. Ante la afirmación de Jesús de que él era *igual al Padre*, y que era *el Hijo de Dios*, comenta el evangelista: “Querían de nuevo prenderle, pero se les escapó de las manos. Se marchó de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan había estado antes bautizando, y se quedó allí.” (**Jn 10, 39-40**) Este último desaparecer de escena va a proporcionarnos el dato más expresivo de lo que estamos queriendo destacar. Veamos lo que ocurre en este lugar al que se han ido para quitarse de en medio.

En efecto, **Jn 11, 1-8** relata la reacción de Jesús y de los discípulos ante el aviso de que su amigo Lázaro estaba enfermo: “Había un cierto enfermo, Lázaro, de Betania, pueblo de María y de su hermana Marta. María era la que ungió al Señor con perfumes y le secó los pies con sus cabellos; su hermano Lázaro era el enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: ‘Señor, aquél a quien tú quieres, está enfermo.’ Al oírlo Jesús, dijo: ‘Esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella.’

Jesús amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando se enteró de que estaba enfermo, permaneció dos días más en el lugar donde se encontraba. Al cabo de ellos, dice a sus discípulos: ‘Volvamos de nuevo a Judea.’ Le dicen los discípulos: Rabbí, con que hace poco los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí?’ Jesús respondió: ‘¿No son doce las horas del día? Si uno anda de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo, pero si uno anda de noche, tropieza, porque no está la luz en él.’ Dijo esto y añadió: ‘Nuestro amigo Lázaro duerme; pero voy a despertarle.’ Le dijeron los discípulos: ‘Señor, si duerme, se curará.’ Jesús lo había dicho de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del descanso del sueño. Entonces Jesús les dijo abiertamente: ‘Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Pero vayamos donde él.’ Entonces Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: ‘Vayamos nosotros a morir con él’.

La escena, como hemos dicho, expresa con más fuerza que las anteriores que la reacción del grupo en caso de peligro siempre era quitarse de en medio. Pero además aquí aparece todo el humor de Jesús frente al grupo de discípulos que no echaban de menos lo contrario. En efecto, al proponer Jesús la vuelta a Judea, ellos reaccionan como lo hacemos

cuando tenemos miedo (¡Otra vez los *paparazzi*!): “*Rabbí, hace poco que los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves ahí?*”, como si dijeran: “Bien sabe Dios que es por tí...” Es decir, se extrañan que proponga volver cuando hacía poco habían tenido que salir huyendo porque los apedreaban. Pero no lo dicen incluyéndose ellos. A nadie le gusta declarar su miedo.

Pero la manera de tomar la decisión revela el humor de Jesús frente al grupo. Le gustaba pasarlo bien con ellos y verlos desconcertados. Por eso les dice: “*Nuestro amigo Lázaro duerme, pero voy a despertarlo.*” La respuesta era de esperar y expresa el miedo que les invade. “*Señor, si duerme, se curará.*”... ‘es la mejor señal de que está mejor, y tú ahora vas a despertarlo...’ El pánico late en estas palabras. El evangelista comenta que Jesús hablaba *del descanso del sueño*. Eso está muy bien desde el punto de vista de lo que va a suponer la “resurrección de Lázaro”, pero él dijo que dormía, y esto es lo que motivó la extrañeza llena de miedo de los discípulos. Le gustaba verlos desconcertados.

Y siguen las escenas divertidas: ante la afirmación de que “*Lázaro ha muerto*”, el que reacciona es uno que nunca había abierto el pico en todo el **Ev**, ‘Tomás, el Mellizo’. Pedro, el que siempre se adelantaba para lucirse, pero que no era precisamente un ‘echado pa’lante’ a la hora del peligro, como lo demostrará en las negaciones, no reacciona a tiempo, y lo hace el que nunca ha dado muestras de nada. De detalles así está llena nuestra vida cotidiana.

La escena, pues, confirma con más contundencia incluso que las anteriores, al ser indirecta, que ante el peligro, desaparecían. ¡No buscaban el conflicto por el conflicto, ni se sintieron víctimas!

Pero pasemos a lo que más nos importa. Está claro en el **Ev** que **Jesús fue perseguido**; pero, ¿por qué? Esto es lo que ahora vamos a abordar.

En **Mc 2, 23 - 3, 6** (y el paralelo en **Mt 12, 1-14**) aparece el conflicto de la postura de Jesús respecto al *Sábado*. La segunda escena de la cita ya la vimos detalladamente en la 2ª **Bv** y la primera es la de los discípulos arrancando espigas para desgranarlas y comérselas ‘en sábado’. La reacción de Jesús es clara: tanto en el caso de las espigas como en el de la mano paralizada: no hay violación del “sábado”, porque “*el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado. De suerte que el Hijo del hombre también es Señor del sábado.*” (Mc 2, 27-28) Es decir, Jesús pone al ser humano por encima del sábado, por encima de la Ley de Dios, y eso es blasfemo para los fariseos. **Para Dios la persona humana está en el centro, no la Ley.** Ya vimos, por otro lado en la 6ª **Bv**, la obviedad (lo normal) de esta postura: toda ley apunta a ‘salvar al hombre’...

Pues bien esta postura va a escandalizar a los fariseos hasta tal punto que “*...en cuanto salieron se confabularon contra él para ver cómo eliminarle*” (Mt 12, 14) Pero en la versión de Marcos encontramos un dato importante: “*En cuanto salieron los fariseos, se confabularon con los herodianos contra él, para ver cómo eliminarlo.*” (Mc 3, 6) Los fariseos y los herodianos no podían ni verse, pero con tal de quitar de en medio a Jesús se unen. Es un dato tan estremecedor como verdadero: une más el odio que el amor. Una vez eliminado el enemigo común se comerán vivos entre sí; pero, antes, su unión no puede ser más sólida. Una vez más el **Ev** nos retrata situaciones humanas que siguen repitiéndose. ¡Cuántas veces deberíamos preguntarnos por la causa de ‘solidaridades’ muy aplaudidas! Me horroriza el grito de “el pueblo unido jamás será vencido”, porque es verdad. Pero el problema es por qué se ha unido, pues la unidad no autentifica la causa.

En **Jn 5, 16-18** nos encontramos con el siguiente comentario: “Por eso los judíos perseguían a Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. Pero Jesús les replicó: ‘Mi Padre trabaja hasta ahora, y yo también trabajo. ‘Por eso los judíos trataban con mayor empeño de matarlo, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose a sí mismo igual a Dios.’”

Poco después Juan vuelve a recoger otra escena en la que aparece con más fuerza esta causa. **Jn 10, 30-33**: “... ‘Yo y el Padre somos uno.’ Los judíos trajeron otra vez piedras para apedrearle. Jesús les dijo: ‘Muchas obras buenas que vienen del Padre os he mostrado. ¿Por cuál de esas obras queréis apedrearme?’ Le respondieron los judíos: ‘No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a tí mismo Dios’...”

Estas dos citas añaden al problema del sábado (de la Ley), otro no menos presente en la experiencia humana. Es peligroso aproximar demasiado Dios al hombre. Dios debe siempre quedarse en su sitio, en el cielo, y, a lo más en el templo, pero que no se mezcle en nuestras cosas de aquí abajo. Eso de decir que cuando yo hago algo a otro, a Dios se lo hago, es demasiado peligroso, ‘me quita la paz’... Recuerdo en los años 70 cuando alguno de los curas que estábamos trabajando manualmente teníamos algún conflicto con la policía, siempre se nos decía: “Los curas a la sacristía...”

Resumiendo, he aquí las dos causas por las que Jesús fue perseguido: por poner al ser humano como clave de toda ley, incluso la Ley divina, y por aproximar a Dios excesivamente a nuestra realidad. Es decir, ahora tenemos claro el sentido de aquella **justicia** de la que teníamos que tener “hambre y sed” y que debía ser “mayor que la de los escribas y fariseos”: una justicia que recupera y salva al hombre, porque Dios mismo se hace cargo de nuestra debilidad. La “justicia” de la que hay que tener hambre no es ni la “propia justificación”, ni el “ojo por ojo”, ni siquiera la Ley de Moisés que nos “justifica”, sino un **Dios hecho carne** que nos sale al encuentro cotidianamente en el que sufre cualquier carencia, mal, injusticia.

Pero aquí viene la sorpresa: ninguna de estas razones por las que fue perseguido Jesús desencadenaron su detención. Juan va recogiendo numerosas ocasiones provocadas, sobre todo, por hacerse *igual a Dios*, en las que su detención hubiese sido lo lógico, pero no se llevó a efecto. Recojamos algunas de ellas para resaltar la “decisiva”:

- **Jn 7, 25-26**: “Decían algunos de los de Jerusalén: ‘¿No es éste a quien quieren matar? Mirad cómo habla con toda libertad y no le dicen nada. ¿Habrán reconocido de veras las autoridades que éste es el Cristo?’...”

- **Jn 7, 30-32**: “Querían, pues, detenerle, pero nadie le echó mano, porque todavía no había llegado su hora. Y muchos entre la gente creyeron en él y decían: ‘cuando venga el Cristo, ¿hará más señales que las que ha hecho éste?’ Se enteraron los fariseos que la gente hacía estos comentarios acerca de él y enviaron guardias para detenerle...” pero no se lleva a cabo dicha detención.

- **Jn 7, 43-44**: “... Se originó, pues, una disensión entre la gente por causa de él. Algunos de ellos querían detenerle, pero nadie le echó mano.”

- **Jn 8, 20**: “...Estas palabras las pronunció en el Tesoro, mientras enseñaba en el Templo. Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora.”

- **Jn 8, 59**: “Entonces tomaron piedras para tirárselas; pero Jesús se ocultó y salió del Templo.”

- **Jn 10, 39**: “Querían de nuevo prenderle, pero se les escapó de las manos...”

Pues bien, como vemos en ninguna de estas ocasiones va a llevarse a efecto la detención. Tan sólo alude a veces a que *no había llegado su hora*. ¿En qué consistió esa “hora”? Prescindiendo del alcance simbólico que para Juan tiene *su hora* (sin tener en cuenta lo que para S. Juan significaba *su hora*), vamos a descubrir, de hecho, cuál fue el momento decisivo que desencadenó la persecución “eficaz”.

Vamos al final del pasaje de la resurrección de Lázaro, **Jn 11, 45-54**: *“Muchos de los judíos que habían venido a casa de María, viendo lo que había hecho, creyeron en él. Pero algunos de ellos fueron donde los fariseos y les contaron lo que había hecho Jesús. Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: ‘¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.’ Pero uno de ellos, Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: ‘Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación’. Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación -y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día decidieron darle muerte. Por eso Jesús no andaba ya en público entre los judíos, sino que se retiró a una región cercana al desierto, a una ciudad llamada Efraím, y allí residía con sus discípulos”*.

La situación es la siguiente. El acontecimiento de la resurrección de Lázaro, despierta expectación en unos, y en todos curiosidad. Aquello se convierte en el hecho decisivo que lleva a que muchos *creyeran en él*. El hecho, como es lógico, llega a oídos de los fariseos. Pero lo sorprendente va a ser la reacción. Ante el dato, el “consejo” va a centrar su atención en la dimensión política, no precisamente la religioso-teológica (en las razones que se referían a Dios). En efecto, lo que empieza a preocuparles no son las afirmaciones “heréticas” de Jesús, sino las consecuencias “políticas” que podía tener el que “todos crean en él”: que “vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación”.

La conclusión es correctísima. Conocían a los romanos perfectamente. Sabían que respetaban todas sus tradiciones y cultos, pero no transigirían el menor síntoma de levantamiento popular. El que aumentasen las adhesiones (la gente que le seguía) creyentes al “galileo” podían despertar en los romanos la sospecha de un levantamiento. Y ellos no preguntaban, sino que, sencillamente, arrasaban, como ocurrió años después. Es decir, les entró **miedo**.

Lo curioso es como lo formulan: *“Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.”* Por un lado admiten *las señales*, pero lo que les afecta son las consecuencias políticas, en su sentido más bajo, aunque, sin duda, el más contundente (el que tiene más fuerza): el pánico. La eficacia casi mecánica (que no falla) de este sentimiento hace que pierda prácticamente su dimensión “política”. Ahora bien, la forma de plantear el problema es típica del que está dominado por el miedo. Es la situación que más camuflamos de todas por las que podemos pasar. A nadie le gusta confesar “Estoy muerto de miedo”. Por eso a lo que aluden es al *Lugar Santo* y a la *nación*. Lo mismo que ocurría con los discípulos ante la vuelta a Judea por la muerte de Lázaro. “¡Bien es verdad que no es por nosotros, es por el *Lugar Santo* y por la *nación*!”, como si a ellos los fuesen a poner en una “vitrina” para que viesen el espectáculo...

Pues bien, esta porquería de razón, de motivación, será la que desencadene la muerte

de Jesús. En efecto, ahora si va a llegar “su hora”, la decisiva, la que se lo va a llevar por delante. Pero veamos más detalladamente la argumentación del Sumo Sacerdote: “*Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta que os conviene que muera uno solo por el pueblo y no perezca toda la nación*”. Es el mecanismo del **escarmiento**, una de las estrategias más viles que el hombre ha usado y sigue usando en “bien” de la colectividad (en la que, por supuesto, se encuentra el que recurre a ella). Lo de menos es a quien le toque ser la “víctima”; lo que importa es el “nobilísimo” logro que se consigue: *que no perezca la nación*. (Es decir, justificamos nuestras “guarradas” con razones “buenísimas”)

Lo que propone Caifás está claro: meterle un ‘gol’ a Pilatos. Y esto es lo que harán después, como veremos: acusar a Jesús de que se hace pasar por rey. “Si Pilato se ‘traga la bola’, nos va a dejar tranquilos por un tiempo...” Porque, si nos fijamos, no sale en todo el desarrollo del *consejo* la menor alusión a ningún tema “teológico” (sobre Dios, sobre la religión) de los controvertidos a lo largo de su vida. Y es que el miedo, como hemos dicho, es el sentimiento más poderoso que puede experimentar el ser humano: siempre se sale con la suya. Por eso el evangelista es contundente: “*Desde ese día, decidieron darle muerte*”, y de hecho se llevó a cabo.

Es decir, la última de todas las “persecuciones” que Jesús sufrió, la decisiva va a girar en torno a algo vergonzoso, que nadie se atreve a confesar: el **miedo**. Para obviar (evitar) el “peligro” permanente de los romanos, va a ser utilizado como “chivo expiatorio”: que pague uno para que los demás salvemos el pellejo. Lo de menos son las “justificaciones” que se busquen, sino que los romanos no se “intranquilen” y nos dejen “tranquilos” por un tiempo.

Cuando repetimos que Jesús se hizo “uno de tantos”, no sabemos hasta qué punto esto fue verdad. La “persecución” de Jesús va a convertirse, en su fase decisiva, en algo inconfesable: no hay en ella la menor “dignidad”. Hemos presentado a Jesús como el perseguido por las causas más nobles que la Humanidad puede pretender, y de hecho fue verdad; pero el final va a ser quitado de en medio como a lo largo de la Historia lo han sido millones de “unos de tantos”: sencillamente han perecido víctimas de intrigas, miedos, ambiciones, etc. Veremos hasta qué punto esto va a ser verdad en el proceso de Jesús.

Este hecho desmorona (echa por tierra) todas nuestras fantasías de “victimez heroica” (los que van de víctimas por la vida) que asociamos a esta **Bv**. Exigimos que nuestros “sufrimientos” y “persecuciones” estén engarzadas en “metales nobles”, en causas “dignas”. Y cuando no lo son, tiramos la toalla. Como si nuestra **dignidad** dependiese de las causas dignas por las que nos “persiguen”. Hoy nos vamos a enterar en qué está la dignidad de la persona. Ésta nunca dependerá de su reconocimiento por parte de los demás, ¡afortunadamente!

Curiosamente el evangelista comenta que las palabras de Caifás tienen un alcance que él mismo desconoce, porque “*profetizó que Jesús iba a morir por la nación - y no sólo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.*” Es verdad, sin duda, que todos los acontecimientos que se desencadenarían a partir de aquel momento iban a convertirse en la culminación de la **Revelación**. Pero también lo es que la motivación consciente que aquellos hombres confiesen, y que es la que va provocar todo el proceso, es vergonzosa.

Vista, pues, la motivación decisiva que llevó al apresamiento de Jesús, pasemos a su **proceso**. Un proceso en el que no puede aparecer lo que lo ha desencadenado eficazmente

porque huele mal, pero que como todo proceso ha de hacerse “dignamente”, “guardando las formas”.

El proceso es una guarrada. En efecto, todo él va a consistir en buscar *justificaciones* en el sentido más peyorativo del término y que ya hemos explicado detenidamente en las **Bvs** 6ª y 7ª. Tienen que convencerse a sí mismos y luego a Pilato, de que hay razones “serias” y “dignas” para condenarlo, porque no se pueden confesar, ni a sí mismos siquiera, de que “la verdad es que tenemos miedo a que el eco que en el pueblo están provocando las ‘*muchas señales que hace este hombre*’, pueden provocar una reacción por parte de los romanos de consecuencias trágicas para *toda la nación*”...

Pues bien, en esta guarrada de proceso, va a quedar engarzada, a mi manera de ver, la **Cristología** más profunda de todo el NT. Y empecemos con el **proceso religioso**.

Primer “asalto”: Mt 26, 59-63 y Jn 2, 18-22. Jesús es el Templo.

En efecto, en **Mt 26, 59-63** empieza el proceso religioso. Pero veamos cómo nos lo describe: *“Los sumos sacerdotes y el Sanedrín entero andaban buscando un falso testimonio contra Jesús con ánimo de darle muerte, y no lo encontraron, a pesar de que se presentaron muchos falsos testigos. Al fin se presentaron dos, que dijeron: ‘Este dijo: Yo puedo destruir el Santuario de Dios, y en tres días edificarlo’. Entonces, se levantó el Sumo Sacerdote y le dijo: ‘¿No respondes nada? ¿Qué es lo que éstos atestiguan contra tí?’ Pero Jesús seguía callado.”*

¿Por qué *seguía callado*? Lo decisivo para detenerlo fue el riesgo romano, pero había que hacer un juicio digno. Para ello debía darse una denuncia, pero no bastaba de uno solo. Tenían que coincidir dos testigos que declaraban por separado. El **Ev** comenta que *“no lo encontraron a pesar de que se presentaron muchos testigos falsos.”* Es lógico que no llegasen a ponerse de acuerdo sujetos que se prestaban a testificar en falso: la calaña del que se presta a tal papel no parece que dé mucho de sí. Pero al final coinciden dos. ¿Por qué? Sencillamente porque era verdad que Jesús había dicho lo que estos testificaban.

En efecto en **Jn 2, 18-22** nos encontramos con la escena después de la expulsión del templo. Veamos lo que allí ocurrió: *“Los judíos entonces le replicaron diciéndole: ‘¿Qué señal nos muestras para obrar así?’ Jesús les respondió: ‘Destruid este Santuario y en tres días lo levantaré’. Los judíos le contestaron: ‘Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?’ Mas él hablaba del Santuario de su cuerpo. Cuando resucitó, pues, de entre los muertos, se acordaron sus discípulos que había dicho eso, y creyeron en la Escritura y en las palabras que había dicho Jesús”.*

Según el relato, es exacto que Jesús pronunció la frase a la que estos testigos aluden. Más aún, posiblemente fuesen los mismos a los que Jesús contestó en aquella ocasión, los que ahora testifican. Pero ¿qué dice Juan que ocurrió en aquel momento?, ¿fue motivo de escándalo? Más bien todo lo contrario, la toman a broma y “pasan” de él. Sin embargo, ahora viene como anillo al dedo desempolvar la frase. (¡Otra vez los *paparazzi*! ¡Cuántas veces sacamos cosas olvidadas, a las que apenas dimos importancia en el momento de ocurrir, pero que en un momento concreto pueden servirnos de “justificación”!). Por eso Jesús ni contesta. Ante el cinismo, Jesús ni se molesta. Seguramente les echaría una mirada como la que describe Mc 3, 5, y los otros se pondrían colorados recordando que le habían contestado en aquel momento: *‘Cuarenta y seis años se han tardado en construir este Santuario, ¿y tú lo*

vas a levantar en tres días?’.

Y el evangelista comenta en ese momento: “Mas él hablaba del Santuario de su cuerpo.” Es decir, en este primer intento de buscar una “justificación” para condenarlo “con todas las de la ley”, en el que todo es falso, sacan esta frase de Jesús en la que simbólicamente estaba aludiendo al hecho culminante de su Misión: su **Muerte-Resurrección**. Pero resulta que su **Cuerpo** lo ha identificado con el **Templo**, y el templo para un judío era el lugar de la presencia de Yahvé. **Primer dato cristológico: el Cuerpo de Jesús es presencia de Dios.**

Segundo “asalto”: Mt 26, 63-66 y Mt 25, 31-46: Jesús, Hijo del Hombre.

Ante el silencio de Jesús, el Sumo Sacerdote se ve obligado a forzarlo a que confesase si él era el Mesías: “El Sumo Sacerdote le dijo: ‘Yo te conjuro por Dios vivo que nos digas si tu eres el Cristo, el Hijo de Dios.’ Dícele Jesús: ‘Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.’ Entonces el Sumo Sacerdote rasgó sus vestidos y dijo: ‘¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?’ Respondieron ellos diciendo: ‘Es reo de muerte’.

Ahora ya no era el cinismo (la “cara dura”) de unas “justificaciones”, sino el Sumo Sacerdote, con la autoridad legítima que le daba el cargo, el que le *conjura por el Dios vivo* si él era *el Cristo, el Hijo de Dios*. La pregunta no puede ser más directa y clara. Jesús le responde afirmativamente - *Si, tú lo has dicho* - , pero corrige los títulos cristológicos que Caifás usa. En vez de repetir los más explícitamente cristológicos (los que todo el mundo usaba para hablar del Mesías -Cristo) - *Cristo e Hijo de Dios* - , utiliza el que él siempre prefirió, el de **Hijo del hombre**.

Este cambio en el momento más comprometido de su vida, ante la legítima autoridad religiosa de su pueblo, tiene su importancia. En los títulos de *Cristo* (Mesías) o *Hijo de Dios* se centraban, por así decirlo, todas las expectativas de aquel momento, expectativas que Jesús nunca aceptó. Sin embargo sí utilizó el de *Hijo de hombre*, un título sacado del libro de Daniel, y que según los exegetas, en unos contextos parece tener un sentido personal y en otros colectivo.

Pero recordemos la contestación de Jesús: “Sí, tú lo has dicho. Y yo os declaro que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Padre, venir sobre las nubes del Cielo.” La frase tiene un paralelo total con el célebre pasaje del capítulo 25 de San Mateo.

En efecto veamos cómo comienza **Mt 25, 31-46**: “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria acompañado de todos sus ángeles, entonces se sentará en su trono de gloria. Serán congregadas delante de él todas las naciones...” y a continuación viene el “juicio de las naciones”, pero que se llevará a cabo desde la realidad más baja, desde cada **uno de tantos** que haya estado en necesidad y le hayamos dado la espalda. Aquí es donde se desvela el misterio del **Hijo del hombre**, en el ‘*Venid benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...*’. Resulta que el *Cristo* (Mesías), el *Hijo de Dios*, es este **Hijo de Hombre** identificado con todo aquél que tiene una necesidad o carencia, y desde ahí se nos va a juzgar. Segundo dato cristológico: el misterio del Mesías se nos desvela en la debilidad, en los últimos.

Como es natural los que le escuchan no captan nada de esto, “*tienen oídos, pero no oyen*”, y sólo se quedan con que ha aceptado que es el *Cristo, Hijo de Dios*, sin más interrogantes. A partir de ese momento se sienten tranquilos, “*...Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?*” ya pueden dormir tranquilos, ya están justificados.

Pero ahora viene lo más complicado del problema. No se trata, sin más, de darle muerte, cosa que ellos no pueden, sino lo que pretenden es superar la situación peligrosa que se estaba creando: ante las adhesiones convencidas en torno a Jesús los romanos podían reaccionar violentamente. Urgía, pues, “meterle un gol” a Pilato, y que él mismo lo condenase por revolucionario.

Si en el proceso anterior había que “justificar” la conciencia ‘religiosa’ del Sanedrín, ahora se trata de ofrecer al romano lo que ‘justifique’ su decisión de condenarlo. Es decir, al romano no le podían decir: ‘Mira, éste dice que va a venir sobre las nubes’ porque diría: ‘¿Y a mí qué me importa?’ Había que buscar otra patraña. Para ello hay que cambiar de tramoya (las circunstancias no son las mismas). Ahora el “escenario” es otro, y hasta el “maquillaje” del protagonista tiene que cambiar. Pasamos, pues, al **proceso civil**, el más decisivo. Seguirá siendo tan vergonzoso como el anterior, pero ello no va a impedir que en esa trama de intrigas nos siga apareciendo lo más hondo de la **Cristología**.

Primer paso: Lc 23, 1-4; Jn 18, 28-19, 6; Lc 23, 7-12; Mt 25, 31-46: Jesús, Cristo-Rey

En efecto, ante Pilato, los argumentos deben ser otros. Había que despertar aquellos resortes de su conciencia que incluso agradeciese la “denuncia”, y al mismo tiempo cayese en la trampa. Pero resulta que esto no va a ser tan sencillo como ellos se habían imaginado: pensaban que remitiéndolo a su responsabilidad de Procurador romano bastaría. Veamos cómo nos lo relatan los evangelistas.

Lc 23, 1-4: “*Levantándose todos ellos le llevaron ante Pilato. Comenzaron a acusarle diciendo: ‘Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo Rey.’ Pilato le preguntó: ‘¿Eres tú el Rey de los judíos?’ Él le respondió: ‘Sí, tú lo dices.’ Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: ‘Ningún delito encuentro en este hombre.’*”

Sorprende este relato de Lucas, porque no es verosímil. En efecto, si alguna responsabilidad tenía aquel hombre en Judea, era defender el dominio romano. Le traen a uno al que acusan de que se *hace pasar por Rey* y, para colmo, *prohíbe pagar tributo al César*. La acusación es perfecta para que decida su condena, si el confeso lo admite. Pues bien, resulta que el acusado admite la denuncia, pero Pilato dice que *no encuentra en él ningún delito*. O Pilato aquella mañana tenía una borrachera que no se podía mantener de pie, o aquello no pudo ocurrir así. Y en efecto, es que no fue así. Vayamos al relato de Juan.

Jn 18, 28-32: “*De la casa de Caifás llevan a Jesús al pretorio. Era de madrugada. Ellos no entraron en el pretorio para no contaminarse y poder así comer la Pascua. Salió entonces Pilato fuera donde ellos y dijo: ‘¿Qué acusación traéis contra este hombre?’ Ellos le respondieron: ‘Si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado.’ Pilato replicó: ‘Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra Ley.’ Los judíos replicaron: ‘Nosotros no podemos dar muerte a nadie.’ Así se cumpliría lo que había dicho Jesús cuando indicó de qué muerte iba a morir.’*”

Es decir, según Juan, Jesús entra dentro del Pretorio (del palacio). Por tanto, ni Jesús va a estar presente al encuentro de Pilato con el pueblo, ni éste al diálogo entre Jesús y Pilato. Sin embargo Juan no va a recoger la acusación principal contra Jesús, pero que aparecerá en el interrogatorio dentro del Pretorio (que se hacía pasar por rey). En efecto, ante la respuesta de Pilato de que ellos lo juzguen, llegan casi a delatarse al contestar irritados que ellos no podían dar muerte a nadie. Es muy probable que Pilato percibiese algo raro en esta urgencia por arrancarle la condena a muerte de un 'judío'. Por eso al enterarse, según Lucas que procedía de Galilea, decide enviarlo a Herodes.

Lc 23, 7-12: *“Al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que por aquellos días estaba también en Jerusalén. Cuando Herodes vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera. Le preguntó con mucha palabrería, pero él no respondió nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con insistencia. Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un espléndido vestido y le remitió a Pilato. Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.*

La escena, posiblemente tenga su importancia para lo que va a ocurrir en el juicio de Pilato. Queda claro que Jesús no responde a las expectativas de Herodes, y que este zorro, como el mismo Jesús le había llamado en cierta ocasión (Lc 13, 32), termina por burlarse de él y tomarlo por tonto. Pero volvamos al texto de Juan:

Jn 18, 33-40: *“Entonces Pilato entró de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: ‘¿Eres tú el Rey de los judíos?’ Respondió Jesús: ‘¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo dijeron de mí?’. Pilato respondió: ‘¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?’. Jesús respondió: ‘Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí’. Entonces Pilato le dijo: ‘¿Luego tú eres rey?’. Respondió Jesús: ‘Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz’. Le dice Pilato: ‘¿Qué es la verdad?’ Y, dicho esto, volvió a salir donde los judíos y les dijo: ‘Yo no encuentro ningún delito en él. Pero es costumbre entre vosotros que os ponga en libertad a uno por la Pascua. ¿Queréis, pues, que os ponga en libertad al Rey de los judíos?’ Ellos volvieron a gritar diciendo: ‘¡A ése no! ¡A Barrabás! Barrabás era un salteador”.*

La escena es compleja. El intento de quitárselo de encima enviándolo a Herodes no ha resultado. Hay que interrogar a este hombre: “¿Eres tú el rey de los judíos?”. Jesús contesta con otra pregunta - “¿Dices eso por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí?”-, ante la que Pilato parece molestarse, contestándole despectivamente: “¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho.”. Es en este momento cuando Jesús va a responder a la pregunta clave.

Para entender esta escena hay que olvidarse de la fe (¿no la teníamos colgada?), y ver la cara que Pilato pondría al oír la respuesta de aquel hombre al que extrañamente acusaban sus propios correligionarios de algo tan grave como hacerse pasar por rey: “Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí.” Al oír esta respuesta Pilato pensaría, ‘Estos, me han traído el tonto del pueblo; lo que quieren es que me trague que son

de fiar...' Esto es lo que debió ocurrir y lo da a entender la respuesta de Pilato, una interrogación cargada de sorna: "*¿Luego tú eres rey?*"

Hasta este momento hemos estado repitiendo la frase de Filipenses, 'se hizo uno de tantos'. Ahora ya no nos sirve, porque se queda corta. En el momento más decisivo va a ser tomado por un demente. Podríamos decirle: 'Pero hombre, si es que lo has hecho todo al revés; cuando te quisieron hacer rey, te quitaste de en medio. Ahora que se están burlando de tí, que te toman por loco, ¿declaras solemnemente tu identidad?' En efecto, es el momento en que, sin ninguna restricción, declara no sólo su identidad, sino su misión: "*Sí, como dices, soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz.*"

Estamos en el momento culminante de la Revelación, y es el momento más bajo en la vida de Jesús. Y, cuando el contexto es más "indigno", entonces confiesa con toda firmeza que ha venido a "dar testimonio de la verdad". ¿Quién puede escuchar esa "verdad", dicha desde donde se proclama? Por lo pronto Pilato, no. Una vez más, su respuesta es un interrogante despectivo: '¿Y qué es la verdad?', y le da la espalda. Lo mismo que hubiésemos hecho nosotros, y seguimos haciendo. Sin embargo, Jesús afirma que "todo el que es de la verdad escucha mi voz".

Aquí los interrogantes se agolpan. ¿Desde dónde decimos la verdad? ¿Dónde buscamos la verdad? ¿Qué nos 'garantiza' la verdad? ¿Dónde escuchamos nosotros la verdad? ¿A quién tomamos en serio?... Pues bien, Jesús declara que ha venido a dar testimonio de la verdad, no a 'decirla' ni siquiera 'defenderla', sino 'dar testimonio de ella'. La verdad no es más verdad porque la digamos ni porque la defendamos, sino que la **verdad es ella misma**, y no necesita nada para serlo. Si una verdad, para serlo, necesita fuerza, prestigio, 'plausibilidad', 'consenso', etc., se está hablando de otra cosa. Por eso el gran reto de la verdad es ser testigo de ella, porque se está allí compartiéndola, no porque uno se convierte en 'voz de los sin voz'. El que *no sea de la verdad* no podrá *escuchar su voz*; por el contrario, lo único que hará es como con la justicia, "justificarla".

En efecto, por eso recordamos de nuevo **Mt 25, 31-46**. Allí nos dice Jesús: "...Entonces dirá el Rey a los de su derecha: '*Venid, benditos de mi Padre, recibid la herencia del Reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre (Yo), y me disteis de comer (a Mí)...*'" Es decir, este Rey *no es de este mundo*, como 'este mundo' concibe lo supremo, lo más digno, la 'garantía', pero **sí está en este mundo**, juzgando desde donde se juzgan al final todas las cosas: **desde lo más bajo**. Sólo cuando Jesús está identificado con lo más bajo, lo más despreciable, declara **su realeza**, unida inseparablemente a su misión de **dar testimonio de la verdad**. ¿Qué hacemos todos? Lo de Pilato; darnos la vuelta y preguntarnos continuamente '¿y qué es la verdad?' Pero nunca nos atrevemos a ser testigos de la verdad.

Pero volvamos a la escena evangélica. Pilato sale del Pretorio para comunicar el resultado de su interrogatorio, y como es lógico, después de lo que ha visto y escuchado les comunica: '*Yo no encuentro ningún delito en él*'. Pero tiene que quedar bien con ellos. No puede restregarles que le han querido "meter un gol", pero sí les va a devolver con sorna 'la pelota': "*es costumbre entre vosotros que os ponga en libertad a uno por la Pascua. ¿Queréis, pues, que os ponga en libertad al Rey de los Judíos?*"

La gradación de los acontecimientos no puede ser más expresiva: Jesús es utilizado

como **escarmiento** para que *la nación no perezca*, saliendo de este modo al paso de cualquier sospecha de revuelta por parte de los romanos. Pero, sarcásticamente (vacilándose con mala “I”), el romano les devuelve, al que debía servir de escarmiento para ‘despistarlo’, como **rey de los judíos**. La indignación no se hace esperar: la liberación de Barrabás, y el grito compulsivo de *¡Crucifícale!*, y Jesús va a terminar como termina todo aquel que ha sido tomado por tonto: de objeto de **burla**. Pero recojamos la escena como nos la describe Juan:

“Pilato entonces tomó a Jesús y mandó azotarle. Los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le vistieron de un manto de púrpura; y, acercándose a él, le decían: ‘Salve, Rey de los judíos. ‘Y le daban bofetadas.

Volvió a salir Pilato y les dijo: ‘Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito. Salió entonces Jesús fuera llevando la corona de espinas y el manto de púrpura. Díceles Pilato: ‘Aquí tenéis al hombre.’ Cuando le vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron: ‘¡Crucifícale, crucifícale!’ Les dice Pilato: ‘Tomadle vosotros y crucificadle, porque yo ningún delito encuentro en él’.

Jesús va a ir pasando sucesivamente por situaciones cada vez más degradantes. Esta última es la más expresiva... Pilato no ha conseguido ‘devolvérselo’ como ‘su rey’. Ahora bien, siempre el romano tenía que dejar satisfecho al ‘dominado’ para mantener la pax romana. Si le da un buen castigo, posiblemente queden tranquilos. Pero los soldados han escuchado el interrogatorio y han sacado la misma conclusión que Pilato: ‘Jesús es el tonto del pueblo, que dice que es rey de otro planeta.’ Siempre el tonto ha sido motivo de diversión. En el pueblo en que me crié había una persona deficiente mental a la que todos los niños escarnecíamos vergonzosamente, gritándole no me acuerdo qué expresión que no soportaba. Aquello era motivo de diversión. Eso, pero en una escala trágica y cruel, es lo que ocurre con este ‘rey extraterrestre’.

Todo el mundo tiene derecho a burlarse del tonto. Los soldados lo disfrazan de rey: corona real (¡de espinas!), manto de púrpura (¡como el emperador!) y comienza la mascarada: ‘¡Salve, rey de los judíos!’ Y le daban bofetadas... Jesús termina como podemos imaginarnos. Es al pie de la letra la descripción del Siervo de Yahvé de **Is 53, 2-4**: “*No tenía apariencia ni presencia; (le vimos) y no tenía aspecto que pudiésemos estimar. Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta.*”

Con esta ‘pinta’, Jesús es sacado fuera, como un ‘número de circo’. Para más escarnio Pilato tiene el cinismo de decir: ‘*Mirad, os lo traigo fuera para que sepáis que no encuentro ningún delito.*’ ¡Si no encuentras ningún delito, ¿por qué lo has puesto así?! Pero para conseguir un bien mayor, ‘mantener la paz, ‘... que estos queden contentos, y yo no cargue con el remordimiento de haber quitado de en medio un infeliz, bien merece la pena haber decidido esto, aunque los muchachos parece que se han pasado...’ En efecto, es una piltrafa, más vale advertirles que sigue siendo un hombre: “***Aquí tenéis al hombre***”.

Este es el momento culminante: cuando ha descendido más bajo, es cuando se puede decir que la única dignidad que le queda es la de **hombre**. Es lo que debemos irnos preguntarnos a lo largo de esta **Bv**, y que ya Jesús nos lo subrayaba al añadir a su formulación “*Bienaventurados seréis cuando os injurien...*” Es una de las frases más chocantes de todo el **Ev**, pero de las más desenmascaradoras de todas nuestras mascaradas. Hemos convertido la *dignidad* de la persona en algo susceptible de ser ‘otorgado’ (algo que se puede dar) o ‘quitado’, y la dignidad humana es algo intocable. Consiste en el hecho de ser **persona**

humana, aunque uno no viva como tal o los demás no te la reconozcan y la degraden. Esto es lo que suscita en cualquier persona ‘bien nacida’ compasión e indignación cuando en nombre de la “justicia” o cualquier otro “valor” se degrada a alguien, aunque lo que haya cometido haya sido execrable (horrible). ¡El que se ensaña es el que se degrada!

La reacción descompuesta de sus acusadores que ven frustrados sus propósitos va a desencadenar el siguiente paso en este proceso vergonzoso, pero en el que de forma increíble va apareciendo la verdadera identidad de Jesús. En este primer paso confiesa su verdadera realeza, no en ‘dignidades de este mundo’, sino en dar testimonio de la verdad desde lo más bajo. En el siguiente va a culminar esa misteriosa identidad que ha desencadenado tantas preguntas a lo largo de la Historia.

Segundo paso: Jn 19, 7-11: Jesús Hijo de Dios.

Jn 19, 7-11: *“Los judíos le replicaron: ‘Nosotros tenemos una Ley y según esa Ley debe morir, porque se tiene por Hijo de Dios. ‘ Cuando oyó Pilato estas palabras, se atemorizó aún más. Volvió a entrar en el pretorio y dijo a Jesús: ‘¿De dónde eres tú?’ Pero Jesús no le respondió. Dícele Pilato: ‘¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificarte?’ Respondió Jesús: ‘No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba; por eso, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado.’”*

Cuando apenas tiene *apariencia humana*, surge el título de **Hijo de Dios**. Es el momento más disparatado para aludir a este título: cuando hay que decir *“Aquí tenéis al hombre.”* (Quizá convenga recordar, en este momento, la primera cita que dimos en la **Introducción**: *“...todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne, es de Dios”* (1 Jn 4,2). Sólo cuando descendemos a la *carne* (debilidad) podemos hablar de este Hijo de Dios, pues *“la Palabra de hizo carne”* (Jn 1, 14).).

En esta **Cristología** singular que estamos escudriñando (estamos buscando) entre lo que podíamos denominar los ‘escombros’ de la Humanidad, donde parece converger lo más degradado (vergonzoso) del ser humano, surge el **Hijo de Dios**: el título más ‘alto’ en el lugar ‘más bajo’.

Y aquí me vais a perdonar que me remita a mi profesión de albañil, a la que tanto debo, y que me proporcionó una imagen más expresiva que otras más sublimes. En nuestra profesión, una de las llamadas más “urgentes”, era cuando un “darro” (cloaca) no fluía y los desagües de todo tipo quedaban bloqueados. Lo que ahora hacen máquinas con aire a presión, antes tenía que realizar el albañil, una tarea tan desagradable como imprescindible. Cuando el cliente veía correr el agua por el sumidero, del tipo que fuese, ponía una cara de alivio y agradecimiento que no aparecía en otras tareas. Es decir, el problema que se solucionaba era de primer orden, que si el no se resolvían todos los demás estaban de más.

Pues bien, la aparición del título más “elevado”, el de **Hijo de Dios** aparece en el momento más degradante de su vida: en él converge lo más degradado del ser humano: es víctima de las dinámicas más vergonzosas y denigrantes de la Humanidad. Yo me lo imagino como una cloaca capaz de absorber, para eliminarlos, todos nuestros detrítus y posibilitar un saneamiento imposible sin quitar de en medio lo que sólo provoca contagio e infección. La teoría, tan criticada con razón, de S. Anselmo de que sólo Dios podía ‘satisfacer’ una ‘ofensa infinita’, no se necesita. No es un problema de **justicia**, pues hemos visto que esa justicia de Dios no tiene nada que ver con nuestras ‘justificaciones’, nuestros ‘ojo por ojo’ que nos

dejaría a todos ciegos, sino de “saneamiento”, de eliminación de lo que sólo “contamina”. Si S. Pablo llega a decirnos que “*a quien no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él*” (2 Cor 5, 21), esta imagen nos lleva a ver a este Jesús convertido en una especie de **cloaca misericordiosa** (y perdón por lo chocante) **capaz de absorber en sí todas nuestras inmundicias**, sin restregárnoslas, es decir, sin contagiarnos, sino “drenándolas”.

Es el “no devolver mal por mal” de Rom 12, 21, que citábamos en la 2ª **Bv**, o aquellos tres versículos de Ef 2, 14-16, que citamos en la 7ª **Bv**: “*Porque él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno,, derribando el muro que los separaba, la enemistad, anulando en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos, para crear en sí mismo de los dos, un solo Hombre Nuevo, haciendo la paz, y reconciliar con Dios a ambos en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, dando en sí muerte a la Enemistad*. La respuesta de este Dios que no baja de la Cruz para que “crean en él” (como comenta el P. Luis de la Palma en su **Camino espiritual**: “*Y este Señor, que así padecía, estaba clavado en su cruz con clavos, y mucho más con su amor, sin querer bajar de ella, aunque sus enemigos se lo pedían y le ofrecían el creer en él.*” Apostolado de la Prensa, Madrid, 1944, p. 222), rompe la dinámica infecciosa del mal, absorbiéndolo en sí para eliminarlo. De no ser así, no hubiese eliminado nuestra culpa, sino la hubiese agravado. De haber “bajado de la cruz” hubiese sido para “hacer justicia”, en definitiva devolver mal por mal. Pero **tuvo que morir** (Lc 24, 26), para poder responder con la **resurrección**...

Y aquí quiero traer el párrafo de una entrevista a Aloisius Pieri, jesuita indio, que aparece al final de su libro **God's Reign for God's Poor**, en una entrevista Mr. Kenneth Fleming: “*¿Por qué ha permanecido Ud. cristiano y no se ha convertido al budismo?--- ‘Soy cristiano porque en medio de la relación básica y recíproca, yo he sido llamado a ser enviado como un testigo del pacto de defensa de Dios con el pobre en Jesús, y esta llamada y esta misión no es fuente de temor para los pobres y para los creyentes de otras religiones de Asia, sino fuente de consuelo. Porque, de manera distinta a la teología de los derechos humanos, aquí, nosotros no hemos terminado siendo ‘perros guardianes de la justicia’ con una especie de complejo de superioridad que convertiría nuestro apostolado en una cruzada agresiva. La opción por los pobres es una opción por la co-victimización, lo cual ofrece a los vencedores la posibilidad de recuperarse. Los ricos y los poderosos en Asia, incluyendo ciertas jerarquías religiosas (no exceptuando, quizás, los líderes clericales de algunas de nuestras Iglesias), encontrarán esta doctrina bastante irritante y amenazadora... (p. 80).*

Jesús resulta amenazante a los que ponen la “dignidad” en el poder, en el prestigio, porque él se desmarca de esas dinámicas. Desde el “poder”, el “prestigio”, no hay posibilidad de recuperación, sino de “echar en cara”, de humillación, de culpabilización..., en una palabra, de “contaminación ensuciando”. Sólo asumiendo, sin “devolver mal por mal”, puede haber un saneamiento: el mal no puede “reciclarse” porque contagia, hay que “drenarlo” en sí mismo (hay que absorberlo como el sumidero absorbe el agua sucia) como Jesús lo hizo.

Pero volvamos al texto de Juan. Esta alusión al Hijo de Dios nos dice el evangelista que Pilato se *atemorizó aún más*. Aquí habría que recordar el dato que de pasada nos da Mt 27, 19: “*Mientras (Pilato) estaba sentado en el tribunal, le mandó a decir su mujer: ‘No te metas con ese justo, porque hoy he sufrido mucho en sueños por su causa.’*” Sea lo que sea, el caso es que la alusión a que “se tenía por Hijo de Dios” le hace retomar el interrogatorio. Jesús no responde a la pregunta “*¿De dónde eres tú?*”, cosa que molesta a su convicción de es la “autoridad suprema”, entablándose un diálogo sobre el “poder”, que va a intrigar aún

más a Pilato.

Ahora bien, lo que parecía presentarse como el momento decisivo en el que Pilato iba a recuperar su “conciencia” para tomar la decisión de poner en libertad a Jesús, se convierte en todo lo contrario. Veamos por qué.

Desenlace: Jn 19, 12-16: Jesús es condenado.

En efecto, estos versículos describen un cambio de rumbo en el proceso. **Jn 19, 12-16:** *“Desde entonces Pilato trataba de librarle. Pero los judíos gritaron: ‘Si sueltas a éste, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César.’ Al oír Pilato estas palabras, hizo salir a Jesús y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Enlosado, en hebreo Gabbatá. Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia la hora sexta. Dice Pilato a los judíos: ‘Aquí tenéis a vuestro Rey.’ Ellos decían: ‘¡Fuera, fuera! ¡Crucifícale!’ Les dice Pilato: ‘¿A vuestro Rey voy a crucificar?’ Replicaron los sumos sacerdotes: ‘No tenemos más rey que el César.’ Entonces se lo entregó para que fuera crucificado.”*

La alusión a que se tenía por Hijo de Dios, el diálogo sobre el poder, la intervención de su mujer, incluso su admiración por la serenidad y silencio de Jesús ante acusaciones tan ‘graves’ (Mt 27, 14), hacen que S. Juan llegue a comentar que *desde entonces, Pilato trataba de librarle*. Pero en ese momento surge, como último recurso, algo que convierte al propio Pilato en acusado: *‘Si sueltas a éste, no eres amigo del César; todo el que se hace rey se enfrenta al César.’*

En efecto, Pilato sabía que en Roma existía una fuerte colonia de judíos que manejaban dinero, lo cual significaba que tenían poder y podían de hecho hacer llegar al César esta acusación. Esto es lo que va a inclinar definitivamente la balanza: el **miedo**, igual que la inclinó para el Sanedrín. Todo el proceso de Jesús, ¡toda la Redención!, va a estar enmarcado en dos pánicos, por no decir otra cosa más expresiva. Y es que el **miedo** es el sentimiento más eficaz que puede experimentar el hombre, porque es el que más nos cuesta confesar. ¿No hemos dicho que Jesús se convierte en la ‘cloaca’ de lo peorcito que puede provocar el ser humano? Y no precisamente porque lucha para librarse, sino porque se lo traga. Va a ser víctima de todas las intrigas, miedos, *enemistades*, que el ser humano padece y que han provocado tanto sufrimiento y muerte entre los inocentes. Es al pie de la letra Is 53, 5, y que recogía Mt 8, 17: *“Él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades”*, y la desconcertante afirmación de S. Pablo en 2 Cor 5, 21: *“A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él”*.

Es, pues, el miedo el que precipita el proceso, pero por ambas partes. En Pilato es fulminante, pero la frase final de los *sumos sacerdotes*, vuelve a traer a primer plano el pánico a la reacción romana que sólo podía abortarse confesando ante Pilato la ‘veracidad’ de su denuncia, que llega a su culmen en la confesión vergonzosa para la conciencia de un judío: *“No tenemos más rey que el César.”* Claudicaciones de este calibre sólo las provoca el pánico.

Pero en este desenlace tan degradante para los que lo provocan, va a tener como argumento un título que Caifás utilizará para “restregarles” con sarcasmo, lo que ellos quisieron utilizar como “justificación”, y ahora, como venganza, va a terminar como título de la ‘farsa’: **“Jesús Nazareno, el Rey de los judíos.”** (Jn 19,19-22) En este título, para colmo, va a aparecer algo que ya vimos no era precisamente ‘honroso’, ser *nazareno*. Un título

escrito para exacerbar a los que lo acusaban y burla del ‘condenado’ al consignar su origen, un lugar del que *no podía salir nada bueno*.

Al comienzo de estas **Bvs** afirmamos que ‘el lugar más bajo es el más universal’, ahora también tenemos que decir: cuanto más es rebajada una persona, Dios se hace más garante de su dignidad. La dignidad humana es algo que **sólo está en manos de Dios**. Nosotros no podemos ni darla ni quitarla. Lo único que podemos hacer eficazmente con ella es lo peor de todo: **profanarla**. Y en esa profanación es Dios mismo el afectado: *conmigo lo hicisteis*.

2. - Qué dijo Jesús sobre la persecución

A lo largo del **Ev** se va aludiendo, no sólo a la persecución del propio Jesús, sino a la de los que le seguirían.

Por lo pronto Jesús anuncia en tres ocasiones su pasión y muerte. Y siempre, prácticamente con las mismas palabras. La primera en el contexto más inoportuno: después de la transfiguración. **Mt 16, 21-22**: “Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser condenado a muerte y resucitar al tercer día...” Ya vimos en la 3ª **Bv** la reacción de Pedro y la contestación ‘exagerada’ de Jesús. En la segunda (**Mt 17, 12. 22-23**), el evangelista comenta de los discípulos: “Y se entristecieron mucho”, y Marcos añade: “...pero ellos no entendían lo que les decía y tenían miedo de preguntarle.” Por último, en la tercera (**Mt 20, 17-19**), es Marcos el que comenta: “Iban de camino subiendo a Jerusalén, y Jesús marchaba delante de ellos; ellos tenían miedo” (Mc 10, 32), y Lucas dice que “ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que había hecho.” (Lc 18, 34)

Rechazo, incompreensión, tristeza, miedo, evasión... son las reacciones que encontramos ante el anuncio de Jesús de su persecución final. Por otro lado el mismo Jesús, cuando se hizo realidad en él, se vino abajo (cf. 3ª **Bv**). Todos son sentimientos normales que provoca la **persecución**. La “bienaventuranza” no está en ‘la persecución’ - *el que me ha entregado a tí tiene mayor pecado* dice Jesús a Pilato -, sino en la inmediatez de un Dios, garante de la dignidad humana y el único que apuesta por su recuperación, impidiendo que la última palabra la tenga el mal. Para eso, él mismo tenía que sucumbir a ese mal y no bajar de la cruz.

Pero Jesús no sólo habló de sus persecuciones, sino de las de aquellos que le siguiesen. **Jesús no ahorró realidad**. La injusticia, la persecución, el mal están ahí. Jesús va a luchar contra él implicándose sin devolverlo. Si en el Padrenuestro pedíamos “no nos dejes caer en la tentación”, lo terminamos diciendo “y líbranos del mal”. Jesús, pues, no sólo va a dar por supuesto este mal y sus consecuencias, sino que va a avisar seriamente que *como a él lo persiguieron*, también perseguirán a los que le sigan. Veamos con qué realismo nos previene.

Mt 10, 16-39 podemos considerarlo como ‘la campaña electoral’ de Jesús. En efecto, en ella se describe con un realismo brutal la fuerza del mal, pero al mismo tiempo la astucia y fortaleza necesarias para afrontarlo. Como es muy largo, tan sólo citaré algunos versículos.

Por lo pronto comienza con la advertencia de “*Mirad que yo os envío como ovejas en medio de lobos*.” El panorama no es muy halagüeño. El consejo que da ante esta situación es

“Sed, pues, prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas”. Tan evangélico es ser *serpiente* como *paloma*. Y más veces nos dice que hay que ser espabilados - *“como los hijos de este mundo...”* (Lc 16, 8) - que no sencillos, pues seríamos desplumados... Hemos visto cómo Jesús no fue de héroe por la vida, y en el pasaje que nos ocupa nos dirá: *“Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra, y si también en ésta os persiguen, marchaos a otra”* (v. 23)

Pero recojamos otras advertencias: *“Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los tribunales y os azotarán en las sinagogas; y por mí os llevarán ante gobernadores y reyes para que deis testimonio ante ellos y ante los gentiles. Mas cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué vais a hablar. Lo que tengáis que hablar se os comunicará en aquel momento. Porque no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre es el que hablará en vosotros.”*(vv. 17-20) Sorprenden las **Actas** de los primeros mártires: sus diálogos apenas son monosílabos. Cuando una persona débil y pobre es perseguida dice muy pocas palabras, pero las que dice pesan como losas. Cuando es una persona influyente, el irónicamente llamado “sumario” ocupa miles de páginas. Y es que, como hemos dicho, la verdad no necesita discursos ni justificaciones porque es ella misma.

El conflicto afectará a la misma familia: *“entregaré a la muerte hermano a hermano y padre a hijo... Y seréis odiados de todos **por causa de mi nombre**; pero el que **persevere hasta el fin**, ese se salvará.”*(vv. 21-22) He destacado dos aspectos importantes: no cualquier persecución es de la que habla Jesús, sino “por causa de su nombre”. Ya hemos visto por qué fue perseguido Jesús: por poner al ser humano como clave de toda Ley y por “hacerse igual a Dios”, (¿no sería en nuestro caso “confesar a Jesús venido en carne”?). Pero lo otro que hemos destacado es el problema de “perseverar hasta el fin”. En realidad, nadie se libra del conflicto, de la dificultad, en una palabra, de la “persecución”, pero todos salimos corriendo, nos evadimos, **no afrontamos**. Ya vimos en la 3ª **Bv** cómo la dificultad afrontada nos madura, mientras que el evadirse siempre infantiliza. (Otra cosa es buscar el conflicto, cosa que no tiene sentido).

Pero todo este anuncio tan duro va a terminar con una clave: **Jesús**. En efecto, el “Jesús venido en carne” se convierte en la gran sorpresa salvadora (**recuperadora**) de Dios. Jesús, a través de su lucha contra ese mal que agrede escandalosamente al inocente y del que nos dice que pidamos a Dios Padre que nos libre de él, nos ofrece en este texto, lo que podíamos denominar sus claves recuperadoras.

- **1ª clave:** El mal que rodea al ser humano le afectó a él “como uno de tantos”: *“no está el discípulo por encima de su maestro, ni el siervo por encima de su amo... Si al dueño de la casa le han llamado Beelzebul, ¡cuánto más a sus domésticos!...”* (vv. 24-25) Jesús es el primero que ha asumido esa realidad con la que toda persona tiene que enfrentarse, y no para “solidarizarse” desde un puro sentimentalismo, sino para eliminarla - *“con sus cardenales hemos sido curados”* (Is 53, 5) -. Es decir, ha sucumbido a su fuerza “como uno de tantos”, no *bajó de la cruz*.

- **2ª clave:** No reducir el Ev a lo privado: *“No les tengáis miedo. Pues no hay nada encubierto que no haya de ser descubierto, ni oculto que no haya de saberse. Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo vosotros a plena luz; y lo que oís al oído, proclamadlo desde los terrados.”* (Vv. 26-27) Es el peligro de secuestrar el **Ev** - las “apuestas” de Jesús - a lo privado, a lo “interior”, a la intimidad. El **Ev** es para todos y para vivirse a la intemperie. Es decir, sólo confrontándolo con la realidad lo entenderemos.

- **3ª clave:** Que el temor no nos paralice: “No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna...Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos pajarillos.” (Vv. 28-31) El temor a la **persecución** puede llevarnos a nuestra degradación (a dar asco) como personas; la “persecución” no roza nuestra **dignidad**.

- **4ª clave:** Fiarnos de Jesús: “Todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos.” (vv. 32-33) Jesús no es un “seguro mecánico”, sino una **adhesión personal** (inteligente y libre)

- **5ª clave:** La paz no es “que me dejen en paz”: “No penséis que he venido a traer paz a la tierra...” (Cf 7ª Bv) La **paz** que trae Jesús **no es la ausencia de persecución**.

- **6ª clave:** Seguir a Jesús: “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará.” (vv. 37-39) La adhesión a Jesús a la que antes aludíamos ha de traducirse en un seguimiento sin condiciones, porque Jesús no es una “doctrina” ni una “teoría”, sino una “la Palabra hecha carne”, es decir, **vida**, (**biografía**). Sólo la vida de Jesús puede salvar nuestra vida; de lo contrario, la perderemos.

Como vemos la **vida de Jesús** se nos presenta como **clave** para **salvar** la amenazada vida del ser humano, o dicho con palabras de la carta a los Hebreos: “... para liberar a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud” (Heb 2, 15).

Pero sigamos con otras citas en las que Jesús nos habla de las persecuciones que esperan a sus seguidores.

Mt 13, 20-21: está sacada de la “explicación” de la Parábola del Sembrador: “El que fue sembrado en el pedregal, es el que oye la Palabra, y al punto la recibe con alegría; pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es inconstante y, cuando se presenta una tribulación o persecución por causa de la Palabra, sucumbe enseguida.” Como vemos, lo que convierte la “tribulación o persecución” en “bienaventuranza” es “no salir corriendo”. La “persecución” de suyo es pura negatividad; pero Jesús, asumiéndola en su vida, nos revela que no afecta a la dignidad de la persona, (sí degrada a quien la lleva a cabo), ni tiene la última palabra.

La cita siguiente tiene su encanto, como todos aquellos pasajes en los que Pedro interviene. Ante las afirmaciones tan tajantes de Jesús de la incompatibilidad del Reino de los cielos y la riqueza, con la expresiva imagen del *camello* y la *aguja*, los que le escuchaban se decían: ‘¿Quién podrá salvarse?’ Jesús vuelve a intervenir recordando que lo *imposible para los hombres*, es *posible para Dios*. En este momento interviene Pedro con su conciencia de ‘líder’ del grupo. **Mc 10, 28-30:** “Pedro se puso a decirle: ‘Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.’

La respuesta de Jesús no se hace esperar, pero creo que se entiende mejor si recuperamos su sentido del humor y miramos la cara de Pedro. Jesús le dice: ‘Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y

por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno: ahora al presente... La cara de Pedro se iluminaría: ‘¡Hemos acertado!’.

Pero Jesús sigue: ‘en casas, hermanos, hermanas, **madres** (¡si madre no hay más que una!), hijos y hacienda, **con persecuciones** (aquí se le cambiaría la cara de color); y en el tiempo venidero, vida eterna”. Cuando oyese lo de *madres* se pondría mosca, pero con el final de las *persecuciones* se vendría abajo. Estas parecen ser el “sello” de autenticidad.

(Y aquí un paréntesis: lo que sin duda es una salida de humor de Jesús para desmontar la fanfarronería de Pedro, lo hemos convertido los “Religiosos” en un “lugar teológico” para justificar acumulaciones vergonzosas).

Pero vayamos a S. Juan, y a lo que podíamos llamar el testamento de Jesús: el sermón de la Cena. **Jn 15, 18-21**: “*Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría los suyos; pero, como no sois del mundo, porque yo al elegirlos os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo. Acordaos de las palabras que os he dicho: El siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi Palabra, también guardarán la vuestra. Pero todo esto os lo harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado*”.

¡Vaya consuelo! ¡Nuestra fe no nos ahorra realidad! Los principios de este “mundo” son incompatibles con la postura de Jesús, y no debe extrañarnos que nos ocurra lo que le ocurrió a él. Pero no todo van a ser “persecuciones”; *también guardarán vuestra palabra...*

Un poquito después, en el mismo sermón de la Cena vuelve a insistir. **Jn 16, 1-4**: “*Os he dicho esto para que no os escandalicéis. Os expulsarán de las sinagogas. E incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios. Y lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí. Os he dicho esto para que, cuando llegue la hora, os acordéis de que ya os lo había dicho...*” Una vez más, lo que anuncia a los que le sigan le ocurrió a él antes. Nos avisa que no nos escandalicemos cuando se repita. No nos olvidemos que el **escándalo de la cruz** es que no bajase de ella, cuando le prometían creer en él si lo hacía...

La siguiente cita es de S. Juan, pero no del sermón de la Cena, aunque también de un momento clave: la triple confesión de Pedro. Justo después de que éste por tercera vez le contesta que *lo quiere*, Jesús sigue. **Jn 21, 18-19**: “*En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero cuando llegues a viejo, extenderás tus manos y otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no quieras. Con esto indicaba la clase de muerte con que iba a glorificar a Dios. Dicho esto, añadió: ‘Sígueme’*”.

La escena desborda el momento concreto y el personaje. El seguimiento a Jesús no se reduce a los momentos más brillantes y “generosos” de nuestra vida, sino que también lo son los más pasivos y débiles. Cuando somos jóvenes “nos matamos”, y así debe ser: el seguimiento a Jesús nunca consistirá en “rascarse la tripa”. Pero cuando lleguemos a viejos y ya no podamos hacer nada, sino que todo nos lo tendrán que hacer, eso también entra a formar parte del seguimiento a Jesús: **sígueme**.

Y para terminar traigamos la imagen más brillante y lúcida que Jesús nos dejó para penetrar en el misterio de la **cruz**, la **Bienaventuranza** de la **persecución**. **Jn 16, 20-22**: “*Yo os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando da a luz, está triste, porque le ha*

llegado su hora; pero cuando el niño le ha nacido, ya no se acuerda del aprieto, por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os podrá quitar vuestra alegría.”

Jesús nos remite al único dolor que el ser humano experimenta y que, al mismo tiempo, apunta exclusivamente a la vida, provocando el gozo más sorprendente que existe, el de un hijo. Todo dolor, toda persecución no deben tener la última palabra. Siempre debe vivirse como el paso a algo más pleno. Aun desde un punto de vista puramente “de tejas abajo” constatamos que las dificultades afrontadas nos maduran. La vida de Jesús convertida en la “cloaca” de la Historia, nos revela que todo está llamado a ser oportunidad desde su seguimiento. El gozo de la dignidad humana no profanada ni por el miedo ni por la conveniencia, ni por el consumo, etc., es una **alegría que nadie nos podrá quitar**.

Segunda parte

CÓMO VIVIÓ LA PRIMERA COMUNIDAD CRISTIANA LA PERSECUCIÓN

Si algo, de todo lo que Jesús dijo a los que le seguían, experimentaron desde el primer momento fue la **persecución**. Los Hechos de los Apóstoles recogen varias. Vamos a recordar la primera, **Hech 5, 17-42**: el encarcelamiento y la liberación milagrosa con el encargo de anunciar “*al pueblo todo lo referente a la Vida*” (v. 20). Su testimonio ante el Sanedrín con la respuesta firme de que “*hay que obedecer a Dios antes que a los hombres*” (v. 29). Con la intervención de Gamaliel son puestos en libertad, no sin antes azotarles y ordenarles que “*no hablasen en nombre de Jesús. Ellos marcharon de la presencia del Sanedrín contentos de haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el Nombre*” (vv. 40-41).

¡Es una **dignidad sufrir ultrajes por el Nombre** de Jesús! La dignidad de la persona es ella misma, nadie nos la puede quitar, pero todos podemos profanarla. Todo el que le da la espalda a lo que fue la postura de Jesús en la vida, sea de ello consciente o no, tenga fe o no la tenga, va a profanarla de alguna manera. S. Ignacio de Loyola, con el acierto que caracteriza a sus frases denomina la vida de Jesús **vida verdadera** (EE 139).

Pero vamos a citar otro texto de los Hechos de los Apóstoles que expresamente alude a lo inseparable que esta la persecución del seguimiento a Jesús. Ante la perplejidad de Ananías de ser enviado para imponer las manos a Saulo, el Señor le responde: “*Vete, pues éste me es un instrumento de elección que lleve mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre.*” (**Hech 9, 1-19**) Parece que el ser discípulo de Jesús lleva consigo sus “peripecias”.

Y en efecto, la experiencia de Pablo va a confirmar con creces este anuncio. Pero todas estas peripecias están unidas a la misión y redundan en bien de la comunidad. Dejando aparte los célebres capítulos 11 y 12 de la Segunda carta a los Corintios, voy a citar **1 Cor 4, 9-13**: “*Porque pienso que a nosotros, los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Nosotros, necios por seguir a Cristo; vosotros, sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros, fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros, despreciados. Hasta el presente pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados, y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como basura del mundo y el desecho de todos*”.

Parece que esta descripción repite la **misión recuperadora** de Jesús, **cargando con nuestras enfermedades...**

Pero es el texto siguiente el que mejor expresa la paradoja de los seguidores de Jesús: no se les ahorra realidad, pero la negatividad no tiene la última palabra. **2 Cor 4, 7-18**: “*Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; perplejos, mas no desesperados; perseguidos, mas no abandonados; derribados, mas no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, aunque vivimos, nos vemos continuamente entregados a la muerte por causa de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De modo que la muerte actúa en nosotros, más en vosotros, la vida. Pero teniendo aquel espíritu de fe conforme a lo que está escrito: “Creí, por eso hablé”, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también nos resucitará con Jesús, y nos presentará ante él juntamente con vosotros. Y todo esto, para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento para gloria de Dios.*

Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día. En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna, a cuantos no ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las no visibles; pues las visibles son pasajeras, mas las invisibles son eternas”.

La fe cristiana se vive como **seguimiento a Jesús**, lo cual supone que “*cargamos con su cruz*” según la formulación evangélica, pero sabiendo que esa cruz no tiene la última palabra. El seguimiento a Jesús no es ‘utopía evasiva’ (un sueño que no tiene nada que ver con la realidad) sino implicación recuperadora, abierta al hecho central de nuestra fe: el **Hecho Pascual**. Por otro lado, esta vivencia nunca es ‘individual’, sino juntamente con vosotros.

En efecto, esta experiencia es constante en las primeras comunidades cristianas. Recordemos el texto siguiente de **Heb 10, 32-34**: “*Traed a la memoria los días pasados, en que después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a ultrajes y tribulaciones; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseáis una riqueza mejor y más duradera. No perdáis ahora vuestra confianza, que lleva consigo gran recompensa. Necesitáis paciencia en el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido.*”

Es una realidad difícil (cárceles, ultrajes, despojos...) afrontada (paciencia en el sufrimiento) y compartida (haciéndoos solidarios), vivida como *voluntad de Dios*. Esto cobra toda su hondura desde el seguimiento a un Jesús probado en todo igual que nosotros (Heb 4, 15).

Esto no quiere decir que el seguimiento a Jesús sólo se da “en la cruz”, sino que nunca hay que dar la espalda a la realidad. Veamos cómo Pedro, en su Primera carta, plantea el problema: el comportamiento correcto no tiene por qué desencadenar conflicto, Sin embargo... **1 Pe 3, 13-17**: “*Y ¿quién os hará mal si os afanáis por el bien? Mas, aunque*

sufrierais a causa de la justicia, dichosos de vosotros... No les tengáis ningún miedo, ni os turbéis. Al contrario, dad culto al Señor Cristo, en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza. Pero hacedlo con dulzura y respeto. Mantened una buena conciencia, para que aquello mismo que os echen en cara, sirva de confusión a quienes critiquen vuestra buena conducta en Cristo. Pues más vale padecer por obrar el bien, si esta es la voluntad de Dios, que por obrar el mal.”

Es decir, el cristiano tiene en Cristo una **esperanza**, que nos posibilita estar *dichosos*, aunque haya que sufrir *a causa de la justicia*. Más aún, esta postura es por sí misma **recuperadora**, como vimos en la 2ª **Bv**.

Pero como queda claro en la misma formulación de esta **Bv**, esta persecución que lleva consigo una dicha es *por causa de la justicia*. Veamos cómo nos lo recuerda **1 Pe 4, 12-19**: “Queridos, no os extrañéis del fuego que ha prendido en medio de vosotros para probaros, como si os sucediera algo extraño; sino alegraos en la medida en que participáis en los sufrimientos de Cristo, para que también os alegréis alborozados en la revelación de su gloria. Dichosos de vosotros si sois injuriados por el nombre de Cristo, pues el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros. Que ninguno de vosotros tenga que sufrir ni por criminal ni por ladrón ni por malhechor ni por entrometido; pero si es por cristiano, que no se avergüence, que glorifique a Dios por llevar este nombre.”

¡Cuántas veces hemos pretendido vivir como “Bienaventuranza” lo que era un “justo sopapo” por haber metido las narices donde no debíamos! ¡Cuántas “victimeces” las vendemos como “seguimiento” de Jesús! (El “víctima” no recupera nada y hace la vida imposible a todos los que le rodean) Y así podríamos seguir... No olvidemos la advertencia de Jesús: “Si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos.” ¡Ninguna “justificación” puede convertirse en “bienaventuranza”!

Y no me resisto a remitiros a lo que considero una genial plasmación (concreción) de la problemática de esta **Bv**. Me refiero a la película **Solas**. En ella, la protagonista es despreciada, insultada, ridiculizada... Sin embargo, percibimos en ella una **grandeza y dignidad** que supera la de todos los que la rodean y que sólo valora y comparte el vecino. En ningún momento la vemos amargada, ni perdida (sabe perfectamente lo que quiere), ni pendiente de sí misma; pero todo lo que toca **lo recupera**. Por otro lado, queda claro que el único indigno es el cerdo del marido, y la hija, que va exigiendo derechos, está perdida y hecha polvo. La dignidad, nadie nos la puede quitar, ni siquiera manchar. Sólo uno a sí mismo la degrada. El que abusa, atropella, desprecia..., no degrada (ensucia) a la víctima (le hace daño que es distinto), se degrada (ensucia) a sí mismo.

CONCLUSIÓN

“... porque de ellos es el Reino de los cielos.”

De nuevo aparece el **Reino** y en **presente**. Dios mismo en persona, **Jesús**, se proclama a sí mismo **Rey** (suprema “dignidad”, pero que “no es de este mundo” porque nadie la puede otorgar), con la misión de dar testimonio de la **verdad**, cuando lo hemos desposeído de toda “dignidad” y “prestigio”.

Después de estas ocho apuestas de Jesús por la **felicidad** sin darle la espalda a la **realidad**, después de habernos ido preguntarnos **¿qué nos parece?** y **si queremos**, podemos

plantearnos si “descolgamos” la fe., que es lo mismo que descubrir que el **seguimiento de Jesús** es una respuesta válida para nuestra vida y que decimos “sí”.

Decíamos la primera noche que cada **Bv** iba a plantear un problema que afectaba a toda persona y llevaba consigo una tentación; y su apuesta era de cara a posibilitar “objetivamente” la fraternidad. Esta objetivación de la fraternidad es lo que hace presente el **Reino de los cielos** en el que, no sólo es verdad la **paternidad** de Dios, sino nuestra relación **fraterna** en reciprocidad (de unos con otros). Pero el recorrido por las ocho apuestas, no ha consistido en una reflexión, sino en la **contemplación**, fundamentalmente, de **cómo Jesús las vivió** y en la constatación de que “el **Ev** es verdad porque es verdad, no porque sea **Ev**”.

Este es el momento de preguntarnos qué nos parece la afirmación de Jesús en **Jn 14, 6**: “*Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*”

Yo soy el Camino: No hemos nacido programados, lo hemos repetido varias veces: tenemos que apostar por algo en la vida, buscarnos un camino. Y no cualquier camino es “acertado”. ¿Qué nos parece la apuesta de Jesús de cara a los problemas fundamentales del ser humano? ¿Tenemos otro mejor?

Yo soy la Verdad: La verdad es lo que todo hombre busca y nunca agota. Es en ella en lo que toda persona se apoya para “justificarse”. Sin embargo, la **verdad** es una, y nadie puede asegurar que la posee completa y definitivamente. Jesús nos ha ido abriendo a ella preguntándonos “qué nos parece”. Es su misma persona la que se ofrece como clave de nuestras búsquedas, una clave que no podemos agotar y que no es abstracción (una idea), sino “*la Palabra hecha carne*”.

Yo soy la Vida: La vida es el don por excelencia. En ella nos lo jugamos todo. S. Ignacio decía que Jesús era la **vida verdadera**. Y es que la vida tiene que “merecer la pena”, pero todos sabemos que hay vidas que “dan asco”. Jesús como **vida**, ¿qué nos parece?, ¿queremos?

En una palabra, ¿**descolgamos la fe**?

Vamos a terminar con una parábola a la que nunca acudimos. Como todas ellas, recoge situaciones reales, al margen de su “ejemplaridad” (prescindiendo que lo que pinta es un abuso). **Lc 17, 7-10**: “*¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: ‘Pasa al momento y ponte a la mesa?’.* ¿No le dirá más bien: ‘Prepárame algo para cenar, y ciñete para servirme hasta que haya comido y bebido y después comerás y beberás tú?’. ¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que se le fue mandado? De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue ordenado, decid: *Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer*”.

La parábola nos desconcierta. No nos gusta. Sin embargo viene a desmontar nuestros “heroísmos”. Creo que ha quedado claro que el **servicio** es clave en la vida humana. El propio Jesús afirmó que “*no había venido a ser servido sino a servir y dar su vida en rescate por muchos*”. Pero ¿sólo él, o toda persona? Por otro lado hemos constatado que no cualquier servicio puede definirse por tal. El servicio tenía que ser modesto, sencillamente “echar una mano”. Nos encontraremos como hermanos si sencillamente nos servimos recíprocamente, sin protagonismos ni competitividades. En definitiva es recuperar la **sencillez**, el **ser uno de tantos**.

POEMA

*Hombre de barro soy:
Aquí vengo yo con la verdad
y te lo haré ver,
si hace falta te meteré a la fuerza
pisando fuerte, dando puntapiés.
Como es una postura débil,
sólo sobre un pie
indica mi dedo dónde se halla la verdad.
Mi máscara llama tanto la atención
que ni se os ocurre dudar que no hay nada,
ni espalda siquiera detrás.
No me atacarán por la espalda, pero
por si acaso, estoy con la espalda contra la pared,
todo mi interior está sujeto en un puño;
estoy cagado de miedo
de lo que hay enfrente.
No me doy cuenta, soy ciego -me falta fe-
no veo que nos pasa nada,
lo que es es, lo que no es no es.
Y si arrancara a vivir sin miedos
al final todo habría valido la pena,
porque la pena ha dado vida,
y habría muchos bienaventurados
por habernos aventurado bien.*

Marjolin

*Desnudez. Desarme, AMEN.
Con los que lloran llorando. AMEN.
Ser comida, Eucaristía. AMEN.
Como tantos. Igualdad. AMEN.
Bondad y Gratuidad. AMEN.
Servir la necesidad. AMEN.
Oculto a Gloria de Dios. AMEN.
Diálogo. Humildad. Perdón. AMEN.
Paz en la debilidad. AMEN.*

*Esto es el Reino en presente.
Es decir: Esto es justicia
que causa PERSECUCIÓN.
Indefensión. Cruz y vida.
Vida para los demás
a costa de propia vida.*

*Paradoja de Evangelio.
BIENAVENTURADO enigma.
Esto es Reino en presente
con Rey loco, Rey de locos,
amante, pero no "víctima",*

*anonadado, paciente:
“Nadie me quita la vida”.*

*Tan absurdo es el amor,
tan serio el reto a que invita,
que la fe le dice AMEN
y la Esperanza se aviva.*

Anunciación Jiménez